



***Sonia Martinez  
Martin***

***ILEGAL  
E  
INMORAL***

ILEGAL  
E  
INMORAL

SONIA MARTÍNEZ MARTÍN

Copyright © 2018 Sonia Martínez Martín

Editado por Sofía Artola Díaz

Todos los derechos reservados.

Depósito legal: M-002404/2018

A Maick, por enseñarme que se pueden cumplir los sueños.  
A Dori, por enseñarme a soñar.

## 1.- Robar a un ladrón

### Charly

Deslicé la pieza metálica por dentro de la pernera de mi pantalón, después de asegurarme de que nadie me vería hacerlo. Moví la tela vaquera para que quedase abombada de nuevo y no se notase el largo metal que ahora se pegaba a mi piel.

Luego seguí con lo que estaba, como si no hubiera parado en ningún momento. Tenía una moto del revés sobre una larga mesa metálica y estaba sacando las partes aprovechables de ella y exponiéndolas junto a esta.

—¿Cómo vas? —me preguntó *el Hierros*.

Todos daban por hecho que su mote hacía referencia a que trabajaba entre coches. Solo unos pocos privilegiados sabíamos la verdad: había tenido tantos accidentes que el noventa por ciento de su cuerpo tenía algún clavo. *Terminator* tenía más carne y hueso que él.

—Esto ya está —le dije, acabando de quitar las últimas piezas y dejando el cuadro limpio—. La próxima vez, antes de llamarme límpiale la sangre —pedí—. Yo no soy la chacha.

—Había que darse prisa, no fuera a ser que el dueño se despertara del coma. —Se encogió de hombros.

*El Hierros* era una pieza clave en la sociedad. Él se encargaba de ir donde hubiera habido un accidente de coche o moto y llevarse los restos aprovechables antes de que llegase la verdadera grúa. Su trabajo era una mezcla de comprar policías y robar a cadáveres. Lo dicho, alguien muy necesario.

—Cien pavos —le recordé, apoyando la mano en su hombro metálico cuando iba a acercarse a las piezas.

—¡Joder, Charly! Me sales más caro que la policía —se lamentó.

—Pero nadie te lo hace como yo. —Le guiñé un ojo con burla. Él sacó el dinero arrugado de su bolsillo y me lo dio—. Es un placer hacer negocios contigo —le dije, antes de pasarle la pequeña pieza redonda que guardaba en mi mano por si trataba de jugármela.

—¿Tenía localizador? —se horrorizó al darse cuenta.

—Sí, y yo que tú lo sacaba de aquí antes de que te localicen.

No me quedé a ver qué hacía, la verdad, me daba igual. Procuré moverme con soltura mientras me alejaba, esperando que hubiese dejado de mirarme. La pieza que me había guardado bajo los pantalones se me estaba clavando en la pantorrilla.

Quizá debería sentirme mal por haberle robado, pero dicen que quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón, ¿no?



## Carlos

Me esforcé por controlar un bostezo, pero eso provocó que los ojos me lagrimeasen un poco. Raúl me dio un codazo para que permaneciese atento a la clase de historia, pero es que me aburría un huevo.

Busqué a Charly con la mirada, pero sabía de sobra que no estaba en clase, había faltado, otra vez. Su padre se había enterado la semana anterior de que mi mejor amigo llevaba todo el curso yendo a clase solo días sueltos y le había castigado sin salir un mes. Charly se había limitado a reírse, encender un cigarro y salir de casa dando un portazo.

—¿Dónde crees que está? —me preguntó Raúl, y supe que estaba pensando en lo mismo que yo.

—No lo sé.

Traté de sonar tranquilo, pero me preocupaban los líos en que se estuviera metiendo Charly. Últimamente no salía con las mejores compañías del mundo.

Mi mirada por la clase acabó posándose en Andrea, que estaba un par de pupitres por detrás, a mi derecha. Habíamos intentado sentarnos todos juntos, pero los profesores habían acabado separándonos porque «hablábamos demasiado».

Mi amiga captó mi mirada y me dirigió una sonrisilla, antes de preguntarme, sin emitir sonido:

—¿Y Charly?

Capté perfectamente el movimiento de sus labios, aunque yo me limité a encogerme de hombros. ¿Por qué todos pensaban que yo debía saber dónde estaba?

Saray, que estaba sentada junto a Andrea, me dirigió una sonrisa divertida y luego susurró algo a su amiga, que se sonrojó intensamente y negó con la

cabeza. Quise enterarme de lo que había pasado, pero un nuevo codazo de Raúl me devolvió a la realidad.

—¿Por qué no respondes a mi pregunta, Carlos, ya que estabas prestando tanta atención? —llamó mi atención el profesor.

Ni siquiera estaba seguro de qué estaba hablando, como para responder a su pregunta. Clavé la vista en el libro, para ver si podía sacar algo lógico de ahí, pero aún tenía abierto el de lengua de la clase anterior.

Raúl fingió una tos con la que pretendió darme la respuesta, creo, pero la verdad es que no le entendí.

—No lo sé —admití finalmente. Y tampoco sabía dónde estaba mi mejor amigo, cosa que me preocupaba mucho más.



## **Abram**

—Creí que querías ayuda para estudiar —la *regañé*, mientras ella empujaba sus libros para quitarlos de la mesa de la cocina y se subía sobre esta.

—Creí que habías entendido que era esto lo que quería hacer, como siempre.

Me dirigió una mirada pícaro y apoyó cada uno de sus pies descalzos en mis muslos.

—Pensé que habíamos acordado no hacer esto mientras tuvieras novio.

Pese a mis palabras tiré de su cadera e hice que se subiera sobre mí, con sus piernas a ambos lados.

—No seas aburrido —se quejó, apretándose contra mi entrepierna.

Y yo no era aburrido, ni tonto. Ella sabría lo que hacía, yo no tenía ataduras de ningún tipo.

—¿Y tus padres? —dudé un momento, mientras ella deslizaba sus manos entre nosotros para desabrocharme el pantalón.

—Estamos solos, Abram.

Dejé que me desabrochase los vaqueros, mientras yo tiraba de su camiseta, que la cubría por encima del ombligo, dejando ver un *piercing* brillante. No llevaba sujetador y sus tetas redondas quedaron expuestas.

Sacó un condón del bolsillo trasero de sus pantalones y no pude evitar reírme.

—Menuda encerrona me has preparado —bromeé.

No pudo responder, porque atrapé su pezón entre mis dientes, haciéndola gemir con fuerza. Sabía exactamente cómo le gustaba aquello, y no tenía nada que ver con palabras dulces y caricias.

Ella me puso el condón, sin dejar de gemir, acariciando mi polla en el proceso con unas manos demasiado experimentadas. Se tuvo que apartar un segundo para quitarse los vaqueros, momento que aproveché para ponerme de pie y hacer que se sentase sobre la mesa.

Dejé que mi propia ropa cayese a mis pies, sacudí un pie para sacarlo de la pernera y poder moverme con libertad y la penetré sin más preámbulos. Ella ya estaba preparada.

—¡Oh, Abram! —gritó, metiendo la manos debajo de mi camiseta para arañarme la espalda con sus largas uñas.

Pegué mis labios a los suyos, sin dejar de moverme en su interior. Una cosa era que no estuvieran sus padres y otra que quisiera que se enterase todo el bloque.

No tardó en correrse, sentí su vientre contraerse de placer, y me dejé ir con ella, apoyando la frente contra la suya para conservar el equilibrio.

—La maría son diez pavos, cariño.

Sonreí, extendiendo la mano hacia ella mientras me apartaba un poco. Había notado cómo me la birlaba del bolsillo al subirse sobre mí.

—Oh, vamos, es un regalo para Charly.

Me puso carita de pena.

—No voy a regalarle la droga a tu novio, Silvia —me reí.

—Eres malvado —se quejó, pero recogió su ropa del suelo y sacó el dinero.

—Soy un mercenario —bromeé, dándole un beso en la frente para sonar menos borde.



## **Raúl**

—¡Te quiero! ¿Me oyes? —grité, lanzando una piedrecita contra su ventana.

La ventana se abrió de golpe, y su preciosa carita me saludó con una

sonrisilla. Se había puesto roja, a juego con su pelo y sus rizos desordenados.

—¡Estás loco! —se quejó, aunque aún sonreía.

—Loco por ti.

—Vete a casa, Romeo —bromeó.

—Jamás, Julieta.

Apoyé un pie en la verja de la ventana del piso de abajo y extendí los brazos para sujetarme a su poyete. No me costó mucho escalar hasta la parte más alta, para quedar a la altura del hueco que dejaba ver su habitación rosa.

—Mi padre está en casa —susurró.

—Te quiero —repetí, incorporándome lo justo, haciendo toda la fuerza con los brazos, para pegar mis labios a los suyos.

—Te va a matar.

Me empujó sin hacer fuerza para que volviese a bajar.

—Moriré feliz entre tus brazos.

—Es que no será entre mis brazos. —Miró dentro un momento—. Mierda, creo que ha salido, Raúl. Corre.

—Volveré a por ti —prometí, dándole un último beso y dejándome caer al jardín de debajo de su ventana.

—¡Estás loco! —me gritó de nuevo, entre risillas.

Celeste era la chica más preciosa del mundo. La había conocido en el chat de un videojuego y, aunque al principio había pensado que era un tío, un día me decidí a conocerla. Y joder, quería pasar el resto de mi vida con ella.

Dirigí una última mirada a su ventana. Su único *defecto* era su padre, militar del ejército. Celeste iba a un colegio de monjas y su padre no dejaba que tuviese ningún contacto con chicos. Y claro, yo me había saltado todas las reglas.

Tal como ella había dicho, su padre salió del portal cuando yo aún estaba admirando la belleza de su hija. Tardé un par de segundos en darme cuenta de que llevaba un bate de béisbol en las manos.

—¡Te dije que si volvía a verte te rompería las pelotas! —me gritó.

—¡Joder!

Salí corriendo con toda la fuerza de mis piernas. Pensé que no me seguiría, pero al mirar hacia atrás vi que corría tras de mí. Salté entre los coches y crucé un jardín lo más rápido que pude. Fui doblando todas las calles que veía, tarde o temprano debía perderle, ¿no?

Seguía detrás de mí cuando me empezaron a doler las piernas y los pulmones por el esfuerzo. Busqué desesperado un escondite. Joder, era un tío

con un bate corriendo detrás de un chaval, ¿nadie iba a pararle? ¿Dónde estaba la policía cuando se la necesitaba?

Derrapé al pasar delante del bar de los padres de un compañero de clase, Eric, y corrí dentro, agradeciendo que estuviera abierto. El lugar estaba prácticamente vacío porque era media tarde de un día de diario.

Salté la barra y me escondí entre un barril de cerveza y una de las neveras industriales. La madre de mi amigo, que estaba lavando unos vasos, me miró entre divertida y curiosa. Íbamos demasiado allí como para que se sorprendiera porque hiciéramos cosas raras.

—¿Tú también, Raúl? Como si no tuviera suficiente con Charly colándose para coger cervezas... —se lamentó.

—Por favor —supliqué en un susurro.

La puerta se abrió un segundo después. Y reconocí los pesados pasos del padre de Celeste. Me escondí aún más debajo de la barra.

—¿Ha visto por aquí a un chico? —preguntó a la madre de Eric.

—¿Está persiguiendo a un chico con un bate? —se horrorizó ella—. Voy a llamar a la policía.

Supuse que quiso protegerme de verdad al verle armado, y estuve a punto de suspirar aliviado. Esperamos hasta que volvió a salir, tiempo que me pareció una eternidad, pero no me moví de allí abajo.

—¿En qué lío te has metido? —me dijo la buena mujer, parecía nerviosa—. Debería llamar a la policía.

—No se preocupe, no pasa nada. —Me asomé, como si aquel hombre pudiera seguir allí—. Si no le importa, me quedaré aquí hasta que vuelva a latirme el corazón.

—Te prepararé una tila —suspiró ella—. Y otra para mí.



## 2.- Hechizo de olor a fresa

### Charly

Unas manos frías cubrieron mis ojos con suavidad. Sentí sus tetas apretadas contra mi espalda y su aliento cálido en mi oreja.

—¿Quién soy? —preguntó, y no pude evitar sonreír como un idiota.

—No sé... —bromeé—. Tú nombre empezaba por *be* seguro... No, no, por *¿eme... ele?* Uf, que difícil es esto.

—Idiota —se quejó, descubriendo los ojos para golpearme sin fuerza en el costado.

Atrapé su muñeca y me giré en el taburete para quedar frente a ella. Tiré de su mano para que cayera sobre mi pecho y acerqué mis labios a los suyos, con una sonrisa juguetona aún.

—Definitivamente tu nombre empezaba con *ene*.

—Charly —se quejó con un pucherito.

—Silvia. —Imité su tono, o lo intenté, porque se me escapó una carcajada.

Apreté mis labios contra los suyos con suavidad una vez paré de reírme, antes de darle tiempo a replicar nada más. Me separé de ella al oír el carraspeo de mis amigos, que acababan de entrar al bar.

—No has ido a clase. —Fue el saludo de Raúl.

—Hola, papá —me reí de nuevo y me giré para pedir cervezas para todos.

El padre de mi amigo Eric, que estaba tras la barra, protestó porque éramos menores, pero al final nos las sirvió. Sabía que beberíamos igual, si no era allí sería en otro sitio, y de esa forma al menos sacaba dinero. Al final, todos tenemos un precio.

—No tiene gracia —se quejó Carlos.

Yo me levanté para que Silvia se sentase en mi taburete, después de que saludase a mis amigos. Choqué las manos con ellos, aunque de verdad parecían cabreados conmigo.

—*El Hierros* me llamó para despiezar una moto —me justifiqué, aunque odiaba hacerlo—. ¿Qué iba a hacer? ¿Perder el día en clase o ganar cien pavos? —Les guiñé un ojo amistoso para que se relajasen.

—Tu padre... —Lo intentó Raúl de nuevo.

—No me toques las pelotas, tío.

Raúl no se había sentado y se erguía mucho más alto que yo, pero no iba a

achantarme. Nos medimos con la mirada, en silencio, durante unos segundos interminables, hasta que Silvia apoyó la mano en mi pecho y me calmé al instante. Esa chica tenía algo que lograba calmarme. Tampoco es que pensase que el bueno de Raúl fuera a pegarme.

—Vamos a tomarnos algo —pidió mi novia—. Y a relajarnos.

Bebimos de nuestros botellines como si hubiera sido una orden, pero no nos relajamos. Sabía que mis amigos tenían intención de volver sobre el tema, pero que no sabían como hacerlo. ¿Tanto les costaba aceptar que yo no quería ser como ellos?

—¿Salimos a fumar? —pedí a Silvia, porque lo último que me apetecía era que siguieran regañándome con sus miradas.

—Sí, huye como siempre. —Se cabreó Raúl y salió de allí como un huracán.

—¿Qué cojones le pasa? —le pregunté a Carlos, que pareció dudar sobre si debía seguirle.

—¿Crees que el problema lo tiene él? —me dijo, antes de ir tras él.

—No les hagas caso, cariño —pidió Silvia, apoyando la mano en mi barbilla y obligándome a mirarla—. Están celosos porque tú sabes ganarte la vida.

—No están celosos. —Arrugué la frente, apartándome un paso de ella. No me gustaba que criticase a mis amigos—. Están preocupados por mí —admití, aunque era una idea que me costaba asimilar—. Pero no entienden que no deben hacerlo.

—Ven, sé lo que necesitas.

Cogió nuestros botellines y tiró de mi mano, mientras yo dejaba dinero sobre la barra para pagar las cervezas. Quería decirle que no estaba de humor para *eso* pero Silvia no llevaba demasiado bien el rechazo, así que la seguí en silencio.

Salió del local por la puerta de emergencia, que llevaba a un callejón trasero lleno de basura, y me pasó las cervezas con una sonrisilla que hizo que se me acelerase el corazón. Allí hacía bastante frío, pero Silvia solo llevaba los vaqueros y un jersey muy fino y no parecía importarle.

Bebí mientras ella sacaba un paquete de tabaco del bolsillo de sus vaqueros. Sacó un porro ya liado de dentro y lo puso entre mis labios. ¡Qué bien me conocía! Cerveza y maría, ¿qué más podía pedir?

Lo encendió con una sonrisilla y yo fumé. Luego se quitó los pantalones y el tanga y me dirigió una sonrisa tentadora. Cerveza, maría y sexo. ¿Acaso

aquel callejón lleno de mierda daba al cielo? Ni siquiera notaba ya el frío, todos mis sentidos estaban en torno a mi polla.

Me quitó uno de los botellines de la mano y le dio un largo trago antes de tirarlo a un lado. Puse el porro entre sus labios para que fumase también, mientras disfrutaba de la sensación del humo en mis pulmones.

Acabé mi propia cerveza y dejé que siguiese el camino de la suya, antes de levantarla agarrándola del culo y pegarla a mí.

—Te quiero, Silvia —susurré contra sus labios antes de besarla.

—Y yo a ti —respondió.

Dejé que se agarrase a mi cintura con sus piernas y desabroché mis propios pantalones, que cayeron a mis pies.

—¿Vamos a Las Vegas y nos casamos? —medio bromeé.

—¿Te casarás vestido de Elvis? —se rió ella, usando la mano para que mi polla entrase en ella.

—Oh, sí, de lo que tú quieras, nena —aseguré, apoyándome en la pared del callejón para no caerme, mientras el placer me hacía estremecer por dentro.

—Tendremos que ahorrar —se rió, sujetándose a mis hombros y gimiendo de placer.



## Carlos

Alcancé a Raúl en la calle. Me pareció que había frenado aposta, quizá esperando que Charly le siguiera, pero los dos sabíamos que no iba a hacerlo. Le palmeé el hombro y caminé a su lado en silencio. Podríamos haber hablado, pero los dos pensábamos igual y no había mucho más que decir.

—No me gusta esa chica —me sorprendió Raúl—, Charly no es igual cuando está con ella.

Yo pensaba como mi amigo. No me había gustado desde que nos la presentó unos meses atrás. Charly conoció a Silvia cuando estábamos de fiesta en una discoteca. Y aunque la chica había pasado completamente de mi amigo al principio él se había empeñado en enamorarla.

Charly la siguió durante semanas, iba a la salida de su instituto, se esforzaba por ir a las mismas discotecas y fiestas que ella. Ni siquiera

sabíamos cómo averiguaba siempre dónde estaría, pero al final, había conseguido llamar la atención de Silvia. Un día apareció con ella donde habíamos quedado y nos dijo que salían juntos.

Desde el día en que la conoció, Charly había cambiado mucho. Faltaba a clase más que nunca y se reía de cualquier tipo de autoridad en su vida. Discutía con su madrastra constantemente y recientemente habíamos descubierto que había dormido en un parque varias noches.

Definitivamente a mí tampoco me gustaba Silvia, pero nunca lo habíamos reconocido abiertamente.

—Lo sé —traté de animar a Raúl—, a mí tampoco, pero no podemos hacer nada.

—Ya —se lamentó.

Llegamos hasta el parque donde habíamos quedado con el resto de nuestros amigos, en realidad solo habíamos ido al bar para buscar a Charly, que como no aparecía por clase ya no se enteraba de cuándo o dónde quedábamos.

Andrea y Saray estaban sentadas en el respaldo de un banco de piedra, envueltas en un montón de telas y echándose el aliento en las manos para calentárselas.

—¿Y Charly? —preguntó Andrea, saludando con un abrazo a Raúl.

—Tirando su vida a la basura —respondió Raúl con tono seco.

—¿Qué te ha pasado?

A Andrea le pareció obvio que a mi amigo le pasaba algo más y por su mirada perdida supe entonces que no estaba así solo por Charly.

—El padre de Celeste me ha perseguido con un bate por media ciudad. —Hubo dolor en su voz al contarlo.

—¡Joder! —me horroricé.

—Oh, Raúl —se lamentó Andrea, abrazándole de nuevo.

—Pero no quiero hablar de ello —pidió.

—¿Y a ti qué te pasa? —pregunté a Saray, que seguía sentada en el banco con la mirada fija en algún punto del parque.

—¿Eh? —Pareció sorprendida de que le preguntase y miró un segundo a Andrea antes de volver a mirarme—. Nada, nada. —Se encogió de hombros y se levantó para saludar.

Eric y un compañero más de clase, Suso, llegaron poco después y la conversación se volvió mucho más banal y amena.

—¿Vamos a unas recreativas o algo? —sugirió Suso.

El resto aceptamos, porque no teníamos nada mejor que hacer ese día y al menos no estaríamos pasando frío.

—¿Tú estás bien? —preguntó Andrea, sujetándome de la mano cuando los demás empezaron a andar.

—Claro —me reí, pero apreté sus dedos, que estaban helados, entre los míos.

—¿Cómo puedes tener las manos calientes? —se quejó—. Hace como menos veinte grados —exageró, sujetando mi mano con las dos suyas.

—La clave está en no esperar a los tontos de mis amigos en un parque a menos veinte grados —bromeé.

—Pues de aquí ya no me echas.

Me sacó la lengua y empezó a caminar sin apartar las manos de la mía, subiendo un poco por mi muñeca y haciendo que un escalofrío por la diferente temperatura me recorriese hasta la nuca.

Vimos el autobús que teníamos que coger pasar cuando estábamos saliendo del parque y, aunque Eric corrió para detenerlo, se nos escapó. Así que nos quedamos debajo de la cornisa a esperar el siguiente, porque empezaron a caer unas gotitas de agua muy finas.

—Si me congeló será culpa vuestra —se lamentó Eric, porque ninguno habíamos hecho el intento de correr tras él.

—Eres enorme, tío, ¿cómo vas a congelarte? —se rió Saray.

Eric era muy alto, más incluso que Raúl, pero sus gestos solían ser muy torpes y descoordinados. Me perdí la réplica de Eric, porque Andrea subió aún más la mano debajo de mi manga y me hizo mirarla sorprendido.

—Tengo frío —se disculpó.

Usé mi brazo libre para envolverla con él y hacer que entrase en calor. Ella suspiró agradecida. Su pelo olía a fresa, jamás me había percatado de ello.

Y no pude escuchar nada más de lo que decían mis amigos porque ni siquiera me importaba. El pelo rizado de Andrea me hacía cosquillas en los labios y su olor a fresa me llenaba la nariz.

—¡Eh, el autobús, tortolitos! —llamó mi atención Saray.

Solté a Andrea y di un paso atrás para salir de su hechizo de olor a fresa. Tragué saliva un par de veces y me giré para subir al autobús.

Andrea no volvió a cogerme de la mano esta vez. De hecho, se quedó cerca de Raúl todo el rato y empezó a hablar con él de Celeste. Saray se sentó conmigo y me lanzó una mirada que no logré interpretar.

—¿Qué te pasa? —me atreví a preguntar después de un rato.

—¿A mí? —se rió—. ¿Y a ti?

—Nada.

Me encogí de hombros con indiferencia, pero aún sentía la boca seca.



### 3.- Demasiado guapo para el calabozo

#### Abram

—Una cerveza—pedí al estirado camarero que llevaba incluso pajarita.

Yo dejé mi falso maletín ejecutivo sobre el taburete de al lado y me ajusté los botones de la camisa. Odiaba llevar traje y me había negado a la corbata.

Me sirvió la cerveza en un vaso, de un grifo muy elegante y la dejó sobre un posavasos justo delante de mí. Le di un trago, pero aquella cosa no sabía a cerveza. Decían que la miel no estaba hecha para la boca del asno y yo llevaba mucho tiempo siendo un burro. Toda aquella mierda no iba conmigo.

Tiré del cuello de la camisa que me estrangulaba y me senté un poco más recto, dejando la cerveza a un lado. Solo esperaba que aquella mierda no costase la pasta que tenía pinta de costar.

Tomé aire despacio, para calmar mis nervios y agradecí que mis manos no temblasen nunca.

Un tipo al que el traje le sentaba mejor que a mí se sentó en el taburete contiguo a mi maletín y dejó el suyo encima. Apenas le dirigí una mirada antes de darle otro trago a mi cerveza, que me hizo recordar por qué había pasado de ella un segundo antes.

—¿Negocios? —preguntó, señalando el hotel en el que estábamos, uno muy caro, sin duda.

Iba a responderle tal y como el Hámster me había dicho que debía hacerlo, pero hubo algo en su postura que no me gustó. Quizá yo estuviera paranoico, pero él no parecía nervioso por el intercambio, estaba ansioso.

—Placer. —Me encogí de hombros, saltándome las reglas del *Hámster*.

Hacía más de seis meses que vendía maría y *el Hámster*, un intermediario, me había enseñado todo lo que debía saber según él. Solo había visto una vez al dueño del imperio de la droga y había sido el día que me reclutaron. Desde entonces el intermediario me había pasado la maría. Y era la primera vez que me iban a vender una gran cantidad de ella, porque empezaban a confiar en mí.

Aquello, que a mí me parecía una estupidez, era la forma de intercambiar maría y dinero. Habían acordado las cifras con anterioridad para, más tarde, mandarme un mensaje informándome del lugar. Y allí estaba, con una clave inamovible que yo acababa de ignorar.

—¿Seguro? —me preguntó desconcertado.

Dirigió una mirada alrededor que me hizo imitarle. De pronto vi la encerrona: la pareja de la mesa del fondo que no hablaba, solo miraba hacia nosotros; el señor del fondo de la barra que *leía* los titulares de un periódico sin mirarlo y el propio camarero, que había limpiado el mismo vaso más de quince veces. O quizá estuviera paranoico de verdad, pero no quería comprobarlo.

—Totalmente, colega, y ahora, si no te importa, voy a mear, a menos que también quieras sujetármela.

Tiré de mi maletín, haciendo caer el suyo al suelo, y aproveché el desconcierto para meterme en los baños. Cerré la puerta tras de mí, girando el cerrojo y busqué una salida. Había un ventanuco en lo alto que me pareció la única opción. Saqué una papelera de uno de los retretes y apoyé un pie en ella. Usé el maletín para romper el cristal y mi chaqueta de traje para no clavarme los restos punzantes.

—¡Eh, alto ahí! —me gritó una voz, justo después de romperse la puerta.

Pero a mí nunca se me había dado bien seguir órdenes. Dejé caer el maletín al otro lado de la ventana y me lancé tras él.

Recogí el maletín, sobre el que había caído, y corrí por el callejón. Que, pese a ser estrecho, conducía a casas grandes y elegantes, separadas por un murete.

Las luces azules de un coche de policía me hicieron frenar en el acto. Quise retroceder, pero un policía venía corriendo por el otro extremo de la calle.

Lancé el maletín sobre la pared de piedra, la contraria por la que había salido, y cogí toda la carrerilla que los estrechos tres pasos del callejón me permitían para coger impulso. Me agarré a la parte alta del muro y usé toda la fuerza de mis brazos para impulsarme.

Llegué a lo alto sudando y resollando. Tenía que dejar de fumar, joder. Me di cuenta justo antes de saltar de tres cosas: había tirado el maletín a un patio, se había roto y abierto mostrando los billetes por tanto golpe y un par de niños que jugaban allí cogían el dinero a dos manos, celebrándolo.

—¡Joder! —maldije, saltando al patio, justo cuando el policía me gritaba de nuevo que parase—. Esto es mío —le dije a uno de los niños, quitándole el dinero de un manotazo.

No tendrían más de ocho años y ambos salieron corriendo hacia el interior de la casa, entre gritos asustados. Recogí todo el dinero y lo metí en una mochila de plástico de las Tortugas Ninja, entre piezas de lego. Me aseguré de

que no quedaba nada en el maletín y colgué la mochila a mi espalda.

—¡¿Eh, quién anda ahí?! ¡He llamado a la policía! —gritó una voz femenina, asomándose con miedo al patio.

Salté al patio de sus vecinos. Por suerte la valla que los separaba era más baja que la que los separaba de la calle. Y de allí pasé al siguiente patio.

Iba a matar al *Hámster* cuando lo pillase. Yo no me había metido en aquello para acabar allanando casas ni huyendo de la policía.

Escondí la mochila de las Tortugas Ninja tras un armario de mantenimiento en uno de los patios, asegurándome de que no se viese desde ningún ángulo. Y salté de nuevo, de patio en patio, hasta el primero, que ahora estaba vacío y volví a agarrar mi maletín. Mandé un mensaje rápidamente a un número que el *Hámster* me había dado para emergencias. Joder, si aquello no lo era, nada lo sería nunca.

Luego salté de vuelta al callejón, sujetando mi chaqueta rota y el maletín, ahora vacío. Caí justo detrás de los policías, que no tardaron ni medio segundo en girarse hacia mí, apuntándome con sus armas.

Y dejé que me detuviesen, alzando las manos y soltando mis cosas, con mi mejor cara de inocente desconcierto.



## Raúl

—Hola.

A lo mejor estaba tenso porque el padre de la chica de la que estaba enamorado me hubiese seguido a punta de bate por toda la ciudad, pero cuando llegué hasta mi casa con un par de copas de más y una voz me saludó en la oscuridad, mi corazón quiso salir por mi boca a lo *Alién*.

—¡Joder, Charly! —protesté mientras encendía la luz del portal, que se había apagado cuando subía las escaleras—. ¿Qué haces aquí?

—No tengo donde dormir. —Se encogió de hombros con una inocencia que no coló conmigo.

Abrí la puerta (al segundo intento, porque la cerradura no hacía más que bailar bajo la llave) y le dejé pasar delante. Después eché la cadena de la puerta: no quería más sobresaltos. Charly se dejó caer en el sofá con un ruidillo cansando y yo fui directo al baño para lavarme la cara.

Sabía que estaba enfadado con mi amigo por algo más que por faltar a

clase. Mis padres se habían ido, otra vez, a pasar una semana en América, o a saber. Charly siempre se quedaba conmigo cuando ellos se iban, pero esta vez estaba desaparecido.

Y estaba seguro de que no aparecería, pero allí estaba ese idiota, como cada vez. Quizá aún quedaba algo de mi viejo amigo dentro de ese idiota que estaba tirando su vida por la borda.

Me quité la camiseta y mojé mi nuca y los brazos antes de salir del baño. Charly tenía los ojos cerrados y un cigarro apagado entre los labios. Parecía pensativo.

—¿Qué te pasa?

—¿Tan importante es para vosotros que vaya a clase? —preguntó, con una timidez impropia de él.

—Sí. —Lo empujé para que me hiciese un hueco en el sofá a su lado.

—No voy a estudiar, Raúl, no seré un tipo de esos trajeados que trabaja en una oficina —bromeó, con una sonrisilla.

—No lo pretendemos —me reí de su visión de futuro—. Solo queremos lo mejor para ti, idiota.

—¿Hacemos un trato? —ofreció, encendiéndose el cigarro.

—Habla, perra —me interesé.

—Yo intentaré ir más a clase, y a cambio, vosotros os relajáis un poco con el tema...

—No, no, ni de coña —me reí—. Sé como acabará eso. Tú seguirás a tu bola y nosotros tendremos que mordernos la lengua.

—Vale, vale. —Su sonrisa ocultó algo que no me iba a gustar, lo conocía demasiado bien—. A cambio de que os relajéis. Yo intentaré ir a clase y te conseguiré una cita a solas con esa monjita.

Se puso el cigarro en los labios, como si tuviera todo el tiempo del mundo y me tendió una mano.

—Me das mucho miedo —le dije, aunque no podía negar que había llamado mi atención—. ¿Qué vas a hacer?

Pero sabía de antemano que no me iba a responder, se limitó a alzar ambas cejas, aún con el cigarro entre los labios. Así que suspiré y acepté su mano, y su plan, que seguramente acabaría muy mal.



## 4.- La monjita y la colegiala

### Charly

—¿Quién soy?

Apoyé las manos con suavidad sobre los ojos de Silvia y mordisqueé su cuello, interrumpiendo la conversación con los tres amigos que tenía alrededor.

—No sé, déjame pensar —se rió—. Tu nombre empieza por *de* o por *e...* no, seguro que era por *efe*.

—¿Con tantos te acuestas que te has olvidado mi nombre? —bromeé, haciendo que se girase para que quedar frente a mí.

Uno de sus amigos, que había estado charlando con ella antes de que yo llegase mientras se fumaban lo que por el olor era un porro, empezó a toser.

—Mierda, esto es muy fuerte —aseguró, pasándole el porro a una chica que estaba a su lado.

—¿Por qué te has colado en mi insti, Charly? —Atrajo mi atención Silvia de nuevo.

—Para proponerte un plan loco —bromeé.

Aun así no quité la vista de su amigo. Estaba seguro de que le había visto antes con Silvia, quizá algún día de fiesta. Él tampoco dejó de mirarme.

—¿Qué plan? —preguntó interesada, pegándose más a mí.

—Vamos a desvirgar a Raúl —me reí.

—Para eso no me necesitas —me picó Silvia—. Puedes hacerlo solito.

—Está enamorado de la monjita y quiero raptarla, pero necesito a una chica buena y dulce como tú —la tenté, guiñándole un ojo.

Y por algún motivo aquello puso nervioso a su amigo, que aún no había quitado la vista de encima de mí, ni yo de él. Sacó el móvil de su bolsillo y fingió que respondía a este, llevandoselo a la oreja y alejándose de nosotros. Aunque yo estaba seguro de que nadie le había llamado.

—¿Quién es? —le pregunté a Silvia, quien le miró durante un segundo sobre su hombro antes de sonreírme.

—Abram, un amigo, te he hablado de él. ¿Nos vamos?

—Claro —acepté, tras una última mirada a su *amigo*.

Yo no era especialmente celoso pero había algo en él que no me daba buena espina. ¿Le gustaría mi chica? Levanté a Silvia del culo y la colgué

sobre mi hombro, haciéndola reír a carcajadas.

—¿Vas a secuestrar a la monjita o a mí? —se rió con fuerza.

—A las dos —bromeé—. Y así podré inaugurar mi harem.

—No tiene gracia, Charly —se quejó.

—Pues te estás riendo.

Me detuve junto a la valla, en un lugar en el que alguien había abierto un hueco enorme y por el que era muy fácil saltarla. Por allí había entrado. Ayudé a Silvia a salir y luego salté tras ella.



Sujeté la mano de Silvia cuando estaba a punto de ir hacia la salida del instituto de monjas al que iba Celeste. Aquel podía ser el peor plan de la historia o un éxito total. Todo dependía de la monjita en realidad.

—Se me va a escapar —susurró mi novia con una risilla.

—¿Cuándo entreguemos el paquete te dejarás puesto el uniforme? —pedí sugerente.

—¿Te van las colegialas? —se rió, enredando una de sus *inocentes* coletas en un dedo con una sonrisilla.

—Me vas tú, así vestida. —Sonreí, observándola de arriba abajo.

Su falda a cuadros y su camisa blanca y ajustada me secaban la garganta y hacían que me sudasen las manos.

—Pues me lo dejaré puesto —prometió.

Se despidió con un gesto de la mano y corrió para alcanzar a Celeste que estaba llegando al coche de su padre. Silvia agarró la mano de la monjita, que la miró sorprendida. No pude evitar reírme mientras me encendía un cigarro.

Aquel plan dependía de mi novia completamente, porque si yo me hubiera acercado a decirle a su padre que quería pasar la noche con su hijita, aunque no fuera verdad, habría acabado corriendo delante de su bate como Raúl. Pero Silvia se haría pasar por la amiga de Celeste y convencería a su padre de que quería que su hijita pasase la noche con ella para hacer un trabajo.

Vi desde allí, aunque estaba lejos, el momento exacto en que mi plan se torció. Silvia me lanzó una mirada de socorro y se montó en el asiento trasero del coche, junto a Celeste.

Mi móvil pitó solo un segundo después, con un mensaje de Silvia:

Silvia: a insstid n llvarns a csa, ns dnd viv Rl, asiq le e ddo mi drccion.

Respondí lo más rápido que pude para decirle que no saliesen de allí al llegar y salí corriendo para tratar de llegar antes. Al menos para asegurarme de que ese puto maniático del control se largaba antes de que ellas volvieran a bajar.



## Carlos

—¿Qué pasa? —preguntó Raúl, tratando de leer el mensaje de Charly por encima de mi hombro.

—Nada.

Empujé a mi amigo sin mucha delicadeza para que no lo leyese porque no quería que se pusiera más nervioso. Habíamos preparado una comida romántica, con ayuda de Andrea y Saray, que estaban acabando de encender velas y colocar otras chorradas que yo no veía necesarias.

—Andrea, dile que me diga que ha pasado —pidió mi amigo a la chica, como si porque ella me lo dijese yo fuera a obedecer.

—¿Qué ha pasado, Carlos? —preguntó curvando los labios en una sonrisilla.

—Nada —mentí, con inocencia.

Charly no había sido muy claro, solo había dicho que había «problemas». Y aquello sacaría de quicio aún más a Raúl, que ya paseaba nervioso de un lado a otro y nos gritaba cosas de vez en cuando.

—¿Por qué no te pones una camisa o algo? —sugirió Saray.

Mi amigo miró su camiseta de los cazafantasmas sin entender el problema y luego salió corriendo hacia su habitación.

—¿Qué ha pasado? —insistió Andrea.

—Charly solo ha dicho «problemas» —hice las comillas con los dedos—, pero seguro que no es nada.

—¿Problemas? ¡¿Qué problemas?! —preguntó Raúl con voz chillona asomándose al salón sin camiseta.

—Esa es horrible, Raúl —negó Saray al ver la camisa que se había empezado a poner el chico.

—¿Ahora eres estilista de moda? —se quejó.

—Sé más que tú, sin duda —se burló ella sin maldad—. A ver que podemos hacer.

Empujó a Raúl a su habitación y entró detrás.

—Le va a dar un infarto —se lamentó Andrea.

—Y que lo digas —respondí algo incómodo.

No habíamos vuelto a hablar demasiado desde el *incidente* de las manos frías y el hechizo de fresa. Miré el móvil, como si pudiera haber llegado un mensaje de Charly sin que yo me hubiese enterado.

—¿Quieres venir a comer? —me invitó Andrea, haciéndome levantar la cabeza bruscamente—. Saray y yo íbamos a ir a por una hamburguesa y como Raúl va a estar ocupado... —Se encogió de hombros con simpleza.

—Claro —acepté, con la boca seca. Quizá no era muy buena idea.

Mi móvil pitó de nuevo, con otro mensaje de Charly, tan simple como el primero:

Charly: solucionado, vamos de camino.

—¿Todo bien? —se preocupó Andrea.

—Sí, ya vienen.

—¡Ya?! —gritó Raúl desde la habitación—. No estoy preparado, no puedo. Tenéis que quedaros —nos suplicó, saliendo con una camisa oscura a medio abotonar.

—¡Qué guapo! —lo piropeó Andrea, supuse que para darle ánimos.

—Lo vas a pasar genial, Raúl, no te rayes —pidió Saray, dándole un beso en la mejilla y acabando de abrocharle la camisa—. Te llamaremos a media tarde, si quieres librarte de ella solo tienes que decir que es una emergencia y te sacaremos de aquí.

—Espera, ¿las tías hacéis esas cosas? —me horroricé.

—Constantemente —admitió Andrea—. ¿Recuerdas la cita con el portero de fútbol? —se rió con Saray.

—Y en la del tío de las patatas... —se carcajeó la otra.

—Sois malas —me quejé.

—¿Acaso tenemos que aguantar una cita desastrosa? —resopló Saray, tratando de contener la sonrisa—. Es un salvavidas muy necesario, si fueras una chica lo sabrías.

El timbre nos sobresaltó a todos, que habíamos conseguido distraernos con aquella conversación. Raúl volvió a ponerse de los nervios y se negó a abrir

la puerta, así que fui yo.

Charly iba delante, con Celeste y Silvia detrás. Saludé a mi amigo y a la chica de Raúl y di dos besos a Silvia sin mirarla mucho. De verdad que esa chica tenía algo que no acababa de gustarme, pero no podía decírselo a mi amigo sin que se cabrease conmigo.

—Toda tuya, pero recuerda que tiene que estar en clase a primera hora. —  
Se despidió Charly, después de saludar a todo el mundo.

—Vamos a ir a comer, ¿os venís?

Los invité, porque aunque no me apetecía mucho comer con Silvia, echaba de menos a mi amigo.

—No, tengo planes con una colegiala —bromeó Charly con descaro, antes de salir de allí con Silvia.

—Tendrás que conformarte con nosotras —se rió Andrea apoyando una mano en mi hombro de forma amistosa.



## 5.- El mechero es sagrado, cabrones

### Raúl

Al principio fue raro porque nunca habíamos estado solos de verdad. Habíamos ido alguna vez a tomar algo y otra vez a cenar, pero siempre a sitios con mucha gente.

Por eso, cuando mis amigos salieron de casa ruidosamente, el silencio, pese a la música suave que había puesto a Andrea, se me hizo algo pesado. Pero en cuanto Celeste sonrió me olvidé de todos mis miedos.

—Tus amigos están locos —me dijo en un susurro sonrojado.

—Sí —admití con una risa—. ¿Quieres comer? —Señalé la mesa.

Y ya está, después de aquello todo había sido genial. Hablamos, bromeamos y comimos los espaguetis que Andrea y Saray habían preparado.

Habíamos vuelto a tensarnos después de comer, porque parecía obvio lo que tenía que pasar, y había notado los nervios de Celeste en su forma de morderse el labio, con timidez.

—¿Quieres...? —Me aclaré la garganta cuando acabamos de recoger la mesa, ya que se había empeñado en ayudarme a hacerlo—. Que tú y yo... —Tosí otra vez, incómodo—. Ya sabes... ¿Una partida? —Señalé la *play* que estaba instalada bajo la televisión del salón.

—Claro —aceptó ella con una carcajada, relajándose notablemente—. Tienes un montón de juegos. —Acarició las cajas con los dedos.

El padre de Celeste la tenía prácticamente recluida en su casa, así que no era de extrañar que hubiese acabado aficionándose a los videojuegos, supuse. Mi familia era todo lo contrario a la suya: nunca estaba en casa y les daba igual si yo lo estaba o no. Y yo había encontrado compañía en los videojuegos cuando no había nadie más conmigo.

—¿A qué quieres jugar? —ofrecí.

Dudó repasando los títulos con más atención. Sacó varios, como si los estuviera sopesando, pero volvió a dejarlos en su lugar. Yo recogí el mando y me senté en el sofá, para verla elegir. Su pelo rojo caía hasta media espalda, rizado. Y su uniforme colegial, de color gris apagado, la quedaba bien, pese a ser bastante aburrido. Cubría por debajo de sus rodillas y llevaba un jersey ocultando la camisa blanca. Y aun así era preciosa.

—¿Tienes el nuevo GTA? —se emocionó sacando la caja de este.

—Eso parece —me reí.

Solía usar el dinero que mis padres me dejaban para comida en las novedades de videojuegos. Y luego me iba a casa de Carlos a comer. La madre de mi amigo siempre hacía comida casera, y me daba *táperes* para varios días.

—¿Puedo? —dudó, girándose hacia mí con la cara sonrojada.

—Claro. —Me levanté para ponerle el juego y le pasé el mando.

Dejé que Celeste jugase a la *play*, con la lengüita entre los labios y un gesto de absoluta concentración. Sus ojos, de un color entre azul y verdoso, brillaban de emoción con las misiones. Y yo no podía más que mirarla fascinado.

Y pronto mirar no fue suficiente. Me latía tan fuerte el corazón que me dolía contra el pecho y me sudaban las manos por los nervios.

—¿Qué pasa? —me preguntó Celeste, mirándome con una sonrisilla tímida.

—Te quiero —aseguré.

Y no dejé que me respondiese nada, necesitaba tocarla. Enredé mis manos en su pelo rizado y pegué mis labios contra los suyos rosados. Pensé que se escandalizaría, o algo parecido. Nos habíamos besado un par de veces, pero de una forma bastante casta, porque siempre había más gente alrededor.

Pero Celeste no se separó de mí. Apoyó sus manos en mi pecho, con timidez, y me devolvió el beso, pegándose a mi cuerpo.

Me recosté contra el brazo del sofá y Celeste se tumbó encima de mí, desabrochando un par de botones de mi camisa y acariciando mi pecho en el proceso.

Oí el ruido del mando al caerse, pero a ninguno nos importó. Tiré del jersey gris que cubría su cuerpo y dejé a la vista la camisa blanca, que se ajustaba a sus pechos, marcando su sujetador. Tragué saliva con dificultad antes de volver a invadir su boca con mi lengua.

—Yo... nunca he hecho esto —me dijo Celeste sonrojada.

—Ni yo —admití—. ¿Quieres parar? —pregunté, apartándome un poco para ver su cara.

—Quiero hacerlo contigo. —Sonrió, con la cara tan roja que pensé que saldría ardiendo en cualquier momento.

No pude responder, estaba loco por ella y que se entregase a mí de esa forma... Desabroché del todo mi camisa y luego hice lo mismo con la suya. Quería tocar su cuerpo entero.

Me di la vuelta en el sofá, para hacer que ella quedase debajo de mí, con mucho cuidado para no caernos y besé sus pechos, aún cubiertos por el sujetador. Luego busqué el enganche de su falda, pero no encontré como sacarla de ella, lo cual la hizo reír con ganas.

Se levantó un poco, haciendo fuerza con los pies para elevar el culo y pasó las manos por detrás. La falda se aflojó un poco y pude tirar de ella para desnudarla. Dejé a la vista unas braguitas azules, a juego con su sujetador.

Volví a tumbarme sobre ella, con cuidado para no hacerle daño, y acaricié su pelo para apartar un mechón que caía sobre sus ojos.

—¿Estás segura?

—Sí. —Me besó con fuerza y noté sus nervios a través de sus besos.

—Si quieres que pare solo tienes que pedírmelo —susurré.

Ella asintió. Yo volví a atrapar sus labios con los míos, mientras me bajaba mis pantalones. Me deslicé por su cuerpo para desabrochar su sujetador, que saltó al tercer intento, y dejé expuestos sus pechos redondos y rosados.

Atrapé un pezón con los labios y lo acaricié con la lengua, haciendo que gimiese con fuerza. Quise volver a oír aquel ruido tan genial, así que me incliné sobre el otro pezón y repetí el movimiento. Celeste gimió de nuevo y se encorvó para pegarse más a mi cuerpo.

No dejé de acariciar sus pezones con la boca, mientras bajaba la única prenda que quedaba entre nosotros: sus bragas. Rebusqué entre mis vaqueros antes de quitármelos del todo, porque los había dejado enganchados a mis piernas, y encontré el condón que Charly me había dado.

Me quedé un momento de rodillas, entre sus piernas abiertas, admirándola. Su cara roja, su pelo rizado que caía por un lado del sofá como una cascada. Sus pechos perfectos, redondos, coronados por pezones rosados. Su cuerpo estrecho lleno de curvas y su entrepierna cubierta de suave pelo rojo. Era perfecta. Completa y absolutamente perfecta.

Me tendió una mano para que volviese con ella, sin atreverse a pedir lo que quería con palabras, así que me puse el condón y volví a tumbarme entre sus piernas.

—¿Segura? —dudé, besando su cara y las comisuras de sus labios.

—Hazlo —pidió.

Me introduje en ella, apoyando mi frente en la suya y tratando de hacerlo con suavidad. Sentí la tela de su virginidad. Se puso tensa de inmediato al sentir dolor, pero se aferró a mi cuello, como si confiase plenamente en mí y

eso me llenó de amor.

Volví a besarla para calmarla. Y no me moví hasta que se relajó de nuevo. Esperé hasta que abrió los ojos para mirarme. Depositó aún más besos por sus comisuras y sus mejillas y finalmente besé sus labios, moviéndome de nuevo en su interior.

Gimió de dolor cuando rompí su virginidad, pero me esforcé por calmarla y ser suave. Y pronto volvió a relajarse. Y a disfrutar conmigo.

No disfruté de verdad hasta que ella empezó a gritar de placer, apretándose contra mí y moviéndose a mi ritmo. Un orgasmo la hizo temblar y su cara de placer me hizo irme con ella. No dejé de besar sus labios mientras lo hacía.



## **Abram**

Pese a que ya había aprobado el teórico me quedé en clase de la autoescuela toda la tarde después de la clase práctica. Me hubiese gustado poder presentarme de una vez al examen, pero me quedaba un mes para cumplir dieciocho y hasta entonces no me dejaban hacerlo.

—¿Quieres ir a tomar una cerveza? —me ofreció una compañera después de dos horas seguidas de ver señales de tráfico.

—Claro —acepté enseguida.

Cualquier cosa mejor que volver a casa. El día anterior me habían soltado del calabozo y mi familia se había puesto histérica. A algún gilipollas se le había ocurrido llamar a mi madre y toda mi familia apareció por la comisaría, como si fuéramos gitanos.

Y para colmo no habían dejado de interrogarme sobre lo que había pasado. Podía parecer raro, pero me había costado más librarme de ellas que de la policía.

Por su parte, la policía me había tenido toda la noche y parte del día en el calabozo, con otras diez personas. Aquel capullo del bar se había encargado de interrogarme a la hora de comer.

Yo me había limitado a parecer tranquilo y decirle que solo había huido porque pensaba que me quería violar. Al tercer comentario dudando de su virilidad y sus deseos de follarse a un menor, había perdido los nervios.

Otro tipo había aparecido entonces y le había dicho algo, antes de salir juntos de la sala de interrogatorios. *Mi* abogado llegó después de eso y no me dejó responder a nada más, se hizo cargo de todo y unas horas más tarde estaba fuera.

No me atreví a volver a por la mochila con mi dinero, porque estaba seguro de que estarían vigilando el callejón. Si no lo habían encontrado ya, estarían deseosos de hacerlo. Así que me fui directo a casa, con mi familia haciéndome preguntas que me negué a responder.

Lo que más lamenté fue que la policía se había quedado con mi tabaco y mi mechero favorito, como *prueba*. Cabrones.

Así que al día siguiente, después de un día muy incómodo en el instituto porque todos los profesores me preguntaron por qué había faltado el día anterior y Silvia no había ayudado paseando a su novio delante de mí, me fui directo a la autoescuela sin pasar por casa. No quería un nuevo interrogatorio.

Pero al final, después de la hora de la cena, me resigné a volver a casa y, como había sospechado, en cuanto metí la llave en la cerradura la puerta se abrió del tirón y el rostro preocupado de mi madre apareció en el hueco.

—Dios, Abram, estábamos muertas de preocupación —me regañó, aunque me abrazó con fuerza.

—Estoy bien, mamá. —Me liberé de sus brazos y me fui al salón.

—Tu novia está aquí —susurró mi madre a mi espalda.

Supuse que no podía tener ni un puto momento de tranquilidad. Silvia estaba sentada junto a mi abuela, viendo fotos de un álbum. Mi familia tenía un puto problema con las fotos.

—Estás hecho un desastre, hijo —se horrorizó mi abuela al verme.

Después de seis o siete cervezas habíamos comprobado la calidad de los baños en un bar de mala muerte. Supuse que estaba sudado y seguramenteapestase a sexo. No pude evitar reírme un poco por ello, quizá las cervezas tenían algo que ver.

—¿Qué te ha pasado? —insistió mi madre.

—¿Qué haces aquí, Silvia? —Sujeté su brazo y la obligué a levantarse del sofá.

—Abram —me llamó mi madre, pero la ignoré mientras llevaba a Silvia hacia mi habitación.

Cerré la puerta y eché el cerrojo, porque sabía lo metomentado que era mi madre. Silvia tenía cara de cabreo, pero supuse que yo no estaba mucho mejor.

—¿De qué coño vas? —me regañó, clavándome un dedo en el pecho.

—¿Yo? —pregunté sin entender de que me hablaba.

—Con esa puta tos —siguió apuntillando con su dedo en mi pecho—, y luego con la *llamadita* falsa de teléfono. —Apretó los dientes, cabreada—. Charly sospechó algo...

—Silvia —sujeté su cara con mis manos—, si no quieres que tu novio sospeche que te follas a otros, deja de ser tan zorra y no te los folles.

—¿De qué coño vas?! —me gritó, dándome una bofetada.

Di un paso atrás, soltando su cara, y me tomé un segundo, con los ojos cerrados, para tranquilizarme.

—No esperaba que tu novio apareciese por allí —expliqué, mientras me quitaba la chaqueta y la camiseta sudada—. Me pilló por sorpresa. Lo siento.

—Yo tampoco sabía que iba a ir —reconoció ella, dejándose caer sobre mi cama—. Charly es impredecible, si llega a pillarnos...

—No me da miedo tu novio —aseguré, quitándome las deportivas y los pantalones para ponerme un chándal.

Silvia me sujetó, apoyando sus manos frías sobre mi estómago. Acarició mi pecho y subió por mis hombros.

—¿Qué te ha pasado? Parece que has estado en la guerra.

No respondí. Al detenerme aquel poli cabrón me había tumbado sobre los cristales para esposarme y algunos me habían hecho cortes superficiales, pero eso era lo menos malo que me había pasado.

Sabía que no volverían a venderme maría en mucho tiempo, hasta que la policía se olvidase de mí al menos. Y ya sentía el mono.

Silvia me besó, pero me aparté de ella. Después de ver a su novio aquello me hizo sentir peor. Una cosa era saber que le estaba poniendo los cuernos a alguien que yo no conocía y otra era después de haberlo visto. Además, mi visita a los baños con mi compañera de autoescuela me había dejado agotado.

—Ahora no, vete—pedí, apartándola de mí.



## 6.- La primera mentira

### Charly

Mi perfecto plan para secuestrar a la novia de Raúl solo había tenido un fallo: yo no tenía dónde dormir.

Me había ido a casa de Silvia para estrenar aquel uniforme de colegiala, pero había tenido que irme antes de que su padre apareciese por allí. Fui a mi casa entonces, pero mi madrastra, al parecer, no tenía ganas de que durmiese en mi cama.

Debía haberse emocionado mucho cuando el día anterior les había dicho que iba a pasar una semana fuera, porque cuando volví, me miró como si fuera un grano en su culo que debía arrancarse.

Y de alguna forma que yo aún no entendía, como si fuera la ninja de las discusiones, había empezado a gritarme y regañarme por algo. Así que yo había perdido los nervios y me había largado de casa y me había dormido en...

—¡No le toquéis, niños! —Me sobresaltó el grito asustado de una mujer —. Es un drogadicto.

Sí, en un parque. Estaba helado por haberme dormido en un banco de piedra en pleno enero. Me senté despacio y me froté las manos, para entrar en calor. La mujer que había gritado sujetó a sus dos hijos, que eran muy pequeños, mirándome con todo el miedo y el asco que pudo reunir y salió corriendo.

Yo me limité a sacar un cigarro de mi chaqueta de cuero y encenderlo mientras me rascaba la cabeza y se me enredaba el pelo entre los dedos. Supuse que aquella mujer no tardaría en llamar a la policía para que me desalojasen de su precioso parque, así que decidí ponerme en marcha.

Iba a ir a casa a ducharme y cambiarme, esperando que mi madrastra se hubiera ido, o con un poco de suerte, se hubiera mordido la lengua y se hubiera envenenado, pero mi móvil pitó dos veces, haciéndome parar de camino.

Era Silvia para informarme de una fiesta en la universidad a la que quería ir esa noche. Yo no era muy partidario de salir entre semana, pero era mejor que dormir en un banco. Iba a responder, cuando vi la hora en el móvil.

Raúl me iba a matar, había prometido que iría a clase. Salí corriendo hacia

el instituto, ignorando detalles tontos como que no llevaba mochila, que tenía la ropa empapada o que apenas habría dormido un par de horas.

Llegué justo cuando sonaba la sirena, de segunda hora. Casi.

—Mañana llegaré a tiempo —prometí a Raúl, sentándome tras mis amigos.

—¿De dónde cojones vienes? —se horrorizó—. Y apaga eso.

Me quitó el cigarro de un tirón y lo apagó con su deportiva. El profesor llegó justo entonces, así que tapó la colilla con su pie, para que no lo viese.

—¿Qué te ha pasado? —me preguntó Carlos con una sonrisilla.

—La vida, colega —me reí—. ¿Y con la monjita? —Palmeé el hombro de Raúl, justo cuando el profesor nos mandaba callar, pero la sonrisa de mi amigo me dejó bastante claro que había triunfado.

—¿Has decidido volver a mi clase, Charly? —me preguntó el profesor de filosofía, un hombre joven y bastante divertido a veces.

—Estoy experimentando. —Me encogí de hombros, haciendo reír a mis amigos.

—Mejor experimentar con esto que con las drogas —respondió.

—Por supuesto, eso solo lo hago los fines de semana. —Le guiñé un ojo.

—¿Y te has molestado en traer libros o el cuaderno? —me preguntó, resignado, aunque sonreía ligeramente.

Palpé mis bolsillos, como si pudiera llevar un libro y no haberme dado cuenta.

—Puedo tomar notas —ofrecí, enseñándole el papel de liar.

—No te pases de listo... —Negó un poco con la cabeza y luego empezó a hablar con el resto de la clase sobre el tema que íbamos a dar.

Algo me golpeó la nuca cuando estaba planteándome dormirme sobre mi mesa. Me giré para buscar la procedencia. Andrea y Saray estaban mirándome, un par de mesas por detrás. Hice un gesto interrogativo, y entonces lanzaron una bolita de papel, que aterrizó a mi lado. Quise reírme de lo infantil que era aquello, pero lo abrí para ver que sucedía.

«¿Qué te ha pasado?»

Reconocí la letra estilizada y elegante de Andrea. Cogí un boli de mi compañero de atrás, que se quejó un poco, pero se calló cuando le miré con una ceja alzada. Escribí:

«Estáis muy guapas y cotillas esta mañana»

Les tiré la nota de vuelta, y esperé a que la leyesen. Saray soltó una carcajada que trató de disimular con una tosecilla. Andrea se limitó a negar con la cabeza, aunque sonrió también.



## Carlos

Nos habíamos negado a salir con Charly entre semana. Silvia parecía haber declarado la guerra a dormir. O quizá solo quería matar a nuestro amigo. Y el pobre idiota cada día parecía más cansado. Se quedaba dormido por todas partes y era incapaz de seguir una conversación más de dos minutos seguidos.

El viernes decidimos salir con él, por asegurarnos de que no se quedaba dormido en cualquier lado y Silvia lo dejaba allí tirado. Él cada día parecía más enamorado de ella, y nosotros cada vez estábamos más preocupados.

—Lo va a matar —me había susurrado Raúl.

Incluso Andrea y Saray se habían unido a nuestro equipo contra Silvia, aunque nos aseguraron que nunca lo reconocerían ante Charly.

—¿Nos vamos? —Me sobresaltó la voz de mi mejor amigo, saliendo de la habitación mientras se encendía un cigarro.

—Sí, claro —acepté.

Recogí mi abrigo y le pasé el suyo a Raúl antes de salir de casa de este último, donde habíamos quedado para arreglarnos.

—Tenemos que pasar a por Andrea y Saray —pedí.

—Pues vamos. —Nos empujó Charly, para sacarnos de casa, con demasiada energía.

—Podrías poner este ímpetu a los estudios —sugirió Raúl.

—Pero si todos sabemos que tú eres el que nos sacará de pobres —se rió Charly, después de echar el humo del cigarro.

Ninguno le respondimos, porque hacerlo seguramente nos llevaría a una lista de todos los motivos por los que creíamos que se estaba equivocando en la vida. Charly bajó las escaleras delante y Raúl y yo cruzamos una mirada con la que nos dijimos todo lo que pensábamos.

—Oye, Charly —se aventuró Raúl, que definitivamente tenía más valor

que yo para enfrentarse a nuestro amigo—. ¿Te acuerdas cuando dijiste que solo fumabas para fastidiar a tu madrastra? ¿Sabes que no está aquí?

—Joder, Raúl, pareces mi secretaria —se rió el moreno.

—¿Está mal que nos preocupemos por ti? —lo intentó de nuevo.

—Culpaba a tu frustración sexual de que estuvieras tan pesado, pero ya te has tirado a la monjita, relájate de una vez... —suplicó.

—No seas gilipollas, Charly —defendí a Raúl.

—¿Que no lo sea yo? —Se paró en la calle y se giró hacia nosotros, haciéndonos parar bruscamente—. Estáis insoportables desde hace semanas... Y me estáis tocando mucho las pelotas. Si tenéis algo que decir, hacedlo de una vez.

—Nos preocupamos por ti —repetí aquella frase que llevaba meses repitiendo.

—¿Por qué no nos vemos mejor en el bar? —sugirió, antes de cambiar de dirección, alejándose de nosotros.

Raúl iba a andar tras él, pero le paré sujetándole del brazo. No tenía sentido perseguirle, solo conseguiríamos que se cabrease más y alguien acabaría llevándose un puñetazo. Era una dolorosa lección que al final aprendías siendo amigo de Charly. Era mejor dejar que se relajase.

—Vamos a por las chicas.



Nos había costado mucho dar con Charly cuando llegamos al bar en el que habíamos quedado con él. Era algo a medio camino entre una tasca de barrio y una discoteca. Por aspecto y tamaño parecía lo primero, pero la música a tope y las luces parpadeantes indicaban lo segundo.

—Vamos al baño —se disculpó Andrea en cuanto entramos al sitio, tirando de la mano de Saray.

—¿Ya? —se rió Raúl.

—Problemas femeninos, *cotillo* —bromeó Saray, empujando suavemente a mi amigo, que parecía bastante más animado desde que habíamos llegado allí.

—Vamos a buscar a Charly —le recordé cuando nos quedamos solos.

Tuvimos que recorrer todo el estrecho sitio para encontrar a nuestro amigo. Estaba dormido en una de las pocas mesas que había en el sitio, en un rincón. Debía estar realmente agotado.

—¿Lo despertamos? —dudó Raúl.

—¡Chicos!

Oímos el grito de Andrea sobre la música, pero la verdad es que siempre había tenido un tono de voz muy elevado, así que no nos pareció alarmante hasta que vimos su cara de miedo.

Estaba solo unos pasos más allá, dónde había un par de puertas que conducían a los baños. Corrí hasta ella preocupado por lo que pudiera haber pasado.

Señaló el baño y dijo algo, pero estaba tan nerviosa y habló tan rápido que no conseguí entender nada, aunque su tono urgente y su cara de miedo fueron suficiente para Raúl y para mí, que entramos al baño de mujeres.

Apenas logré distinguir nada al principio. En el suelo del baño había dos chicas pegándose. Tardé, quizá un segundo de más, en reconocer el pelo rubio de la chica que estaba encima, golpeando a la otra en la cara, como el de Saray.

Tiré de ella, sujetándola de debajo de los brazos para no hacerle daño. Ella siguió peleando contra mí, intentado soltarse. Y entonces pude reconocer a la chica a la que pegaba: era Silvia. Busqué a Raúl con la mirada, que se había acercado a Silvia para ayudarla, hasta que había visto quien era.

—¿Qué coño hacéis?! —grité.

Andrea había vuelto a entrar, tras nosotros y agachó la mirada en busca de Saray, para comprobar que estaba bien, supuse.

Silvia se levantó, limpiándose con el dorso de la mano la sangre que goteaba de su labio. Saray había ganado definitivamente aquel asalto.

—¿Por qué no se lo cuentas?! —ordenó Saray aún alterada, soltándose de mí bruscamente.

—No tengo que contaros nada —aseguró Silvia, alzando la cabeza con orgullo.

Se acercó al espejo y mojó su mano para limpiarse la sangre. Aparte del labio partido tenía un pómulo enrojecido y un ojo que pronto estaría morado. Tomé nota mental de no cabrear a Saray nunca.

—¿Saray? —preguntó Raúl y me alegró no ser el único desconcertado.

La rubia se alejó de nosotros y por un segundo temí que fuese a pegar a Silvia de nuevo, pero se acercó a una de la puerta de los dos retretes individuales y la empujó con el pie.

Allí dentro había un tipo con los pantalones bajados y esnifando coca de la tapa de la cisterna. La pelea de Saray y Silvia no parecía haberle interrumpido lo más mínimo. Se tocó la nariz y nos miró sobresaltado.

—¿Has traído a amigos a la fiesta, cariño? —se rió, buscando a Silvia con la mirada.

Alguien empujó la puerta del baño para entrar, y Andrea y yo la sujetamos a la vez. Suficientes éramos allí.

—¿No quieres acabar de chupársela? —sugirió Saray, y, de verdad, no quería ver nunca esa ira contra mí—. Podemos hablar cuando tengas la boca vacía.

—No inventes —se rió Silva, con una frialdad que me dejó helado.

Nunca me había caído bien, pero en ese momento me pareció mucho más fría y calculadora que nunca.

—¡Yo también te he visto! —aseguró Andrea, y nos miró a Raúl y a mí, como si temiese que no fuéramos a creerlas.

—Será mejor que dejemos que Charly decida. —Tiré de la mano de Saray para sacarla de allí. No me fiaba de Silvia lo más mínimo.

—No, no, no. —Silvia corrió para ponerse entre la puerta y nosotros—. No podéis contarle nada... No os creerá, no por encima de mí, y no volveréis a verlo... —nos amenazó.

—Vete a casa, Silvia —pidió Raúl—. Mañana podrás hablar con Charly, cuando todo esté más tranquilo.

—Prométeme que no le vas a contar nada —suplicó a Raúl—. ¡Yo te ayudé con tu novia!

—Y te lo agradezco —aseguró mi amigo, con más paciencia de la que yo tenía—. Pero no vamos a ocultarle a Charly lo que ha pasado aquí. Es como un hermano para mí. Aun así, no lo haremos hoy. Y podrás hablar con él mañana —prometió.

—Déjame que se lo cuente yo —rogó una vez más.

—Está bien. —Fui yo el que respondió, porque Raúl no parecía capaz de mentir—. Nos veremos en el bar de Eric a las doce —ofrecí—. Y dejaremos que se lo expliques tú.

Salí del baño antes que ella, porque no me fiaba lo más mínimo, pero se fue del bar sin decir nada más.

—No puedes dejar que se lo cuente ella, lo manipulará —llamó mi atención Saray.

—Se lo vamos a contar nosotros, solo quería que se fuera...

—Aun así, Carlos, no se lo creerá —me dijo Andrea, apoyando una mano en mi hombro—. Charly está loco por Silvia: en cuanto ella llegue llorando y diga que le hemos pegado e intimidado, Charly se alejará de nosotros.

—Entonces contaremos algo a Charly que pueda creerse... —Me apreté el puente de la nariz, de pronto me dolía mucho la cabeza—. Pero no hoy. Todos necesitamos dormir. ¿Podemos quedarnos en tu casa? —pedí a Raúl.

—Sabes que sí.



## 7.- El día de los putos inocentes

### Charly

Me desperté más descansado de lo que había estado en toda la semana. Apenas recordaba como había llegado a casa de Raúl. ¿Me había dormido en el bar? Recordaba a mis amigos diciéndome que teníamos que ir a casa y poco más. Estaba seguro de que habíamos vuelto en taxi.

No me había molestado en ponerme el pijama, me había quitado la ropa y me había dormido sobre las mantas. Volví a ponerme los vaqueros y busqué mi móvil para saber si Silvia estaba bien.

Había preguntado a mis amigos por ella la noche anterior y me habían dicho que se había ido a casa. Me extrañaba mucho que Silvia se hubiera ido tan temprano y sin decirme nada. Pero la noche anterior estaba demasiado cansado para cuestionármelo.

Como no di con mi móvil salí en busca de mis amigos. Solo esperaba no haberlo perdido, porque sería el segundo en los últimos tres meses. Carlos y Raúl estaban sentados en la mesa grande, con cara de funeral, lo cual me dio mala espina.

—¿Quién se ha muerto? —pregunté, tratando de bromear.

Intercambiaron una mirada incómoda y luego Carlos me pidió que me sentase entre ellos.

—Queremos hablar contigo... —me dijo Raúl.

—Tíos, si es por lo de las clases, sé que no he estado muy atento esta semana, pero no volveré a salir entre diario y...

—No es por eso, Charly —me cortó Carlos.

—Menos mal, porque no me apetece nada ir a clase.

—Es por Silvia... —lo intentó Raúl y apartó la vista de mí. Que mi amigo más feliz no sonriese me preocupó un huevo.

—¿Ha pasado algo? ¿Está bien? —pregunté nervioso.

—Sí, lo está. —Carlos pareció asumir que debía contarle él—. Anoche cuando te dormiste en esa mesa, Silvia estuvo tratando de ligar con nosotros...

—¡Venga ya! —me reí. ¿Aquello era una broma? ¿Era el día de los inocentes o algo así?

—Hablamos en serio, Charly —me dijo Raúl, y por algún motivo su mirada me hizo creerle—. Silvia estaba desatada, y cuando la rechazamos,

porque lo hicimos —prometió—, se fue con otro tío al baño.

No supe que decir a aquello. Joder, mis amigos nunca jamás me habían mentido. ¿Por qué lo iban a hacer por algo así? Nunca les había caído bien Silvia, pero aun así... No era capaz de creérmelo.

Silvia era una buena chica, dulce, divertida. Enterré los dedos en mi pelo y apoyé la cabeza en la mesa. Apenas era capaz de pensar. Quizá habían malinterpretado la situación. Volví a mirarlos, necesitaba entender aquello.

—A lo mejor Silvia solo quería hacerse vuestra amiga. Sabe que os cae mal y vosotros malinterpretasteis... —lo intenté, pero Carlos negó con la cabeza.

—Charly, jamás te diríamos esto si no estuviéramos seguros —garantizó Raúl—. Silvia folló con otro tío.

No quería saberlo. ¡Joder! Quería matar a ese tío.

—¿Ella lo sabe? —Tragué saliva y busqué el tabaco en los bolsillos, pero tampoco lo llevaba—. Que me lo habéis contado —aclaré.

Sabía que creía a mis amigos, pese a todo... Los conocía desde que tenía tres putos años. Y miles de imágenes se apelotonaron en mi cabeza, apoyando su versión. Aún recordaba a su compañero de clase, tosiendo incómodo cuando había ido a buscar a Silvia. ¿Se lo tiraba también?

—Sí, hablamos con ella. Quedamos en encontrarnos en el bar de Eric a las doce, para que hablaseis...

—Te ha estado llamando —me dijo Raúl, pasándome mi móvil.

—Yo... —No supe que decir. Volví a la habitación que solía usar cuando me quedaba allí y recogí mi camisa azul oscura.

—¿Dónde vas? —preguntó Raúl, poniéndose en mi camino cuando iba a salir.

—Necesito pensar, u oír lo que tiene que decir, o alejarme de ella, no lo sé, pero quiero estar solo —pedí.

—Charly... —me llamó Carlos, poniéndose de pie también.

—Si me quedo aquí no vamos a acabar bien —prometí—. Y no quiero haceros daño.

Raúl se apartó de mi camino, así que salí de allí casi a la carrera. Necesitaba pensar, alejarme de todos. Tenía que entender lo que pasaba.

Yo quería a Silvia, joder, la quería tanto que ahora el corazón me iba a estallar en el pecho. Mis pensamientos estaban tan nublados que no lograba sacar nada en claro, y necesitaba desfogarme, sacar toda esa ira de dentro.

Di un puñetazo a una pared, y luego otro, y otro más, hasta que me

sangraron los nudillos, pero eso no me alivió ni un poco. Apreté los dientes por el dolor y grité frustrado.

Caminé sin rumbo hasta llegar al parque donde normalmente quedaba con mis amigos, muy cerca de mi casa. Una tormenta se desató justo sobre mí y enseguida quedé empapado. Ni siquiera había cogido la chaqueta. La camisa se pegaba a mi piel y sentí frío muy adentro.

Saqué mi móvil y comprobé que de verdad tenía una docena de llamadas de Silvia. Pulsé sobre una de ellas y me llevé el teléfono a la oreja.

—Charly, estaba muerta de preocupación —fue su saludo.

—¿Lo has hecho?! —pregunté con la voz llena de toda la rabia que sentía. No era capaz de pronunciar las palabras. Dolía en la garganta.

—Yo... —Hubo un segundo de silencio que reveló más que sus palabras—. Puedo explicártelo, lo entenderás.

No iba a entenderlo, no podría entenderlo de ninguna de las maneras. Yo jamás habría hecho nada así. El dolor me hizo gritar de nuevo. Y tardé un poco en poder hablar.

—¿Eso es que sí? —Me aparté el pelo mojado de los ojos con una mano.

—Quiero estar contigo para siempre, Charly. He sido una estúpida...

—¿Con cuantos...? —pregunté, con los dientes apretados.

—Solo a uno —dijo, pero ahora estaba seguro de que era mentira—. Habla conmigo, por favor —suplicó—. Estoy esperándote, en el bar de Eric.

Aparté el móvil de mi oreja porque sentía que me ahogaba. Golpeé con el puño una farola y mi sangre se mezcló con el agua que chorreaba por el metal.

—No vuelvas a acercarte a mí, ni a mis amigos, Silvia —ordené, antes de colgar—. ¡Joder! —grité, escupiendo el agua de la lluvia que se me metía en la boca.

Mi móvil empezó a sonar otra vez. Comprobé que era Silvia antes de lanzarlo contra un árbol. Se hizo añicos al golpearse. Me dejé caer de rodillas entonces y grité. Grité tan fuerte como me permitieron mis pulmones. Y dejé que el agua de la lluvia se llevase las lágrimas que nunca reconocería haber vertido por Silvia.



Volví a casa completamente empapado. Ignoré a mi padre y a mi madrastra cuando me dijeron algo. No podía pensar. Era como si la vida fuese solo un zumbido de fondo. Me encerré en el baño y me metí bajo el agua caliente. Aún

con la ropa puesta.

Me quedé allí mucho rato. Mi padre aporreó la puerta, preguntándome algo, pero no era capaz de pensar. Me quité la ropa cuando conseguí entrar en calor y sentir de nuevo los dedos. Aun así me quedé un rato más allí. Mirando el vacío.

Salí cuando oí a mi padre decir que tiraría la puerta abajo si no lo hacía. Ni siquiera estaba seguro del rato que había pasado allí encerrado. Apagué el agua de la ducha, me envolví en una toalla blanca y abrí de un tirón.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó, y por primera vez me pareció preocupado.

Normalmente mi padre se comportaba como si fuera uno de mis amigos. Y era gracioso porque mis amigos a veces se comportaban como si fueran mi padre. Pero me miró por una vez como si estuviera preocupado de verdad por mí.

—Necesitaba una ducha. —Me encogí de hombros.

Me pareció que mi voz no me pertenecía. Era fría, distante. Volví a cerrar la puerta y usé otra toalla para secarme el pelo y quitarme los restos de agua de mi cuerpo.

Salí cuando estuve seco y me encerré en mi habitación para vestirme. Una vez frente al armario, solo pude tragar saliva, sin saber que ponerme. ¿Qué iba a hacer? No era capaz de pensar con claridad.

Me tumbé en la cama y me quedé mucho rato allí. Tratando de decidir qué hacer. Quise convencerme de que no me importaba, Silvia solo era una tía, ¿no? Había millones en el mundo. Si ella quería follarse a otros, que lo hiciera.

—¡Que le jodan!

La rabia y la ira me llenaron de nuevo, con un sabor muy amargo. Me levanté y me puse lo primero que pillé en mi armario. Unos vaqueros anchos y una camiseta negra. Tenía que volver a casa de Raúl, a por mi chaqueta y el tabaco, y seguro que mis amigos estaban muertos de preocupación.

Pero mi madrastra aún no había dicho la última palabra. Estaba seguro de que tenía una especie de sentido arácnido para saber cual era el peor momento para tocarme los cojones.

—¿Dónde crees que vas? —me dijo.

Tuve la mala suerte de que ella estuviera saliendo de la cocina cuando yo pasé por allí, o quizá hubiera estado esperando para amargarme la vida. Nada me extrañaba ya.

—Ahora no —pedí, apretando los puños con fuerza.

—Esto no es un hotel. No puedes salir y entrar cuando te da la gana sin aportar nada. Sara ha tenido que limpiar los platos otra vez, aunque era tu turno.

—Quítate de mi camino —ordené.

—¿Quién te crees que eres, mocoso desagradecido? —Si no la odiase tanto hubiese admirado su valentía.

—¡Déjame en paz! —grité, rugiendo furioso.

—¡Charly! —Mi padre llegó hasta nosotros, y apoyó la mano en mi pecho para alejarme de esa mujer que había aparecido en mi vida para jodérmela.

—No me toques. —Me libré de la mano de mi padre de un manotazo.

—¿Qué te pasa? —insistió él.

Quise gritarle que lo que me pasaba era esa puta con la que se había casado y que disfrutaba amargándome la vida. Pero entonces vi a Sara. Estaba al final del pasillo y me miraba con sus ojos oscuros asustados.

—Sara... —Di un paso hacia ella.

Quería calmarla, me pareció que estaba llorando incluso. Se debía haber asustado con mis gritos. Y lo último que quería era dar miedo a mi hermanita. Ella era el único motivo por el que seguía volviendo a ese infierno de casa.

—No te acerques a ella —ordenó mi madrastra, poniéndose delante, como si yo pudiera hacerle daño.

Pasé a su lado, apartándola de mi camino de un empujón poco delicado. Ella exclamó y luego empezó a gritar a mi espalda que estaba loco o algo parecido, pero me daba igual.

Llegué hasta Sara y como había sospechado tenía las mejillas llenas de lágrimas. Se las limpié con los pulgares y me alivió que no se alejase de mí, al contrario. Me rodeó con sus bracitos y por un segundo me olvidé del dolor que había partido mi pecho en dos.

—No llores —pedí, apartándome un poco para ver su cara.

—No te vayas —suplicó ella.

—Volveré por ti, siempre lo hago. —Le guiñé un ojo y me aparté para salir de allí.

Lancé una última mirada a mi espalda. Mi padre calmaba a su mujer, que lloraba a gritos sobre que yo era un maltratador o algo parecido, pese a que apenas la había tocado.

No podía seguir allí. Salí dando un portazo.



## 8.- Amistad verdadera

### **Raúl**

Yo había tenido muchas cosas a lo largo de mi vida. Mis padres tenían varios negocios que iban muy bien y nunca nos había faltado el dinero. De pequeño tuve todos los juguetes que quise y de mayor nunca me había faltado nada material.

Y esa era la clave de mi vida, algo que mis padres nunca habían llegado a entender. Que lo único que había sacado de ellos, durante mis dieciséis años de vida eran cosas materiales. Jamás se habían alegrado porque tuviese buenas notas, ni habían intentado conocer a la chica que me gustaba, ni habían tratado de saber qué quería hacer con mi vida.

Unos tres años antes me había roto el codo jugando a lo bestia con Charly en el instituto y solo me habían mandado un mensaje desde donde fuera que estuvieran. La madre de Carlos me había ido a buscar al hospital y había vivido en su casa durante meses hasta que estuve bien.

Y a lo largo de mi corta vida había aprendido algo: el dinero no lo es todo. Charly solía reírse, diciendo que yo pensaba eso porque lo tenía. Y quizá era así. En una ocasión nos habíamos apostado cincuenta pavos a que podíamos vivir una semana entera con diez euros. Había ganado él, claro. Yo había acabado comiendo pasta cruda, muerto de hambre.

Así que quizá el dinero era importante en parte, pero más importante era la familia. La de verdad, no la que te imponían por nacimiento. Quizá no podía vivir con diez euros, pero llevaba toda la vida haciéndolo sin mis padres. De una forma que sabía que no podría hacerlo sin mis amigos.

Habíamos salido a buscar a Charly después de que se fuese de mi casa, pero no dimos con él. Carlos y yo nos habíamos separado para encontrarlo más rápido, pero ambos volvimos sin nada.

Probamos a llamarlo una y otra vez, pero su móvil estaba apagado, y yo estaba a punto de ir a denunciar su desaparición a la comisaría más cercana, cuando sonó el timbre.

Corrí hasta la puerta para encontrarme a Charly al otro lado. Me dirigió algo parecido a una sonrisa, aunque sus ojos enrojecidos y sus nudillos ensangrentados no me engañaron.

—¿Estás bien? —pregunté.

No me respondió, me palmeó el brazo al pasar por mi lado y se fue directo a la habitación. Me hubiese gustado hablar con él, pero me valía con saber que estaba en casa. Oí a Carlos suspirar aliviado cuando Charly pasó a su lado.

Pensé que se encerraría en su habitación y se negaría a hablarnos, o algo parecido, pero salió de nuevo un minuto después, con el paquete de tabaco en la mano y buscando su mechero en la chaqueta que llevaba en la otra.

—¿Por qué me miráis así? —preguntó, cuando dio con el mechero.

Tiró la chaqueta al suelo y empujó a Carlos para sentarse en el sofá, apoyando los pies en la mesa baja. Yo moví una de las sillas del comedor para sentarme frente a ellos.

Carlos y yo nos miramos, sin estar muy seguros de qué podíamos decir. «¿Te miramos así porque pensábamos que estarías destrozado?». Estaba claro que no estaba bien —las manos le temblaron al encenderse el cigarro— pero se esforzaba mucho por disimularlo.

—¿Quieres algo? —ofrecí.

—Salir de fiesta —dijo, antes de dar una larga calada.

—No creo que sea buena idea —negué con la cabeza.

—No era una oferta, yo me voy. —Me dirigió una sonrisa, pero le temblaron las comisuras.

—¿Por qué? —pregunté, entrecerrando los ojos. Charly se limitó a encogerse hombros—. No tienes que demostrar nada, ni...

—No quiero demostrar nada. —Se levantó del sofá y se fue a la cocina. Volvió con tres cervezas que repartió entre nosotros—. Solo quiero divertirme.

—Quizá sea pronto para eso —sugirió Carlos.

—Sí, saldré después de la cena. ¿Pedimos pizza? —Dio un largo trago a su cerveza y la dejó de nuevo. Nosotros no hicimos intento de abrir las nuestras.

—No finjas no entender lo que intentamos decirte, Charly —supliqué.

—¡Joder! —Se levantó y apagó el cigarro a medias en el cenicero que tenía en la mesa para él—. ¿Qué tengo que hacer? ¿Quedarme en casa llorando como una niña? Si Silvia quiere... —Apretó los labios y los puños. Cogió aire con fuerza antes de seguir hablando—. ¡Que le jodan! ¡Joder! —Dio una patada a la mesa y volcó su cerveza, pero ninguno hicimos nada por limpiarlo.

—Tranquilo, Charly. —Traté de mantener un tono calmado para que se relajase, pero claro, los trucos baratos no servían con él.

—Estoy tranquilo —me gruñó.

—Si quieres salir de fiesta salgamos —aceptó Carlos, y le miré mal—. Pero tienes que prometer que no te harás el machito, ni la liarás, y si pasa cualquier cosa aceptarás lo que te digamos y volverás a casa.

—Sí, papá —se burló Charly, visiblemente más calmado—. Voy a dormir un rato, creo que lo necesito.

Se bebió la cerveza de Carlos de un trago y se fue a la habitación. Esperé un rato para asegurarme de que no nos oía y me dejé caer en el sofá.

—¿De que vas? Ya estaba en casa...

—Va a salir igual, Raúl, no seas tonto. —Hizo un gesto de disgusto—. Estaremos con él para controlarlo.

Dudaba mucho que nadie pudiera controlar a Charly, pero me limité a poner los ojos en blanco y abrirme la cerveza. Sin duda iba a ser una noche de mierda.



## Abram

—No acostumbro a decirle esto a otro tío, *Chino*, pero te echo de menos —suspiré mientras me dejaba caer en una butaca a su lado—. Todo se ha ido a la mierda desde que no estás. —Me pasé la mano por la barba, crecida de un par de días—. Supongo que ya sabes que *Pato* está en la cárcel, otra vez. No tiene pinta de que lo vayan a soltar pronto. Y yo, casi acabo en una celda a su lado —me reí sin mucho humor—. ¿Te acuerdas cuando nos reíamos de la gente que acababa así? *Pato* solía decir que allí solo acababan los idiotas, o los que no corrían lo suficiente.

Cogí aire, que olía a desinfectante y lejía. Desde niño aquel olor había conseguido calmarme, aunque no estaba muy seguro de por qué. De pequeño pasé mucho tiempo en hospitales con mi abuelo y luego con mi tío. Al final, nos acostumbramos a todo, supuse.

—A mí casi me pillan también —suspiré y seguí hablando—. Me tendieron una trampa, y un puto poli cabrón casi me atrapó. Ahora he perdido mis ahorros y no puedo contactar con el que me vende. Además, estoy paranoico. Al entrar en tu habitación he tenido que revisar todo para asegurarme de que uno de esos cerdos no estaba escondido en el baño, o en ese ridículo armario.

Agité la cabeza y observé el rostro de mi amigo. Tenía cables y tubos conectándole a un montón de máquinas que lo mantenían con vida. Sus ojos cerrados le hacían parecer dormido, pero llevaba cuatro meses así. Y su piel amarillenta y pegada a los huesos era un claro indicativo de que no estaba tan solo sumido en el sueño.

—No sé como seguir. —Me apreté el puente de la nariz para calmarme—. Vender hierba era una forma de mantenerme activo, pero ya no sé que hacer. Sé lo que me dirías: «estudia, céntrate, no acabes como nosotros». O al menos eso quiero creer que dirías. Ya no estoy muy seguro de si os conocía bien.

Me recosté en la butaca y me decidí a dejar de decir gilipolleces. Sin duda había bebido garrafón la noche anterior. Aunque era verdad que echaba de menos a mis amigos.

Y, sobretodo, la paranoia no me dejaba dormir. Sabía que la policía aún me seguía, estaba seguro de ello. Así que no había tratado de ponerme en contacto con *el Hámster*, ni me había atrevido a volver a por mi dinero. Solo esperaba que el dueño de la casa donde lo había escondido no lo encontrase antes que yo.

Mi móvil empezó a sonar cuando yo estaba quedándome dormido allí. Miré la pantalla táctil para comprobar que era Silvia y lo dejé sobre la mesilla.

—No le digas que no se lo he cogido, *Chino*, pero está muy pesada últimamente. —Volví a rascarme la barba—. Yo creía, cuando me dijo que tenía novio, que se olvidaría un poco de mí, pero creo que nos vemos más que antes incluso, y empieza a agobiarme. Es mi amiga, quizá la última que me queda, así que me siento horriblemente mal por seguir con su juego. El otro día su novio apareció en el instituto y me sentí como la peor rata de la historia. Una cosa es que sepa que tiene novio y otra que tenga que verle la cara. Estuve a punto de confesarlo todo y mira que soy un tipo duro. Aguanté veinte horas detenido sin soltar prenda —me reí un poco.

Mi móvil empezó a sonar de nuevo y bajé el volumen para que no despertase a toda la planta de comatosos. La hora de visitas acababa en una media hora y no quería llamar la atención de todos sobre mí, porque quería quedarme allí a pasar la noche.

—La canción es nueva —me acordé de pronto—. Supongo que te gustaría. ¿Te acuerdas cuando querías ser músico? Te regalamos aquella guitarra carísima entre *Pato* y yo. Él robó su parte, pero yo curré como un cabrón un verano entero para conseguir el resto. Y luego la malvendiste para pagarte un

pico. Lo he pensado muchas veces. Espero que no fuera el último. Suficientemente culpable me siento ya.

Respondí al móvil la siguiente vez que empezó a sonar, porque me estaba poniendo de los nervios.

—¿Qué?! —pregunté de mala manera.

—¿Abram? —Silvia lloraba con fuerza al otro lado—. Necesito verte, tu madre me ha dicho dónde estabas. Estoy en el aparcamiento.

—Voy —suspiré, antes de colgar—. Tengo que irme... —Apoyé la mano en su brazo un segundo—. Duerme bien, y descansa, tío, porque quiero que despiertes algún día, y nos iremos una semana de fiesta... —Me lo replanteé un poco—. Pero de refrescos y sin drogas, seremos sanos —me reí de mi propio chiste. Tenía mono desde el momento que me había quedado sin maría. ¿Cómo iba a ser sano?

Fui arrastrando los pies, sin muchas ganas, para encontrarme con Silvia. Supuse que ella también tenía mono de maría, porque me había reservado para mí lo poco que me quedaba, así que ella llevaba más que yo sin fumar.

Estaba en el aparcamiento, tal y como había dicho, apoyada sobre un coche negro, con unos vaqueros ajustados y una camiseta de manga larga transparente que dejaba ver otra interior de tirantes. Debía estar helada. Yo llevaba una chaqueta gruesa de tela y aun así tenía frío.

—¿Qué pasa? —pregunté al llegar hasta ella.

Alzó la cabeza de su móvil y entonces vi su cara. Tenía un ojo amoratado y medio cerrado, el pómulo hinchado y el labio partido.

—¿Qué te ha pasado? —pregunté horrorizado, sujetando su mejilla para poder comprobar sus heridas mejor.

Estaba claro que eran puñetazos.

—Charly se ha enterado de que le he sido infiel —explicó, pasándose la lengua por los labios con nerviosismo.

—¿Y él te ha pegado? —Quise asegurarme. Iba a matar a ese cabrón. Silvia rompió a llorar, asintiendo con la cabeza. La envolví en mis brazos y dejé que llorase contra mi hombro. Estaba temblando, parecía aterrorizada—. Voy a matarlo —prometí.

—No —gimió ella—. Te hará daño. —Clavó las uñas en mi chaqueta y se pegó más a mí.

—No puedes dejar que te hagan esto, Silvia —sujeté sus manos para que soltase mi abrigo y tomé su barbilla de nuevo—. Tienes que quererte más.

—¿Tú me quieres? —preguntó y le tembló el labio.

Quise poder decir que sí, sin más, porque estaba claro que era lo que necesitaba oír. Pero yo no podía querer, no de esa forma. La parte de mi cerebro encargada de ese sentimiento era un área gris.

—Me importas, me importas mucho —aseguré, y eso era todo lo que podía darle de mí para calmar su temblor.

—He pasado mucho miedo —lloró y dejé que se me abrazase otra vez.

—¿Dónde está ese hijo de puta? —pregunté, acariciando su pelo para que se tranquilizase.

—No lo sé. —Sorbió por la nariz—. Si salen irán al bar de Eric, siempre van allí.

—Pues vamos. —Tiré de su mano para que me acompañase, yo no sabía dónde estaba ese sitio.



## 9.- El juego de la vida

### Carlos

Seguimos a Charly poco convencidos hasta el bar de Eric. Parecía animado, demasiado, y en cierta forma esperábamos que estallase en cualquier momento. Charly nunca había sido de los que se guardaban las cosas para sí. Era explosivo y por eso vivía más tiempo en mi casa y la de Raúl que en la suya.

Raúl no dejaba de lanzarme miradas cabreado, porque daba por hecho que era mi *permiso* lo que nos había llevado hasta allí, y no el hecho de que Charly fuese un cabezón.

El bar de los padres de nuestro amigo abría hasta las dos o las tres de la mañana, y normalmente era un sitio donde tomar unas cervezas a un precio razonable antes de irnos de fiesta por ahí.

Sin embargo, aquel día, Charly pasó de la cerveza y pidió tres whiskys. Raúl le dijo algo que no logré oír sobre la música, lo que hizo que Charly pusiera los ojos en blanco.

—Vamos a jugar a un juego esta noche —nos gritó mi amigo por encima de la música—. Probad a ser mis amigos en lugar de mis padres.

No pude evitar reírme. Quizá nos estábamos preocupando demasiado por él. Acepté el vaso que me pasó, después de pagar al padre de Eric, que había comentado algo con disgusto antes de servirle el alcohol.

—Una copa y a casa, amigo —pidió Raúl.

—Por empezar de cero —brindó Charly y se bebió su copa de un trago. Luego volvió a girarse hacia la barra.

—Menuda idea de mierda —me dijo Raúl.

Yo intenté imitar a Charly y beberme la copa de un trago, para no aguantar los reproches de Raúl. Pero el líquido a palo seco me quemó la garganta y me hizo toser.

Charly volvió con dos vasos en las manos, y pasó de nosotros totalmente. Se acercó a un par de chicas que charlaban en una mesa y se puso a hablar con ellas, como si fuera lo más normal del mundo.

—Vale, ahí estará a salvo —aseguró Raúl, sentándose en un taburete.

Yo le imité, porque me dolía todo el cuerpo de la tensión. Miré el reloj de mi móvil para comprobar la hora. A la mañana siguiente tenía partido y estaba

seguro de que iba a ir reventadísimo.

Tenía un par de mensajes de Andrea. Me había pasado el día mandándole mensajes para informarle de los avances con Charly. Invité a ella y a Saray a bajar con nosotros, pero me aseguró que Saray ya había salido suficiente por un par de semanas.

Aún no estaba seguro de lo que había pasado para que Saray se liase a puñetazos con Silvia. Es decir, a mí también me había enfurecido y también quería defender a Charly. Pero que Silvia fuese una zorra no era motivo para pegarle.

Ni ella ni la propia Saray habían entrado en detalles. Y por un momento, esa actitud de no querer explicarnos las cosas me había recordado mucho a Charly. Al parecer estaba rodeado de jodidos cabezotas.

Respondí brevemente a Andrea y volví a guardar el móvil. Raúl bebía distraído de su copa. Yo la dejé a un lado. No quería jugar resacoso además de trasnochado.

También había indagado sobre la relación de Raúl y Celeste durante esa tarde. Mi amigo parecía locamente enamorado de la chica. Yo había tratado de hacerle entender que no sería una relación fácil, pero al jodido Romeo le daba igual todo.

Charly había logrado sentarse con las dos chicas, y ellas se reían de algo que él estaba contando. Me pregunté que estaría diciendo. Para Charly siempre había sido muy natural hablar con mujeres, y con todo el mundo, en general. A mí me costaba un infierno hacer amigos y me parecía imposible ligar de esa forma.

—¡Joder! —Oí a Raúl por encima de la música.

Al principio pensé que también estaba sorprendido con la forma de ligar de Charly, pero cuando le miré, su cara pálida y su mirada fija en la puerta me hizo ver que me equivocaba. Seguí su mirada, para toparme con la cara morada e hinchada de Silvia, cortesía de Saray.

—Mierda —dije.

Me puse de pie para sacarla de allí antes de que Charly reparase en ella, pero era tarde. Mi amigo se levantó de dónde estaba y fijó la vista en Silvia, pero no se movió de de su lugar.



## Abram

Silvia me llevó dónde estaba ese cabrón de su novio, o lo que fuera ahora. ¡Y yo que había sentido lástima por él! Parecía aterrorizada por verlo y aunque yo había insistido en que solo tenía que decirme dónde estaba y podía irse a casa, no quiso hacerlo.

Quizá Silvia no era la mejor persona del mundo, pero nadie se merecía que un energúmeno le diese semejante paliza. Y menos una chica que no habría podido defenderse de sus golpes.

La furia fue creciendo en mí, y cuanto más pensaba en ello, o miraba a Silvia, más me cabreaba. Traté de convencer por última vez a Silvia de que se fuera a casa, antes de entrar en el bar.

—No te dejaré solo ahí —me dijo, agachando la cabeza con una timidez poco propia de ella.

—La cosa se va a poner fea —lo intenté.

—No te dejaré solo —insistió.

Y sinceramente, me daba igual estar solo o no.

Silvia entró delante, pero pude ver el bar al completo, repleto de jóvenes borrachos, que bailaban y se enrollaban. Y localicé a su novio. Estaba cerca de la puerta, charlando con dos tías. ¡Qué poco le había durado el luto!

Acorté la distancia que nos separaba en un par de pasos largos. Silvia se quedó atrás, sin saber como reaccionar.

—¿Buscando nuevas víctimas, gilipollas? —pregunté a aquel hijo de puta.

Él pareció desconcertado. Miró a Silvia con los puños apretados y luego clavó sus ojos en mí, como si no entendiera que hacía yo allí. Pude ver sus nudillos desgarrados, con heridas. Se había esmerado bien en la paliza que le había dado a Silvia.

—¿Qué problema tienes? —cuestionó, después de otra mirada confusa a Silvia.

—¿Con los tíos que se dedican a pegar a las chicas? Muchos —aseguré.

El tipo miró a Silvia una vez más, y luego se rió, sin humor. Había algo triste en sus ojos, pero no me importó, no iba a sentir lástima de una persona de su calaña.

—¿Y no tienes ningún problema con los tíos que se tiran a las novias de otros? —Alzó las cejas, aunque tenía los dientes apretados, al igual que los puños—. ¿Solo uno, Silvia?

—Charly —lo llamó ella, con los ojos llenos de lágrimas—. Yo te quiero.

—Eso se lo dirás a todos —se rió Charly, mientras yo sujetaba a Silvia para que no se acercase más—. ¿Te lo decía a ti mientras te la chupaba?

Yo podía defender a Silvia porque ese bestia le hubiese dado una paliza, pero ante los cargos de infidelidad no tenía ninguna defensa.

—Solo te quiero a ti —aseguró Silvia, soltándose de mi brazo para acercarse más a Charly.

—¿Y por eso lo has traído a él? —se rió con amargura—. Acepto tu palabra o me dará una paliza. ¿Eres su matón? Creía que la puta era ella, pero quizá tú seas su puta. —Me guiñó un ojo que pretendía picarme.

Y yo no necesitaba ni una provocación más.

Lancé el puño a su cara, pero lo esquivó y me tomó por sorpresa. De pronto estaba encima de mí y me derribaba con el hombro. Me aplastó contra el suelo, sentí el golpe en cada hueso de mi espalda. Forcejeamos. Intentaba levantarse clavándome el codo izquierdo para poder golpearme, pero me adelanté, y hundí mis nudillos en su pómulo.

Cayó a mi lado y rápidamente me coloqué encima, sentándome sobre su estómago. Intentó sujetarme pero acerté a golpearle antes de sentir un fuerte dolor a ambos lados de la cintura. Apreté sus muñecas con mis manos sorprendido, me estaba hundiendo los dedos y retorciendo. Dolía como su puta madre, no podía ni creérmelo.

Alguien me empujó entonces y rodé un metro. Me puse en pie todo lo rápido que pude pero él ya estaba muy cerca. Sentí la piel de mi mejilla rasgarse contra mis dientes cuando me golpeó, lanzándome contra quien tenía a mi espalda. Eso me frenó y pude devolverle la hostia, y darle otra y otra. Fallé la última y se situó a mi izquierda. Me sujetó la muñeca, me forzó a inclinarme doblándomela de mala manera, y comenzó a golpearme en la espalda.

Acabamos contra la barra y me impulsé en ella para liberarme y escurrirme bajo su agarre. Lancé una patada contra su pierna, desestabilizándole, e hincó la rodilla derecha. Habría rematado a ese cabrón, pero alguien me sujetó por detrás. Peleé por soltarme mientras me alejaban de él.

Pude ver entonces que había más gente peleando alrededor, y a Charly levantándose con la boca y la ropa llena de sangre. Vino hacia mí con el puño en alto y no pude detenerlo, me dio en toda la sien. Se me nubló la vista, pero antes de que me soltaran, conseguí atizarle una patada en el estómago. No pude verle caer, pero yo di de bruces con el suelo. Todo daba vueltas, veía puntos

de luz brillante. Intenté arrastrarme para alejarme, pero recibí empujones y pisotadas. Alguien cayó encima de mí, y me costó liberarme y llegar bajo una mesa.

Me senté mientras recobraba un poco mis sentidos y los oí:

—¡La policía!

La música parecía haber parado, quizá rato antes, y la gente empezó a gritar y correr. Las luces se encendieron de golpe y un montón de uniformados entraron a la vez. No podía dejar que me detuviesen otra vez, si ese poli cabrón podía acusarme de una pelea acabaría compartiendo celda con *Pato*. Y por mucho que echase de menos a mi amigo no quería acabar como él.

Silvia apareció desde algún lado y se aferró a mi mano. Estaba a punto de soltarme de ella para buscar una salida, cuando me dio la clave:

—¡Por allí hay una salida que lleva a un callejón trasero!

Apreté sus dedos con fuerza y corrí hacia el lugar que decía. No éramos los únicos, así que la policía no tardaría mucho en aparecer por aquel lado, si es que no estaban ya allí. Quizá salíamos de la sartén para caer en las brasas, pero debíamos intentarlo.



## Raúl

Ni siquiera entendí del todo de dónde había salido el tipo que se pegaba con Charly, o quién era, pero cuando iba a separarlos, alguien se tropezó con ellos, o por esquivarlos, y derramó su copa encima de otra persona y una verdadera batalla campal empezó alrededor.

Unos solo querían alejarse, y otros grababan con sus móviles y querían ver más de cerca. Otro par de peleas se inició de golpe, y yo tuve que esquivar a un enorme grupo de gente y abrirme paso a codazos para poder separar a Charly y al otro tipo.

Y una vez que llegué no pude hacer nada, porque no estaba en el ángulo correcto. Y temía que si trataba de abrirme paso para separarlos mejor, la multitud me alejase de ellos.

Carlos consiguió llegar entonces, y sentí algo de alivio, pero fue muy breve. Los separamos al fin, aunque Charly me empujó para seguirse pegando con él, como si no tuviera suficiente.

Alguien gritó que llegaba la policía y todo se volvió aún más caótico. Charly tiró de mí y empujó a Carlos para que le siguiera cuando llegamos a su lado, y salimos por el callejón trasero.

—Corred —nos ordenó mi amigo cuando estuvimos fuera.

Y obedecimos.



## 10.- Drogas duras para el dolor

### Charly

Me esforcé mucho por seguir el ritmo de Carlos y Raúl, pero me dejaron atrás a la tercera calle. Me doblé por la mitad, sudando a chorros (¿o quizá era sangre lo que me empapaba la cara?) y me esforcé por encontrar el oxígeno que había perdido por la carrera.

La última patada que me había dado ese cerdo me había dolido como si me partiese las costillas. Ni siquiera entendía del todo que pasaba. ¿Por qué Silvia tenía la cara llena de moratones? ¿Y por qué su amigo venía a pegarme a mí?

Tenía claro que ese tío también se la tiraba, lo había sabido desde el primer momento que lo vi en su instituto, pero no quise creérmelo. ¿No sabía que también se acostaba conmigo y por eso le había pegado? No tenía sentido y todo daba demasiadas vueltas como para tratar de encontrárselo.

Sabía que de cierta forma me había sentado bien pegarme contra él. Había liberado algo de toda esa ira. Pero sin ese sentimiento, y con todo el cuerpo dolorido de forma que apenas me podía mover, solo quedaba algo muy amargo en mi pecho. Justo lo que había tratado de evitar desde que mis amigos me contasen la verdad sobre Silvia.

Me encontré un poco mejor y me estiré para seguir caminando. Raúl y Carlos volvieron a mi lado. Debían haberse dado cuenta de que no los seguía.

Solo logré dar un paso, y entonces el dolor se volvió mucho más agudo y me hizo doblarme de nuevo por la mitad. Sentí el ácido en la garganta justo antes de que me diese una arcada. Vomité sangre, alcohol y jugos gástricos.

—¡Charly! —se horrorizó Raúl.

—Estoy bien —aseguré.

Y entonces todo se volvió negro.



### Carlos

No llegamos a tiempo de sujetar a Charly, que se desmoronó en un instante.

Raúl fue el primero en reaccionar, agachándose a su lado.

—Tenemos que llevarlo al hospital —pedí.

Charly tenía un aspecto horrible. La nariz le había chorreado sangre por toda la boca y la ropa, y tenía un pómulo tan inflamado que se le cerraba uno de sus ojos. Y eso era solo lo que podíamos ver. Yo estaba sujetando a ese tipo cuando dio una patada en el estómago a mi amigo. Por lo que sabíamos podía tener algo roto por dentro.

Ayudé a Raúl a levantarlo, sujetándolo de un brazo cada uno, y lo arrastramos calle abajo, en busca de un taxi que nos llevase hasta el hospital. Ni siquiera estaba seguro de cómo íbamos a explicar el estado de Charly.



## **Abram**

—Necesito un escáner —pedí, a la señora de información, que me miró como si yo fuera un mosquito.

Supuse que le molestaba que estuviera manchando su mostrador de sangre, pero no era mi culpa que la ceja no dejase de sangrarme. Ni siquiera estaba seguro del todo de qué me había pasado en ella. Debía haber sido al marearme, me habría golpeado contra algo.

—¿Qué te ha pasado? —me preguntó, sin dejar de mascar su chicle.

—Un coche —me toqué la ceja en un intento de hacer que parase de sangrar—, uno muy grande —aclaré.

Sabía que no me creía, supuse que mis heridas no coincidían demasiado con las de un coche y tenía demasiadas papeletas para ser un pandillero que se había dado una paliza con alguien más.

—Deme sus datos —pidió, con toda la tranquilidad del mundo.

Respondí a todas sus preguntas y esperé, tal y como me pidió, en la sala de espera. Sabía que no me iba a desangrar, ni a morir, pero me preocupaba ligeramente la pérdida parcial de consciencia y el zumbido permanente en el oído.

—Lo siento mucho, Abram —se lamentó Silvia, que me había seguido hasta allí.

—Vete a casa, Silvia —pedí, taponándome la herida de la ceja con la mano.

—No voy a dejarte solo —susurró.

—No estoy solo, hay un montón de gente aquí. —Señalé la sala de espera, aunque solo había tres personas más—. Y muchos médicos y profesionales...

—Algún día estarás en el otro lado —me dijo de pronto, ignorando mi petición *amable* de que me dejase solo—. Serás uno de esos tipos con bata, elegantes, con dinero... Y un futuro, lejos del barrio y de toda esta mierda. —Señaló la sangre de mi camiseta, que se había roto por varios puntos.

—La mierda nos sigue, Silvia, nadie puede librarse de ella... —suspiré—. Y todo eso será si tu novio no me ha dejado tonto —bromeé, tratando de parecer menos serio de lo que me sentía.

—Ya no es mi novio. —Apoyó la frente sobre mi hombro y me pareció que estaba llorando.

Me mordí la lengua para no responder, pero ¿qué esperaba? Yo le había advertido que debía dejar de acostarse con otros. Aunque no era quien para juzgarla, dado que me había seguido acostando con ella.

Entonces me llamaron por megafonía, y agradecí poder dejar a Silvia atrás. Pero ella no se resignó a irse de una maldita vez. Y de verdad que yo quería estar solo. Me siguió durante una hora. Mientras me llevaban de una sala de espera a otra. Dijo que era mi hermana y que me mareaba, así que la dejaron entrar conmigo. Por algún motivo no logró sorprenderme que mintiera tan bien.

Me hicieron un escáner, tal y como yo había dicho, y luego una enfermera sexi me puso puntos en la ceja y un collarín. O quizá no era sexi y me habían dado demasiado fuerte en la cabeza.

La mejor parte fue cuando me recetaron un montón de drogas duras para el dolor y me dejaron irme tras un montón de advertencias sobre qué hacer si veía doble, borroso o vomitaba. Como si yo fuera idiota y no supiera eso.

—Son los amigos de Charly. —Oí entonces a Silvia susurrar, cuando pasábamos junto a la sala de espera para salir.

Y claro, a esa niña estúpida debía parecerle que no me habían apaleado lo suficiente porque corrió hacia ellos. Y yo me vi en la obligación de ir detrás.

No conocía a los amigos de su ex, pero deduje que era el grupo de seis adolescentes que antes no estaban en la sala de espera y no la familia con un bebé que había en la esquina. Eran cuatro tíos, dos de ellos muy altos y otro muy cachas. Solo había uno de tamaño normal. Y dos chicas que parecían mortalmente preocupadas, una rubia y una castaña. Silvia fue directa a por el segundo más alto.

—Raúl, ¿y Charly? —preguntó, sujetándolo del brazo.

Me quedé un paso por detrás, como un puto perro de la guarda. Aquello no me gustaba ni un pelo. Tenía que haber obligado a Silvia a marcharse antes.

—Donde tu nuevo novio lo ha mandado —replicó el cachas, acercándose un paso a mí.

—¿Algún problema? —Alcé una ceja, que ahora tenía remendada con un par de puntos que tiraron de forma dolorosa.

—Carlos, aquí no. —Tiró de su mano una de las chicas, la de pelo castaño, para alejarlo de mí.

Me fijé entonces en la rubia, tenía un arañazo justo debajo del ojo. Me planteé que el puto ex de Silvia la hubiese pegado también. O quizá alguno de ellos. Y eso me hizo cabrearme otra vez.

—¿A eso os dedicáis? ¿A pegar a chicas y esconderos tras sus faldas? —me burlé.

—¿De que hablas? —Frunció el ceño el tal Raúl.

—¿Eso le has contado? —Fue la rubia la que rompió a reír, sin mucho humor, pero miraba a Silvia—. ¿Le has contado que te ha pegado Charly?

—Yo no... —Silvia se alejó un paso de ellos, acercándose a mí, sin levantar la vista del suelo.

—¿Silvia? —pregunté, frunciendo el ceño, no entendía nada.

La chica murmuró algo que no logré entender, pero una idea muy desagradable se escurrió en mi cerebro. ¿Con quién se había pegado Silvia?

—Cuéntaselo, Silvia. —La rubia pasó del cerco protector de sus amigos y se acercó a ella. Dudé si debía ponerme en medio para proteger a Silvia. Ya no estaba seguro de nada—. O podemos repetir el espectáculo, para que lo vea en directo —sugirió.

—Saray, basta —ordenó Raúl—. Deja que se vayan.

—¡¿Que se vayan?! —gritó indignada, haciendo que un enfermero se asomase un segundo antes de volver a irse—. Ese imbécil casi se carga a Charly por culpa de esa puta...

—¿De qué cojones estáis hablando? —Me giré hacia Silvia—. ¿Quién te pegó?

Había creído a Silvia, sin dudar, y ahora me sentía como un puto idiota. No tenía defensa.

—Abram... —dijo Silvia, cogiendo mi mano entre las suyas, frías.

Miré sus manos pequeñas y muy blancas rodeando la mía, que estaba cubierta de pequeños cortes y sangre. Nunca había tenido demasiada gente a

mi alrededor y Silvia siempre me había parecido demasiado buena, algo frágil que proteger.

—Cuéntaselo, Silvia —insistió la rubia—. Cuéntale como te pillé chupándosela a otro en el baño mientras os poníais de coca, y cómo te pegué... ¡Cuéntaselo!

—Yo... Pensé que... Lo siento... —me dijo, llorando.

Yo había confiado en ella y ella había usado aquello contra mí, para hacer daño a una persona que lo único malo que había hecho había sido quererla.

—Lárgate, Silvia —ordené, con tono bajo, calmado, aunque la furia me quemaba la garganta.

—Abram... —me llamó de nuevo.

—¡Que te largues! —Subí el tono, aunque no llegué a gritar. Me solté de su mano y di un paso atrás.

—No. —Negó con la cabeza, llorando como una niña pequeña, extendiendo su mano hacia mí.

Jamás me había sentido tan dividido, quería calmarla, consolarla y a la vez... Quería no volver a verla jamás. Tragué saliva y con ella me llevé la dolorosa bola que me apretaba la garganta. Aparté la vista de Silvia. No podía mirarla.

Ya no estaba seguro de quién era esa persona, pero esa Silvia que mentía, engañaba y manipulaba no se parecía a la niñita con la que yo había crecido.

—La próxima vez que te pegues con alguien, Rubia, deberías probar a dar en la nariz. Da igual lo grande que sea, llorará como una nena —expliqué, antes de irme de allí.

Silvia salió corriendo, tal y como yo esperaba, en cuanto salí de la sala de espera. La vi irse hacia la calle, pero no esperé para ver si alguien la seguía. Crucé de nuevo las puertas dobles que llevaban a la sala de curas, en busca de la enfermera que me había tratado.

Golpeé un par de veces su puerta y entré sin esperar respuesta. La mujer estaba vendando la muñeca de un tipo que por el olor debía haberse caído yendo muy borracho.

—Perdona que te moleste. —Puse mi mejor sonrisa, aunque estaba seguro de que mi cara no acompañaba—. Se me ha olvidado a qué sala han llevado a mi amigo. Íbamos juntos en el coche —mentí—. Creo que estaba algo peor que yo, y quiero verlo antes de irme.

—Dame un minuto —me pidió con una gran sonrisa.

No era tan sexi como me había parecido al principio, pero tenía una

sonrisa enorme y preciosa. Esperé con paciencia, apoyado junto a la puerta. La mujer acabó de vendar al borracho y lo mandó fuera de la sala.

Fue directa a su ordenador y se sentó tras la pantalla.

—¿Cómo se llama tu amigo? —preguntó, poniéndose unas gafas de pasta.

—Charly... Carlos —me corregí. Mierda.

—¿Qué más? —preguntó, después de teclear el nombre.

—Pues... No estoy seguro —mentí, rascándome la nuca. No lo sabía ni de coña, suficiente con que supiera su nombre—. No nos conocemos tanto, pero el accidente fue culpa mía y quería disculparme...

Me dirigió una mirada desconfiada y tecleó algo más. Solo esperaba que hubiese colado y que no estuviera avisando a seguridad o algo parecido.

—Vamos —me dijo de pronto, guardando las gafas en su bolsillo y poniéndose de pie—. No te voy a dejar solo con él, pero te llevaré a verlo.

—Gracias —suspiré aliviado.

Me guió por un largo pasillo y luego cruzamos unas puertas dobles. Quise preguntarle por su estado, pero no quería tentar la suerte. Mejor que cerrase la boca, no fuera a liarla.

—Es aquí. —Señaló una habitación.

Empujó la puerta y me dejó pasar. Era una habitación enana, con el hueco justo para la camilla y una persona de pie al lado. La cama estaba revuelta y había una camiseta empapada de sangre en el suelo, pero no había ni rastro de Charly.

—Aquí no hay nadie —le dije a la enfermera.

Se asomó para comprobar que era así. Y luego salió de nuevo al pasillo. Le seguí mientras se acercaba a preguntar a una doctora. Pero ya sabía que Charly se había ido por su cuenta antes de que todos empezasen a buscarle.



## 11.- Tres citas para ser una zorra

### Raúl

—¿Cómo que no está? —pregunté a la doctora que había salido a informarnos.

—Estaba inconsciente en una sala, cuando hemos ido a verlo no estaba por ningún lado —explicó, con gesto confuso—. Hemos llamado a sus padres y le buscamos por el hospital. Estamos haciendo todo lo que podemos.

—¡Podrían no haberle perdido! —grité cabreado.

—Raúl —Carlos me apoyó una mano en el hombro para que me tranquilizase. Pero, ¿cómo me iba a tranquilizar?

La doctora aprovechó para irse rápidamente. Y me quedé con ganas de decirle cuatro cosas más. ¿Cómo podía perder a un tipo inconsciente? ¿Qué clase de hospital era aquel? ¿Debíamos poner una reclamación o algo así?

El encuentro con Silvia y su nuevo novio o lo que fuese ya me había puesto de malhumor. Y aquello era la gota que colmaba el vaso. Le di una patada con rabia a una de las filas de asientos y el dolor me recorrió hasta la rodilla.

Me dejé caer en el asiento recién pateado para que se me pasase el dolor, apretando los dientes para no gritar.

—Vamos, Raúl. —Andrea se sentó a mi lado y me cogió las manos—. Todos estamos preocupados por Charly, pero no solucionarás nada perdiendo los nervios.

—No puede estar muy lejos —habló Carlos—. Está herido, ensangrentado y no tiene transporte. Vamos a buscarlo.

—Alguien debería esperar para cuando lleguen sus padres —nos recordó Andrea.

—Genial, avisadnos cuando lleguen. —Me despedí de ella, dándole un beso en la frente.

—¡No me estaba ofreciendo...! —se quejó, pero Carlos y yo salimos de allí casi a la carrera.

Eric y Saray nos siguieron. Supuse que Suso se había quedado para hacer compañía a Andrea y agradecí que no se quedase sola.

—¿Nos separamos? —sugirió Carlos.

—Claro, nosotros vamos por allí —señalé.

Y por nosotros me refería a Saray y a mí. Prefería no perderla de vista,

porque era capaz de irse a buscar a Silvia para seguir pegándole.

Nos separamos de Carlos y Eric y caminé con Saray entre los coches del aparcamiento. Conociendo a Charly no sería raro que se hubiera metido en alguno de ellos.

—¿Estás bien? —pregunté a Saray, después de un silencio demasiado largo.

—Claro —respondió, sin mirarme.

—Saray. —Cogí su mano y la obligué a mirarme—. ¿Qué te pasa? Nunca te había visto así. Parecías dispuesta a pegar a Silvia, otra vez.

—Estaba dispuesta a hacerlo —admitió—. ¿Viste la cara de ese chico? El pobre idiota estaba tan engañado como Charly.

—Aun así... —Lo intenté, pero ella me cortó.

—¡Es que os ponen dos tetas delante y no veis más allá! —medio gritó—. Andrea y yo sabíamos desde que la conocimos que no era buena. Charly estaba súper raro. Apenas lo hemos visto en los últimos meses, pero claro, una cara bonita es más importante que tus putos amigos...

—Saray. —Tiré de su mano, que aún tenía sujeta, y la envolví entre mis brazos—. Estará bien, daremos con él, y entonces podrás darle un puñetazo en la nariz para comprobar lo que ha dicho ese tío —bromeé.

Oí su risa y sentí su aliento en mi cuello, pero no se intentó soltar de mí. Me di cuenta de que yo necesitaba ese abrazo tanto como ella.

—Yo nunca tuve amigos hasta que os conocí —me dijo Saray, sin dejar aún que me separase de ella—. No quiero que os pase nada, idiotas. Claro que me pegaría con quien fuese por defenderos.

—Yo también pegaría a quien fuera por ti —prometí, y era verdad. Mis amigos eran todo lo que tenía. Le di un beso en el pelo y dejé finalmente que se separase de mí—. Y ahora encontremos a ese amigo tonto que no lo entiende.



## Charly

—Solo quiero maría, *Cojo*, y un sitio para dormir —pedí, aunque había perdido la cuenta de las veces que le había dicho lo mismo—. Te pagaré.

Le di un par de billetes de cincuenta. Había robado un coche al salir del

hospital y se lo había llevado al *Hierros*, incluso se lo había despiezado, antes de ir a buscar al puto *Cojo*, que miró los billetes como si fueran de oro.

—Haberlo dicho antes, amigo —me regañó. Se apartó de la puerta de la casa que ocupaban y me dejó pasar—. ¿De que vas vestido? ¿Es Halloween? —me preguntó, mientras me guiaba por la casa.

Miré el traje que había robado del hospital, de enfermero, me quedaba corto y se me veían los tobillos y mis deportivas verdes manchadas de sangre. La parte de arriba se me ajustaba demasiado al cuerpo y dejaba parte de mi brazo a la vista. Pero al menos no estaba empapada de sangre como mi anterior ropa.

—¿Podemos no hablar? —pedí de malhumor.

—Lo que quieras, amigo —me dijo.

—No soy tu amigo, *Cojo* —aclaré, porque me empezaba a molestar su puta actitud, de buena gente.

El *Cojo* era una de esas personas curiosas que se conocen solo si te sabes mover por *la otra ciudad*, la que solo existe de noche, entre vagabundos y drogadictos. Le llamaban *Cojo*, aunque lo que le faltaba era el brazo derecho, desde el codo.

Algunos decían que se lo habían cortado por un ajuste de cuentas. Otros que había sido un accidente, y los más imaginativos que había sido su madre cuando era un niño. En cualquier caso él nunca me había contado la verdad, y no me interesaba. Yo sabía que el *Cojo* se comería su propio brazo si le pagases lo suficiente, así que quizá había pasado eso.

—Puedes dormir ahí. —Me señaló una *habitación* con el muñón.

Una tela de colores quemada en varios puntos hacía las veces de puerta, pero me daba igual, había dormido en sitios mucho peores.

—¿Y la maría? —Lo sujeté cuando iba a irse.

—No tengo. —Sacó algo de su bolsillo y me lo tendió—. Está cargada. Supongo que sabes usarla. —Luego me pasó un mechero negro y se fue de allí.

Entré en la habitación que me dijo, mirando la pipa de crack que tenía en la mano. Solo había fumado maría y tabaco, pero supuse que era un buen día para experimentar. Quizá eso aliviase el dolor.

Había un sofá roñoso pegado a la pared y la habitación solo estaba iluminada por la luz que entraba desde una farola que había justo fuera. La ventana no tenía cristal, de hecho, la pared estaba rota y el marco de esta había desaparecido de su lugar. Allí hacía frío, pero no me importó.

Me dejé caer en el sofá, y acerqué la pipa a mis labios. Aun así no me

decidí a encenderla. Una chica entró entonces, llevaba solo un tanga rojo y una camiseta muy ajustada de publicidad. Se rascó el pelo largo y grasiento.

—El *Cojo* me ha dicho que necesitabas compañía —me dijo con voz de yonki, arrastrando los pies con dificultad hasta mí.

—Estoy bien —mentí.

—Yo puedo hacerte compañía —repitió, como si fuera una grabación—. ¿Vas a fumártelo?

Miré la pipa un momento, pero la verdad, no estaba seguro de haber tocado fondo aún. Solo necesitaba dormir lejos de las miradas preocupadas de todo el puto mundo. Le tendí la pipa y el mechero, y ella estuvo a punto de saltar de emoción. Lo habría hecho si no hubiese estado tan colocada, sin duda.

—Lárgate de aquí —ordené.

Me recosté un poco mejor en el sofá, mientras ella volvía a arrastrar sus pies fuera de la habitación. Supuse que ya tenía justo lo que quería. Subí las piernas a uno de los reposabrazos y apoyé la cabeza en el otro, para internar dormir.

Pero quizá buscar tranquilidad en una casa okupa sin puertas no había sido mi mejor idea. Tampoco se podía esperar mucho más de mí, ¿no? Me había desmayado por el dolor, como una niña de diez años.

La cortina se abrió casi de forma brusca, y reconocí el rostro amoratado e hinchado que invadió mi nueva habitación. Llevaba un collarín y se había recogido las *rastas* con una goma en la nuca, además, tenía varios puntos en la cara. Sin duda había recibido un tratamiento más completo que el mío.

—¿Vienes a por más? —Me levanté lo más rápido que pude, que no fue muy impresionante.

—Supuse que no habías cogido esto mientras te largabas. —Me lanzó una caja de medicamentos. La observé con curiosidad, pero no me dijo mucho—. Es para el dolor, que supongo que tienes.

—Lo que necesito es un cigarro —dije, sentándome bien, pero no solté las pastillas, aunque dudaba que sirviesen para el dolor que yo sentía.

Él sacó un par de cigarros de una cajetilla de su bolsillo y me tendió uno. Se encendió el otro y me pasó el mechero. No hablamos mientras lo hacía, ni tampoco cuando se apoyó en la pared enfrente de mí y me miró con los brazos cruzados y el cigarro en los labios.

—¿Qué cojones quieres? —pregunté finalmente.

—Decirte algo —suspiró, como si le costase cada palabra que salía de sus

labios.

—No tengo muchas ganas de escucharlo —negué, aunque no me moví del sofá.

—Lo que dure el cigarro —pidió, señalando el suyo—. Es lo mínimo, era mío.

—Está bien, habla —acepté, porque la verdad es que no me apetecía ir a ningún lado.

—Yo sabía que Silvia salía contigo... —empezó, pero le interrumpí.

—Ya no me está gustando esta mierda. —Me puse de pie, directo a salir de allí.

—Escúchame —repitió, apoyando la mano en mi pecho cuando iba a largarme—. Y me llevo acostando con ella más de un año... —siguió.

—Definitivamente quieres que vuelva a pegarte —resoplé, alejándome de él para controlarme, me dolía demasiado todo como para iniciar otra pelea, pero estaba dispuesto a hacerlo.

—No me importaba que te fuera infiel, mientras yo no tuviera que verte, ni oír hablar de ti —siguió hablando, como si no me hubiera escuchado—. Silvia es mi amiga desde que teníamos como cinco años.

—¿Estás enamorado de ella? —pregunté. ¿Acaso cambiaría algo? Seguramente no, pero si solo era otro puto pringado al que esa perra había engañado me sentiría un poco mejor.

—No, yo no puedo enamorarme —sonrió con amargura—, pero la quiero, a mi manera. Cuando ha venido esta tarde, con la cara llena de golpes... Dijo que habías sido tú. —Agachó la cabeza—. ¿Qué tenía que hacer? Quizá podía haber preguntado primero —admitió—. Pero ¿acaso tú no harías lo mismo por tus amigos?

—Supongo. —Me encogí de hombros, pero estaba seguro de ello. Si uno de mis amigos venía herido mataría a quien lo hubiese tocado—. ¿Y por qué me cuentas esto? Yo no la toqué, nunca pegaría a una chica —me defendí—. Está como una cabra, es capaz de habérselo hecho sola.

—Sí, quizá. —Pareció algo tenso de golpe ¿acaso sabía quien había pegado a Silvia? Hubiese preguntado, pero no me importaba—. El caso es que he descubierto que no habías sido tú, y me he sentido como una mierda.

—Pegas como una nena, no tienes que preocuparte. —Me encogí de hombros, aunque se me escapó una media sonrisa.

—Tus amigos te estaban buscando —me dijo—. Parecían preocupados. Son buena gente.

—¿Cómo me has encontrado? —pregunté, con verdadera curiosidad. Sabía que mis amigos no darían conmigo allí.

—Tengo mis contactos. —Se las dio de importante—. ¿En paz? —dudó, tendiéndome una mano.

—Ni de coña —no cogí su mano—, pero me debes una cerveza.

—Conozco un sitio genial, aprobado por sanidad, no como esto. —Señaló alrededor—. Pero si te invito a una cerveza, me enseñas a hacer esta mierda. —Se levantó la camiseta ensangrentada para enseñarme las marcas que mis dedos le habían dejado en los costados. Sonreí ligeramente orgulloso de ello.

—¿Qué clase de zorra crees que soy? ¡Yo no rebelo mis trucos hasta la tercera cita! —bromeé.

—Tres cervezas, entonces. —Me siguió la coña y salió delante de mí de la habitación.

No era la primera vez que me iba de cervezas después de darme puñetazos con alguien, pero aquella vez fue especialmente extraña, porque ¡joder! Se había follado a mi novia. Pero ahora estaba completamente seguro de que no había sido el único, no podía irme pegando con todo el que se hubiera tirado a mi chica, porque estaba seguro de que eran muchos.



## 12.- Explicaciones y cerveza

### Carlos

Charly entró a su casa a media mañana, como si tal cosa. Con un cigarro apagado en los labios y un traje de enfermero que le quedaba pequeño. Nos miró un segundo, parándose en la puerta del salón, como si no esperase aquel recibimiento. Y no era para menos: Raúl, Andrea, Saray, su hermana, su padre y su madrastra, además de mí, estábamos allí, junto con un agente de policía.

—¡Charly! —Sara fue la primera en reaccionar y corrió hasta su hermano, que la envolvió entre sus brazos sin apartar su mirada del resto, haciendo un gesto de dolor cuando ella tocó su pecho.

—¿Dónde estabas? ¿Que te ha pasado? —preguntó su padre.

—Nada. —Se encogió de hombros.

Y claro, Charly no podía dar explicaciones, ni aunque estuviese allí la policía. Ni aunque todos estuviéramos muertos de preocupación por él, esperándole después de buscarle por toda la ciudad sin encontrarlo.

—Tengo que hacerle unas preguntas —pidió el agente.

—No recuerdo nada —negó Charly—. Me he despertado en el parque y he venido.

Sabía que era mentira, lo habíamos buscado allí, además de en otros cien lugares diferentes, pero Charly no se inmutó, ni parpadeó.

—¿Puede facilitarme una descripción de la persona que le agredió? —preguntó de nuevo el agente, escribiendo algo en una libreta.

Charly clavó sus ojos verdes en nosotros, sin apartar de sí a Sara, que parecía estar llorando. Se había asustado mucho al vernos allí a todos y saber que Charly no aparecía.

Yo me limité a encogerme de hombros. No habíamos contado nada, porque no estábamos seguros de lo que podía meter a nuestro amigo en un lío. Así que dijimos que lo habíamos encontrado golpeado y lo habíamos llevado al hospital.

—Era una mujer —mintió—. Asiática, o puede que Africana, o de Murcia —se encogió de hombros—. Todo estaba oscuro, pero tenía tetas seguro.

—¿Me está tomando el pelo? —Le miró el policía, por encima de su libreta, con cara de pocos amigos.

—No. ¿Está insinuando que porque soy un hombre no pudo pegarme una

mujer? —fingió horrorizarse—. Pensé que había ligado, me llevó a un callejón y me dio una paliza. —Noté que se contenía por no sonreír—. Estoy seguro de que era rubia, aunque no entiendo mucho de colores de pelo. De hecho, creo que soy un poco daltónico...

—Si quiere formalizar la denuncia será mejor que se acerque a la comisaría —le dijo el policía, levantándose y saliendo de allí.

Charly esperó a que saliese y entonces apartó a Sara de sus brazos y se acercó más a nosotros.

—¿De qué vais? —se cabreó.

—El hospital llamó a la policía, Charly. —Trató de calmarle su padre.

—¿Y quien fue el puto gilipollas que me llevó al hospital?

—Vomitaste sangre y te desmayaste... —nos justifiqué, poniéndome de pie.

—Estaba bien —se quejó.

—Sí, de puta madre —me cabreé—. Pero no te preocupes, la próxima vez dejaremos que te mueras.

—Gracias —respondió, tan enfadado como yo.

—Apesta a cerveza. —Me di cuenta entonces—. ¿Dónde estabas?

No me respondió. Yo no era violento, de verdad que no, pero me dieron ganas de darle un puñetazo a ver si maduraba de una vez. En lugar de ello salí de allí dando un portazo.

Andrea, Raúl y Saray me alcanzaron en la calle. Debían haber salido detrás de mí. Andrea se aferró a mi mano, como si quisiera tranquilizarme. Y funcionó en gran medida.

—¿Vamos a desayunar? —sugirió Saray.

—¿Cómo puedes pensar en comida ahora? —preguntó Raúl.

—El chocolate siempre anima. —Se encogió de hombros ella—. Vamos, os invito.

Nos obligó a cambiar de rumbo y fuimos a una cafetería donde servían churros con chocolate. Quise decirles que yo no quería comer nada, pero me dejé llevar. Tampoco quería irme a mi casa solo, prefería estar con mis amigos, los que aún no eran idiotas.

—¿Deberíamos denunciar a ese chaval? —preguntó Andrea cuando nos sentamos en el interior del local.

—Yo denunciaría a Silvia —masculló Saray.

—Eso solo hará que Charly se enfade con nosotros. —Me encogí de hombros—. Dejadle que resuelva su propia mierda.

Ninguno hablamos mientras nos traían los churros y el chocolate. Comimos en silencio, y me di cuenta entonces de que estaba hambriento.

—Oye, ¿tú no tenías partido? —me preguntó Andrea de golpe.

—Sí, dentro de una hora, pero creo que no estoy en condiciones de jugarlo. —Sonreí un poco pese a todo.

—Tonterías, llegamos de sobra —aseguró Saray.

—Entonces mejor dejo los churros y el chocolate —me reí, pero cogí otro churro.

—Nunca se deja el chocolate, tío —bromeó ella.

—Claro, hínchate a chocolate y luego haz ejercicio, que no hemos visto a suficiente gente vomitar hoy —sugirió Raúl, con una sonrisa.

—¿Y si pasamos del partido y nos vamos por ahí? —Se le ocurrió a Andrea, y cuando los tres la miramos se puso un poco nerviosa—. Al centro comercial, a las recreativas, comemos fuera y luego al cine —propuso.

—Deberíamos pasar por casa para cambiarnos —medio acepté. Tenía algo de sangre de Charly manchando mi camiseta.

—Pues pasamos —asintió, con una enorme sonrisa, que me convenció de saltarme mis deberes.



## **Abram**

Me quité el collarín y lo tiré en una papelera antes de entrar a casa. Suficiente drama harían mi madre y mi abuela sin necesidad de ver aquello que era muy aparatoso. Me tragué un par de pastillas a palo seco y me preparé para el encuentro.

Pero nada podría haberme preparado para la escena en mi casa. Mis tres hermanas estaban allí, junto con un tío que no reconocí y las dos niñas de mi hermana mayor y de la mediana. Mi madre y mi abuela fueron las primeras en verme, y se levantaron apresuradamente de la mesa del salón, donde estaban charlando con cafés.

—¿Qué te ha pasado? —Me sujetó la barbilla mi madre y me miró la cara.

—Nada.

Compuse mi mejor sonrisa tranquila, pero claro, allí había demasiadas

mujeres como para desaprovechar la oportunidad de cotillear.

—¿Cómo que nada? —Marisa se puso de pie también y se acercó a mí.

No pude evitar poner los ojos en blanco, me ponía de los nervios que actuase como si fuera mi madre. Como si no tuviera suficiente con mi madre real y mi abuela que se comportaba como tal.

—Salí de fiesta con mis amigos —mentí—. Vi que un chico estaba pegando a su novia y tuve que darle una paliza —me puse medallas.

—¿Se la diste tú a él? —se burló Isabel. Y pese a que me caía aún peor que Marisa, agradecí que no se pusiera pesada también.

—Tenías que ver como quedó el otro... —bromeé.

—Apesta a cerveza —me acusó Marisa.

—Esto te va a sorprender, pero he estado bebiendo cerveza —me reí.

Quizá me había pasado con la cerveza, pero Charly bebía como un cabrón. No había forma de seguir su ritmo.

—Te prepararé un café —ofreció mi madre—, siéntate.

Me senté al lado de Elisa, la segunda más mayor de mis hermanas, entre Marisa e Isabel. La única que me caía bien de verdad y no solo la soportaba por ser mi hermana. Besé su pelo y me vi recompensado con una sonrisa.

—¿Por qué no te cambias de ropa? —preguntó Marisa, arrugando la nariz.

Miré mi ropa, que seguía manchada de sangre y rota. Supuse que toda esa sangre no era mía, pero la mayor parte era de la ceja.

—Sí, señora. —Puse los ojos en blanco de nuevo y me escaqueé a mi habitación.

Me dejé caer en la cama, sin muchas ganas de cambiarme. La verdad es que solo necesitaba dormir, llevaba más de treinta horas sin hacerlo.

Ni siquiera estaba seguro de cómo iba a enfrentarme a la vida el lunes. Silvia iba conmigo a clase, y no sabía como iba a mirarle a la cara. Me sentía como un puto gilipollas. Y eso hacía que me hubiese quedado sin mi última amiga.

—¡Abram! —me llamó mi madre.

Suspiré y me cambié de vaqueros y de camiseta, antes de volver al salón. Mi madre me señaló un café, así que me senté de nuevo junto a Elisa.

—Por cierto, ¿conoces a Luís? —me presentó Isabel al chico que había junto a ella.

Me limité a negar con la cabeza. Ni lo conocía ni tenía interés en hacerlo. Raquel, la hija de Marisa, que estaba en brazos de mi abuela, se estiró hacia mí para que la cogiese. Solo tenía dos años, pero pesaba un quintal, así que la

cogí, y mi abuela pareció respirar algo aliviada.

La niña extendió sus manitas gorditas y sujetó mis *rastas*, haciendo ruiditos emocionados.

—Silvia ha estado llamándote esta mañana —me dijo mi madre de pronto.

—¿Qué ha dicho? —pregunté, alzando la cabeza de la niña para mirar a mi madre, que no pareció darse cuenta de mi tensión.

—Que te esperaba a las cinco en el instituto... Creo que quería pedirte ayuda con los deberes o algo así —explicó.

—Ya. —Asentí sin mucho interés. Lo último que me apetecía en ese momento era ir a ver a Silvia.

De hecho ya tenía planes para esa tarde. Pensaba ir a buscar mi dinero y luego al *Hámster* para que me diese maría. No aguantaba más sin fumar. Y si me pillaba la policía, pues al menos estaría con el *Pato* y no tendría que enfrentarme a la realidad.



## 13.- De ratas y camellos

### Raúl

Estaba a punto de marcar el gol más épico y espectacular que aquellas recreativas hubiesen visto jamás. Frente a mí estaba Carlos y a su lado, Saray. Andrea estaba en mi equipo y nosotros íbamos ganando tres a cero. Y enseguida serían cuatro a cero.

—¡Páralo! —gritó Saray, pero todos sabíamos que Carlos no llegaría a tiempo.

—Hola. —Una vocecilla dulce me interrumpió entonces.

Levanté la vista de la mesa de billar para ver a Celeste, que me miraba con una sonrisilla tímida. Y la pelota desapareció de mis pensamientos y de mi visión.

Se había puesto un vestido negro y llevaba su pelo rojo suelto, como siempre, hasta media espalda. Estaba preciosa.

—¿Qué haces aquí? —logré preguntar finalmente, mientras cogía su mano para acercarla a mí.

—¡Gol! —celebró Saray y luego tosió y se disculpó.

—He venido con mis primas —explicó, señalando a un par de chicas que nos miraban desde fuera de las recreativas—. Y te he visto. —Se sonrojó un poco, con timidez. Adoraba a esa chica—. Aunque será mejor... Ya sabes... —suspiró y vi el dolor en sus ojos azules—. No quiero que le digan nada a mi padre.

—Está bien —me lamenté, soltando de nuevo su mano.

—¿Os venís al cine? —invitó Andrea.

Celeste dudó, mordiéndose el labio. Miró hacia sus primas y luego a mí. Y no supe cómo hacer que se decidiera. Quizá yo era muy romántico, pero me valía estar con ella aunque no pudiera tocarla, o besarla.

—Si cogemos una sala muy llena podemos sentarnos atrás y que no vean lo que hacéis. —Se le ocurrió a Saray y podría haberla besado a ella en ese momento.

—Iré a preguntar —aceptó Celeste, con una sonrisilla emocionada.

Yo me giré hacia Saray para agradecerse, pero ella hizo un gesto para restarle importancia.

—Ya, ya, no te lo mereces por la paliza que nos has dado —bromeó la

rubia.



El plan de Saray salió a la perfección y empezaba a pensar que Andrea y ellas juntas podían conseguir cualquier cosa. Las primas de Celeste se sentaron en una de las filas. Carlos, Andrea y Saray justo detrás de ella, y Ce y yo nos escaqueamos al final del todo, en uno de los laterales.

Sus primas parecían poco interesadas en lo que hiciera Celeste de todas formas. Se habían emocionado por poder ver la película romántica para la que Saray había sacado las entradas. Y habían pillado palomitas enormes y refrescos.

Celeste había fingido enfadarse por no poderse sentar con ellas, incluso había preguntado si alguna prefería sentarse atrás, pero las dos quisieron quedarse más cerca de la pantalla y no «esquinadas y solas».

—Tus amigos son geniales —me dijo, cuando empezaron los tráilers y se apagaron las luces.

—Sí que lo son —admití.

—¿Y Charly y Silvia? —preguntó—. Me cayeron bien el otro día.

—Han roto y Charly está en plan autodestructivo. —Tragué saliva con dificultad. Mi amigo me preocupaba mucho.

—Vaya —se lamentó Celeste—. Lo siento —me dijo.

—¿Tu padre sospechó algo? —Cambié de tema.

—No, pero no le hizo mucha gracia que no durmiese en casa, no creo que podamos repetirlo... —se lamentó.

—¿Quieres repetirlo? —Sonreí un poco, sujetando su barbilla con la mano, para poder ver su cara mejor. Incluso en la oscuridad supe que se había sonrojado—. ¿Y si nos saltamos las clases mañana? —sugerí muy bajito, como si su padre pudiera oírnos.

—Mi padre se enterará. —Puso mala cara y miró sus manos, soltándose un poco de mí—. Los profesores pasan lista y avisan cuando falta alguien.

—Está bien —aseguré, para que quitase esa cara triste, y besé sus labios con suavidad—. Encontraremos la manera —prometí—. No voy a renunciar a estar contigo, bajo ningún concepto. Te quiero.

—Y yo a ti. —Me sonrió un poco, con tristeza aún.

Pegué mis labios a los suyos, con suavidad. Quería demostrarle con aquel beso que pasaría el resto de mi vida con ella. Que nada nos separaría jamás.



## Abram

Esperé a que anocheciera y me puse una sudadera oscura. Silvia me había llamado otra vez a casa después de que no fuese a las cinco a verla, pero me había limitado a colgarle el teléfono.

Me despedí de mi madre brevemente, porque era la única que seguía por allí y despierta, y salí subiéndome la capucha.

Seguía bastante paranoico, pero que nadie me hubiese detenido después de pegarme con Charly me hizo creer que no me perseguían tan de cerca, al menos. Di rodeos por si acaso. Pasé por calles poco transitadas y luego me metí entre el gentío antes de volver al lugar donde había escondido el dinero el día que me siguió la policía.

Esperé cinco minutos en el callejón tras el hotel, fumándome un cigarro, para asegurarme de que nadie me había seguido. Luego trepé la pared que me separaba del patio donde estaba la mochila.

Seguía escondida tras el mueble, tal y como la había dejado. Suspiré aliviado y comprobé que el dinero estaba dentro. Luego la colgué en mis hombros y volví a saltar a la calle tras comprobar que no había nadie allí aún.

Caminé rápido, esperando que en cualquier momento los coches de policía me cortasen el paso, pero no lo hicieron. Seguí vigilando mi espalda, por si acaso, hasta llegar al descampado donde estaría el *Hámster*. Se creía muy listo e irrastreable porque todos los días movía su *casa*, que era una simple furgoneta, pero yo solo había necesitado dos meses para saber dónde iría siempre.

Golpeé la puerta trasera, que estaba separada de delante por unos tablones y era completamente opaca. Nadie sospecharía que dentro vivía un tío como el *Hámster*. Abrió la puerta y me miró un momento antes de apartarse para que dejarme entrar.

Allí dentro olía a humanidad: sudor, semen y meado. El *Hámster* intentó esconder las revistas que estaba viendo debajo de la manta que hacía las veces de cama, pero la verdad es que me daba igual.

No tenía mucho más allí: un montón de ropa sucia acumulada en un rincón, la *cama*, un montón de latas de comida y un cubo en el que preferiría no haber

reparado.

—Quiero pillar —le dije, tirándole la mochila—. Y nada de putos jueguecitos en los hoteles. Seguiré viniendo aquí a por la maría.

—No funciona así, tío. —Negó con la cabeza—. El jefe no quiere que te vendamos, estás fuera.

—¿Qué? —Me acerqué un paso a él, pese a la dificultad de aquel lugar enano en el que él se movía perfectamente como la rata que era—. ¿Y cuando ibas a decírmelo?

—Mira, chaval, a mí me caes bien, me parece que tienes muchos huevos —explicó—. Pero la policía anda detrás de ti. No vamos a arriesgarnos.

—No digas gilipolleciones —me cabreeé—. La policía ya se ha olvidado de mí. *Hámster*, por favor, necesito maría.

—¿Estás enganchado? Creí que te había dejado claro que no podías fumarte el material.

—No —me di cuenta de que la había cagado, habían insistido mucho en que yo debía estar limpio—: los que me compraban están enganchados. — Señalé mi cara—. Si no los surto rápido van a matarme.

Y tenía que agradecer a Charly que hubiera hecho mi historia creíble.

—Hablaré con Marco. —Se compadeció un poco.

Recogió la mochila de las Tortugas Ninja que le había tirado rato atrás y la vació sobre la manta. Un montón de piezas de Lego cayeron entre la pasta.

—Gracias.

Me pasó un par de paquetes de maría, del tamaño de mi mano cada uno, que escondí en los bolsillos de la sudadera.

—Es la mitad, el resto te lo daré cuando Marco lo apruebe —explicó—. Y la mochila me la quedo, mola un cojón y también los *legos*. —La colocó al lado de su almohada y cogió las fichas de plástico como si fuera un buitre o yo tuviera algún interés en aquello—. Y ahora lárgate, colega, pero si vuelves a meterte en líos estarás solo. Y ser un cadáver solitario es triste —me amenazó, cuando yo salía de la furgoneta.

Pensé que quizá la policía me habría seguido hasta allí y me esperaban fuera, pero el alivio me recorrió una vez más. Allí no había nadie. Y yo tenía mi maría otra vez conmigo.



## 14.- El puto gilipollas que fui

### Charly

No me levanté de la cama en todo el domingo. Ni siquiera hablé con mi padre cuando vino a hacerlo conmigo. Fingí dormir y luego seguí allí tumbado. Sara entró por la noche, con un sándwich en un platito y lo dejó sobre el escritorio. Luego volvió a salir, sin pronunciar palabra.

No comí, no tenía hambre. Simplemente me encendí un cigarro, sin levantarme de la cama y miré el techo, como si así pudiera encontrar las respuestas que no encontraba en otro lugar.

Sara volvió a la mañana siguiente. Yo me había quedado dormido a ratos, pero me sentía agotado, más aún que el día anterior. Mi hermanita me trajo un café y unas galletas, que volvió a dejar en el escritorio antes de irse. A clase, supuse.

Solo tomé un sorbo de café y fue para ayudar a pasar las pastillas que Abram me había dado. Habíamos hablado mucho, de cosas completamente irrelevantes: fútbol, videojuegos, maría, cerveza, técnicas de pelea...

No habíamos mencionado a Silvia en ningún momento, y aunque quise odiarlo, no pude hacerlo. Sentía que solo era una víctima más, como yo. Puede que a él Silvia no le hubiera puesto los cuernos, pero lo había usado para hacerme daño.

¿Y por qué Silvia había querido hacerme daño? Yo lo había dado todo por ella. ¡Joder! Y ella no solo me había puesto los cuernos, para colmo había tratado de hacerme daño. Y lo había conseguido. El dolor que sentía en mi pecho era prueba de ello.

Siempre había dicho que si todas las mujeres eran como mi madrastra prefería no enamorarme. Me salté mi regla al conocer a Silvia. Era la chica más increíble que había visto jamás, tenía una sonrisa preciosa que me había conquistado sin pretenderlo. Yo me había esforzado como nunca por conseguir enamorarla.

¡Qué gilipollas había sido! Pensé que pasaríamos juntos toda la vida.

Sara volvió a entrar a medio día, cuando yo estaba apretando los dientes para mantener el dolor por debajo de la garganta y no llorar como una niña pequeña. Mi hermanita no aguantó más, supuse que suficiente era con que hubiese entrado dos veces sin decir nada.

—Tienes que comer —me regañó.

—No tengo hambre, enana —aseguré.

—Estás herido, y tomando pastillas. —Sacudió la caja que yo había dejado a mi lado—. Si no comes enfermarás, y si te pasa algo ¿qué haré yo?

—Estaré bien —mentí sujetando su mano con la mía. Sarita solo tenía once años, pero se preocupaba por mí mucho más que mi padre o mi madrastra.

—¡Pues come! —insistió.

—Me acabo de dar cuenta de que tu cumpleaños es en unos días —recordé.

Faltaba justo una semana, era el domingo siguiente. Yo había estado buscando un regalo con Silvia un par de semanas antes, justo después de pasar las navidades *en pareja*. Apreté los dientes para alejar a los fantasmas de nuevo.

—Pues de regalo quiero que comas y que no te dejes morir de hambre —me dijo. No pude evitar una sonrisa.

—Solo si tú dejas de crecer —sugerí—. Las tías os volvéis malas, Sara, así que sigue siendo pequeña para siempre —pedí.

—Si eso te hace feliz, lo haré —prometió, apretando mi mano con las suyas.

—¡Sara, los deberes! —gritó su madre desde el salón, haciéndola resoplar.

—Come —me dijo la enana, antes de recoger el desayuno y salir de allí.

No obedecí, pero porque sabía que no me entraría nada. No estaba seguro de que fuera a encontrar las fuerzas para levantarme de la cama pronto, pero agradecía el intento de mi hermana.



## Carlos

Iba a dejar que Charly pasase su luto solo, de verdad, y no porque estuviera enfadado o porque no quisiera ayudarlo. Es que lo conocía y sabía que era lo mejor para él. Pero cuando Sara me llamó llorando porque su hermano llevaba tres días sin comer ni salir de la cama, me vi en la obligación de ir.

Sara me abrió la puerta y me dio las gracias como cien veces de camino a

la habitación de su hermano.

—¿No tienes que ir a clase, Sara? —pregunté, porque no quería que estuviera allí si su hermano se encabronaba.

—Sí, claro —admitió ella, y recogió la mochila que tenía junto a la puerta—. Gracias, Carlos —repitió.

—Nada —susurré a su espalda.

No tenía nada claro que mi presencia fuese a ayudar, pero entré en la habitación de Charly. Estaba dormido sobre la cama. Se había quitado la camiseta, que estaba tirada a un lado, pero seguía con el pantalón de enfermero. Supuse que no se había movido más de lo necesario. La habitación apestaba a cerrado y a tabaco. Estaba seguro de que no había ni oxígeno allí.

Subí la persiana del tirón y abrí la ventana. El aire de fuera me pareció muy agradable en comparación con lo que había allí dentro. Charly se quejó y escondió la cabeza bajo la almohada.

—Tío, cierra —pidió con un gruñido.

Pensé que no se había percatado de mi presencia, o que al menos no sabría que era yo, pero estaba claro que me había visto.

—Aquí huele a puto muerto —le regañé.

—No tengo tanta suerte —aseguró, sin salir de debajo de la almohada.

—Charly, vas a salir de esa puta cama —dije—. Vas a ducharte, afeitarte o lo que sea, y vamos a llegar como mínimo a segunda hora, porque si no aparecemos a Raúl le dará un infarto.

—¿A clase? —Sacó la cabeza un momento de debajo de la almohada—. ¿Pretendes que vaya a clase? —Me miró como si de pronto me hubiese crecido otra cabeza.

—Sí.

—Estás loco —gruñó y volvió a meterse bajo la almohada.

—No, no lo estoy. —Le quité la almohada y la tiré al suelo—. Sara me ha llamado llorando para que viniese a ayudarte.

—Joder —se lamentó.

Porque nada hacía reaccionar a Charly como su hermanita.

—Raúl y yo estamos desesperados. Igual que Andrea y Saray. ¿Te acuerdas? ¿Te suenan esos nombres?

—Claro que sí, Carlos, no me jodas... —protestó.

—Somos tus amigos, y nos estás haciendo sufrir.

—¿Y cómo crees que me siento yo?! —Se levantó de golpe, poniéndose a un palmo de mí.

—Como una mierda —me aventuré—. Que es a lo que hueles, por cierto.

—¡Ja-ja! —exageró sin humor, aunque se dejó caer de nuevo a la cama, sentado en el borde—. No sé como seguir —reconoció.

—Pues con nosotros —indiqué—. Pero de una forma no gay.

Se rió un poco esta vez, y buscó en el escritorio el paquete de tabaco, pero lo alcancé antes que él.

—¿Qué haces? —Frunció el ceño.

—Quitarte los vicios hasta que te comportes. —Sonreí un poco—. Dúchate, vístete y lávate los putos dientes y vamos a clase. Entonces podrás fumar.

—Claro, papá —resopló, antes de salir de la habitación.



## 15.- El gran jefe

### Abram

Me pasé toda la semana ignorando a Silvia en clase, aunque era realmente difícil. Antes nos sentábamos juntos, pero había conseguido que un compañero que estaba colado por ella me cambiase el sitio. Era un pobre pardillo que no tenía opciones, pero supuse que Silvia estaría demasiado desesperada por conseguir atención como para no hacerle caso.

Aun así ella intentaba hablar conmigo constantemente, en cada cambio de clase o en los recreos. Yo procuraba ignorarla siempre, pero el jueves a medio día se coló conmigo en el baño cuando yo iba a mirarme los puntos de la ceja, que tiraban como su puta madre.

—Tienes que hablar conmigo —me pidió, tragando saliva varias veces, visiblemente nerviosa.

—¿Tengo que hacerlo? —me burlé sin muchos ánimos.

—¡Yo no quería que te pegases con él! —me gritó, consiguiendo que me girase para mirarla—. Pensé que si te decía que había sido él, me querrías más... —agachó la cabeza—, pero entonces tú quisiste ir a por él y no me atreví a decir la verdad.

—No te reconozco, Silvia —suspiré, antes de pasar a su lado para irme.

—Yo le quiero y te quiero —me dijo, haciendo que me parase donde estaba—. ¿Tan mal está?

—Tú no quieres a nadie, Silvia. Solo a ti misma —acusé, antes de salir del baño dando un portazo.

Salí del instituto con la mochila colgada de un hombro y el malestar llenándome el pecho. Tener que ver a Silvia cada día hacía todo aquello más difícil. Yo solo quería olvidarme de aquel capítulo tan desagradable, pero ella parecía estar allí siempre para recordármelo.

Al doblar la esquina camino de mi casa me encontré de frente con la furgoneta del *Hámster*. Me quedé plantado allí, sin entender que pasaba. El tipo estaba sentado detrás del volante y me hizo un gesto para que subiese al asiento del copiloto.

Lancé una última mirada alrededor, como si la policía pudiera seguir vigilándome sin que yo la hubiera visto, o como si, de ser así, en ese momento pudiese detectarlos. Subí de un salto al asiento del copiloto y dejé que

condujese por las calles de Madrid.

—El jefe quiere verte —me dijo.

Y que el jefe quisiera verme no era buena señal, estaba seguro de ello. Solo lo había visto una vez y ni siquiera estaba seguro de que fuera el jefe de verdad.

—¿Por qué? —pregunté.

—¿Crees que hago preguntas, chaval? —resopló.

Me limité a poner los ojos en blanco y dejarme llevar. Aparcó tras un motelucho de mala muerte, en el que según un cartel alquilaban habitaciones por horas. Allí atrás, que era una mezcla de aparcamiento y descampado, solo había otro coche, un utilitario negro.

El *Hámster* bajó de la *furgo*, así que le seguí en silencio. Un par de tipos trajeados y cuadrados como armarios del *Ikea* bajaron del otro coche, que pareció pequeño a su lado. Se acercaron a nosotros, sin mediar palabra, con los ojos escondidos tras gafas oscuras.

El primero registró al *Hámster*, palpando con demasiado ímpetu, y cuando el segundo se acercó a mí deduje que venía con ganas de meter mano también.

—¿Qué pasa?—pregunté.

No me respondió, se limitó a quitarme la mochila y tirarla a un lado, antes de empezar a palparme.

—Sé que soy guapo, pero me gustaría una explicación —pedí.

No me respondió, se limitó a clavarme el pulgar justo en la herida de la ceja. Me quejé retrocediendo un paso y sujetándome el punto dónde me había tocado, que ardía.

—Cierra el pico, chaval —me dijo el *Hámster*.

Apreté los labios, pero no porque él me lo dijese, es que no quería que aquel tipo me infectase la herida.

Acabó de registrarme, tocando en sitios muy íntimos sin rastro de vergüenza y luego vació mi mochila sobre la tierra.

Iba a hacer algún comentario sobre aquello, pero decidí que no merecía la pena. Esperé con paciencia a que me devolviese la mochila y volví a meter mis cosas dentro. Ya me quejaría al *jefe* si es que llegaba a verlo.

—Al coche —me dijo el tipo trajeado.

—¡Joder, si sabe hablar! —me reí, sin poder morderme más rato la lengua.

Me empujó sin mucha delicadeza hasta el coche y monté detrás con el *Hámster*, que parecía muy nervioso o asustado. ¿Tan terrible era ese jefe? Porque a mí no me lo había parecido cuando le conocí, salvo cuando me

apuntó con una navaja al cuello, pero esa es otra historia.

Nos pasamos un *ratazo* eterno en el coche. Sugerí que pusieran música o algo, pero de nuevo solo obtuve silencio como respuesta. En algún punto de un lugar que ya no reconocí, salieron de la carretera para meterse por un camino sin asfaltar, campo a través. Rodearon unas fábricas y se detuvieron en medio de la nada.

—Salid del coche —dijo de nuevo el tipo trajeado.

Quizá solo sabían diez palabras: baja, sube, coche, puñetazo, pistola, matar, sit, plas y dame la patita.

Pregunté de nuevo que hacíamos allí, pero ni me miraron. Me quedé cruzado de brazos, apoyado en el coche, con la mochila colgada aún del hombro. Solo esperaba que me llevaran de vuelta a casa después.

Unos quince eternos minutos después otro coche negro, este un mercedes muy elegante, aparcó a unos diez pasos de nosotros. Dos tipos trajeados más bajaron de él.

—¿Compráis los trajes a pares? ¿Os hacen descuento grupal? —me burlé.

—Cállate, idiota —se asustó el *Hámster*.

Un tipo salió entonces del asiento trasero del otro coche, y noté que aquel era *el Jefe*, el de verdad. Uno al que yo no conocía. Pero tenía algo en su forma de moverse y en el respeto que infundió en todos alrededor, que le pusieron al mando. Yo me limité a tragar saliva, en silencio.

Era un hombre de unos sesenta años, con el pelo completamente blanco y un antinatural bronceado. También llevaba un traje negro, pero podía ver la diferencia de precio incluso sin entender demasiado. Además, unas gafas de sol completamente opacas le cubrían los ojos.

—Buenas tardes. —Saludó con tono alegre, como un presentador de televisión—. *Hámster*, ¿cómo estás?

—Bien, señor. —Tragó saliva repetidas veces.

No es que el *Hámster* impusiera mucho respeto. Era bajito y regordete y tenía los ojos muy oscuros. Siempre había supuesto que su mote era por el parecido con dicho animal, pero ahora, cuando miraba a todos lados con nerviosismo, me pareció más rata que nunca.

—Yo también estoy bien —aseguré—. Aunque estos maricas me hayan metido mano.

—¿Cómo te llamas, hijo? —me preguntó el hombre.

—Abram —extendí una mano, que por supuesto él no cogió.

—*Hámster* me dijo que tenías huevos, pero no me dijo que fueras un

estúpido, ni un bocazas.

—Es porque él es tan idiota que no es capaz de ver esas cosas. —Me encogí de hombros. Y eso hizo reír al jefe—. ¿Y como te llamas tú?

—Ah, mi nombre es Marco —se presentó, aún sonriendo. Parecía un señor muy alegre y amable. Pegaba más echando de comer a las palomas que dirigiendo un imperio de droga—. Eres muy gracioso, es una pena que no puedas seguir trabajando con nosotros.

—¿Por qué no? —Me envaré—. Yo no hice nada malo, este idiota me metió de cabeza en una trampa. Y escapé, nadie sospechó nada, porque no nos siguen y...

—Cállate —me suplicó *Hámster* de nuevo.

Marco hizo un gesto a uno de sus hombres, de los que seguían tras de mí, y este abrió el maletero del utilitario.

—Deja que hable, *Hámster* —ordenó Marco—. ¿Qué trampa?

Fruncí el ceño. ¿No lo sabía? Algo me olió mal en todo aquello. Miré al *Hámster*, que tenía los ojos negros llenos de lágrimas. Y luego clavé la vista en el hombre de Marco, que había sacado una pala del maletero.

Decidí que lo mejor era contar todo. Explicué que el *Hámster* me había dejado de vender maría y me había dicho que debía ir a aquel hotel a conseguirla y la trampa de la *poli* y como había escapado de esta.

—Cava —me dijo Marco, cuando paré de hablar.

—¿Qué? —Alcé la ceja y me arrepentí al instante, porque dolía.

—Que cojas esa puta pala y hagas un agujero en el suelo del tamaño de una persona —me dijo Marco, perdiendo cualquier rastro de buen humor.

Dejé caer la mochila y cogí la pala que me tendía su hombre. Iba a decirle que si iban a matarme podía ahorrarme el esfuerzo. Siempre me habían parecido gilipollas los que se dejaban intimidar para cavar su propia tumba, pero me pareció mejor tener la pala en la mano. Quizá, y solo quizá, armado tenía una oportunidad. Aún no había visto ninguna pistola.

—¿*Hámster*? —Se giró hacia él Marco, ignorándome completamente.

—Pensé que eran de fiar, señor —aseguró él—. Yo estaba ocupado y elegí mal en quien confiar.

—¿Y por qué no me lo contaste?

—Pensé que... pensé que... —*Hámster* no encontró las palabras.

—Cava más rápido, chico —me dijo uno de los trajeados.

Puse los ojos en blanco, pero obedecí, resistiendo mis ganas de darle con la pala en la cabeza. No pude oír el resto de la conversación, porque bajaron

el tono, o quizá se alejaron un poco.

Cavé hasta que el sudor se me metió en la herida de la frente y luego me negué a seguir cavando. Me giré hacia Marco para decirle que me pegase el maldito tiro de una vez, porque nunca había llevado bien lo de esperar sin más, cuando oí el ruido de la bala.

Fue ensordecedor y el *Hámster* se llevó las manos al estómago. La sangre escurrió entre sus dedos y el tiempo que tardó en caer de rodillas me pareció eterno. Marco entonces se acercó a mí, y yo sujeté la pala con las dos manos, como si pudiera servir de algo contra su pistola.

—¿Sabías que estaba con la policía? —preguntó.

—No, jefe. —Negué con la cabeza a la vez que lo decía, para dar más énfasis a mis palabras.

—¿Sigues queriendo vender maría para mí? —Alzó una ceja.

—Sí, por supuesto —asentí esta vez.

—Entiéralo —me ordenó.

Uno de sus hombres cogió al *Hámster* y lo tiró al agujero. Se movió allí, sujetándose aún la herida, y empezó a llorar y suplicar.

—Aún está vivo —señalé, como si pudiera no haberlo notado.

Marco le hizo un gesto a uno de los trajeados, y por un segundo pensé que me iba a matar a mí, pero se acercó al agujero y remató al *Hámster*. Yo solo pude parpadear, me alegraba de no haber sido nunca aprensivo, aunque la idea de ser el siguiente me dejó sin oxígeno. El tipo trajeado me dirigió una sonrisilla de prepotencia de medio lado que entendí sin necesidad de palabras. Estaba devolviéndome todas mis pullas.

Cogí una palada de arena y la dejé caer sobre el *Hámster*, intentado mirarle lo menos posible. Era muy consciente del agujero que adornaba ahora su cara, justo entre los dos ojos.

—Cuando acabe llevadlo a casa —ordenó Marco—. Luego dadle algún teléfono de contacto para que pueda hacer el próximo pedido a *Cojo*.

Marco se largó de allí y yo seguí cubriendo el cuerpo del *Hámster*, sin dejar de temblar. En las pelis aquello parece rapidísimo, pero fue un rato eterno durante el que me pareció no dejar de oír sus gritos.

No dejé de repetirme que si no lo hacía moriría yo, pero eso no impidió que la bilis subiese por mi estómago hasta quemarme la garganta.

¿Dónde me había metido? ¿Acabaría como el *Hámster* si alguna vez hacía algo que no le gustara a Marco?

Por primera vez desde que empecé a vender droga meses atrás quise

alejarme de aquello, pero sabía que de hacerlo acabaría siendo el próximo al que enterrasen. Nunca saldría de aquel mundo.



## 16.- Locura insana

### Raúl

—Estás loco —me dijo Celeste con una sonrisilla y las mejillas muy rojas, pero se apartó de la ventana para que pudiese entrar en su habitación.

—Sí —admití cuando apoyé los pies en el suelo enmoquetado.

Tiré de su cadera y la pegué a mi cuerpo, acariciando su mejilla roja con mis labios.

—Estás congelado —se rió, moviendo la cabeza para dejar su cuello expuesto.

—Me he pasado tres horas esperando en la calle a que se fuera tu padre, y media más para asegurarme de que no volvía —murmuré, muy cerca de su oído.

—Trabaja toda la noche —me dijo, tirando de la cremallera de mi chaqueta para quitármela—. Pero mi madre está en el salón.

—Entonces mejor no hagamos ruido.

Dejé que mi chaqueta cayese a mi espalda y luego la empujé sin hacer fuerza a la cama. Ella se rió y se tapó la boca para que no la oyesen. Cerré la ventana para no congelarnos y volví con ella.

Llevaba puesto solo un chándal gris con letras azules, a juego con sus ojos y se había recogido la melena roja en un moño descuidado. Me quedé de pie, a su lado, admirándola.

—¿Qué miras? —se rió, extendiendo una mano hacia mí.

—Te admiro a ti —reconocí, con una sonrisilla de medio lado.

—No seas idiota. —Su cuello y sus orejas se pusieron rojísimas a juego con su cara.

—No lo soy —prometí, aceptando su mano y tumbándome sobre ella, antes de besar cada punto rojo de su piel. Quería devorarla.

—¿Te quedarás toda la noche? —me pidió.

—Todo el tiempo que tú quieras —aseguré.



—¡Celeste, vas a llegar tarde a clase! —Oí la voz de su padre en el

pasillo—. ¿Por qué tienes la puerta cerrada?

—¡Joder! —maldije en un susurro.

Celeste me miró con los ojos azules muy abiertos, llenos de terror. Le hice un gesto para recordarle que debía responder, y lo hizo con voz temblorosa.

—Ya voy, papá.

Me levanté a toda prisa de la cama. No pretendía quedarme dormido, solo nos habíamos tumbado juntos, hablando de cosas banales, después de acostarnos.

Recogí mi ropa y sonreí sin darme cuenta de lo que hacía cuando ella salió de entre las mantas, completamente desnuda.

—¡Abre la puerta, Celeste! —gritó su padre, golpeando la madera.

Me puse los vaqueros y la camiseta a toda prisa y metí los pies en las deportivas. Guardé los calcetines en el bolsillo de mi chaqueta mientras me la ponía. Y planté un beso en sus labios justo cuando ella empezaba a ponerse la camiseta de nuevo.

—Te quiero —susurré, antes de abrir la ventana y salir por allí.

Oí un nuevo golpe en la puerta cuando salté desde el primer piso y corrí calle abajo, por si le daba por asomarse. Fui hasta mi propio instituto, porque su padre llevaba razón en que llegábamos tarde. Y suspiré aliviado al derrapar junto a mis amigos, que estaban en la puerta de este.

—¿De dónde vienes? —se rió Saray, tirando de mi camiseta, que se veía porque no me había cerrado la chaqueta. Me di cuenta de que la llevaba al revés, la etiqueta estaba delante y por fuera.

—Anoche me colé en casa de Celeste —reconocí, mientras me sentaba en el bordillo para ponerme los calcetines.

—¿Y sigues vivo? —me preguntó Carlos.

—¿No ves que sí? —me reí—. Nos quedamos dormidos —reconocí—. Nos ha despertado su padre a gritos. Por suerte cerramos la puerta, aunque estoy seguro de que ese cerdo sabe lo que ha pasado. Me la tiene jurada.

—Es que te follas a su princesita —se metió conmigo la rubia.

—Gracias por tu aportación, Saray —me reí pese a todo.

Me puse de pie cuando acabé de abrocharme las deportivas, con los calcetines bien puestos, y me quité la chaqueta para colocarme la camiseta.

—De nada. —Me sacó la lengua, sujetando mi chaqueta—. Pero ¿por qué tanto drama? —preguntó ella—. ¿Por qué no le dice a su padre que va a estudiar con sus compañeras o lo que sea para salir contigo?

—Porque desde que ese cerdo sabe que salimos juntos no la deja salir con

nadie que no sean esas putas primas tuyas —me cabreé un poco, quitándome la camiseta de un tirón.

—Pero la dejaron salir con Silvia —apuntó Andrea.

—No me la recuerdes —pidió Saray, haciéndome sonreír de nuevo mientras me ponía la camiseta del lado correcto.

—Pero eso fue magia de Charly... —Me encogí de hombros, poniéndome la chaqueta otra vez—. ¿Dónde está, por cierto?

Mis tres amigos se encogieron de hombros a la vez. Así que supuse que Charly no iba a aparecer una vez más.

—¿Y si te ayudamos nosotras? —se ofreció Andrea—. Podemos fingir ir a clase con ella. Le diremos que vamos a estudiar a la biblioteca, y os largáis de allí.

—Sois muy buenas —aseguré, tirando de Andrea para envolverla en un abrazo.

—¡Eh, yo también quiero! —bromeó Saray, lanzándose a abrazarnos a los dos.

—Menudo festival sexual os habéis montado, y yo perdiéndomelo. —Oí la voz divertida de Charly a nuestra espalda.

—¿Tú también quieres un abrazo? —pregunté con una sonrisa cuando nos soltamos.

—¿Tuyo? —bufó, fingiendo cara de disgusto.

—Ahora me dices eso, pero la otra noche bien que querías que te la metiese —respondí burlón.

—Creí que era un secreto. —Me siguió la broma, con los ojos entrecerrados—. En público prefiero los dulces brazos femeninos. Es una pena que eso no exista.

—No seas capullo —le regañó Andrea, aunque usó un tono muy amable.

—Me sale solo —aseguró—. ¿Por qué estamos fuera del instituto? —Cambié de tema, sacando un cigarro de su chaqueta.

—Porque quedan tres minutos para que suene la sirena —explicó Carlos tras mirar la hora en su móvil.

—Uo, he batido un récord —dijo Charly sin emoción en la voz, justo antes de encenderse el cigarro.

Carlos y yo cruzamos una mirada con la que entendimos sin necesidad de palabras. Charly estaba allí, bromeando, aunque no había sonreído de verdad ni una vez. Sus ojos verdes estaban apagados y hablaba sin mirarnos a la cara. Nos conocíamos desde los tres años y podíamos ver que Charly no estaba

bien.

—Entonces, ¿quieres ese abrazo? —ofrecí, con una sonrisilla.

—Dale cariño, Saray, que me deje en paz —pidió, poniéndose detrás de la rubia.

—No te hablo, por si no lo has notado —aseguró Saray, antes de agitar su melena y meterse en el instituto.

—¿Por qué no me habla? —nos preguntó Charly—. ¿Y desde cuando?

—Primera noticia —dijo Carlos.

—¿Andrea? —pregunté, porque yo tampoco lo sabía.

—Es rubia —bromeó la chica, aunque se había puesto muy seria también—. ¿Quién las entiende?

—¿Tú también estás enfadada conmigo? —preguntó Charly.

La sirena la salvó de responder, pero Charly cogió su mano y la obligó a quedarse allí. Vi el dolor de mi amigo en sus ojos claros. Supuse que lo último que necesitaba era perder a sus amigos también.

—No, Charly. —Andrea apoyó su mano libre en la mejilla de Charly, y me pareció que entendía a mi amigo mejor que nosotros—. No te preocupes por Saray, ya se le pasará.

Entramos juntos a clase. Charly incluso tiró el cigarro antes de cruzar la valla roja, pero no cambió su gesto pensativo. Entró a clase antes que nosotros y me sorprendió que supiera dónde estaba, teniendo en cuenta lo poco que iba.



## **Charly**

Saray ya estaba sentada en clase cuando entramos, así que me dejé caer a su lado. Me miró alzando ambas cejas, pero no se movió.

Yo tampoco dije nada mientras el resto de la gente entraba a clase. Me quedé mirándola igual que hacia ella conmigo. Quería ver cuanto rato aguantaba «sin hablarme».

Dejó de mirarme cuando el profesor mandó silencio. Yo ni siquiera me había dado cuenta de que había entrado. Andrea se había sentado en el sitio de Raúl, un par de filas por delante y a la izquierda de nosotros, justo al lado de Carlos. Y Raulito estaba detrás de ellos. Me di cuenta de que me miraba con el ceño fruncido, demasiado preocupado.

—¿Y esta reestructuración de sitios? —preguntó el profesor de filosofía, mirándonos con curiosidad.

—Saray ha decidido que no me habla, así que voy a estar pegado a ella hasta que se de cuenta de que está cometiendo un grave error —expliqué sin rastro de vergüenza, aunque la rubia se sonrojó.

—Ya. ¿Quieres cambiarte de sitio, Saray? —ofreció ese traidor de profesor.

—No, este es mi sitio —dijo, arrugando la nariz, aunque se le escapó una sonrisilla.

—Si oigo una sola palabra os separo —aseguró el hombre.

—Pero si no me habla —le recordé, lo que causó una risilla alrededor.

Me mantuve en silencio de verdad. Apoyé la espalda en la pared, pegando la silla a esta, y me quedé mirando a Saray fijamente, con los brazos cruzados. Ella era consciente de que la miraba, porque de vez en cuando resoplaba y su cara había adquirido un tono rojizo muy suave constante.

—¿Qué? —me preguntó finalmente.

—Nada. —Me encogí de hombros, pero no pude evitar sonreír.

Movió su pelo, de forma que cayó entre nosotros, tapándome la vista y no volvió a mirarme. Yo volví a deslizar mi silla después de cinco interminables minutos de solo ver su pelo rubio y me pegué mucho a ella.

Saray se sobresaltó, como si no esperase tenerme tan cerca, pero no se movió. Su silencio me habría dolido más si provocarla no fuese tan divertido. Por primera vez en toda la semana me olvidé de Silvia durante un buen rato.

—Te huele el pelo a limón —susurré muy cerca de ella.

Saray giró la cabeza hacia mí, golpeándome con su pelo, que de verdad olía a limón. Parecía realmente cabreada.

—¿Qué quieres, Charly? —me preguntó, con los ojos entrecerrados y sin rastro de diversión.

—¿Por qué estas enfadada conmigo? —cuestioné, sin sonreír tampoco.

No me respondió, apretó los labios y miró al frente, decidida a ignorarme de nuevo. Suspiré y la dejé en paz, apoyándome en la pared.

No volvimos a hablar en lo que quedaba de clase, y cuando la sirena dio fin a filosofía y el profesor se fue, Saray volvió a girarse hacia mí.

—¿Te vas tú o yo? —me preguntó.

—¿Por qué no me hablas? —insistí, sujetando su mano cuando empezó a recoger sus cosas para irse.

—No sé, ¿qué tal por ser un imbécil? —sugirió, con tono enfadado.

—Pero no puedes enfadarte conmigo por eso. Es como si te enfadases con Raúl por ser alto, con Carlos por estar enamorado de Andrea o contigo por estar buena... —Puse mi mejor sonrisa, y casi no tuve que fingirla ni nada.

—Yo no estoy... —resopló, sonrojándose mucho esta vez.

Disfruté de sus nervios de verdad. Por un momento me pregunté como habría sido todo si me hubiese enamorado de ella y no de Silvia. Aparté la vista un segundo, como si ella pudiera ver en lo que yo estaba pensando.

—Siento ser imbécil —me *disculpé*, sujetando su mano con la mía—. ¿Qué puedo hacer para que vuelvas a hablarme?

—Ya te estoy hablando, por desgracia —bufó, aunque no me pareció que ahora estuviese enfadada, solo nerviosa.

—¿Y para que no estés enfadada? —sonreí.

—No lo sé. —Se encogió de hombros y tomó aire despacio.

El siguiente profesor entró cuando aún estábamos mirándonos a los ojos, cogidos de la mano, sin pronunciar palabra.

—¿Y si intento dejar de ser imbécil? —sugerí, ignorando al profesor.

—No puedes dejar de ser imbécil —me recordó—. Como Raúl no puede dejar de ser alto.

Me reí un poco.

—Puedo intentarlo —aseguré—. Estoy en clase por vosotros, seguro que puedo dejar de hacer el imbécil, si me dices como...

—¿Qué tal si dejas de desaparecer y de pasar de nosotros?

—Estoy aquí —repetí muy despacio—. Y estoy aquí solo por vosotros, porque es el último lugar en el que quiero estar.

—Pues recuerda eso la próxima vez que una zorra se cruce en tu camino —me soltó.

Y aquello dolió, dolió muy adentro. Aún tenía sujeta su mano, pero me aparté de ella como si quemase. Vi el arrepentimiento en su cara por lo que había dicho, pero eso no cambiaba que lo hubiese hecho.

Me levanté del asiento, el profesor me preguntó algo, pero yo ya no podía escucharlo. Sentí que me faltaba el aire.

—Charly, lo siento —se disculpó Saray.

Pasé a su lado, ella también se había puesto de pie, y no estoy seguro de si intentó agarrarme, pero me largué de allí. Sabía que era mala idea volver a clase, lo había sabido desde que me había despertado.





## 17.- Encuentros inesperados

### Charly

Elegí una camiseta al azar del armario y me la puse debajo de mi sudadera verde favorita. Luego me puse la chaqueta negra y me aseguré de llevar todo lo necesario en los bolsillos: tabaco, llaves, mechero y cartera.

Aún no me había comprado otro móvil, después de destrozar el anterior contra un árbol y ni siquiera lo echaba de menos. Saqué un cigarro y me lo puse tras la oreja antes de caminar hasta la habitación de Sara.

Tenía la puerta entreabierta, aun así la golpeé con los nudillos y esperé hasta que asomó su naricilla respingona.

—¿Te vas? —preguntó, algo decepcionada.

—Claro, contigo. —Le guiñé un ojo y fingí una sonrisa que no logré sentir —. Vamos a tomarnos un helado o algo.

—Hace frío —se rió, pero volvió a entrar en la habitación para arreglarse.

—Pues una sopa —bromeé, haciendo que riese más fuerte.

No tardó en estar preparada. Se puso un gorro rosa, con una bufanda y guantes a juego, con un dibujo de un perrito y me pareció tan adorable que de nuevo deseé que no creciese nunca.

—Lista —me dijo, parándose a mi lado, con una sonrisa enorme.

—Ya veo. —Sonreí con tristeza y salí de allí para que no se diese cuenta.

Tomé aire un par de veces para darme fuerzas para hacer aquello. Sara se merecía un día de cumpleaños en condiciones, cosa que nuestra horrible familia no iba a darle. Cerré cuando ella salió y andamos en silencio hasta la parada del bus.

—Siento no haberte comprado nada para tu cumple... —me disculpé, cuando llegamos a la parada.

—Podemos adoptar un perrito —pidió, con una sonrisa enorme—. Sería el mejor regalo de todos los tiempos...

—Tu madre nos mata —me reí.

—Diré que he sido yo —suplicó.

—No, enana.

El autobús llegó cuando Sara estaba poniendo su mejor cara de niña buena para convencerme. Pero aquello era lo único en lo que su madre y yo estaríamos de acuerdo. Sabía que si Sara tenía un animal sería yo el que

acabase haciéndose responsable de él, y sinceramente, yo no podía ser responsable de nada.

—¿Con quien te pegaste? —me preguntó después de sentarnos al fondo del autobús.

Jugueteé con el cigarro, quitándomelo de detrás de la oreja pero sin encenderlo, para no responder. Podía mentir a mis amigos, a mi padre y a la policía, pero no a Sara cuando me miraba de esa forma.

—No debes preocuparte por eso —respondí, porque ella seguía esperando que lo hiciese.

Ella me miró inflando los carrillos, pero no insistió en el tema. El centro comercial no estaba muy lejos, así que pasamos el resto del trayecto en silencio. La verdad es que no me sentía con fuerzas para iniciar una conversación.

—¿Quieres una hamburguesa? —ofrecí.

—Sí, me muero de hambre —aceptó, con una sonrisa enorme.

Señalé una mesa para que se sentase mientras yo iba a pedir por los dos. Pedí, después de esperar una larga cola, una cantidad enorme de comida. Me había llevado a Sara de casa sin permiso de su madre. Me había limitado a una nota que pegué a la nevera.

Sabía que cuando volviésemos me iba a caer la bronca del siglo y, como tras cada bronca en los últimos meses, seguramente acabase en la calle, así que mejor comer cuanto pudiese antes de aquello.

Cuando dejé la bandeja hasta arriba de comida delante de Sara me miró emocionada y atrapó una patata con sus dedos regordetes e infantiles.

—¿Qué tal el cole? —pregunté, por hablar de algo.

—¿Y tu insti? —replicó, con mala cara.

—Es el mismo —le recordé.

—Eso no es verdad. —Dejó caer la patata después de un bocado y me miró con demasiada madurez—. Tu instituto es uno en el que eres *superguay*, todos son amigos tuyos y los que no lo son quieren serlo.

—¿Y el tuyo? —dudé, arrugando la frente.

Sara y yo íbamos al mismo centro, pero nuestras clases estaban en esquinas contrarias, separados por una valla, y yo, los pocos días que iba a clase, solía salirme en los recreos para fumar.

—En el mío no soy guay. —Se encogió de hombros, como si le diese igual, pero clavó la vista en la comida, y vi sus ojos aguarse.

—¿Desde cuando? —Sujeté su barbilla para que me mirase—. ¿Qué te

hacen?

—Nada, Charly. —Se esforzó por fingir una sonrisa—. Simplemente soy invisible —suspiró y cogió una hamburguesa—. Vamos a comer, que se enfría.

No insistí en el tema, pero tomé nota mental de pasarme un recreo a verla. Como alguien se estuviera pasando con mi hermana iba a matarlo.

—¿Qué quieres hacer después? —pregunté, porque no me gustaba ver su mirada triste.

—¿Cine? —sugirió—. O podemos ir a las recreativas. —Se emocionó con la idea de poder elegir, supuse.

—Podemos hacerlo todo. —Sonreí un poco, al menos hacer feliz a esa mocosa era fácil.

Acabamos de comer mientras Sara me contaba el argumento del último libro que se había leído y que le encantaba. Pensé en llevarla a comprar libros después de ir al cine. Quería que fuese el mejor día de su vida.

Su cumpleaños de verdad era al día siguiente, pero sabía que su madre no me dejaría estar con ella. Seguramente invitase a un montón de familia y me ordenase largarme de allí, como había hecho los últimos seis cumpleaños de Sara.

De mi cumpleaños solo se acordó Sara, en mi casa al menos; la madre de Carlos me preparó una comida casera y una mini fiesta con mis amigos. Y Silvia. Apreté los dientes y rompí el cigarro con el que había vuelto a jugar sin querer. Lo tiré entre los restos de comida y me puse de pie para esperar a Sara más cerca de la puerta cuando ella se fue al baño.

—¿Ya estás con otra? —Al darme la vuelta vi de frente a Silvia y no pude más que apretar los puños.

—¿Tú me dices eso? —Agité la cabeza con amargura—. ¿Me estás siguiendo, Silvia?

—Quiero hablar contigo —me dijo, y me pareció que lo admitía.

—Pues yo no quiero hacerlo contigo —aseguré.

—¿Charly? —La voz de Sara a mi espalda me tensó aún más.

No me fiaba de las tretas de Silvia, estaba claro que había mandando a Abram a pegarme con engaños.

—Vamos —pedí a Sara, señalando la salida para que empezase a andar.

—Charly, por favor. —Silvia me sujetó la mano para que no me fuese—. Yo te necesito, sin ti... me moriría.

—Pues muérete —dije, con los dientes apretados—. Y no me toques, ni te acerques a mí.

—Charly —lloró ruidosamente, pero no soltó mi muñeca—, déjame que te lo explique. ¿No confías en mí? Tus amigos no te han contado la verdad.

—Suéltame —ordené.

—Solo cinco minutos —pidió, llorando más fuerte.

—¡No quiero escucharte, joder! —grité, soltándome de un tirón y gritando muy cerca de su cara.

Ella se alejó de mí dos pasos, mirando al suelo, como si de verdad me tuviera miedo, como si yo alguna vez hubiera hecho algo diferente a tratarla bien o cuidarla.

—¡Eh, tío! —Un tipo de unos treinta años se metió en medio, empujándome para alejarme de ella—. Déjala en paz.

—¡No te metas! —bramé, apartando su mano de mi pecho.

—Pues relájate y deja a la chica —ordenó.

Y perdí el control. No estoy orgulloso de ello. Pero no pude más. Estallé en ese momento, todo lo que me había estado controlando esa semana para no mostrar sentimientos explotó en el momento que vi los ojos de Silvia sobre el hombro de ese gilipollas.

Porque yo no me merecía lo que ella me había hecho. Yo no me merecía el dolor que me partía el pecho, ni que hubiese convertido mi vida en un infierno, pero a la que todo el mundo defendía y protegía era a ella.

Le di un puñetazo al tipo en la cara, que retrocedió sujetándose el punto dónde le había golpeado. Trastabilló un poco, y luego se lanzó sobre mí. Me quedó claro enseguida que no sabía pelear, no fue como contra Abram, aquello no tuvo ningún mérito.

Agachó la cabeza demasiado, en un intento de placarme y yo solo tuve que levantar la rodilla con todas mis fuerzas para que impactase en su nariz. Se cayó redondo, inconsciente.

—¡Charly! —El grito de Sara me sacó de mi estado de furia.

Sus amigos empezaron a acercarse para socorrer al tipo, al que me arrepentí al instante de haber golpeado, y yo aproveché la confusión para largarme. Cogí la mano de Sara y la saqué de allí.



**Carlos**

—Carlos, despierta —me llamó la voz de mi madre—. Ha venido una chica a verte...

Sus palabras consiguieron despertarme lo suficiente. ¿Una chica? Me dolía tanto la cabeza que sentí que me iba a estallar mientras me sentaba en la cama.

Hacia una semana que Charly había desaparecido, otra vez. Sara nos contó el lunes que se había pegado con un chico en un *burger* por culpa de Silvia. Luego había dejado a su hermana en casa y no había aparecido desde entonces. Le habíamos dado un par de días, pensando que volvería, pero no lo hizo. Así que salimos a buscarle.

Le habíamos buscado cada día, y la noche anterior nos la habíamos pasado entera recorriendo sus locales favoritos, esperando que estuviese en alguno, pero parecía que se lo hubiera tragado la tierra. Incluso nos decidimos a buscarlo en el taller aquel donde le pagaban por despiezar cosas, pero no le habían visto en la última semana.

Según mi reloj eran las diez de la mañana, y habíamos llegado sobre las ocho, así que solo había dormido dos horas. Me puse los vaqueros y una camiseta de manga corta rápidamente y salí de la habitación.

No estaba muy seguro de que esperaba encontrarme, pero seguramente no era a Alba, una chica de clase, que desentonaba incluso más que Charly en el salón de mi madre lleno de telas y ganchillos.

Mi madre la miraba sin mucha simpatía, y eso que mi madre era simpática con todo el mundo. Supuse que el pelo de color entre verde y azul de Alba, su excesivo maquillaje o sus vaqueros rotos y su camiseta transparente, que dejaba a la vista el sujetador, no era del gusto de mi madre.

—¿Qué pasa? —dudé, frotándome los ojos, porque aún me sentía dormido.

Alba se ajustó sus gafas de pasta enormes y me dirigió una sonrisa tensa. Supuse que mi madre, que aún llevaba puesta la bata y los rulos, tampoco era de su gusto. Y para colmo, nuestro pastor alemán, Atila, parecía deseoso de saltar sobre ella y mi madre lo retenía a duras penas.

—¿Podemos hablar? —pidió.

—Claro —acepté, haciendo un gesto para que fuese a mi habitación.

Mi madre me interrogó con la mirada y yo me limité a encogerme de hombros. No tenía ni idea de que quería esa chica. Estaba seguro de no haber intercambiado nunca más de un par de palabras con ella, pese a ir a la misma clase. No nos movíamos por los mismos ambientes.

—Necesito tu ayuda —me dijo, mientras yo extendía las mantas para que no se notase tanto que me había pillado durmiendo.

—¿Mi ayuda? —Consiguió que la mirase con curiosidad.

¿Para que quería mi ayuda? Estaba seguro de que esa era la conversación más larga que estábamos manteniendo. ¿Y por qué había ido a mi casa en lugar de llamarme por teléfono o contármelo en clase? Es más, ¿cómo sabía dónde vivía yo?

—El profesor de educación física me la tiene jurada —explicó, lo que me hizo reír—. ¿Qué? —preguntó, con tono borde.

—Que te pasas sus clases a un lado leyendo libros de otras asignaturas —le recordé.

—Ya bueno, pero soy la que mejor nota sacó en su examen escrito —me dijo mirándome con mala cara—. Pero dice que si no paso las pruebas físicas me suspenderá.

—Pues no lo entiendo. —Cargué mi voz de sarcasmo—. ¿Por qué te iba a suspender educación física por no hacer la parte física?

—Tú riéte todo lo que quieras —bufó cabreada—. Pero ayúdame.

—¿Qué quieres que haga? —Alcé las cejas, sin comprometerme a nada.

—Tengo que subir la cuerda y cruzar las espalderas y no se qué mierda más —resopló—. Tú sabes hacer esas mierdas, quiero que me enseñes.

—¿Quieres un truco mágico para subir la cuerda? —me reí—. No existe, yo sé hacerlo porque entreno.

—Te he hecho el trabajo de filosofía a cambio —explicó, sacando un trabajo encuadernado de la carpeta con dibujos de calaveras con lacitos rosas que llevaba bajo el brazo—. Es un trabajo de diez. Bueno, de nueve y medio, he cometido un par de faltas de ortografía para que cuele.

—Yo no cometo faltas de ortografía. —Negué con la cabeza, pero se me escapó una sonrisilla—. Y acabé ese trabajo hace semanas. —Le enseñé mi propio trabajo que estaba sobre el escritorio—. La única forma de subir la cuerda es con fuerza, Alba. Si quieres hacerlo, tendrás que hacer ejercicio...

—Odio el ejercicio —me dijo, arrugando el labio superior—. Te daré lo que quieras si me ayudas.

Me crucé de brazos y me apoyé en el escritorio. Charly siempre decía que hacer cosas para que la gente te debiera otras cosas estaba bien, porque no sabías cuando ibas a necesitar esos favores.

—No haré nada sexual —me dijo, dando un paso atrás y poniendo la carpeta delante de su pecho, como si yo hubiera hecho alguna insinuación.

—Te ayudaré, Alba —aseguré—. Pero me debes una, y grande.



## 18.- Como gatos en el tejado

### Abram

La fina arena se me metía en los ojos y la boca, haciéndome toser. Por más que intentaba moverme no lograba hacerlo y el borde del agujero parecía tan lejano que me parecía imposible que alguna vez fuese a salir de allí.

Entonces conseguí mover la mano y quitarme la arena de los ojos. Y cuando creía que lograría salir de allí unos dedos helados me sujetaron de la piel desnuda de los hombros, desde atrás, clavándose en mi piel, haciéndome gritar de dolor.

Me desperté sobresaltado, sudando y temblando. Me senté en la cama y me pegué contra la pared, mientras buscaba la maría por la mesilla. Necesitaba un porro más que nunca.

Llevaba toda la semana teniendo horribles pesadillas del mismo estilo, en las que era yo al que enterraban y otros cadáveres se lanzaban sobre mí, o me atrapaban contra el suelo.

Me sequé un chorro de sudor de la frente y subí la persiana para que el sol de la mañana ahuyentase a los fantasmas. Di con el tabaco y me encendí un cigarro, abriendo la ventana para que se fuese el humo.

La puerta se abrió cuando llevaba solo medio cigarro, y lo tiré por la ventana conteniendo la respiración para que no viesen el humo. Había tenido mucho cuidado para que mi abuela, mi madre y sobretodo Marisa no se enterasen de que fumaba. No es que pudieran impedirlo, pero me ponían de los nervios.

Pero para mi sorpresa, la que se coló en mi habitación y después cerró la puerta, fue Silvia. La tos me atragantó y se me salió todo el humo de golpe.

—¿En mi casa también? —me quejé, mientras me tumbaba en la cama fingiendo indiferencia, para que no viera la marca de sudor en ella.

—Charly ha desaparecido —me dijo.

—¡Joder! —Se me fue toda la indiferencia a la mierda—. ¡¿No entiendes que no quiere saber nada de ti?! Deja a ese chaval en paz, Silvia.

—No es eso... —Se acercó a mí y se sentó al borde de la cama—. El sábado pasado me lo encontré de casualidad...

—Ya, claro —me reí, no me lo creía.

—Cree lo que quieras —me dijo, alzando la cabeza con orgullo—. El caso

es que se puso nervioso y se pegó con un tipo que se metió entre medias. ¡Lo dejó inconsciente! —se horrorizó.

—Sí, sé cómo pega ese chaval. —Me señalé la cara que aún tenía marcas.

—Me costó un infierno convencerlo para que no lo denunciara —explicó, y tuve claro como lo había hecho—. Pero Charly está desaparecido desde entonces. Y estoy preocupada por él.

—Déjalo en paz, ya volverá cuando tenga ganas. —Me hubiese gustado poder desaparecer también, pero no me moví de la cama.

—Tú no lo conoces como yo, puede estar haciendo alguna locura. ¿Y si le ha pasado algo? —gimoteó.

—Debiste pensar en todo eso hace mucho, Silvia, y ahora, lárgate de mi casa y no vuelvas por aquí, jamás. —Me esforcé mucho por mantener un tono de voz calmado—. Tú y yo ya no somos nada, ni siquiera amigos. Así que vete.



Y aunque quise no pensar en Silvia y en sus problemas, fui incapaz. Traté de centrarme en que probablemente yo sería el próximo idiota al que enterrasen y en cómo evitarlo, pero joder, me sentía responsable de Charly de alguna forma.

Conseguí convencerme de que no era responsabilidad mía prácticamente todo el día, pero sobre las nueve, cuando en mi casa estaban poniendo la mesa para cenar, no pude más.

Me puse las deportivas y la chaqueta e iba a salir cuando Marisa me cortó el paso, plantándose justo delante de la puerta.

—¿Qué? —pregunté de mala gana.

—¿Dónde vas? Vamos a cenar...

—Veintitrés días, Marisa —le dije, abrochándome la chaqueta.

—¿Para qué? —dudó.

—Para cumplir dieciocho y perderte de puta vista. —Resoplé y pasé a su lado para salir de casa.

No trató de impedírmelo, supuse que estaba echando cuentas a ver si era verdad.

Cuando salí de allí fui directo a la casa okupa dónde había encontrado a Charly la otra vez. Supuse que habría vuelto a refugiarse en el mismo sitio. Parecía un buen lugar donde no afrontar la realidad.

Llegué pasadas las diez, porque los autobuses no pasaban por allí con mucha frecuencia y había tenido que caminar un buen rato. Golpeé la puerta dos veces y a la segunda cedió sola. Dentro olía a muerto, vómito y desperdicios humanos. Usé la camiseta para cubrirme la nariz y la boca y avancé saltando a un par de tipos que se habían pasado pinchándose algo.

Di con Charly en el piso superior, en una habitación diminuta, sobre un colchón puesto directamente en el suelo. Tenía un ojo morado y la mano apretada en torno a una jeringuilla.

Le quité la jeringuilla lo primero, lo último que necesitaba era pillar sida porque me clavase esa mierda en un acto reflejo. Comprobé que aún estaba llena antes de tirarla a un lado de la sala. Luego me aseguré de que tuviera pulso y respirase. Parecía estar bien. Golpeé un par de veces su mejilla y abrió los ojos de golpe, sujetándose a mi chaqueta con una mano.

—¿Listo para nuestra segunda cita? —bromeé.

—Eres tú. —Me reconoció finalmente, dejándose caer en el colchón de nuevo.

—¿Qué te ha pasado en el ojo? —pregunté. Supuse que lo mejor era empezar por lo fácil.

—A uno de esos gilipollas le pareció que le había robado las drogas —explicó sin muchas ganas.

—¿Y lo habías hecho? —curioseé.

—Antes de esto no. —Se señaló el ojo y se las apañó para formar una sonrisa sin ningún humor—. ¿Qué haces aquí? —Me miró con desconfianza.

—Pillar maría —mentí, porque era mucho menos preocupante y gay que decirle la verdad.

—Aquí no tienen maría de la buena —se quejó—. Pero tienen unas setas de puta madre.

—Así que estás alucinando —adiviné, levantándome de su lado y tendiéndole la mano.

—Yo me quedo aquí, colega —me dijo, dándose la vuelta en el colchón mohoso para darme la espalda—. Pero si encuentras maría de la buena tráeme —pidió.

—Como quieras. —Salí de la habitación otra vez.

Yo ya había cumplido, ¿no? Había comprobado que estaba bien y lo estaba. No tenía ninguna responsabilidad con él... Entonces, ¿por qué me sentía tan mal?

Quise darle un puñetazo para que reaccionase, pero él no era problema

mío, me repetí una y otra vez, mientras volvía a bajar al piso de abajo.

No pasé de las escaleras. Unas linternas me alertaron. Quizá seguía paranoico, pero aquella luz no parecía natural en la semioscuridad de aquella gente que solo se drogaba, tendidos por cada superficie posible...

—¡La poli! —alertó alguien entonces.

Volví a correr escaleras arriba. ¡Joder! Debía dejar de ser tan buena gente. Al final acabaría en la cárcel y entonces seguro que Marco me sacaba para enterrarme vivo.

—Vamos. —Tiré de Charly, obligándole a levantarse. Se quejó un poco, pero se dejó hacer—. Después de esta me debes una, cabrón —le dije, antes de buscar una ventana por la que saltar.

—No quiero irme... —se quejó con un gemido drogado.

—Está la policía, imbécil.

Di con una ventana que daba a la parte trasera de la casa. Un par de policías registraban la parte de atrás. Tendríamos que esperar a que entrasen en la casa para poder salir.

—No pueden pillarme —me dijo Charly, algo más espabilado.

—¿Y te crees que a mí sí? Llevo una bolsa de maría encima. —Había pensado en fumar después de dar con Charly, antes de volver a casa y soportar la reprimenda de mi pesada familia.

—Vale, vamos por el tejado. —Se apartó un poco de mí, pero las piernas le fallaron.

—¿Cuánto llevas sin comer? —dudé.

—He comido unas setas deliciosas hace un rato —aseguró, tratando de encaramarse por la ventana.

—Iré delante —suspiré.

Toda la fila de chalets estaba unida unos a otros. Quizá si conseguíamos subir al tejado solo tendríamos que avanzar por estos y salir por el final de la calle, o podríamos incluso quedarnos allí hasta que las cosas se tranquilizasen.

Salí al hueco de la ventana y me sujeté al canalón. Por suerte había suficiente gente abajo para que los policías estuvieran distraídos un buen rato. Charly salió tras de mí y me sorprendió gratamente que consiguiera sujetarse solo. Debía estar a tope de adrenalina.

Y yo era la puta segunda vez en menos de quince días que tenía que huir de la policía. Se me resbaló la mano cuando me empezó a sudar, al pensar qué me haría Marco si me atrapaban. Tuve que secármela en los vaqueros para poder

agarrarme de nuevo y luego trepé al tejado.

Llegué a lo alto y apoyé el culo sobre las tejas, para no resbalarme. Charly no tardó en llegar arriba y se tumbó a mi lado, respirando alterado.

—¿Compartimos esa maría? —preguntó.

Y no pude evitar reírme. Volví a taparme la boca y la nariz con la camiseta para no llamar la atención de la policía. Y seguimos allí tirados mucho rato, entre risas que amortiguamos con la ropa.



## 19.- Cena en familia

### Raúl

—¿Estás bien? —me preguntó Celeste, la sexta vez seguida que miré el móvil.

—Preocupado —reconocí, acariciando su espalda sobre su camisa de uniforme.

Ella me dirigió una sonrisilla que me hizo querer abrazarla. Era preciosa.

—¿Quieres jugar? —Pese a sus palabras soltó el mando de la *play* que tenía y con el que había estado jugando mientras yo la admiraba.

—¿A qué? —pregunté, tragando saliva con dificultad.

Celeste no respondió, aunque su cara adquirió una tonalidad rojiza. Sin embargo pasó su pierna sobre mí en el sofá, y se puso a horcajadas sobre mi regazo. Su faldita de uniforme subió por sus muslos, provocando que tragase saliva de nuevo, nervioso.

—He pensado algo —me dijo sugerente.

—¿Sí? Yo también estoy pensando muchas cosas —reconocí, acariciando la piel de sus piernas, de camino hasta la goma de sus bragas.

—Debería organizar una cena con mis padres.

Paré de subir y clavé la vista en ella, que me sonreía enseñándome sus dientes perfectos.

—No estaba pensando en eso precisamente —reconocí.

—Sé lo que piensas de mi padre...

—¿Y lo que él piensa de mí? —dudé.

—También lo sé —admitió, con un puchero—. Pero estoy segura de que si os conocieseis os llevaríais genial... —me dijo—. Él verá cuanto me quieres, y no tendrá más remedio que dejarme salir contigo.

—Eso no será así, Ce. —Usé ambas manos para apartarle el pelo de la cara—. Querrá matarme y si me meto voluntariamente en tu casa alegará que ha sido defensa propia o que yo me colé...

—No digas tonterías. —Me dio un golpecito sin hacer fuerza en el pecho.

—No es... —empecé, pero me interrumpió, pegando sus labios a los míos y me olvidé de lo que quería decir.

Se separó un poco de mí, pasando su lengüita sobre su labio superior, y desabrochó los botones de su camisa, dejándome una vista perfecta de su

sujetador azul.



No podía negar que los argumentos de Celeste habían sido convincentes, pero cuando cruzamos la puerta de su casa, quise correr a esconderme a la mía. Me aseguré de llevar bien abrochada la camisa, y metida por debajo de mis pantalones elegantes y la seguí al interior de la casa.

—¿Qué horas de volver son estas...? —empezó su padre, justo antes de pararse a mirarme desde la puerta del salón, donde, a juzgar por el ruido, había estado viendo un partido—. ¿Qué haces con él, Celeste? —preguntó con desagrado.

—Raúl es mi novio, papá, quiero que lo conozcáis mejor —se quejó ella, con un tono muy dulce—. Vamos a cenar los cuatro.

—Hola. —Saludé con timidez para llenar el silencio que se creó después de su declaración de intenciones.

—Voy a cambiarme de ropa, ahora vuelvo —se despidió Celeste, girándose hacia mí para besar mis labios, pero moví la cara para que su beso quedase en la mejilla. No quería provocar más a su padre, que ya estaba rojo de furia.

Los dos miramos cómo Celeste se iba a su habitación, emocionada. Como si aquello hubiera sido el mejor encuentro de la historia y no algo tan incómodo. No me moví de allí y su padre tampoco. Estaba esperando que en cualquier momento sacase el bate a pasear, o peor, era militar, seguro que tenía armas de fuego.

—Sé que no soy bien recibido —expliqué finalmente y tuve que aclararme la garganta para poder seguir hablando—. Pero a Celeste le hace ilusión que nos conozcamos mejor.

—A mí no me hace falta conocerte —me dijo, cruzando los brazos sobre el pecho. Con tal cara de cabreo que las cejas se fundían en una—. Sé lo que quieren los niños como tú. Yo también he tenido dieciséis.

Celeste volvió entonces, con un vestido azul que le quedaba perfecto. Nos miró un momento como si no entendiese que hacíamos allí todavía.

—¿Vamos al salón?

Su madre llegó de la cocina en cuanto entramos al salón, aún tensos todos. Celeste me presentó, pero tampoco hizo intento de saludarme y la sonrisa se le quedó congelada en la cara.

—¿Me ayudas a poner la mesa, cariño? —pidió la mujer a su hija.

—¿Puedo hacer algo? —me ofrecí, porque no quería quedarme a solas con su padre.

—Vamos a ver el fútbol —*invitó* su padre y me quedó claro que quería que me quedase allí.

Celeste me levantó un pulgar con una sonrisilla, como si aquello fuera una victoria, pese que yo sabía que no lo era. Salió con su madre hacia la cocina y de nuevo el silencio fue hasta doloroso.

—Yo quiero a Celeste, muchísimo —expliqué tragando saliva con dificultad. Aquel hombre me ponía los huevos de corbata.

—Vamos a cenar en familia, chaval —me dijo, y me pareció que me estaba dando su aprobación. Durante un segundo al menos, luego siguió hablando—. Pero mañana vas a dejarla y no vas a volver a acercarte a ella, porque te prometo que si vuelvo a verte cerca de mi hija, mi casa o cualquier cosa que me pertenezca, o si vuelve a irse contigo, o vuelve a mencionarte siquiera iré a buscarte, te ataré al coche y te arrastraré hasta un lugar muy lejano, dónde te pegaré dos tiros. Uno en la cabeza y otro en los huevos, y no en ese orden precisamente.

No pude responder, traté de tragar saliva, pero la boca se me había quedado completamente seca. Celeste volvió a sonreírme cuando vino con el mantel. Me hubiese gustado poder levantarme para ayudarla, pero estaba acojonado.

Yo quería estar con Celeste, la quería con locura. ¿Cómo iba a mantenerme lejos de ella?



## **Charly**

—¿Por qué estás aquí, Charly? —La pregunta me hizo reír.

Saqué un cigarro del bolsillo de mis vaqueros y luego subí los pies a la mesita baja que tenía delante.

—Porque me han obligado —expliqué, antes de encenderme el cigarro.

—¿Y no crees que puedes sacar algo de provecho de esto?

Miré a la mujer mientras escribía en su libreta. Me miró porque yo no respondía. Tenía la piel de color oscuro y el pelo recogido en un moño alto y

severo. Pretendía parecer mayor de lo que era.

—Eso depende de usted —aseguré.

—¿Sueles evadir las preguntas saliéndote por la tangente? —preguntó, apretando los labios oscuros y carnosos hasta convertirlos en una fina línea.

—Sí —admití.

—Sabes que con venir aquí no vale, ¿no? —Torció un poco la cabeza para observar mi reacción; yo fumé para no darle la satisfacción—. Tu padre quiere un informe de tus avances. Que vengas aquí a hacerte el chulo no cambiará nada.

Clavé la vista en un reloj que había junto a la puerta, por no mirarle a la cara. Sabía que lo que decía era verdad, joder, y eso me cabreaba.

Abram y yo nos habíamos pasado la noche subidos al tejado, congelándonos, hasta que se fue la policía y pudimos salir de allí.

Había vuelto a casa a media mañana, pensando que no habría nadie allí y podría darme una ducha y luego volver a la cama a no hacer nada y seguir deprimiéndome por mi mierda de vida.

Pero me encontré a mi padre al entrar. Las cosas no habían ido muy bien. Al parecer estaba *preocupado* porque me había pasado una semana desaparecido. Yo me había reído, sin muchas ganas, porque cuando era su puta mujer la que me echaba de casa no se preocupaba tanto.

Al final me había dicho que sabía lo que había pasado en el *burger* cuando iba con Sara. Estaba seguro de que mi hermana le contó lo sucedido. No podía culparla, porque seguramente solo lo había hecho porque estaba preocupada por mí.

A partir de ahí las cosas no habían ido a mejor. Yo le había gritado, él me había gritado y había estado a punto de largarme de casa cuando pronunció las palabras que me habían llevado hasta allí: «No dejaré que vuelvas a ver a Sara».

Y no era justo, porque Sara era lo único que me importaba, aparte de mis amigos. No podía alejarme de mi hermanita. Me había quedado allí plantado mientras me decía que tenía un problema y que necesitaba ayuda. Me aseguró que dejaría que me quedase en casa y viera a Sara mientras fuese a terapia. Así que allí estaba, con una loquera.

—Estoy terriblemente arrepentido —mentí, clavando mis ojos de nuevo en ella—. Me he equivocado, no volverá a ocurrir.

—Al menos tu hermana te importa lo suficiente como para mentir por ella —me dijo y me pareció que se burlaba, aunque no era así—. ¿No te importa lo

suficiente para mejorar por ella?

—Sara lo es todo para mí —reconocí, antes de darle otra calada al cigarro. Era mala idea darle respuestas reales, sabía que las usaría contra mí.

—¿Y dónde has estado la última semana? —me preguntó.

—Follando y drogándome. —Sonreí sin ganas cuando su rostro oscuro se tiñó ligeramente de rojo—. ¿Y usted?

—Justo aquí —me dijo, tratando de reponerse.

—Qué vida más aburrida. —Tendí el cigarro encendido hacia ella, que mostró una sonrisa de verdad por primera vez, sin cogerlo.

—Por suerte estamos aquí para hablar de la tuya, que es la hostia —me provocó.

—Menuda suerte... —resoplé.

—¿Por qué no empiezas desde el principio? —pidió.

—Al principio de los tiempos, los dinosaurios poblaban la Tierra...

—Desde tu principio —me interrumpió.

—Mejor, porque he cateado historia.

—Tu madre murió cuando tú naciste —me dijo, cortándome las ganas de bromas en el acto—. ¿Te sientes responsable de ello?

—Yo no la obligué a tenerme, ella sabía lo que podía pasar y aun así decidió seguir adelante...

—Eso no responde a mi pregunta, Charly —insistió.

—No, no me siento culpable —mentí, y ella anotó algo en su puta libreta—. ¿Qué hay de su familia, doctora?

—Mis padres viven, y tengo tres hermanos, dos mayores y uno pequeño —explicó, con demasiada tranquilidad—. ¿Cómo fue tu infancia, Charly?

Me lamí los labios, que se me había quedado secos, y apagué el cigarro en el vaso de agua que me había dejado en la mesita baja.

—Ya ha pasado una hora, doctora. —Me levanté de allí—. ¿Nos vemos el próximo día? A no ser que quiera regalarme algo de su tiempo. —Guiñé un ojo provocativo.

—Hasta el jueves, Charly —se despidió.



## 20.- Motivos para no querer

### Carlos

—Vaya, solo llegas seis horas tarde —se burló Raúl, aunque no hablaba conmigo. Yo había salido con él de clase.

Tuve que girarme para ver a Charly, que se acercaba como si no llevase desaparecido una semana y pico. Tenía el ojo morado y un cigarro entre los labios, por lo demás parecía el de siempre.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Andrea, cuando llegó hasta nosotros, sujetándole la barbilla para observarle el ojo.

—Nada. —Se encogió de hombros con toda la tranquilidad del mundo, cogiendo la mano de Andrea para que le soltase la cara.

—¿Sabes que tienes un ojo morado? —le piqué.

—Sí. —Dio una calada al cigarro, con total indiferencia.

—¿Es todo lo que vas a decir, después de una semana desaparecido? —preguntó Saray, cruzándose de brazos.

—¿Ya me hablas? —fue su respuesta.

Parecía algo más animado que la semana anterior, pero había algo en su forma de actuar que no me convencía del todo. Quizá porque parecía que estaba haciendo eso, actuar.

—Siento lo que te dije —se disculpó la rubia, algo incómoda.

—Olvídalo —negó Charly.

—Pero... —lo intentó Saray de nuevo.

—He dicho que lo olvides, no tiene importancia. —Tiró el cigarro al suelo y yo lo pisé por costumbre.

—¿Dónde has estado? —preguntó Andrea.

—Por ahí. —Se encogió de hombros.

—¡Eh, *musculitos!* —Me sobresaltó la voz de Alba en la puerta del instituto.

Nos giramos todos hacia ella, que agitaba un manojito de llaves en su mano, en alto.

—¿Te habla a ti? —me preguntó Charly.

—Sí.

—¿Y...? —interrogó.

—Te explicaré las cosas cuando tú empieces a dar putas explicaciones —

le acusé, antes de irme de allí—. Nos vemos mañana —me despedí del resto de mis amigos.

—El profesor de educación física estaba encantado de dejarnos las llaves para entrenar... —explicó Alba cuando llegué hasta ella—. Eso sí, tenemos solo dos horas y luego hay que ir a devolvérselas.

—Pues vamos. —Le quité las llaves y la precedí al interior del instituto.

La verdad es que quedarme allí fuera de las horas de clase no me apetecía lo más mínimo, pero me había comprometido con ella, así que haría que consiguiese subir la cuerda o que acabase tan cansada que no quisiera más ayuda.

—¿Qué le ha pasado a Charly en el ojo? —me preguntó cuando yo estaba abriendo la puerta del gimnasio.

—El karma, seguro. —Me encogí de hombros, dejándola pasar delante.

—Ya, o ser un bocazas —se rió ella.

—Es posible —acepté. La verdad es que no me apetecía analizar que le había pasado.

Nosotros habíamos estado muertos de preocupación y Charly aparecía una vez más, sin dar explicaciones. Hoy podían darle por culo. Mañana ya intentaría hablar con él.

Crucé la puerta que llevaba a la habitación donde estaban guardados los materiales y saqué una esterilla y un balón de fútbol. Alba se fue al vestuario para ponerse el chándal, así que tendí la esterilla en el centro de la sala y me puse a jugar con el balón mientras ella volvía.

No pude evitar reírme de ella al verla. Se había puesto un chándal negro, con letras rojas y llevaba el pelo verde recogido en un moño alto.

—Como te rías te doy un puñetazo —me amenazó.

—Con esos bracitos no das miedo —me burlé—. Es que estás rara vestida de persona normal.

—¿De persona normal? —resopló—. Que tú seas un Australopitecos no significa que esto sea lo normal. Y si no vas a tomártelo en serio me largo y que te jodan...

—Venga, no seas así. —Procuré dejar de reírme—. A ver qué puedes hacer. —Señalé la esterilla—. ¿Diez flexiones?

Se colocó en la esterilla, con un gesto de disgusto aún y se levantó usando la fuerza de los brazos, poniendo el culo en pompa, de una forma muy rara, como si estuviera haciendo una complicada postura de yoga. Parpadeé un par de veces antes de atreverme a corregir nada.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté, esforzándome mucho por no reírme.

—¿Qué? —Se puso a la defensiva.

—Tienes que hacer fuerza con los brazos, no con las piernas —expliqué—. Abre más los brazos y apoya los pies más separados. Y pon la espalda recta.

Cuando acabé de corregir su postura y trató de bajar llegó hasta el suelo con más fuerza de la que esperaba.

—Esto es una mierda —resopló.

—Ya, no es tan difícil. —Me agaché a su lado para enseñarle como se hacía—. Ponte en posición, las haré contigo —sugerí.

—No es tan difícil para ti, gigante verde —se quejó, pero obedeció, colocándose como le había explicado.



## **Abram**

—Por favor, no —supliqué, al volver de la autoescuela y encontrarme a mis tres hermanas, mi madre y mi abuela sentadas en la mesa del comedor. La pista de que allí iba a pasar algo horrible me la dio que no hubiese niños ni novios.

—Tenemos que hablar, Abram —me pidió mi madre.

—¡Oh, Dios mío! —Me llevé la mano al pecho fingiendo horror—. ¿Vais a dejarme?

—Siéntate, hijo —mandó mi abuela, y de ella no podía burlarme, así que obedecí.

—Esto lo leí en un libro —me recosté contra la silla, tratando de parecer casual—, aunque mientras ninguna se quite la peluca, podemos hablar.

—No tiene gracia —se cabreó Isabel—. Yo ni siquiera sé que pinto aquí.

—Abram, estamos preocupadas por ti —me dijo mi madre—. Te pegaste con alguien, te detuvieron, Silvia dice que has roto con ella y...

—Silvia y yo nunca hemos estado juntos —corté su enumeración—. Y ya que tanto aprecio le tenéis, por encima de mí, al parecer, me gustaría informaros de que ella sí tenía novio, y no era yo.

—¿Y te pegaste con él por ella? —preguntó Marisa.

—¿Qué? ¡No! —Luego me lo replanteé: sí que lo había hecho, pero no por

esos motivos—. Silvia y yo solo somos amigos. No sé que os ha contado, pero nunca hemos sido nada más.

—¿Y con quién te pegaste? —insistió mi abuela.

Resoplé, pero sabía que no me dejarían ir de allí si no satisfacía su curiosidad camuflada de preocupación.

—Vale, tiempo muerto —pedí—. Entiendo que os preocupéis, pero me queda medio mes para cumplir dieciocho...

—Que seas mayor de edad no quiere decir que seas responsable.

—En septiembre empezaré la carrera. —Fingí no haber escuchado a Marisa—. Estoy buscando piso cerca de la universidad. —Por no decir lejos de ellas.

—Sabemos que eres responsable, Abram —lo intentó mi abuela—. Y que te irá bien, pero nos preocupa que te hayas metido con malas compañías.

—Con malas compañías iba el año pasado, mis dos mejores amigos están jodidos, uno en la cárcel y el otro en coma... ¿Os preocupa con quién me junte ahora...? —resoplé.

—No te pongas a la defensiva, Abram —me pidió Elisa—. Ni siquiera sabemos con quién sales ahora... La otra noche ni apareciste... Y has vuelto golpeado, con la ropa rota, ensangrentada, llena de barro...

—Pues estoy bien —interrumpí, porque me estremecí con el recuerdo de haber enterrado un cadáver, aún tenía pesadillas con eso—. Estoy bien —repetí, más para mí que para ellas.

—¿Te drogas? —me preguntó Marisa de golpe.

—Sí, me pincho heroína, no te jode... —me cabreeé con ella. La maría no cuenta, no es una droga, es mi amiga.

—¿Lo haces? —cuestionó, tomándose en serio mis palabras.

—¿Eres tonta? —dudé, alzando ambas cejas.

—No se puede hablar contigo, Abram. Eres un niño, por mucho que te creas... —me acusó ella—. Vas de responsable, pero solo has demostrado una y otra vez que no sabes cuidarte solo.

—¿Eso crees? —me reí sin muchas ganas.

—Y haces que los demás suframos por ti —me acusó—. Rompes el corazón a tu madre... Eres igual que él.

Escupió las palabras con desprecio. Yo apreté los dientes para no responder, y me levanté de la mesa. Me alejé dos pasos, dispuesto a olvidar aquello, pero volví hacia ella.

—¿Y te extraña que sea como él? Yo también estoy deseando largarme —

respondí y quise que sintiera todo el daño que me había hecho a mí—. Seguro que se fue para no verte a ti.

—¡Abram! —se horrorizó mi madre.

—Acabarás mal, Abram —me regañó Marisa—. Algún día aparecerás en las noticias: el cadáver desconocido de la cuneta...

—Así no tendría que soportarte más —celebré sin humor.

—Así dejarías de romper a toda la gente que te quiere... —replicó.

Cerré los ojos un segundo, intentando calmarme. El silencio del salón dolía. Nadie salió en mi defensa, aunque tampoco en la de Marisa.

Logré reunir la fuerza de voluntad suficiente para darme la vuelta y salir del salón. Me encerré en la habitación y golpeé la pared con el puño, para liberar toda esa frustración que me producía mi puta hermana. Me desgarré los nudillos y me sentí algo mejor.

Sus palabras se repetían una y otra vez en mi cabeza, como si fuera un disco rayado: «así dejarás de romper a la gente que te quiere». ¿Eso era querer?

Si eso era querer me reafirmé en mi idea de no hacerlo jamás. Nunca querría a nadie, nunca le haría eso a nadie.

Me dejé caer en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, y me lié un porro. Por suerte las manos no me temblaban, aunque el resto de mi cuerpo lo hiciese.



## 21.- La gracia de ser feliz

### Raúl

Dejé que el móvil sonase tratando de no prestarle atención, pero no pude hacerlo. Respondí antes de que Celeste colgase.

—Hola —saludé, sin muchos ánimos.

No quería hacer caso a la amenaza de su padre, pero era consciente de que estaba en una posición muy difícil. Y Celeste tampoco lo pasaría bien estando en medio. Quería evitar que Ce sufriera y hacerlo yo por ella, pero no encontraba la forma.

—Hola, Raúl. —Por su voz supe que sonreía, porque ella no era consciente de mi batalla interna.

—¿Cómo estás? —Silencié la película que estaba viendo en la tele y me tumbé un poco en el sofá para hablar con ella.

—Te echo de menos —me dijo, e igual que antes pude imaginarme su cara a la perfección—. ¿Te vuelas en mi casa mañana? —preguntó.

—Pues... —Iba a rechazar su invitación, de verdad que sí, pero no podía decirle que no—. ¿A qué hora se va tu padre?

—A las ocho y trabaja todo el día —susurró, de una forma muy íntima.

—Allí estaré, Ce —prometí.

—Te quiero. —Y otra de esas sonrisas, mordiéndose el labio, con las mejillas sonrojadas.

—Y yo a ti. Más que a nada —prometí, antes de colgar.

Me quedé un rato tumbado en el sofá, mirando el techo sin parar de dar vueltas a todo aquello. No había dejado a Celeste, por supuesto. Pero estaba seguro de que su padre cumpliría su amenaza, estaba mal de la cabeza. Y Celeste no se daba cuenta, para ella la cena con su familia había ido genial. Le había preguntado si había estado en la misma comida que yo, pero ella se había reído.

¿Cómo iba a torear a su padre durante un año y pico? Una vez que cumpliéramos los dieciocho podría secuestrar a Celeste y alejarla de ese loco, pero hasta entonces...

La puerta interrumpió mis pensamientos. Charly había vuelto a su casa después de reaparecer, así que solo podían ser mis padres. Solo había empezado a levantarme del sofá, cuando mi madre apareció con un traje rollo

monje budista.

—Raúl, hijo, que alegría verte. —Me envolvió en sus brazos rollizos demasiado desnudos.

—¿Qué...? —Busqué una forma amable de preguntar, pero no di con ella —. ¿De qué vas vestida? —Mi padre entró detrás, vestido de una forma similar—. Pensé que estabais en América.

—Hemos recorrido China —explicó mi padre.

—¿Y os han robado la maleta y os han prestado ropa? —me reí.

—No, no, es que nos gustó mucho. Tenías que haber venido, hijo, te habría encantado.

—Lo dudo —negué.

Mis padres no me conocían lo más mínimo: a mí no me gustaba viajar, ni ver sitios nuevos, ni estar en sitios que no conocía. Me gustaba mi ciudad, mis amigos y saber dónde estaba cada cosa.

Mi madre pareció horrorizada por mi falta de entusiasmo, tiró de mi mano y me obligó a sentarme a su lado, donde se pasó media hora explicándome todo lo que habían visto. Yo desconecté de sus mierdas.

Tenía suficientes cosas de las que preocuparme, y que el Tibet fuera libre o no, no era ninguna de ellas.

Me cansé después de un rato interminablemente largo y me levanté del sofá interrumpiendo su frase. Mi madre me miró como si no entendiese que la hubiese cortado.

—He quedado con Charly, tengo que irme —expliqué.

Charly me había propuesto salir esa mañana en el instituto. Llevaba desde el miércoles sin faltar (tres días enteros seguidos) así que supuse que se merecía una cerveza de recompensa. Y para mí sería un alivio dejar de escuchar a mi madre y el resumen, poco resumido, de sus vacaciones.

Me cambié la camiseta por una camisa y me eché gomina en el pelo para dejármelo de punta y salí sin arreglarme más. Me despedí de mis padres con un gesto y me encaminé al bar de Eric.

Charly ya estaba allí cuando llegué, con una cerveza y la mirada perdida. Le di un golpe en el hombro al pararme junto a él, y me dirigió una sonrisilla que me pareció bastante triste.

—Has venido. —Sonó sorprendido.

—Mis padres han vuelto —reconocí, y pedí una cerveza a la madre de Eric, que estaba tras la barra.

—Vaya, lo siento.

—Charly... —Tomé aire y le di un trago a la cerveza antes de decidirme a pedirle ayuda a mi amigo, con el tema de Celeste.

Pero cuando me ya me había decidido a exponer mis problemas, Andrea y Saray llegaron hasta nosotros. Las saludé con besos y abrazos, mientras Charly les pedía unas cervezas.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Andrea después del saludo.

A veces me asustaba el *superpoder* de mi amiga para saber cuándo estaba mal. Me las arreglé para mostrar mi mejor sonrisa y le di un nuevo trago a mi cerveza.

—Han vuelto sus padres —explicó Charly por mí, y lo agradecí.

Quería contarle a mi amigo la amenaza del padre de Celeste, pero cuanta menos gente lo supiera mejor, porque si algo había aprendido en la vida es que los secretos que compartía mucha gente acababan siendo públicos.

—¿Vamos a una mesa? —sugerí.

El bar estaba bastante calmado. Supuse que aún era pronto, aunque los viernes solía llenarse. Quizá tenía algo que ver con la pelea de Charly y que la policía lo hubiese desalojado. Esperé sinceramente que aquello no afectase económicamente a la familia de Eric. Eran buena gente, no se lo merecían.

—Claro —aceptó Charly, recogiendo nuestras cervezas para trasladarnos.

—¿Nos pone algo para cenar? —pedí a la madre de Eric—. Me muero de hambre.

—Ahora os lo llevo. —Me dirigió una sonrisa amable.

Me hubiese conformado con que mi madre se pareciese un poco a esa mujer. Le devolví la sonrisa y me fui tras mis amigos. Me senté entre Andrea y Charly.

—¿Y Carlos? —preguntó Saray.

—No sé, está más raro que Charly —bromeé.

—¡Eh! —Se quejó el susodicho, luego se encogió de hombros y dio un trago a su cerveza.

—Lleva toda la semana quedándose en el insti después de clases con la *Princesa Unicornio* —cotilleó Andrea.

—¿Quién cojones es la *Princesa Unicornio*? —Se me adelantó Charly.

—Alba —explicó Saray con una risilla.

—¿Por qué? —cuestioné.

—Porque su pelo ha pasado por todos los colores y sobretodo porque no nos cae bien. —Se encogió de hombros la rubia.

—Pobrecilla. —Negué con la cabeza, poco conforme con su odio

injustificado. Alba era una chica peculiar, pero no me parecía mala gente.

La madre de Eric nos trajo patatas bravas y salchichas con diferentes salsas, como para alimentar a todo el bar. Tuvimos que juntar otra mesa para que cupiesen los platos.

—Déjame tu móvil —me pidió Charly.

—¿Para qué? —pregunté mientras se lo daba.

—Para ver fotos guarras. —Puso los ojos en blanco, haciéndome reír—. Para llamar a Carlos, a ver si ha acabado de follarse a la Princesa Unicornio y va a venir.

—¿Están liados? —preguntó Andrea, cuando Charly se levantó de la mesa.

—¿Charly y Carlos? —bromeé, pero no me pareció que mi amiga tuviese ganas de bromas—. No que yo sepa, creo que le está ayudando con alguna asignatura. —Carlos no nos había dado muchas explicaciones y yo tampoco las había pedido, la verdad.

—¿Y qué tal con Celeste? —Cambió de tema Andrea.

—Bien. —Me encogí de hombros, pinchando una patata.

—¿Solo bien? —curioseó Saray.

—Sí, solo bien —me reí sin muchas ganas—. Es complicado.

—¿A caso los amores difíciles no son los más bonitos? —suspiró la rubia—. ¿Qué gracia tendría si todo fuese fácil?

—¿La gracia de ser feliz? —bromeé—. Tenéis que dejar de ver pelis románticas. —Negué con la cabeza, pero se me escapó una sonrisa.

—¿Vais a romper? —Andrea sonó preocupada.

—Espero que no, la sola idea es... —Agité la cabeza—. Pero dejaré instrucciones por si un día desaparezco misteriosamente —suspiré.



## 22.- Tetas, besos y chupitos

### Charly

Vi a Abram cuando colgué a Carlos, que me había asegurado que saldría cuando acabase de cenar con su familia. El chico me saludó chocando la mano conmigo, parecía preocupado y ojeroso.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Sí —aseguró, aunque se frotó la cara con la mano.

—Vamos, te invito —ofrecí—. Creo que es nuestra tercera cita... —bromeé.

—Sabes que en realidad no me van los tíos, ¿no? —Me siguió la coña, sonriendo un poco.

Pedí una cerveza a la madre de Eric cuando llegué a la barra y luego le conduje con mis amigos, que le miraron con desconfianza, como si esperasen que en cualquier momento nos fuéramos a pegar de nuevo.

—¿Os acordáis de Abram? —presenté, dejándome caer de nuevo junto a Saray.

Raúl se movió para que Abram pudiera sentarse a mi lado. El chico saludó a mis amigos con algo de timidez, mientras yo le decía sus nombres.

—¿Y Carlos? —curioseó Andrea, después de las presentaciones, lo cual me recordó que aún tenía el móvil de Raúl.

—Cenando con mi mujer favorita —me reí, devolviéndole el teléfono a mi amigo.

—¿Con Sara? —dudó Raúl.

—No, puto enfermo, mi hermana es mi niña favorita, y lo será siempre. Una niña me refiero. —Sonreí pese a todo—. Carlos está con su madre, y por el bien de sus huevos espero que muy lejos de mi hermana.

—Vale, ¿nadie va a preguntar? —Se decidió Saray—. ¿Ahora somos sus amigos? —Señaló a Abram.

—Sí —me encogí de hombros—, lo sabrías si me hablastes —la piqué.

—¿No consideras que te estoy hablando, idiota? —me preguntó, con cara de cabreo.

—Pero solo para insultarme, eso no vale. —Me encogí de hombros.

Saray me enseñó el dedo corazón, con una sonrisa enfadada que logró hacerme reír.

—¿Te vale así?

—Eso es insultar en silencio... —expliqué.

—Vaya dos —se quejó Andrea—. Sois como críos.

—Habló. —Me metí con ella—. La que está celosa de una tía a la que llama *Princesa Capricornio* porque su novio está con ella.

—Carlos no es mi novio y es *Princesa Unicornio* —me corrigió.

—Ah, pero estás celosa... —Sonreí.

—¿Por qué no sigues insultándolo? —pidió a Saray, pero se sonrojó.

—No, por favor, no potencies su odio hacia mí —supliqué, bromista.

Cada broma y cada sonrisa que tenía que fingir y forzar dolía, mucho, pero merecía la pena cuando ellos se comportaban como antes... Antes de Silvia. Odiaba ver la compasión en sus caras.

—No te odio —me dijo Saray, y su sonrisa se volvió juguetona—. Solo me pareces imbécil.

—¿Ves lo que tengo que soportar? —pregunté a Abram, por integrarlo más que nada.

—¡Uy, sí! ¡Qué tortura! —Cargó su voz de sarcasmo.

—¿Pero tú con quien vas? —me quejé.

—A priori con las tías... No, siempre con ellas, pase lo que pase —bromeó, haciendo reír a Saray.

—¡Eh! —me quejé sin mucho entusiasmo.

—¿Y tu móvil? —me preguntó Raúl entonces, y supuse que no había dejado de pensar en ello desde que se lo había pedido.

—Lo he perdido... —mentí. No me apetecía contar que lo estrellé contra un árbol.

—¿Otra vez? —se sorprendió Andrea.

—¿Lleváis la cuenta de las veces que lo pierdo? —me reí.

—¿Quieres mi móvil viejo? —me ofreció Raúl. Me limité a encogerme de hombros: la verdad es que no echaba de menos el maldito aparatito—. Tu padre quiere que estés localizable —me recordó entonces. Yo no le había contado eso, así que supuse que el traidor de mi amigo había hablando con él.

—Mi padre puede comerme los...

—¡Charly! —me interrumpió Andrea, de forma algo exagerada.

—Dime, *Princesa Purpurina*. —Me metí con ella.

—No tiene gracia. —Se cruzó de brazos y se puso de morros.

Saray sin embargo aprovechó que estaba a mi lado para darme un golpe en el brazo.

—¡Eh! —Me quejé falsamente—. ¿A eso le llamas pegar? —la vacilé.  
—Podría darte una paliza, si quisiera. —Me sacó la lengua.  
—Ya, seguro —me burlé—. No pudo el marica este, vas a poder tú, con esos golpecitos de nena. —Señalé a Abram mientras hablaba. ¿Por qué ofender a una persona si podía ofender a dos?  
—Espera, yo te dejé inconsciente, eso es ganar —puntualizó Abram.  
—Tú necesitaste puntos —le recordé.  
—Y tú potaste sangre... —se rió.  
—¿Cómo sabes eso? —pregunté, frunciendo el ceño.  
—Yo lo sé todo —se burló.  
—Pues digamos que empatamos... —ofrecí, tendiéndole la mano.  
—Está bien —aceptó él.  
—¿En serio estáis compitiendo a ver quien hizo más daño al otro? —se preocupó Andrea.  
—¿Aún tienes capacidad para sorprenderte de las cosas que hace Charly?  
—replicó Raúl, haciéndonos reír.  
Carlos llegó cuando aún nos estábamos riendo. Se dejó caer de forma muy *casual* entre Raúl y Andrea, después de saludarnos al resto. Se quedó algo cortado al ver a Abram, pero al final lo saludó también.  
—Cómo os lo montáis, ¿no? —Señaló los platos, de los que habíamos ido picando.  
—Estamos celebrando que los padres de Raúl han vuelto... —Me metí con él—. Y que Saray vuelve a hablarme, porque me considera irresistible.  
—Imbécil, era imbécil —me corrigió la rubia *amablemente*.  
—¿Me hablas por imbécil? ¡Qué rara eres! —Aproveché la oportunidad de picarla.  
—Me voy al baño para no soportarte. —Negó con la cabeza.  
—¿Quieres que te acompañe? —ofrecí.  
—Ni muerta —dijo, pero de nuevo sonreía.  
—Algún día querrás ir al baño conmigo, Saray, y quizá ese día yo no quiera... —bromeé.  
—Tú siempre querrás, Charly. —Me devolvió la pulla, lanzándome un beso, antes de irse al baño.  
—¿Cuántas cervezas de ventaja me llevas? —me preguntó Carlos, haciéndonos reír de nuevo.  
—¿Cuatro? —Aproximé.  
—¿Y si bajas el ritmo? —sugirió Andrea, con tono preocupado.

—¿Y si lo subimos? —Le guiñé el ojo y me levanté de la silla sin darle tiempo a responder—. ¿Me pones una botella de whisky, seis vasos de chupitos y me cobras todo? —pedí a la madre de Eric con mi mejor sonrisa.

—Nada de líos hoy —me pidió, pero me pasó las cosas.

—Seremos buenos—prometí, dándole el dinero. Llevé los vasos y la botella a la mesa, haciendo equilibrismos, y volví a mi sitio—. El primero que pregunte bebe —informé.

—Tramposo —se quejó Andrea, haciéndome reír.

Saray volvió del baño cuando estaba repartiendo los chupitos entre todos y cogió el que le pasé con desconfianza.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó.

—Tú, beber —expliqué.

—¿Por preguntar? Vaya error de novata —se quejó bromista, pero se acabó su chupito de un trago y lo dejó sobre la mesa, donde volví a rellenarlo.

—Vale —empecé a explicar—. Cada uno empieza con cinco euros, rondas hasta que se eliminen todos, que es cuando se queden sin dinero. Cada vez que no quieras hacer un reto bebes un chupito y pones un euro. Y el reto pasa al siguiente. Los retos los elegimos entre todos. Y cuando queden dos o tres, si vemos que esto no avanza, pues a muerte súbita, que es el mismo reto para los que queden y el que tarde más, o lo haga peor pues queda eliminado. Toda la pasta para el campeón. Treinta pavos.

—No, *Einstein* —me cortó Abram.

—¿Te rajas, gallina? —Me metí con él, haciéndole reír.

—Ni de coña, me refería a que has contado mal, son veinticinco. Tus cinco euros ya eran tuyos... —me corrigió.

—Uf, tenemos que romper, tío, no me gusta salir con gente más lista que yo.



## Carlos

De alguna forma Charly siempre acababa convenciéndonos para que participásemos en sus juegos y siempre nos costaba dinero. La primera ronda fue fácil, todos la pasamos, pero sabía que aquello iría subiendo de nivel. Charly se había ofrecido primero para jugar, así que la segunda vuelta

comenzó también con él.

—Consigue el número de teléfono de aquel rubio buenorro. —Se le ocurrió a Saray, señalando a un chico que charlaba con sus amigos en la barra.

—No me van los tíos —se rió Charly. Parecía animado de verdad con aquel juego.

—Si es para mí. —Le sacó la lengua Saray—. Si no, siempre puedes beber, y ya voy yo a pedírselo.

—Te odio —aseguró Charly, levantándose de la silla y encaminándose al chico.

—Vas a hacer que le den otro puñetazo —se quejó Raúl.

—Luego quiero hablar contigo —le dijo Saray entonces a Abram en voz baja, como si Charly pudiera oírla desde la barra—. Sin que Charly sospeche.

—Sí, jefa —aceptó el chico, con un tono de voz muy calmado.

Charly volvió un minuto después y se dejó caer en la silla, pasándole una servilleta a Saray, que la recogió, guardándola en su bolsillo.

—¿Qué le has dicho? —me reí.

—Que mi amiga la rubia buenorra quería tener un encuentro sexual salvaje con él. —Se encogió de hombros Charly.

—Está para empezar a follárselo hoy y acabar mañana —se rió nuestra amiga, saludando al chico rubio con la mano.

—Te toca, tía. —Negó con la cabeza Andrea, que parecía algo escandalizada con la forma de hablar de Saray.

—Adelante, nenas —aceptó la rubia.

—¿Ves a aquella chica de rosa? —preguntó Charly, señalando a una chica que bailaba a saltos con su novio—. Agárrale el *tetamen*.

—Mira y aprende, pringado —se rió Saray, empujando a Charly sin fuerza al pasar por su lado.

Se metió entre la gente, a saltos, fingiendo bailar, y se colocó en medio de la pareja. La chica de rosa paró de bailar, pero su novio siguió refregándose contra el culo de la rubia, que lo ignoró completamente. Saray agarró las dos tetas a la tía, como si tal cosa y pegó sus labios a los de ella.

—¡Hala! —alucinó Charly.

—Cásate ya con ella —bromeó Andrea, lanzándole una servilleta enrollada.

Saray se despidió de la pareja con un gesto de la mano, y volvió con nosotros.

—El beso no era necesario —aseguré.

—Ya, era para ahorrarnos una mariconada que pedirme —se rió—. Andrea.

—Miedo me dais —aseguró ella, y las mejillas se le tiñeron de rojo.

—Ponte de pie y pide que te llamen *Princesa Purpurina* —pidió Charly.

—Que te den —se quejó Andrea, sonrojándose aún más, pero se levantó aclarándose la garganta.

—¡Bien alto, *Princesa Purpurina*, que sabemos que sabes gritar! —picó Charly.

—¡LLAMADME *PRINCESA PURPURINA*! —gritó Andrea, haciendo que la gente que estaba más cerca se riese escandalosamente y que su cara adquiriese un tono púrpura.

La sonrisa de Charly cuando me miró me dejó claro que no iba a pasar de esa ronda.

—Besa a la chica más guapa del local —me retó.

—No quiero besarte —aseguré, antes de beberme el chupito de un trago. Luego lancé el euro al cuenco que había puesto en medio.

—¿Raúl? —Le pasó el reto Charly.

—Tengo novia —se negó, y bebió al igual que yo. Luego echó su euro.

—¿Abram?

Él ya estaba mirando alrededor, en busca de una chica guapa.

—Es la noche de los horrores, y nada mejora lo presente, así que a riesgo de llevarme otro puñetazo... —bromeó Abram, levantándose de su asiento y plantándole un beso a Saray.

—¡Eh! Sin duda soy la ganadora de la noche, llevo dos besos de dos —bromeó la rubia, levantando la mano que Abram chocó.

Observé a Charly para ver su reacción, pero se limitó a reírse. Y con él empezó la tercera ronda.



## 23.- Charlas y sicarios

### Abram

No recordaba habérmelo pasado tan bien nunca. Mis amigos, antes de la cárcel, el coma y la expulsión, no eran tan divertidos. Solían apalancarse en algún sitio y beber o jugar a la consola o las cartas.

Jamás me había reído como me estaba riendo con esa gente, que pese a las suspicacias del principio y la amenaza de la rubia de charlar conmigo me habían aceptado sin más en el grupo.

No pensé que fueran a hacerlo, la verdad. Cuando Charly me había llamado para que saliese con él pensé que tomaríamos algo como la primera vez, que había sido entretenido pero no divertido, porque la situación no lo permitía. Pero al ver allí a todos sus amigos había estado a punto de echar a correr.

—Algo ridículo —pidió Andrea pensativa, cuando indicaron que le tocaba a Charly empezar la tercera ronda. Supuse que quería venganza.

—Consigue que una tía te dé sus bragas y úsalas sobre el pantalón el resto de la noche. —Se me ocurrió.

—Me encanta como piensas... —se rió Andrea conmigo.

—Viene a mi grupo, se besa con una de mis amigas y pone a la otra en mi contra —se quejó Charly, aunque mostraba una sonrisa que no logró ocultar.

—¿Te atreves o bebes? —me reí de él.

—Pues por tentador que sea ver a Saray usar las bragas de otra tía por encima de su vestidito, creo que me atrevo —aceptó, levantándose.

El bar se había llenado bastante poco a poco, así que cuando Charly se metió entre la gente le perdimos de vista.

—Ven —me pidió la rubia, aprovechando que seguramente Charly tardaría un rato.

La seguí en silencio hasta la puerta, y ya que estábamos fuera me encendí un cigarro.

—¿De que vas? —me preguntó.

—No comprendo la pregunta. —Quizá había bebido demasiado, pero no la entendí de verdad.

—¿Estás aquí para contarle a Silvia lo que hace Charly? —dudó de mí.

—¡No, joder! —Tuve que recordarme que no me conocía para no

ofenderme—. Charly me cae bien y no hablo a Silvia ya. Yo no sabía... —  
Negué con la cabeza y le di una calada al cigarro—. Siento mucho lo que  
pasó. Te aseguro que mi intención no es fastidiar a Charly de ninguna manera,  
yo no soy así.

—Estás a prueba —me aseguró, quitándome el cigarro para darle una  
calada.

—Sí, jefa —me reí—. Tampoco le voy a contar que tú pegaste a Silvia.

—Gracias. —Me sonrió con sinceridad—. Volvamos dentro, que me  
congelo.

Le di la última calada al cigarro y lo tiré a un lado, antes de volver dentro.  
Llegamos antes que Charly y pudimos sentarnos como si no hubiera pasado  
nada. El resto nos miró con desconfianza, como si dudasen de lo que podíamos  
haber hecho, pero Charly no tardó en llegar. Con un tanga negro sobre sus  
vaqueros.

—Esto es incomodísimo —se quejó, tirando de la goma para bajárselo un  
poco.

—Pues prueba a ponértelo por debajo de la ropa —se rió la rubia—. ¡Me  
toca! —celebró entonces.

—Pero si no te da vergüenza nada —resopló Andrea.

—¿Qué culpa tengo yo? —se rió Saray.

—En realidad hay una cosa que sí que te da vergüenza —se acordó Charly.

—No creo... —negó la rubia.

—Quietos aquí —pidió él, antes de acercarse a la barra.

Tuve que girarme para ver que hacía, porque me moría de curiosidad.  
Volvió con un micro negro, que hizo palidecer a la rubia y pegarse al respaldo  
de la silla.

—¡No! Ni de coña —se negó, bebiéndose de un trago el chupito.

—Espera, espera —se rió Charly—. ¿Vas a ser una cobarde?

La música del local cambió, y empezó a sonar una canción *reguetonera*.

—Venga, Saray —pidió Andrea, me imaginé que por que no quería que el  
reto pasase a ella.

Charly tiró de la mano de la chica, que se quejó sonoramente por tener que  
hacer aquello, pero cogió el micro y se aclaró la garganta.

—Solo una estrofa —se apiadó Raúl.

—Te voy a matar —aseguró la rubia y su voz se amplió por el micro.

—Se acaba la canción y no has empezado —se rió él.

Saray cerró los ojos y cantó el estribillo, tapándose la mitad de la cara con

la mano que no sujetaba el micro.



## Raúl

Carlos, Andrea y yo fuimos los primeros en rendirnos. De verdad que no podíamos seguirles el ritmo a esos locos. Charly aún llevaba puesto un tanga sobre la ropa. Abram tenía los labios pintados de rojo y Saray había dejado que un tío dibujase en su mejilla una polla.

—¿Por qué no hacéis muerte súbita y acabáis de una puta vez? —sugirió Carlos, que no parecía de muy buen humor desde que le habían dicho que besase a una tía en la segunda ronda.

—Venga, va —aceptó Charly—. Poned un reto.

—El primero que consiga traer el sujetador de una tía gana —se me ocurrió—, y no vale el de Saray ni el de Andrea.

Los tres se miraron un momento y luego salieron corriendo entre la gente.

—¿Les robamos el dinero mientras no están? —bromeó Andrea.

—Merecido se lo tendrían —aseguró Carlos.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—¿A mí? —De encogió de hombros—. Tengo sueño —Se bebió el chupito que tenía delante.

Saray volvió entonces, con un sujetador negro en la mano. Charly y Abram llegaron justo detrás, empujándose entre ellos, con otro sujetador cada uno. La rubia celebró con saltitos haber ganado, haciéndonos reír a todos.

—Te lo mereces por el beso lésbico que inspirará nuestras pajas —aceptó Charly.

—¿Qué hora es? —preguntó Saray, ignorando a Charly.

—Las dos y media... —Me sorprendí tras mirar el móvil. Se me había pasado el tiempo volando.

—Nos van a echar —se quejó la rubia con un puchero.

Y como si la hubiesen oído se encendieron las luces y paró la música. Saray recogió su botín, mientras nos poníamos las chaquetas y Charly se acercaba a la barra para pagar las cosas.

—¿Nos vamos a una discoteca o algo?

—Solo si Charly y Abram se ponen sus sujetadores sobre la ropa —me

reí, señalándolos—. Es lo único que le falta a Charly.



Llegué a las nueve de la mañana a casa de Celeste, con esa panda de locos detrás de mí. Charly y Abram llevaban los sujetadores puestos sobre los abrigos y el moreno aún llevaba el tanga a juego.

Había tratado de librarme de ellos, pero aseguraron que «la pandilla no se disolvía». Y Saray y Andrea habían insistido en que fuésemos todos a desayunar juntos, así que habíamos pasado a por Celeste.

Borracho tras la fiesta me había parecido una idea genial, pero ahora que el aire frío había hecho que me despejase un poco me pareció mal. Quizá Celeste se mosquease, o peor, su madre se enterase y su padre cumpliera su amenaza.

Aun así escalé por su ventana y estuve a punto de caerme porque esa mierda parecía moverse. Golpeé con los nudillos y el rostro precioso y sonrojado de Celeste se asomó en menos de medio segundo, como si estuviera esperándome.

—Hola —saludé. Y se me escapó una risilla.

—¿Estás borracho? —Frunció un poco el ceño.

—Me han liado esos cabrones. —Señalé hacia mis amigos—. Venimos a por ti, para ir a desayunar.

—No puedo salir, Raúl. —Negó con la cabeza, aunque se mordió el labio, como si quisiera hacerlo.

—Si que puedes —la tenté—. Yo esperaré abajo y te sujetaré.

—¿Quieres que salga por la ventana? —Me miró boquiabierta.

—Ven conmigo —pedí, saltando al suelo de nuevo.

Celeste se quedó asomada un momento, como si estuviese dudando. Pasó dentro de la habitación y pensé que me dejaría plantado, pero medio minuto después volvió a la ventana.

—Como me mate será culpa tuya —aseguró.

Sacó el pie derecho y luego el izquierdo, descolgándose despacio para apoyarlos en la verja de la ventana de abajo. La oí suspirar, quizá asustada, así que volví a repetirle que la sujetaría si se caía.

Deslizó los pies al siguiente *escalón* de la verja y alcancé a rodearla de la cadera. Tiré de ella y se dejó caer contra mi pecho. Me reí, pegando mis labios con suavidad a los suyos. Sabía jodidamente deliciosa.

—Apesta a alcohol —me acusó.

—Tú estás riquísima —prometí, mordisqueando su cuello.

—¡Qué nos morimos de hambre, Romeo! —me gritó Saray.

—Vamos. —Tiré de su mano y la llevé hasta mis amigos, que la saludaron con entusiasmo.

Fuimos a una cafetería y pedimos churros y chocolate para todos. Celeste no soltó mi mano en todo el rato, aunque se reía de los chistes de mis amigos y me sonreía de vez en cuando.

Sin embargo yo no pude escuchar de lo que hablaban los demás, no me interesaba, no era importante.

Aún no sabía que iba a hacer con el padre de Ce. ¿Cómo iba a evitar que ese hombre me matase? Estaba seguro de que no podría pasar un solo día lejos de Celeste. Observé cómo se manchaba la comisura de chocolate y solo pude mirarla.

—¡Eh! —Charly me dio un golpecito en el hombro al pasar por mi lado, con un cigarro en la mano—. ¿Me dejas que te lo secuestre un cigarro? —pidió a Celeste, que asintió algo desconcertada.

Seguí a Charly fuera y me sentí algo triste cuando Ce soltó mi mano. Esperé mientras mi amigo se encendía el cigarro, a una velocidad desesperante.

—¿Qué? —pregunté finalmente, mosqueado por el tiempo que me quitaba de estar con mi chica.

—¿Qué te pasa? Anoche cuando llegaste querías contarme algo y ahora tienes una mirada de perrito apaleado...

—El otro día Celeste insistió en que cenásemos con sus padres. Su padre me amenazó cuando nos quedamos solos, me dijo que si no me alejaba de ella... —No quise reproducir sus palabras—. No nos dejará estar juntos.

—Hijo de puta —se cabreó Charly—. Sé de un par de tipos que lo quitarían del medio...

—¿Qué? ¡No! ¿Estás loco? —me escandalicé: ¿ahora Charly era de esos?

—Era coña, colega... —Me palmeó el hombro para que me relajase—. Buscaremos trapos sucios de ese cerdo y te lo quitaré de encima —prometió.

—Gracias, pero es militar, no creo que sea buena idea.

—Yo me encargo —repitió, tirando el cigarro.

Quise decirle que no era necesario, pero la verdad era que si había recurrido a él era porque necesitaba su ayuda. Me guiñó un ojo y volvió dentro de la cafetería, así que le seguí. No estaba seguro de si estaba más animado o

no.

Seguía sin creer que hubiera una salida para que pudiéramos ser felices.



## 24.- Enana furiosa

### Charly

En cuanto llegué a casa me arrepentí de haber rechazado la oferta de Carlos de quedarme en la suya. En realidad, cuando me lo ofreció hice un comentario poniendo en duda su sexualidad y me reí yo solo. Supuse que los dos porros que había compartido con Abram habían tenido mucho que ver. O quizá no se me había pasado la borrachera del todo.

Era media mañana cuando entré y pensé que podría dormir un par de horas al menos, pero mi padre me había cortado el paso nada más llegar. Con cara de cabreo y el móvil en la mano.

—Pensé que habíamos quedado en que estarías localizable —me regañó sin mucho entusiasmo.

—Lo estaba. —Me encogí de hombros—. Estaba con Raúl y Carlos, podías haberlos llamado.

—Vamos —me dijo entonces.

No pregunté, porque la verdad es que me daba igual. Sara nos acompañó a dónde fuésemos, y yo me limité a montar en el coche y dejarme llevar, en silencio. Mi padre aparcó en la puerta de su taller. El olor a gasolina y aceite de coche me hicieron sentir como en casa en seguida.

—Tengo que trabajar —explicó mi padre, seguramente había esperado que yo le preguntase—. Y como no eres de fiar, prefiero no perderte de vista.

—¿En serio? —Alcé una ceja cuando me señaló la puerta de su despacho.

No me respondió, así que obedecí y me metí en el estrecho cuartucho. Supuse que no había ido a trabajar antes por esperarme y que estaba cabreado por ello, pero yo no le había pedido que estuviera pendiente de mí.

Me dejé caer en la silla de escritorio y aparté unos papeles para poder apoyar la cabeza sobre la mesa. Me moría de sueño.

—Estábamos preocupados. —me dijo Sara y la silla frente a mi crujió cuando se sentó.

—No tenéis por qué —suspiré, sin molestarme en levantar la cabeza.

Sara no dijo nada más, pero supe, aún sin mirarla, que me miraba con la nariz arrugada.

—¿Me has oído, Charly? —Me sobresaltó la voz de mi padre y deduje que me había dormido.

No tenía forma de comprobar cuánto rato llevaba allí, pero me dolía el cuello por la difícil postura. Levanté la cabeza para mirarle. Sara seguía sentada frente a mí, con un libro abierto entre las manos.

—No —reconocí.

—Tengo que ir a recoger un coche, no quiero que os mováis de aquí.

—Sí, claro —acepté.

Le di cinco minutos, para asegurarme de que se había ido, y salí fuera para que me diese el aire. Sara vino detrás de mí, repitiéndome que debía quedarme en el despacho como había dicho *papá*. La verdad es que me alegraba de que mi hermana fuera tan buena.

—Vuelve dentro, hace frío —la regañé.

No me respondió. Me miró cruzándose de brazos, mientras yo sacaba un cigarro de mi chaqueta y lo encendía.

Un mecánico que trabajaba para mi padre estaba justo delante de nosotros, con un capó abierto delante de él. Se rascaba la calva sin entender lo que le pasaba al coche, mientras lo miraba como si la respuesta fuese a saltar delante de él.

Me acerqué para mirar, casi sin darme cuenta de lo que hacía. El mecánico me miró un segundo sobresaltado, luego volvió su vista al coche.

—Ni puta idea de lo que le pasa, tío —me dijo.

Aquel hombre me conocía de toda la vida y siempre me había llevado bien con él. Su moto era la primera en la que yo había montado nunca.

—Entonces no estará averiado, Tony —bromeé, le di una calada al cigarro y se lo pasé. Fumó sin dejar de rascarse la calva con la otra mano.

—Se enciende un chivato, solo cuesta arriba. —Puso cara de desconcierto total—. Odio que ahora los coches sean más inteligentes que las personas.

—Depende de la persona —le piqué—. ¿Puedo? —Extendí la mano y él me pasó las llaves que sacó del bolsillo.

Me monté en el coche y él bajó el capó. No dudó de mí en ningún momento y me hizo gracia que confiase más que mi padre en mis capacidades. Salí marcha atrás y aceleré calle abajo.

El coche tiraba bien, así que entré en un aparcamiento subterráneo de un centro comercial para comprobar cuesta arriba. Tal y como Tony había dicho se encendió el piloto del motor y perdió potencia a tope. Pensé que me iba a quedar en medio de la cuesta, pero logré subirla.

Conduje más despacio esta vez de vuelta al taller, con una vaga idea de lo que podía pasarle, pero en cuanto aparqué mi padre me abrió la puerta del

coche, con la cara roja de furia.

—¿Qué cojones te crees que estás haciendo?! —me gritó. Nunca le había visto así de furioso.

—Arreglar un coche... —respondí, tratando de mantener un tono calmado.

—¿Arreglar un coche? —resopló, como si hubiera pronunciado una palabrota, o alguna locura—. ¿Quién te crees que eres? —Me quitó las llaves de un manotazo.

—Ya no soy un niño. —Me alejé un par de pasos de él, sin muchas ganas de discutir—. Me voy a casa de Carlos a pasar el fin de semana; el lunes iré a clase —me despedí.

Mi padre no trató de retenerme y no me extrañó, porque no había intentado hacer nada por mí en toda su vida. Lo raro era toda esa preocupación de los últimos días que me ponía de los nervios.

Sin embargo Sara me alcanzó cuando aún no había llegado ni al final de la calle. Me llamó un par de veces y fingí no oírla, a ver si así volvía al taller, pero cuando me sujetó la mano no tuve más remedio que girarme hacia ella.

—¿Qué? —pregunté, más borde de lo que pretendía.

Me di cuenta de que me había pasado al ver sus ojos enormes aguados de lágrimas.

—¿Qué te pasa conmigo?

—Nada, Sara —suspiré, agitando la cabeza.

—Llevas desde que volviste muy distante —murmuró agachando la cabeza—. ¿He hecho algo malo?

—No, Sara. —Sujeté su barbilla para que me mirase—. Tu padre me estresa, eso es todo...

—No es verdad, otras veces has discutido con ellos... Te pasa algo conmigo.

Sonreí por lo lista que era esa niña y sequé una lágrima que le resbaló por la mejilla.

—No estoy enfadado —expliqué sin muchas ganas—. Solo un poco molesto porque le contases a tu padre lo que pasó con ese tipo en tu cumpleaños.

Se soltó de mí de golpe, sorprendiéndome, dio un paso atrás y me miró con la frente arrugada.

—Yo pensaba que Silvia era tu novia —me dijo y el dolor de mi pecho, el que no desaparecía nunca, se hizo más fuerte—. Y de pronto estabais discutiendo a voces, dejaste a un tío inconsciente, o... —Agitó la cabeza—.

He tenido pesadillas con ese día desde entonces. —Se apartó un paso de mí cuando intenté abrazarla, así que dejé caer los brazos de nuevo—. Y para colmo desapareciste, más de una semana. Pensé que te habría pasado algo. —Lloró con fuerza—. Raúl me prometió que daría contigo, y yo lo creí de verdad...

—Sara... —corté—. Está bien, entiendo que lo contases, pero me jode que por ello tenga que ir a ver a esa puta psicóloga...

—Charly, si de verdad piensas que yo lo conté, eres un idiota.

—¿Qué? —Aquello logró desconcertarme.

—Nuestro padre me castigó a mí, ¿sabes? Cuando se enteró de lo que había pasado, porque yo no se lo conté. Mi madre se puso a llorar, diciendo que me estaba volviendo como tú: una mentirosa. Eso dijo. —Sara apretaba los dientes cabreada.

Había visto antes a mi hermanita cabreada, pero nunca había visto esa furia volcada directamente contra mí. Traté de secarle las lágrimas que rodaban por sus mejillas, pero me apartó de un manotazo.

—Sara —me quejé, sin saber como calmarla.

—No sé quien eres —siguió—. Pero no eres mi hermano, no eres Charly y no me gustas. Mi hermano nunca habría dudado de mí.

—¿Quién iba a ser si no? —Traté de defenderme.

—Había otra persona allí de la que seguro que no has dudado, ¿eh? —De pronto Sara me pareció infinitamente mayor. Y mucho más lista que yo.

Además, sus palabras eran dolorosamente ciertas, ni siquiera había sospechado que Silvia pudiese hablar con mi padre. Pero lo conocía, yo los había presentado, cuando era un idiota que pensó que lo nuestro sería para toda la vida.

Sara se dio la vuelta y se alejó de mí. Sentí deseos de golpear algo, porque Silvia acababa de provocar que discutiese con la persona que más quería en el mundo. ¿Acaso nunca acabaría de quitármelo todo?

Me di la vuelta y caminé hacia casa de Carlos. Sabía que lo mejor era alejarme de Sara un tiempo, después me disculparía.



**Carlos**

—Carlos, está aquí Charly. —Me despertó la voz de mi madre.

Mi amigo no esperó para entrar a la habitación, pero yo tampoco hice intento de levantarme de la cama. Me envolví mejor con la manta y me puse un brazo sobre los ojos, porque sabía lo primero que haría él.

—Buenos días, princesa —saludó, sin mucho humor.

Levantó la persiana y abrió la ventana, tal y como yo esperaba. Me hubiese gustado tener algo en la mano para lanzarle, pero me limité a gruñir.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—No sé, las dos o así. ¿Puedo pasar aquí el *finde*? —pidió.

—Claro, marica —me giré para darle la espalda—, pero no en mi habitación —aclaré.

Atila se subió a mi cama, como si quiera protegerme de Charly, o quizá solo despertarme, y metió su cabezón enorme debajo de mi brazo para lamerme la cara.

—Lo único más marica que tú es tu perro. —Se metió con nosotros Charly.

—Ataca, Atila —le dije, empujándolo para que *mordiese* a ese idiota—. Ha dudado de nuestra masculinidad. —El perro se bajó de la cama y ladró una vez, antes de acercarse a Charly moviendo el rabo para que lo acariciase.

—¿Quién es el perro más tonto del mundo? —preguntó mi amigo, poniendo la voz que se usa para hablar con los niños y los perros.

—Hablando de maricas —lo acusé, metiendo la cabeza debajo de la almohada. Me moría de sueño.

—¡Carlos! —me llamó mi madre. Me senté en la cama suspirando, estaba claro que no iba a dormir más—. ¿Sacáis vosotros a Atila mientras yo hago algo de comer? —pidió, asomándose a la habitación.

—Claro. —Bostecé—. Mamá, Charly se va a quedar el *finde*, ¿vale? —Me froté los ojos para despejarme mientras mi madre aceptaba y le decía a Charly que le prepararía *su habitación*, como si no estuviera preparada siempre.

Mandé a Charly a ponerle la correa a Atila mientras yo me vestía. No tenía ganas de salir ni de arreglarme, así que me limité a meterme en un chándal, las deportivas, un abrigo impermeable y salí de allí.

Charly le había puesto el arnés al perro y llevaba la correa en la mano izquierda. Con la derecha botaba una pelota de tenis, que Atila miraba como si fuera la clave de la felicidad.

—¿Nos vamos? —sugerí.

—Claro.

—Hablaba con el perro. —Me metí con mi amigo, recogiendo las llaves de casa.

—¿Y te responde a menudo? —Me devolvió la pulla.

—Casi tanto como tú —resoplé, apartándome de la puerta para que saliesen delante.

No volvimos a hablar mientras salíamos del edificio. El perro aún estaba suelto, aunque se portaba tan bien que me solía dar pena ponerle la correa y solo lo hacía cuando había mucha gente y porque tendían a ponerse nerviosos. Fuimos al parque que había cerca del instituto y Charly le lanzó la pelota para que el animal corriese.

—¿Qué pasa con la *Princesa Unicornio*? —me preguntó de golpe.

—¿Quién? —Lo miré, sinceramente desconcertado.

—Alba. —Se rió de un chiste que yo no logré entender.

—¿Qué le pasa? —Recogí la pelota cuando me la dio Atila y se la tiré de nuevo, dejándome caer en un banco al lado de Charly, mientras se encendía un cigarro.

—No sé, sales mucho con ella. ¿Folláis? —preguntó, tan sutil como siempre.

—¿Qué pasa para que hayas cambiado de idea sobre lo de quedarte en mi casa? —Le devolví la pregunta.

—Te lo cuento si me cuentas lo de Alba.

—Quería ayuda para pasar las pruebas de educación física. Creo que le gustas, no para de hablar de ti —expliqué. En realidad solo le había mencionado un par de veces, pero así me dejaría en paz con el tema—. No nos acostamos, ni tenemos ningún tipo de relación más allá de ayudarla.

—Mi padre me ha obligado a ir al taller para vigilarme, se ha tenido que ir y me he puesto a arreglar un coche... Ha insinuado que soy un inútil y me he cabreado. —Soltó del tirón, con la vista perdida.

—Lo siento. —Le palmeé el hombro.

Sabía que Charly era muy capaz de arreglar un coche, yo lo había visto. También sabía que nunca le había dejado ver esas habilidades a su padre.

—Y Sara se ha enfadado conmigo, me ha gritado y me ha dicho que no soy su hermano... —Tomó aire despacio y tiró el cigarro a medias.

Atila volvió con la pelota, y Charly le acarició la cabeza con aire distraído. Sabía cuánto podía afectarle algo así por parte de Sara ahora. Aún no había superado lo de Silvia y lo último que necesitaba era discutir con su hermana también. Supuse que podría hablar con ella.

—¿Por qué se ha enfadado? —tanteé.

—El día... —Frunció el ceño, y sus ojos verdes parecieron muy oscuros de golpe—. No importa.

—Charly... —lo intenté, pero me interrumpió.

—Déjalo, Carlos. —Le tiró la pelota al perro de nuevo—. ¿Sabes que el padre de Celeste ha amenazado a Raúl? Ocupémonos de él, que aún tiene opciones...



## 25.- Adrenalina contra testosterona

### **Abram**

No reaccioné cuando una chica se acercó a mí, apretó mis labios con los suyos y deslizó la mano por mi pecho hasta mi paquete. Se separó de mí un segundo después, sin apartar la mano de mi bragueta y me miró mordiéndose el labio, sugerente.

Tragué saliva con dificultad, sin apartar la vista de ella. Tenía el pelo de color rosa recogido en dos coletas, una camisa blanca que se apretaba a su pecho operado de forma que parecía que los botones le iban a estallar en cualquier momento y una minifalda de colegiala que dejaba muy poco a la imaginación.

No pronunció palabra, y la verdad es que lo prefería. Cualquier cosa hubiera roto aquel momento tan caliente. Me hizo un gesto para que la siguiera, y se alejó meneando las caderas.

Empujé a la gente para abrirme camino, sin quitar la vista de encima de su culo redondeado y perfecto. Debía ser ilegal estar así de buena. La faldita se bamboleaba a cada paso, y estaba seguro de que en cualquier momento podría ver más carne.

Se paró delante de una puerta que había tras un pasillo y me dirigió una sonrisa *sexí*. Apoyó la mano en mi pecho y me empujó a la habitación. Descubrí que era un baño en cuanto estuve dentro y que no estábamos solos.

Había un par de tipos dentro, uno grande, en todos los sentidos posibles y el otro pequeño y delgado. El pequeño le tiró algo a la chica del pelo rosa, que pude ver cuando llegó a su mano: una bolsita con pastillas.

—En otra ocasión será —me dijo ella, dándome un beso en la comisura de los labios.

—Por mí no te cortes, puedes chupármela con ellos delante —resoplé.

Ella me enseñó el dedo corazón, como si no me la hubiera puesto dura aposta y salió del baño, meneando las caderas otra vez. Supuse que si me ponía incluso en esa situación estaba muy enfermo. Me dirigió una última sonrisa traviesa desde la puerta, antes de cerrarla.

—¿De qué vas, colega? —me preguntó el pequeño.

Sabía exactamente lo que pasaba. No había que ser muy listo para darse cuenta de que me había metido a vender en la zona de otro tío.

Después de la muerte de *Hámster*, que aún me hacía temblar al recordarlo, Marco me había puesto a cargo de *Cojo*. Él se había negado a dejarme vender en la universidad, pese a que yo lo había hecho siempre allí. Al parecer algunos de sus chicos favoritos tenían la zona *pillada*, pero era el mejor sitio para hacerlo, y yo no me iba a ir a una esquina como una puta.

Seguí vendiendo en la universidad a espaldas del *Cojo*, y cuando uno de mis clientes me comentó que había una fiesta de universitarios esa noche, no había podido resistir la tentación.

Aun así sabía que tarde o temprano me descubrirían. Ellos ni siquiera debían saber que trabajábamos para la misma persona y yo no pensaba decírselo.

—¿Y vosotros? ¿*Gigante* y *Nobita*? —me burlé—. ¿No sois mayorcitos para ir de *Halloween*? Encima estamos en febrero, troncos.

—¿De qué cojones hablas? —me preguntó *Nobita*—. Sabemos que estás vendiendo en nuestra zona, así que danos la pasta, la mercancía, y podrás irte.

—Pues hay un problema con eso, tío —me reí.

Sabía que trataban de intimidarme, pero joder, nadie podía darme tanto miedo como Marco, y darles la pasta y la mercancía de Marco, me parecía peor que cualquier cosa que pudieran hacerme ellos.

—¿Qué problema? —preguntó *Gigante*.

—Que no quiero dároslo... —Mostré mi sonrisa más amplia—. ¿Por qué no me dais vosotros vuestra mierda, y me olvido de que he tenido que veros el careto?

—¿Por qué no te corto un dedo y luego me das las cosas? —sugirió *Nobita*.

Traté de evitarlo, de verdad, pero se me escapó una carcajada. Extendí la mano derecha hacia ellos, que me miraron sin entender.

—¿Por cual quieres empezar? —Moví los dedos para que entendiesen a lo que me refería—. Os aviso de que voy a sangrar mucho, puede que los billetes o la maría mojados no sean tan interesantes. —Me encogí de hombros, fingiendo indiferencia—. Y espero que tengáis buenas herramientas. No bastará con la navajita de *Gigante*. —Señalé la navaja que tenía el grande en la mano, una de mariposa, aún cerrada.

—¿Estás mal de la cabeza? —preguntó *Nobita*.

—No sé, no creo, pero si fuera así, sería el último en saberlo. —Me encogí de hombros de nuevo—. ¿Empezáis o lo hago yo? No tengo toda la noche... Aún me queda maría que vender.

—¿Nos estás vacilando? —comprendió *Gigante*, abriendo la navaja.

—No, hombre, estamos charlando. Qué sensibles... —me reí de nuevo—. ¿Me vais a dar ya vuestra maría?

—Pínchale de una puta vez, justo en las pelotas, que se calle... —pidió *Nobita*.

*Gigante* se acercó hacia mí, pero era demasiado grande y lento. Aproveché para golpearle en la nariz, cuando estuvo suficientemente cerca, que crujió bajo mi puño y lanzó sangre por su cara.

Luego sujeté su muñeca para impedir que la navaja llegase hasta mí, y tiré del codo en el sentido contrario, haciéndole gritar. El metal cayó al suelo y se deslizó unos centímetros. Le lancé contra el retrete, y cayó sentado sobre este, sujetándose la nariz con la mano sana.

*Nobita* aprovechó su baja estatura para colarse en medio de la refriega y coger la navaja del suelo. Se lanzó hacia mí, dispuesto a apuñalarme en el estómago. Tuve que dar un salto hacia un lado para evitarlo, y la inercia, y que tenía pinta de ir emporrado o colocado, no le permitió frenar a tiempo, y se golpeó con la pared.

—Te vas a hacer daño con eso, *Nobita* —le regañé, asegurándome de que el grande no se levantaba a mi espalda. Estaba en mal sitio entre ellos dos.

El pequeño se repuso del golpe contra la pared y volvió a acercarse a mí, más despacio esta vez.

—Creo que me ha roto la nariz, tío —dijo *Gigante*, la sangre le chorreaba hasta el suelo, y parecía desesperado por detenerla.

—Yo diría que sí y como un fragmento vaya hacia el cerebro... —Traté de acojonarle, pasando un dedo delante de mi cuello para que entendiese que podía palmarla.

—¡Joder, tío! Llévame al hospital —pidió, con voz llorosa.

—La maría —insistió *Nobita*, poco preocupado por su amigo, o lo que fuese.

—Claro, dámela cuando quieras. —Sonreí de nuevo.

Sabía que el grande ya no era un problema y el pequeño no suponía ninguna amenaza. Blandió la navaja a un lado y a otro, pero no pasó siquiera cerca de mí.

Estaba a punto de darle un puñetazo también, cuando Gigante se interpuso entre nosotros, y sujetó a su colega del cuello.

—Llévame al hospital —le dijo y esta vez tuve claro que lloraba. Le arrancó la navaja de la mano y la tiró a un lado.

—¡Eh! —llamé, cuando Gigante empezaba a arrastrar a su amigo hacia la puerta—. La universidad es mía, y si vuelvo a veros por allí, yo sí que me atreveré a cortar dedos.

Me quedé allí un par de minutos cuando salieron para tranquilizarme. La adrenalina hacía que el corazón me doliese contra el pecho.



## Raúl

—Está limpio —me dijo Charly, sentándose en mi mesa y *sobre* mi cuaderno—. Pero no te deprimas, si no existen trapos sucios, se inventan.

Puse los ojos en blanco y tiré de mi cuaderno para que se levantase de él. Charly pilló la indirecta y se fue a su sitio, justo detrás de nosotros.

—No vas a inventar nada —ordené.

—Venga ya, no seas nena —pidió.

—¿Por qué tienes que ser tan ofensivo siempre? —se quejó Saray, dejándose caer a su lado. Andrea había llegado con ella y se quedó a mi lado—. Hay nenas con más huevos que tú.

—Lo sé, pero no es el caso de Raúl. —Se encogió de hombros—. ¿Vienes hormonal hoy? —Se metió con ella.

—¿Quieres comprobarlo? —preguntó la rubia con descaro, antes de levantarse de su lado y arrastrar a Andrea hasta su sitio.

—Sí, por favor —pidió Charly, pero ella le ignoró—. Lo dicho, un montaje fotográfico en el que se le vea con una señorita de buena vida...

—¿Y cómo va a ayudarme eso a mí? —Caí en la tentación de preguntar.

—Le decimos que si no te deja salir con su hija se lo enseñaremos a su mujer... —explicó.

—Oh, dios mío, qué plan tan genial. —Cargué mi voz de sarcasmo—. ¿Puedes mantenerte lejos de la familia de Celeste? —suplicué—. No hagas nada, ya me las apañaré como pueda.

—Otro hormonal —murmuró mi amigo, recostándose en su asiento.

Miré a Carlos en busca de algo de apoyo, pero mi amigo charlaba con Alba que estaba sentada en la mesa de al lado. Supuse que me tocaría aguantar a Charly solito y... ¿dónde estaba el profesor?

—Te agradezco el intento, tío —me vi en obligación de aclarárselo—, pero no me parece bien ganarme más odio de ese señor.

Charly alzó las manos, como si fuese la persona más inocente del mundo y no dijo nada. Y aun así, le conocía lo suficiente como para saber que estaba tramando algo. Suspiré y me resigné. Nunca podría seguir el ritmo de mi amigo.

Un profesor, que no era el que nos tocaba, entró diez minutos después, para explicar que el de Historia había faltado. Charly se levantó antes de que acabase de hablar, para encabezar la «marcha a la libertad», como él mismo dijo.

—O podemos aprovechar para hacer deberes de otra asignatura —sugirió el profesor.

—O podemos irnos al parque a tomar el sol —opinó Charly.

Y claro, ganó Charly. El profesor no tenía ninguna autoridad para retenernos allí si no estaba el de historia, así que salimos fuera, a una placita que había justo al lado de la puerta. Charly se sentó en el respaldo de un banco y se encendió un cigarro.

—¿Y Carlos? —Me di cuenta de que no estaba al llegar fuera.

El resto de la clase estaba por allí, pero tampoco vi a Alba. Charly se encogió de hombros y tiró de la mano de Saray para hacer que se sentase con él. La rubia se dejó caer entre las piernas de Charly, en el asiento del banco.

—He estado pensando los diez últimos minutos... —empezó Charly, pero me vi en obligación de cortarle.

—¡Milagro! ¿Diez minutos enteros? —Andrea y Saray se rieron conmigo, Charly sin embargo alzó ambas cejas y le dio una calada al cigarro—. Vale, ahora esos pensamientos se van a volver contra mí, ¿verdad?

—Sí, ¿qué coche tiene tu suegro?

—Dios, no lo llores así. —Me estremecí de verdad.

Andrea me cogió la mano para darme su apoyo, o lo que fuese, aunque sus manos estaban heladas.

—Respóndeme, capullo —se quejó Charly.

Saray le quitó el cigarro y le dio una calada, aprovechando que estaba distraído conmigo.

—¿Cómo voy a saber qué coche tiene? Eres tú el que le estaba vigilando —le recordé.

—Se mueve al trabajo con un utilitario negro, pero estoy seguro de que tiene otro *buga*. Tienen pasta, si esa es su mierda de coche, es que se esnifa lo que gana...

—Te voy a contar un secreto, Charly —sonrió Saray, devolviéndole el cigarro—: No a todo el mundo se la ponen dura los coches.

—Hay gente muy rara por ahí. —Fingió horror, haciéndonos reír de nuevo.

—¿Para que quieres saber que coche tiene? —Traté de centrarme en el tema.

—Este viernes hay una carrera en las afueras... Estoy buscando un coche potente...

—¡No vas a ir a hacer carreras ilegales! —medio grité.

Charly echó un vistazo alrededor antes de clavar la vista en mí.

—No voy a correr en carreras ilegales, imbécil, y no grites —me regañó—. *El Hierros* quiere un coche para uno de sus chicos. Me ha ofrecido un pastizal.

—¿Y le vas a robar el coche al padre de Celeste, puto gilipollas? —me cabreé con él. ¿Ese chico no podía tener ni una idea buena?

—Solo era una idea, relájate —pidió.

—Eres un gilipollas —insulté, aún cabreado—. No sé en que momento se me ocurrió pedirte puta ayuda, eres lo peor.

Me largué de allí lo más rápido que pude, ignorando a Saray y Andrea que me llamaban. Como si no me fuera suficientemente mal con el padre de mi novia como para añadir que se mosquease porque le habían robado el coche. ¿Qué le pasaba a Charly en la puta cabeza?

Pasé del instituto y me fui a casa. Mi padre estaba cocinando cuando llegué, una especie de arroz de color negro con un montón de cosas por encima.

—¿Qué haces aquí tan pronto? —me preguntó, con el ceño fruncido.

—No me encuentro bien —mentí—. ¿Qué es eso? —Señalé lo que cocinaba.

—Probamos un plato hace unos meses, y queríamos repetirlo, pero no hay manera... —se lamentó.

—¿Cuándo volvéis a iros? —dudé, dejando caer la mochila en la mesa de la cocina.

—En dos semanas. —Me sonrió como si fuera una buena noticia. Y quizá lo era, ya estaba acostumbrado a vivir solo y lo prefería. Ellos eran casi extraños.

—Voy a tumbarme un rato. —Me despedí con un gesto, antes de irme a mi habitación.

Dejé caer la chaqueta en la mesa del comedor, saludé a mi madre que estaba leyendo en el sofá y me fui a la habitación. Eché el cerrojo y me tumbé en la cama, sin molestarme en desvestirme más.

Ahora, a mis problemas con el padre de Celeste tenía que añadir que uno de mis mejores amigos era gilipollas.



## 26.- Poco profesional

### Charly

—Hoy tienes mala cara —me dijo la loquera cuando me dejé caer en el sofá.

—Ya, ¿me dará un abrazo? —pedí, extendiendo los brazos, con una media sonrisa.

—Creo que no es muy profesional... —Sonrió pese a su negativa—. ¿Qué te ha pasado desde la última vez que nos vimos?

—Pues... salí de fiesta. —Aquello había sido divertido, como antes de que llegase Silvia, aunque la presencia de Abram no dejaba que la olvidase del todo.

—¿Y qué más? —insistió.

—Bebí tanto que no lo recuerdo —mentí, apoyando los pies en la mesa baja para ponerme cómodo.

—¿No te acuerdas de nada hasta este momento? —preguntó bromista.

—Claro que sí, pero no voy a contárselo, porque no me gusta su rollo. —Me encogí de hombros.

—¿Mi *rollo*? —preguntó con interés.

—Sí, está ahí sentada, juzgándome, desde su sillón enorme...

—Yo no te juzgo —aseguró—. Quiero conocerte.

—Pues siéntese conmigo, y quizá la crea —ofrecí, moviéndome en el sofá para dejarle hueco—. Para recibir, hay que dar, doctora. —Sonreí con inocencia.

Dejó la libreta en el sillón y caminó hasta mí para sentarse a mi lado, aunque se giró ligeramente, subiendo sus rodillas sobre el sofá para que no se le subiese la falda e interponer sus piernas entre nosotros.

—¿Mejor? —Se sonrojó.

—Mucho. Pues verás, mi hermana ha dejado de hablarme, y uno de mis mejores amigos también, así que supongo que por eso tengo mala cara... —expliqué, sin mucho entusiasmo.

—¿Y por qué han dejado de hablarte? —Miró hacia sus manos como si quisiera apuntar algo, pero no tenía la libreta.

—Eso debería preguntárselo a ellos. —Me encogí de hombros, aunque ambos habían dejado bastante clara su postura—. Mi amiga Saray también

dejó de hablarme, pero se le ha pasado, así que ya se les pasará. —Traté de convencerme a mí más que a ella.

—¿Y tú? ¿Estás enfadado con ellos? —preguntó.

Lo pensé un segundo. Ahora que sabía que Sara no había contado nada, no podía estar enfadado con ella y Raúl... bueno, tampoco podía enfadarme, porque quizá yo me había pasado al sugerir aquello. Pensé que le vendría bien vengarse de su suegro, pero me había olvidado de que hablaba con el bueno de Raúl.

Pero llevaba semanas cabreado, dolido. Me quemaba por dentro, y ninguno de mis amigos, ni mi hermana, tenían la culpa. Aparté la mirada de la psicóloga y me encendí un cigarro. Me di cuenta de que me temblaba la mano con la que sujetaba el mechero.

—No —respondí finalmente, porque sabía que estaba esperando a que lo hiciera.

—¿Y con quien estás furioso entonces?

—Vaya, es usted muy buena, doctora. —Cambié de tema, poniéndome la máscara de indiferencia—. Casi me hace llorar como un bebé.

—¿Estás enfadado contigo, Charly? —insistió ella.

—¿Debería? —Alcé las cejas.

—A veces, tomamos decisiones de las que nos arrepentimos... —explicó, pero la corté.

—Yo no me arrepiento de mis decisiones.

Lo pensé después de decirlo. Quizá si no hubiese perseguido a Silvia hasta conseguir que se fijase en mí... Sí, había sido un idiota, pero no era mi culpa que ella fuese una puta. Si estaba enfadado con alguien era con ella, no conmigo.

—¿Entonces? —cuestionó.

—Nada. —Me encogí de hombros—. Insisto en que yo no debería estar aquí. A mi padre le ha dado un arrebató de responsabilidad, pero está equivocado.

—¿No crees que te vendría bien hablar con gente ajena a tu círculo?

—Creo que me vendría mejor echar un polvo. —Le guiñé un ojo.

—¿Siempre alejas a la gente de ti con ese tipo de comentarios? —Pareció repentinamente molesta.

—Le sorprendería la de veces que funciona... —me reí.

—Así que sueltas una frase sexual, guiñas un ojo y las tías se tiran a tu bragueta.

—Sí —asentí—. Lo dice como si fuera algo malo.

—El sexo consensuado está bien. —Miró hacia otro lado al decirlo, repentinamente incómoda.

—Tenía tres hermanos, ¿no? ¿Creció en un hogar religioso? —Fue mi turno de hacer preguntas—. Se sonroja cada vez que habla de sexo. ¿Cuándo tuvo la última relación solo sexual, doctora?

—Son muchas preguntas, Charly, y tú no respondes a las mías.

—Hagamos un trato —ofrecí con una sonrisa, aquello era terriblemente divertido. Ella se sonrojó una vez más—. Yo responderé a todas sus preguntas, el viernes por la noche, en un bar.

—Eso no es profesional —negó.

—Entonces ha sido un placer conocerla, doctora. —Me levanté del sofá—. Le diré a mi padre que busque otro psicólogo... Quizá un hombre, con el que sentirme más cómodo hablando de mis sentimientos. —Me puse una mano en el pecho, fingiendo tristeza.

—Espera, Charly —pidió, cuando ya tenía la mano en el pomo—. Una cerveza, y responderás a todas mis preguntas.

—Dos, y usted responderá a las mías también. —Le guiñé un ojo.



## Carlos

—¿Preparada? —pregunté, apretando los labios para no reírme.

—Nunca, *Musculitos* —se negó.

No pude evitar una risa esta vez, y Alba dirigió su pierna hacia mí en un intento muy cutre de darme una patada, haciéndome soltar una carcajada.

Estábamos en el recreo, justo después era el examen físico y el profesor nos había dejado entrenar por última vez. Alba había conseguido cruzar las espaldas usando solo los brazos, pero le daba pánico bajar de ellas, así que estábamos practicando para que aprendiese a hacerlo.

—No es tan difícil, Alba. —Negué con la cabeza, tratando de ponerme serio—. No te vas a matar, estás muy cerca del suelo.

—No puedo —se quejó—. No quiero... Ayúdame —pidió.

—Vas a tener que hacerlo sola en el examen, Alba —recordé, pero no pareció capaz de razonar, así que me acerqué para ayudarla.

Y juro que iba a hacerlo de forma inocente, como siempre, sujetando de sus caderas para depositarla en el suelo. Pero se dejó caer hacia mí con demasiada fuerza y agarré de donde pude para no caernos, y ese lugar resultó ser su culo.

Aflojé la presión para bajarla al suelo, algo avergonzado, pero ella había apoyado los brazos en mis hombros para sujetarse y estábamos demasiado cerca. Su camiseta se levantó un palmo, dejando su vientre a la vista, justo a la altura de mi cara.

Apoyó los pies en el suelo solo un segundo después, pero fue el segundo más largo de mi vida. Y entonces no supe si se había movido ella o yo, pero de pronto nos estábamos besando.

Alba tiró de mi sudadera, quitándola por la cabeza y lanzándola a un lado. Me dejé hacer antes de colar mis manos por debajo de su camiseta de nuevo, que seguía levantada y arrugada justo debajo de sus pechos. Volví a subirla un palmo y ella rodeó mis caderas con sus piernas.

Apoyé su espalda contra las espaldas y dejé que tirase de mis pantalones para bajármelos un palmo. Mordisqueé su cuello mientras buscaba la propia goma de sus pantalones.

—¡Oh, mierda! —Me sobresaltó la voz de Charly—. No hemos visto nada.

Me separé de Alba lo más rápido que pude, subiéndome los pantalones de nuevo, mientras veía a Charly tapar los ojos de Andrea y Saray que parecían haber entrado antes que él. Luego tiró de ellas para sacarlas de allí.

Alba se colocó la camiseta, con las mejillas completamente rojas, mientras yo buscaba mi propia sudadera, que estaba unos metros más allá. El resto de la clase entró cuando aún me la estaba poniendo y no pude decir nada a Alba. De hecho no sabía que decirle, ni sabía que había pasado.

—A riesgo de conseguir que otro amigo no me hable —me dijo Charly, cuando entró detrás del resto—. Ya podías haberlo contado, cabrón. *Entrenando, ¿eh?* —se burló.

—Estábamos entrenando —aseguré.

—Sí, la lengua —se rió, antes de sentarse entre Saray y Andrea en el banco de madera.

Raúl dejó que Eric y Suso se sentasen entre él y Charly, por lo que deduje que seguía enfadado con nuestro amigo. Yo me dejé caer al lado de Raúl, porque suponía que él no me haría preguntas ni comentarios jocosos. Alba ni siquiera me gustaba... ¿Qué me había pasado?



## 27.- Hospitales

### Abram

—¿Vas a pasar aquí la noche? —Me sobresaltó la voz de una enfermera.

Levanté la cabeza del cuaderno para verla. Había coincidido con ella más veces, aunque no estaba seguro de su nombre. Era una chica muy guapa que debía de haber acabado la carrera recientemente, porque era joven. Tenía el pelo muy corto, castaño claro, adornado con una cinta rosa que imitaba un lazo. Era delgada y bajita. Casi parecía una adolescente con el traje de enfermera, o una ninfa provocadora.

—Sí, tengo que estudiar —expliqué, moviendo el cuaderno—. Y en mi casa es imposible.

Se acercó al *Chino* para comprobar que todo estuviera en su sitio. Y le colocó las mantas con cuidado, de una forma casi tierna.

—¿Cómo era? —me preguntó, señalando a mi amigo.

—Lo peor que te puedas imaginar —sonreí con cariño al recordarle—, siempre se quedaba a las chicas más guapas, te habría gustado.

—A veces no puedo evitar preguntarme por sus vidas —explicó. Supuse que hablaba de la gente en coma—. Él no suele tener muchas visitas.

—Era el tío más popular de clase cuando éramos niños. Todas las chicas suspiraban por él —conté—. Pero cuando empezó a drogarse y pedirle dinero a todo el mundo, perdió a todos sus amigos.

—Menos a ti. —Me dirigió una sonrisa amigable.

—Era como un hermano. —Miré al *Chino*, pero apenas era una sombra ya de lo que fue—. No se deja a un hermano de lado porque tenga problemas.

—¿Crees que te oye? —me preguntó entonces, haciendo que volviera a mirarla. Me sonreía de una forma muy tierna.

—No —reconocí—. Si lo pensase no le hablaría. —Me reí entre dientes—. Estoy enfadado con él.

—Pues yo creo que puede oírte —me dijo—. Y seguro que le alegra que estés aquí.

No respondí, me limité a dirigirle una sonrisa y devolver mi vista al cuaderno. Al *Chino* lo único que le alegraría sería un pico. Él me había dado mi primer cigarro y mi primer porro. Dejé de seguirle el ritmo cuando se pasó a la heroína, pero había intentado que siguiese sus pasos. Sin duda se merecía

mi enfado y aun así, parte de mí se sentía responsable por lo que le había pasado.

Igual que me sentía responsable en parte de lo que Silvia le había hecho a Charly. Sabía que él era mucho mejor persona que yo y no se merecía lo que le hicimos. Porque por mucho que culpase a Silvia de ello, yo era tan responsable como ella.

La enfermera salió de la habitación al ver que no iba a seguir con la conversación. Y traté de centrarme en lo que tenía que estudiar.

Por suerte, tenía un cerebro prodigioso aunque mi moral no fuese a juego, y me bastaba un solo vistazo a todo aquello para memorizarlo y comprenderlo.



—Te he traído un café. —Me sobresaltó la enfermera cuando empezaba a dolerme el cuello de mirar hacia los apuntes—. Es de la máquina y están asquerosos, pero pensé que te vendría bien.

—Muchas gracias. —Me levanté y ella se acercó para dejarlo sobre la mesilla a mi lado. Pasó muy cerca y pude oler su colonia—. ¿Qué tal la noche?

—Aburrida —se quejó—. Eres el único despierto aparte de mí. —Sonrió un poco—. La gente normal no se queda a pasar la noche voluntariamente en el hospital.

—Yo no soy normal —admití.

—¿Qué asignatura estudias? —curioseó.

—Biología. —Me apoyé en la pared, mientras ella hacía lo mismo en el borde de la cama.

—¿Y necesitas ayuda? —se ofreció, con una sonrisa.

No estuve seguro de si era una oferta inocente o no, pero no me lo pareció.

—Sí. —Asentí con la cabeza a la vez.

Acorté la poca distancia que nos separaba y pegué mis labios a los suyos. Si había sido una oferta inocente seguramente me llevase una bofetada, pero ella apoyó las manos en mis costados, levantando mi camiseta, por lo que deduje que había acertado.

Tiré de sus pantalones y de su ropa interior, y ella se levantó un poco para que pudiera quitárselo todo, mientras me sacaba la camiseta por la cabeza y buscaba el botón de mis vaqueros.

Sujeté su culo, pequeño y redondeado, para pegarla a mi cuerpo,

levantándola del suelo. Giré para alejarla de la cama de mi colega y apoyé su espalda en la pared. Sacó algo del bolsillito delantero de su uniforme y tardé un par de segundos en darme cuenta de que era un condón.

—Y luego dicen que la sanidad va mal —me reí, abriéndolo para ponérmelo.

Ella no respondió, pero se abrazó a mi cuello con más fuerza y me besó el pecho y la clavícula. Gimió aún contra mi hombro cuando la penetré, y me moví en su interior en busca de placer.

Empezó a ponerme algo nervioso que no dejase de besarme, me parecía demasiado tierna y estaba sensible, así que la bajé y la puse de espaldas a mí. Hice que se inclinase y apoyó las manos en la incómoda butaca, sobre mis apuntes. Volví a penetrarla desde detrás, haciendo que gritase con más fuerza.

Sentía sus estremecimientos de placer cuando llegó al orgasmo, y sin tanta ternura fue mucho más placentero, así que me corrí, sujetando su culo con las dos manos.



## Raúl

Me despertó el sonido del móvil, y pensé que sería Charly de trasnochada con algún problema de los suyos, pero al ver el nombre de Celeste en la pantalla me asusté de verdad.

—¿Sí? ¿Celeste? —respondí lo más rápido que pude.

—¿Ra...úl? —Lloraba tanto que aunque dijo algo más no logré entenderla.

—¿Qué pasa, cariño? —El miedo me presionó la garganta de tal forma que me impidió respirar.

—Mí... mi pa...dre. —Lloró aún más fuerte.

—Cálmate, mi amor —supliqué—. No te entiendo.

—¿Puedes... venir? —pidió, tomando aire para calmarse.

—Estaré allí en dos minutos —prometí.

Colgué y me puse unos vaqueros y una sudadera a toda velocidad. Salí aún poniéndome la chaqueta y corrí hasta casa de Celeste. Llegué sin aliento y la encontré asomada a la ventana, envuelta en una manta y con la cara llena de lágrimas.

—Sube —pidió—. Por la puerta —aclaró, al ver que iba a hacerlo por la

ventana.

Esperé hasta que me abrió y luego corrí escaleras arriba hasta su casa. Gimió entre lágrimas, abrazándose a mí cuando llegué hasta ella. Solo pude envolverla en mis brazos, desesperado por no saber que pasaba.

—¿Qué ha pasado, Ce? —insistí.

Sujeté sus hombros para apartarla de mí un poco y sequé sus mejillas con los pulgares, aunque no daba abasto para quitar todas esas lágrimas, que seguían cayendo con fuerza.

Me llevó hasta su habitación y volvió a abrazarme cuando cerró la puerta. Había soltado la manta y me di cuenta de que aún llevaba el uniforme de clase. Esperé pacientemente, tratando de tragarme la bola de miedo y nervios de mi garganta y le acaricié el pelo hasta que dejó de llorar poco a poco.

—Mi padre ha tenido un accidente —explicó más calmada—. Está en el hospital.

—¿Está bien? —dudé.

—No lo sé, mi madre está allí. No me ha dejado ir y yo no soportaba más estar sola.

—No pasa nada, debiste llamarme antes —la consolé.

—Volvía del trabajo —siguió hablando y me pareció que necesitaba desahogarse—, dicen que su coche se salió de la carretera.

Una idea horrible se instaló en mi pecho. Charly sabía qué coche tenía, había querido robárselo. Y también había querido inventarse pruebas en su contra... ¿Le habría hecho algo a su vehículo? Sabía que se le daban muy bien los coches...

No conseguí quitarme esa sensación, mientras acunaba a Celeste entre mis brazos. Quise convencerme de que Charly no sería capaz de algo así, pero desde que Silvia había aparecido en nuestra vida ya no estaba seguro de nada.



Me pasé toda la noche consolando a Celeste y la mañana con ella esperando noticias de su padre. Los dos faltamos a clase, pero no me importó: solo quería estar con ella y asegurarme de que estaba bien.

A media tarde su madre volvió a casa para llevarla al hospital a ver a su padre. Al parecer habían tenido que operarle y era posible que perdiera la movilidad de un brazo, pero por lo demás estaba bien. Aunque sería una recuperación lenta y dolorosa.

Cuando Celeste se fue a ver a su padre yo me fui a buscar a Charly. Carlos me había escrito para preguntarme dónde estaba y me había dicho que irían al parque de siempre por la tarde. No había respondido, pero me fui directo allí tras salir de casa de Celeste.

Mis amigos ya estaban allí cuando llegué. Andrea y Saray estaban sentadas en el banco y Carlos en el respaldo de este. Charly se fumaba un porro con Abram a un lado, supuse que para no molestar con el humo a los demás.

Iba a pedirle explicaciones de forma calmada, pero cuanto más lo pensaba más seguro estaba de que había saboteado el coche a ese hombre y cuando llegué hasta él perdí el poco autocontrol que me quedaba. Le golpeé con el puño en la cara, justo sobre el labio.

Charly dio un paso atrás, y tuve a Carlos sujetándome del pecho un segundo después. Abram se interpuso también, aunque pareció dudar si sujetarme a mí o a Charly, que no hizo ningún intento de devolverme el golpe.

—¿Qué cojones te pasa? —preguntó Charly, limpiándose la sangre de la barbilla. El labio se le había abierto y chorreaba.

—¿Raúl? —me llamó Andrea. Ella y Saray se habían acercado también a nosotros, sin saber muy bien que hacer.

—Te dije que no le hicieras nada, tío. —Me solté de Carlos sin muchas ganas.

—¿Qué has hecho, Charly? —preguntó Saray.

—¡Joder, ojalá lo supiera! —aseguró él.

—Venga ya, hablas de robarle el coche y de pronto su coche se sale de la carretera... —acusé.

—¿Celeste está bien? —Charly sonó genuinamente sorprendido.

—Sí, su padre iba solo...

—¿Crees que soy imbécil? —Se limpió de nuevo la sangre de la barbilla—. Lleva a tu chica a clase en ese coche todos los días. ¿Cómo voy a hacerle nada y arriesgarme a que le pase nada a ella, gilipollas?

—¿Y qué cojones tengo que pensar? —Me sentí algo mal por haber dudado de él, pero sabía que no me mentiría.

—La próxima vez, prueba a preguntar —Me guiñó un ojo.

—Me alegra ver que no soy el único que te ha partido la cara —bromeó Abram, relajando un poco el ambiente.

—Lo siento. —Me sentí mal al instante.

—No te preocupes, Raúl —me consoló Saray—. Has hecho lo que todos queríamos hacer.

—¡Eh! —se quejó Charly—. ¿Qué le ha pasado al padre de Celeste? —se preocupó.

—Le han operado del brazo, puede que pierda movilidad. Por lo demás creo que está bien —expliqué.

Me dejé caer al banco y agaché la cabeza enterrando los dedos en mi pelo. Charly se sentó a mi lado y me palmeó el hombro.

—Se pondrá bien, y querrá volver a matarte, no te preocupes —me animó. Resoplé, pero no pude evitar reírme un poco.

—Imbécil —me quejé.



## 28.- Ceder el control

### Charly

—Pensé que no vendría. —Saludé a la loquera cuando se sentó frente a mí.

Apoyó su libreta en blanco entre nosotros, sobre la mesa, visiblemente incómoda con aquello. Llevaba la camisa abotonada hasta arriba y el moño más apretado de lo normal. Parecía querer dejar claro que estaba allí por trabajo.

—Hicimos un trato —me recordó.

—Por supuesto, doctora, iré a pedir cerveza. —Me levanté para pedir al padre de Eric una cerveza para ella. Yo había llegado cinco minutos antes y ya tenía la mía.

Pagué y volví, apoyando la cerveza con toda la intención sobre su libreta. Ella se apresuró a quitarla de encima y secar el papel con la mano.

—¿Qué te ha pasado en el labio? —preguntó en primer lugar.

Aún me ardía el puñetazo de Raúl, pero me las ingenié para sonreír.

—Un amigo. —Me encogí de hombros.

—¿En serio? —Pareció cabreada de pronto. Recogió su libreta y se puso de pie—. Si vas a seguir con evasivas esto no tiene sentido.

—Es que ha sido un amigo. —Me reí un poco y sentí un doloroso tirón en el labio—. Su suegro ha tenido un accidente de coche y necesitaba desahogarse.

—¿Y te pegó por eso? —Se sentó mirándome con desconfianza.

—Él tenía la ligera sensación de que yo había tocado el coche de su suegro.

—¿Y lo hiciste? —Escribió algo en su libreta, pero no volvió a dejarla sobre la mesa.

—No. ¡Joder! ¿Qué clase de persona cree que soy? —Me cabreé ligeramente, y tuve que tomarme un segundo para volver a tranquilizarme—. Nunca haría algo así. Es una idiotez. Pondría en peligro a más gente, y la piba de Raúl podría haber ido en el coche. Jamás me habría arriesgado así.

—Pero ¿no te hubiera importado hacerle algo a su padre? —dudó.

—Raúl es la mejor persona que conozco, y ese cerdo ha amenazado con matarlo si no se aleja de su princesita —expliqué—. No hubiera dudado en defender a mi amigo, pero el destino o una fuerza divina o el karma, llámelo

como quiera, se me adelantó.

—¿Disfrutas controlándolo todo? —preguntó, sin dejar de escribir mierda en su libreta.

—No lo controlo todo. —Me reí sin muchas ganas. Si lo controlase todo, Silvia no me hubiese puesto los cuernos.

—Claro que sí. —Me llevó la contraria, señalando alrededor—. Estamos donde tú quieres, cuando tú quieres. No puedes dejar que los demás tomen decisiones por ti.

Le di un trago a la cerveza para no responder, porque quizá llevaba algo de razón en ello.

—Lo dice como si fuera algo malo. —Me reí finalmente para quitarle importancia.

—Lo es, si no confías en nadie.

—¿Le parece que no confío en la gente? Ni siquiera he devuelto ese puñetazo. —Me señalé el labio y eso la hizo sonreír.

—¿No lo has devuelto? —preguntó curiosa.

—No, estoy madurando —exageré—. ¿Y qué hay de usted? ¿Alguna vez se ha dado un puñetazo con alguien?

—No, me gusta resolver los problemas hablando... —Se encogió de hombros.

—Así que no es de barrio —bromeé—. ¿Vivía en un chalet, doctora?

—Mi familia era acomodada —admitió, sin asomo de vergüenza—. ¿Qué hay de ti? Tu familia tiene dinero, aunque te guste jugar a ser el chaval de barrio bajo.

—Mi padre tiene dinero —acepté—. No es que me llegue mucha de esa pasta —me reí—. Ni la quiero, me gana la vida.

—¿Trabajas? —preguntó con interés.

—Claro. —Robar y despiezar coches era un trabajo. De hecho, cualquier cosa podía ser un trabajo si te pagaban por ello, ¿no?—. No me gusta deber nada a nadie.

—¿Sabes que tuve una sesión con tu hermana? —preguntó. Le di un trago a la cerveza, para disimular, no lo sabía, joder—. Estaba dolida contigo.

—Esa niña tiene un carácter que no es normal —me reí.

—Se negó a darme detalles...

—Es porque es de barrio —bromeé.

—Pero podía notar que estaba enfadada. Y no creo que sea por lo que tú crees. Le duele ver esa división, esa continua rivalidad con tu padre.

—¿Quiere saber cómo vivía yo cuando tenía la edad de Sara? —Logró cabrearme que me hiciera responsable del dolor de Sara—. A los once años mi madrastra me echó de casa por primera vez. Mi padre, ese señor con dinero que finge preocuparse por mí, se largó quince días enteros a trabajar en otra ciudad. No era la primera vez que se iba y me dejaba con esa arpía, pero a esa edad yo ya no me quedaba callado cuando le daba uno de sus arrebatos. Una noche se cogió su copa de vino y se metió en la bañera para relajarse. La estresaba mucho no cuidar de dos niños, supongo. Yo estaba en mi habitación, castigado por algo, como siempre. Mi presencia era un crimen. Salí de la habitación porque oí a Sara llorando. Ella tenía cinco o seis años.

—Tranquilízate, Charly —me pidió, pero hablar de mi madrastra tenía algo que me sacaba de quicio.

—Estaba aparcada delante de la televisión. Sola. Debía haberla dejado viendo dibujos, pero se habían acabado y veía una película sangrienta de tiros. Tenía la cara empapada de lágrimas. Extendió los bracitos hacia mí. Sarita siempre fue muy pequeña y gordita, era lo más bonito del mundo. Me llamaba «Tarly» porque no sabía pronunciar mi nombre. Y me dijo que tenía hambre. Yo también tenía. No había comido nada a medio día porque estaba castigado... Cargué con ella y la llevé a la cocina a por algo para comer, pero no había nada que yo supiera cocinar. Ni embutido, ni pan de molde, ni siquiera bollos con los que calmar a Sara. La nevera estaba vacía, porque es mi padre quien se encarga de comprar...

—Charly... —me interrumpió de nuevo, pero no la dejé seguir.

—Fui al baño y aporreé la puerta, pero ella no salió de la bañera, no sé si estaba dormida, o borracha. Y por más que yo golpeaba la madera y Sara lloraba, nadie nos hacía caso. Cogí a Sara de nuevo y salí de allí. Me fui a casa de Carlos, mi mejor amigo. Su madre nos preparó la cena, calmó a Sara y se encargó de ella. Yo estaba temblando porque no podía hacer nada más por mi hermanita, que comía, reía y jugaba como si no hubiera pasado nada. Seguía al perro de Carlos por toda la casa y jugaba con él a carcajada limpia. Cuando volví a casa mi madrastra ya había salido del baño. Según ella estaba muerta de preocupación. Me gritó durante una hora por irme de casa sin avisar y, bueno, por llevarme a Sara, yo podía haberme muerto, no importaba, pero Sara... —Tomé aire un segundo y luego seguí hablando—. Discutimos y me dijo que no quería verme por allí hasta que mi padre volviese. Dormí dos días en el parque, con once años. Hasta que la madre de Carlos me vio allí por casualidad, no se imaginó que había dormido en la calle creo, solo que

llevaba en el parque todo el día. Me quedé en su casa hasta que volvió mi padre, y cuando le conté lo sucedido, me dijo que exageraba, no se creía que hubiese dormido en la calle: era como si la madre de Carlos simplemente me hubiese invitado a pasar unos días con ellos. Y la arpía de mi madrastra se salió con la suya. Le salió tan bien la jugada que la repitió cada vez que mi padre se iba.

—Es horrible —me consoló la loquera, poniendo la mano sobre la mía. Sentí que se había quedado sin más preguntas por primera vez.

—Así que, créame doctora, Sara podrá soportar una discusión más.

—No quería hacerte sentir culpable por ello... —se disculpó y dio un trago largo a su cerveza. Yo hice lo mismo con la mía.

—He cuidado de esa niña más de lo que se pueda imaginar —expliqué—. Si no fuera por ella hace mucho tiempo que me habría largado de esa casa. Si vuelvo, cada maldita vez, después de que esa puta de su madre me eche, es solo por ella.

—Eso te convierte en alguien admirable...

—¿Eso cree? —me reí—. No respondió a mi pregunta el otro día.

—¿Qué pregunta? —dudó, pero su vista clavada en la libreta me dejó claro que sabía de qué hablaba.

—Me interesé por tu vida sexual. —Le guiñé un ojo con descaro.

—Eso no es muy profesional —negó.

—Nada de esto lo es. —Señalé alrededor.

Las luces habían reducido su intensidad desde que habíamos empezado a hablar y la gente bailaba alrededor.

—No me lo recuerdes —murmuró, pero pude oírla perfectamente.

—¿Y si jugamos a algo? —sugerí. Yo era el rey de los juegos de beber.

—Sorpréndeme. —Me miró con genuina curiosidad.

Hice un gesto para que esperase y me acerqué a la barra. Le pedí al padre de Eric una botella y un par de vasos de chupito, pagué y volví con la loquera, que me miraba expectante. Era jodidamente sexi y saber lo mal que estaba aquello lo hacía más excitante.

—Una pregunta cada uno, el que no responda, bebe —ofrecí, llenando los dos vasos de chupito.

—Mucho más apropiado... —Negó con la cabeza.

—¡Eh! Mis reglas ¿recuerda? —Sonreí un poco, aunque me volvió a tirar del labio—. No tiene que beber, puede responder. Y para que vea lo bueno y generoso que soy, le dejo preguntar primero.

—¡Qué amable! —Cargó su voz de sarcasmo, pero cogió uno de los vasos de chupito—. ¿De que trabajas?

—En un taller, muy lejos de mi padre —me reí—. ¿Cuándo folló por última vez?

—Joder, has subido muy rápido de nivel, ¿eh? —se quejó y se acabó el chupito de un trago, haciéndome reír a carcajadas.

—Al menos sabe privar —admiré, llenando su vaso de nuevo.

—¿Por qué desapareciste una semana? —preguntó.

Me acabé de un trago mi chupito. No iba a hablar de Silvia. Suficiente me esforzaba todo el tiempo de mantenerla lejos de mi mente, aunque no fuera del todo posible.

—¿Sale con alguien?

—No. —Sonrió, supuse que por no tener que beber—. ¿Dónde fuiste, cuando estuviste desaparecido?

—A una casa okupa —admití—. ¿Es virgen?

—No. —Se rió entre dientes esta vez, con un chiste que no pillé—. ¿Por qué tanto interés en mi vida sexual? —Se sonrojó al decirlo.

—Porque me la pone dura —reconocí sin vergüenza—. ¿Por qué no follamos?

—Porque es muy inapropiado —se rió de nuevo—. ¿Quién es el chico al que pegaste aquella vez que ibas con tu hermana?

—Ni idea. Un gilipollas que se metió en medio. —Me encogí de hombros—. No quería pegarle. Perdí el control.

—¿Y pierdes el control a menudo? —curioseó.

—Eso son dos preguntas, tramposa —me negué, pero no pude esconder la sonrisa. Me incliné sobre la mesa para acercarme a ella—. ¿Yo la pongo cachonda?

Se apartó ligeramente de mí, pensé que lo negaría, pero se bebió el chupito sin dejar de mirarme a los ojos. Y eso fue mejor respuesta que un sí.

—¿Pierdes el control a menudo? —repitió su pregunta, mientras yo llenaba su vaso una vez más.

—No. Vi a alguien que no esperaba ver. ¿Qué le hace perder el control a usted? —Se mordió el labio un segundo y luego volvió a tragarse su chupito.

—¿Quién es ella? —cuestionó.

—¿Ella? —pregunté sin entender.

—La que te hace perder el control. —Su voz sonó algo afectada por el alcohol.

—Se llama Silvia —reconocí y luego me bebí el chupito, para calmarme los nervios que me provocaba solo mencionarla—. ¿Baila conmigo? —Señalé la pista, haciéndola reír—. Eso es apropiado, ¿no?

—Una canción y me largo, y vuelves a terapia —pidió.

—Por supuesto, doctora.

Dejé caer mi chupito lleno en la cerveza y me lo bebí de un trago, antes de coger su mano y llevarla a la pista. Rodeé su cadera y ella se sujetó a mis hombros con los brazos.

Y para mi sorpresa fue ella la que acertó la escasa distancia que nos separaba y pegó sus labios a los míos, levantando la cabeza para llegar, porque era más baja que yo.

Decidí no desaprovechar mi oportunidad porque estaba seguro de que esa mujer no se dejaba llevar por su entrepierna muy a menudo. Dejé de besarla para coger su mano y guiarla hasta el baño de tías. Ella se dejó hacer, no se quejó ni nada parecido, así que entré con ella y empujé la puerta de uno de los cubículos.

Fue ella la que cerró la puerta tras nosotros y deslizó las manos hasta el botón de mis pantalones. Se agachó delante de mí y deslizó mi cremallera, antes de tirar de mis pantalones y de la ropa interior.

—¡Joder! —Me sujeté a las paredes de madera cuando agarró mi polla, que de verdad llevaba dura desde que ella había llegado al bar.

Esperaba algo más de timidez o mojigatería por su parte, pero no dudó en meterse la polla en la boca y chupar como si le fuera la vida en ello. Yo apoyé la cabeza en la esquina del baño y disfruté.



## 29.- Dieciocho

### Carlos

—Yo solo quería dejar claro que no me gustas —me dijo Alba, mientras se recolocaba los pantalones de cuero.

—Ya, ya, es mutuo —me reí, subiéndome mis propios pantalones.

—Y esto no va a volver a pasar —aclaró.

—Nunca más. —Le seguí la corriente, aunque había dicho lo mismo después de la primera vez y la segunda y la tercera.

Atila me miraba mientras yo acababa de colocarme la ropa, con la pelota entre los dientes y moviendo el rabo.

—Esto tiene que ser malo para la salud —se rió Alba, sorbiendo por la nariz.

No se había quejado del frío mientras nos lo montábamos entre los árboles del parque. Lancé la pelota a Atila y luego tiré el condón usado a una papelera.

—Deberíamos montárnoslo en un lugar más resguardado —bromeé.

—No volverá a pasar, *Musculitos*. —Sin embargo, pegó sus labios a los míos.

Atila ladró una vez, y se metió entre nosotros para dejar caer la pelota a mis pies. Yo me reí, pero Alba se apartó como si el pobre animal la hubiese insultado o algo así.

—Creo que no le caes bien —la piqué.

—A mí tampoco me cae bien él... —se quejó, apartándose de mí y abrochándose la chaqueta—. ¿Me invitas a un chocolate? Tengo que quitarme el frío de los huesos.

—Claro —tiré la pelota a Atila una última vez y recogí su correa del suelo—. Lo dejo en casa y vamos.

Sin embargo, después de un rato sin que el perro volviese con la pelota me decidí a salir de entre los árboles para buscarlo. Normalmente no se alejaba de la vista, salvo cuando Charly estaba cerca. Estaba seguro de que la presencia de mi amigo hacía que nada funcionase como debía.

No tardé en ver con lo que se había topado Atila, y no era Charly, sino Andrea, que le acariciaba y le decía cosas que no alcancé a oír. No pude más que sonreír mientras los miraba. Atila meneaba el rabo y daba lametones

nervioso en cada parte de mi amiga que alcanzaba.

—¿Nos vamos? —preguntó Alba, saliendo detrás de mí.

Silbé una vez y Atila dudó un momento, pero al final corrió hasta mí. Andrea me miró casi sobresaltada, aunque luego vi una sonrisilla en sus labios. El perro volvió a correr hasta ella, después de dejarme la pelota a los pies, y se sentó a su lado.

Me acerqué a ellos, y Alba vino detrás. Andrea la miró un momento y dejó de sonreír. Apoyó la mano en la cabeza del perro y él volvió a menear el rabo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, al llegar hasta ella.

—Iba a buscaros, por si queríais salir por ahí. —Se encogió de hombros—. Y Atila me ha cortado el paso —bromeó, sonriendo de nuevo y pasando los dedos con suavidad por la cabezota del perro.

—Raúl está en casa de Celeste y Charly está teniendo problemas familiares —expliqué.

—Oh, pues me voy a buscar a Saray entonces. ¿Te vienes? —me invitó, tras lanzar otra mirada a Alba que no logré interpretar.

—Íbamos a ir a tomar algo —expliqué, algo incómodo. Mis amigos habían dado por hecho que salíamos juntos después de pillarnos en el gimnasio y no me habían creído cuando lo negué—. ¿Quieres venir? —ofrecí.

—No —respondió demasiado rápido—. Nos vemos el lunes en clase. —Se despidió con un gesto y se dio la vuelta para irse por dónde había venido.

Alba me dio un puñetazo en el brazo cuando Andrea se alejó lo suficiente como para no oírnos. Me giré hacia ella más sobresaltado que otra cosa, porque no me había hecho daño.

—¿Qué pasa?

—¿Para qué la invitas? —preguntó con el ceño fruncido.

—Es mi amiga —aclaré, llamando a Atila de nuevo, que había empezado a ir tras Andrea.

—Pues a mí no me cae bien —me dijo, con mala cara—. ¿Sabes que salió con mi primo?

—No, no lo sabía. —Comencé a andar hacia mi casa para dejar a Atila. La verdad es que tampoco me importaba.

—Se lió con otro mientras aún estaban juntos. Es una zorra.

—No sigas por ahí, Alba —pedí, parándome en medio del camino y girándome de nuevo hacia ella—. Andrea es mi mejor amiga, y me importan una mierda los rumores y los cotilleos.

—No son rumores, mi primo no me miente... Se la chupó a otro tío detrás

del gimnasio...

—¿Y por qué no le pides a tu primo que te invite a ese puto chocolate? — sugerí de malhumor.

—¿Qué pasa? —dudó ella.

—Que no me gusta que se metan con mis amigos —expliqué.

—Ya, pues tus amigas no se cortan a la hora de meterse conmigo, gilipollas. Pero ¿sabes qué? ¡Que os jodan! —Me enseñó el dedo corazón y se alejó de mí a toda prisa.

Dudé un segundo, pero al final me di la vuelta y me fui por el camino que había seguido Andrea. Atila pareció entender dónde íbamos y dio brincos a mi lado.

—Menuda zorra, tío —le dije al perro—. A ti tampoco te cae bien, ¿eh?

El perro me miró un segundo y luego pasó de mí. Di con Andrea un par de calles más allá. Atila corrió hasta ella, como si llevase un año sin verla, y golpeó su mano con el hocico para llamar su atención.

Andrea se sobresaltó un poco pero luego acarició al perro y se giró para buscarme. Sonrió al verme y sentí que había hecho lo correcto al pasar de Alba para irme con ella.

—Pensé que se te había escapado —me dijo, cuando los alcancé.

—Te adora —asentí, porque ese traidor me dejaría tirado por mis amigos al parecer. Supuse que tenía buen gusto—. Pero no te enamores de él, porque también adora a Charly.

—¿Qué ha pasado con Alba? —dudó.

—A Atila no le cae bien. —Esquivé la pregunta—. ¿Vamos a buscar a Saray?

—Claro.

Sujetó mi mano por debajo de la chaqueta y caminamos juntos, con Atila un par de pasos por delante sin alejarse de Andrea.



## **Abram**

Me esforcé mucho por sonreír al entrar en casa por la tarde, después de vender maría a unos colegas para una fiesta esa noche y encontrarme a toda mi familia gritando un sonoro «¡Sorpresa!».

Repetí una y otra vez que mi cumpleaños no era hasta el lunes, pero al parecer, aquello no era relevante. Toda mi familia estaba allí reunida. Y no solo mis hermanas sus parejas y los niños, también había tíos y primos.

No tardé en sentirme agobiado y asfixiado. Todos querían felicitar me, hablar conmigo, hacerse los importantes o interesantes. No hacía más que oír la misma mierda: «¿Y la novia? ¿Y los estudios? Ya dieciocho, ¿eh? ¿Cuándo te vas a cortar el pelo? ¿Cómo vas a celebrarlo?».

—¿Quieres tu primera cerveza? —me dijo Leopoldo, mi tío más odioso.

Marisa e Isabel parecían angelitos al lado de ese cerdo. Cuando era pequeño y él venía de visita solía esconderme debajo de la cama hasta que se iba por no soportarle. Me hubiese encantado poder hacerlo en ese momento.

—Podría tumbarte bebiendo —prometí.

—¡Qué gallito nos has salido! —Me sujetó con un brazo de los hombros y me palmeó el pecho con tanta fuerza que creí que me lo atravesaría.

Me solté de él con dificultad. Quería encontrar a mi madre para disculparme por tener que largarme de mi propia fiesta de cumpleaños. Quizá si evitaba decirle que no quería estar allí e ingeniaba alguna excusa lograra largarme.

—Siéntate, mocososo —me señaló Marisa una silla.

—Si no hay una *stripper* no tengo tiempo —me disculpé—. ¿Y mamá?

—En el cuarto, durmiendo a Raquel —explicó mi hermana mayor. Supuse que ella no era capaz de dormir a su propia hija.

Me libré de toda esa gente y abrí la puerta de la habitación de mi madre, donde la encontré leyendo un cuento a Raquel.

—Felicidades, hijo. —Me sonrió con cariño.

—Gracias, mamá —me acerqué para darle un beso en la frente—, pero hoy había quedado con mis amigos, deben estar esperando...

—¡Ay, Abram! —se quejó—. Llámalos para decirles que llegarás más tarde, no puedes irte de tu propia fiesta tan rápido. O que vengan.

—Está bien —suspiré—. Saldré más tarde.

Realmente no había quedado con nadie. Silvia me había llamado para salir, pero me había negado por supuesto. No quería verla, prefería celebrar mi cumpleaños con mi odioso tío antes que con ella.

Aguanté incluso hasta cenar allí. Mi madre y mi abuela llenaron la mesa de comida y fuimos pinchando. Yo logré hacerme con una cerveza y un hueco en el sofá y mi tío favorito Joaquín, el hermano pequeño de mi madre, se sentó a mi lado y me empezó a contar su última aventura buscando trabajo en Irlanda.

Fue mucho más soportable que hablar con el resto de la gente.

—¿Y tú qué? —preguntó de pronto—. He oído que has estado un poco...  
—No encontró la palabra y por la incomodidad de su cara supe que mi madre le había mandado hablar conmigo. A veces consideraba que necesitaba un *refuerzo masculino* y ponía a uno de sus hermanos a darme la charla.

—Estoy bien —me reí.

—Tu madre y la mía están preocupadas —explicó.

—Se preocupan por todo. —Me encogí de hombros—. El martes tengo el examen práctico de conducir —expliqué, por decirle algo y cambiar de tema.

—¿Ya? —se sorprendió.

—No había examen el lunes —me reí—. Después miraré algún coche de segunda mano que pueda permitirme. —En realidad tenía dinero ahorrado gracias a la venta de maría, pero no iba a contárselo a él.

—Yo me acabo de comprar un coche, si te interesa el viejo podemos hacer un trato... —ofreció.

—¿Tira? —pregunté.

—No es la hostia, tiene un montón de años, pero te hará el servicio hasta que curres y puedas pagarte algo mejor —explicó.

—Está bien —suspiré.

—Y ahora yo te cubro, lárgate con tus amigos. —Le miré sorprendido por su ofrecimiento—. Yo también he tenido tu edad, capullo, y no hace tanto. Distraré su atención y tú huye.

Se puso de pie para empezar con su plan así que casi corrí hacia la puerta mientras él empezaba a señalar hacia la ventana quejándose de que se había colado un gato en la terraza.

Me puse la chaqueta, recogí mis cosas y salí de allí, cerrando la puerta sin hacer ruido, sin poder borrar la sonrisa.



## 30.- Amigos con los que acabar en la cárcel

### Abram

—¿Bebes solo? —Me sobresaltó la voz de Saray, mientras se apoyaba en la barra a mi lado. Llevaba un vestidito negro increíblemente corto y su pelo rubio caía liso casi hasta su cintura.

—No hay mejor compañía —bromeé.

—Vaya, yo venía a tomarme algo contigo, pero si es así, me voy. —Se alejó un paso, haciéndome reír.

—¿Cerveza? —ofrecí, mientras le hacia un gesto a la camarera para que me pusiera otra. Saray se dejó caer en un taburete a mi lado—. ¿Y tus amigos? —curioseé.

—Hemos quedado aquí y me he adelantado. —Se encogió de hombros y cogió la cerveza cuando la camarera la puso delante y yo la pagué—. ¿Y tú?

Me dirigió una sonrisa antes de darle un trago a su bebida. Era una jodida preciosidad. Siempre me habían gustado las rubias, pero no pensaba volverme a acostar con nadie del entorno de Charly. Los había visto tontear y no quería llevarme otra paliza.

—Tenía que alejarme de mi casa —me estremecí al recordar la fiesta sorpresa—, había demasiada familia allí.

—A mí me lo vas a contar, tengo cuatro hermanos mayores —se rió.

—Me ganas, yo tengo tres hermanas, a cada cual más insoportable. —Puse los ojos en blanco, haciéndola reír de nuevo.

—Seguro que no son tan malas como los míos —compitió, bromista—. Uno de ellos no me deja salir de casa con falda, y tengo que cambiarme en el portal...

—Mi hermana mayor estuvo controlándome las llamadas del móvil hasta los dieciséis.

—No me lo creo. —Soltó una carcajada, que me hizo reír con ella.

—Fumo a escondidas, Rubia —expliqué—. Una vez me tragué un porro porque mi hermana llegó cuando estaba fumando y no tenía dónde esconderlo.

—Yo he compartido habitación con uno de mis hermanos toda la vida. Una vez me pilló masturbándome —contó como si tal cosa—: después de eso no me dejó volver a cerrar la puerta jamás.

—Yo encontré la colección de porno de mi hermana —me reí al

recordarlo—. Las tías sois unas pervertidas —bromeé.

—Pero lo escondemos mejor —aceptó, con un nuevo trago a la cerveza—. ¿Y qué hay de ti? —preguntó, entonces.

—Le doy mucho al porno también —bromeé, porque no estaba seguro de a lo que se refería.

—Pues no parece que te haga falta. —Se acercó un palmo a mí, pasándose la lengua por el labio superior de una forma muy sexi—. Estoy segura de que te puedes tirar a la tía que quieras.

—Soy un romántico —bromeé tratando de poner cierta distancia entre nosotros, aunque era difícil dado que estábamos sentados en taburetes.

—No me lo pareció el otro día, cuando me besaste. —Se acercó hasta que sus labios quedaron a un palmo.

—Saray —me levanté para alejarme de ella—, eres preciosa —aseguré—. Pero creo que voy a dejar de tirarme a amigos de Charly, porque pega duro y me da un poco de respeto —bromeé.

—Siéntate, anda, que no muerdo. —Se rió con fuerza, sentándose bien de nuevo.

—Espera, ¿me estabas poniendo a prueba? —dudé, bebiendo de mi cerveza y volviendo a mi sitio.

—Charly es mi amigo. —Se encogió de hombros, así que me lo tomé como un sí.

—¿Y si hubiese aceptado? —dudé.

—Nunca lo sabrás. —Me lanzó una mirada enigmática que logró hacer que me arrepintiese de no haberlo hecho.

No hablamos en los siguientes tres minutos, que se me hicieron algo incómodos. Charly llegó entonces y pasó un brazo por cada uno de nuestros hombros, con una sonrisa divertida.

—Si son mis dos chicas favoritas —bromeó.

—¿Ya estás borracho? —Me metí con él.

—Ojalá —se rió, pidiendo una cerveza y sentándose al lado de Saray—. ¿Qué me he perdido? —preguntó a la rubia.

—Mi baile desnuda sobre la barra —bromeó ella.

—Siempre me pierdo todo lo bueno —se lamentó Charly dejando caer la cabeza con una risilla.

—Y Carlos y Andrea han aparecido a buscarme juntitos —siguió Saray, algo más seria.

—¿En serio? —Charly centró su vista en ella, con curiosidad—. ¿Y eso?

—No sé, yo había quedado con Andrea, pero al verlos juntos le he dicho que al final no podía salir y que nos veíamos de aquí. A ver si follan de una vez —se rió.

—Estás hablando de Carlos —la recordó él, negando con la cabeza.

Yo me sentí bastante fuera de lugar, así que me dediqué a beberme la cerveza en silencio.

—Y hablando de follar... ¿Quién era la de ayer? —le preguntó la rubia.

—Una amiga. —Charly se encogió de hombros, algo incómodo.

—Ya, claro —se rió Saray y me pareció celosa—. Una amiga mayor que tú, ¿no?

—No le he pedido el DNI —sonrió él—. ¿Y Raúl? —Cambió de tema.

—No soy su secretaria —respondió la rubia algo malhumorada de golpe.

Charly me lanzó una mirada, como si no entendiese lo que acababa de pasar. Yo solo me encogí de hombros. Si él no se daba cuenta de que esa chica estaba colada de él no iba a meterme en medio.

—¿Y qué hay de ti? —me preguntó de golpe.

—¿Qué pasa conmigo? —me reí.

No pudo responder porque sus amigos llegaron entonces, Carlos y Andrea. Saray cogió a su amiga de la mano y la arrastró hasta el baño en cuanto llegaron hasta nosotros, sin darle tiempo a saludar. Supuse que era momento de cotillear.

—En mis sueños esas cosas son las que acaban con sexo sobre la barra —bromeó Charly señalando a las chicas cuando desaparecían entre la gente.

—Eso es porque tú eres un puto enfermo —aseguró Carlos.

—Sí, pero eres tú el que viene con Andrea y recién duchado. ¿Qué ha pasado, Carlitos? —se burló Charly.

—Que me he duchado, deberías probarlo de vez en cuando, así dejarías de oler a mierda... —respondió Carlos, ocupando el sitio de Saray y pidiendo también.

—Huelo a coño, lo sabrías si hubieses probado alguno... —replicó Charly.

—No tengo ganas de comértelo, gracias —negó el otro.

No pude evitar reírme, lo que temí que atrajese las pullas hacia mí. Por suerte Raúl apareció entonces, interrumpiendo lo que fuera que Charly iba a decir, otra vez. Iba con su novia que se sonrojó en cuanto llegó hasta nosotros.

—Pero mira quien está aquí, Raúl Tyson —se burló Charly, antes de saludar a la chica con un beso en la mejilla.

—¿Cómo estás? —se preocupó Raúl, sujetando la cara a Charly para verle el labio, que tenía una pinta mejor que el día anterior.

—Quita, marica —se quejó Charly, librándose de él—. Dale cariño, Celeste, que me deje en paz.

La chica saludó a Carlos y luego a mí, con dos besos tímidos. Y luego volvió con Raúl, y se aferró a su mano.

—Raúl me dijo que lo habías dejado con tu chica. Lo siento: parecía maja —se lamentó Celeste.

Nos quedamos en silencio, mientras Charly tensaba la mandíbula un segundo. Me pareció que no encontraba la forma de responder y de nuevo me sentí responsable de ello.

—¿Queréis tomar algo? —Cambié de tema.

—¿Por qué no vamos a una mesa? —sugirió Raúl, que parecía haberse dado cuenta también de lo que le pasaba a Charly.

Las chicas volvieron cuando estábamos sentándonos en la mesa con nuestras cervezas. Me sentí raro entre ellos de nuevo, como si me hubiese equivocado de lugar. Sentía que me habían acogido sin más y yo no lo merecía.

—¿Qué tal tu padre, Celeste? —preguntó Charly a la chica, y de nuevo parecía de buen humor. Eso o era un actor de la hostia.

—Sigue en el hospital. Mi madre se ha quedado con él, porque no deja de quejarse y pedir cosas —sonrió un poco—. Pero está mejor, le molestan los puntos y eso...

—Seguro que se recupera del todo —animó Charly.

—Gracias —sonrió la pelirroja—. ¿Qué te ha pasado en el labio? —preguntó entonces, haciendo que Raúl se atragantase con la cerveza que estaba bebiendo.

Estuve a punto de reírme, porque la situación me parecía cómica, pero noté como Charly y los demás se ponían tensos, así que deduje que no querían que Celeste se enterase de que había sido su novio el que había pegado al chico.

—No paraba de soltar mierda y decidimos por unanimidad callarle a puñetazos —bromeé, causando una risa general en la mesa.

—Todo el mundo quiere pegar a Charly —bromeó Saray.

—Me pegaría yo mismo, si pudiera —aseguró él, sonriendo también.

Celeste no pareció muy conforme con la respuesta, pero no cuestionó nada más. Saray sugirió que fuéramos a un lugar más animado y se inició un debate

sobre a dónde ir a continuación. Yo no metí baza: no me creía con derecho a ello, solo era el acoplado.

—¿La maría o la vida? —Me sobresaltó una voz de yonki a mi espalda.

Una magdalena aún envuelta en plástico y atravesada por una cerilla encendida cayó delante de mí entonces, haciéndome reír. Me giré para ver a uno de mis mejores amigos: *Pato*.

Tenía una pinta horrible, con el pelo rubio sucio y despeinado, una sudadera negra llena de pequeños rotos y quemaduras y unos pantalones de chándal demasiado anchos para él.

—¿Qué coño haces aquí? —pregunté, pero le di un abrazo.

—Me han dado un permiso para venir a verte... —explicó.

—Ya, claro —me reí, bajando unos centímetros la cremallera de su sudadera, para ver el traje de preso—. ¿Cómo me has encontrado?

—Tengo contactos, marica. —Se apartó de mí, subiéndose de nuevo la cremallera—. No iba a dejar que pasases tu dieciocho cumpleaños solo, pero ya veo que estás muy bien acompañado...

Miré hacia atrás, para comprobar que el resto nos observaba. Como era de esperar cuando un tío como *Pato* aparecía en el lugar dónde estabas.

—¿Es tu cumpleaños? —me preguntó Saray.

—El lunes, en realidad. —Puse mala cara.

—¡Vamos, mamón! —me instó *Pato*—. Tengo alcohol y maría en cantidades industriales y el local más molón —se rió—. ¿Os apuntáis? —invitó al resto.

—Claro —aceptó Charly enseguida—. De todas formas no nos poníamos de acuerdo con dónde ir...

—No puedo ir a la cárcel, *Pato* —susurré, apartándole un poco del resto.

—Tranquilo, pequeño, nadie va a ir a la cárcel... —aseguró.

Claro que me había dicho esa misma mierda desde que empezó a robar. Y ahora estaba condenado a diez años.



## Raúl

—¿Tu amigo es de fiar? —pregunté a Abram, tras sujetarle del brazo y apartarle un poco del resto.

Su amigo nos había llevado hasta una zona de discotecas y se había encaminado a la única que estaba cerrada. Había quitado la cadena de la puerta, para la que parecía tener llave, y luego la había empujado sin más. Y que no hubiera más cerraduras no me dio buena espina.

—No —reconoció Abram, mirando al suelo—. Si aparece la poli, decid que os obligó a venir a punta de navaja. —Tragó saliva incómodo, mientras el resto entraban tras su amigo—. No hubiese dejado que vinieseis con él, pero Charly parecía dispuesto a seguirle donde fuera.

No respondí: sabía por qué Charly había estado tan dispuesto de seguir a un tipo con pintas de peligroso. Estaba en plan autodestructivo. No estaba seguro de que fuese a superar lo de Silvia pronto.

—¿Venís o qué, mamones? —Nos llamó su amigo desde la puerta.

Abram parecía aún menos convencido que yo, pero ambos entramos tras su amigo, que cerró la puerta tras nosotros, por suerte, sin echar la cadena. Aquel lugar no era muy grande y tenía pinta de abandonado, cubierto de polvo y basura, pero su colega lo había surtido de bebidas y patatas fritas.

Me hubiese gustado no elegir aquel día para salir con Celeste. Me había parecido que le vendría bien para despejarse salir un poco, pero aquel no era un buen lugar para ella. Ni para el resto de nosotros, sin duda.

Me dirigió una sonrisa y se abrazó a mí cuando llegué hasta ella. Yo deposité un beso en su pelo y disfruté de su contacto. La verdad es que sin sus padres por casa era genial poder pasar tiempo con ella.

—Mi nombre es *Pato* —se presentó el amigo de Abram, sentado en la barra—. Y voy a ser vuestro anfitrión esta noche.

Extendió la mano por debajo de la barra y encendió las luces de colores del sitio, que parpadeaban y luego empezó a sonar una canción *reguetonera*, demasiado fuerte para mi gusto.

—¿Por qué *Pato*? —preguntó Saray con una sonrisilla, apoyándose a su lado en la barra.

—Porque siempre tengo el pico duro, princesa. Además, los patos son los animales con la polla más larga. Cuando quieras te lo enseño —ofreció con descaro.

—¿Nadie te ha dicho que lo que importa es como lo uses? —se burló la rubia.

Él saltó de la barra y se acercó más a Saray, Me puse tenso, porque no me fiaba. Aunque mi amiga se limitó a sonreír sin ningún miedo.

—¿Por qué no sacas la maría? —pidió Abram, poniéndose entre Saray y

él, y lo agradecí de verdad.

—Aguafiestas —se quejó su colega.

—Creía que venías a verme a mí, no a ligar con una pobre chica que no ha hecho nada para merecerse ese castigo —se burló Abram.

—Llevo un año entre rabos, por deleitarme con una cosa bonita no creo que pase nada —protestó *Pato*, pero empezó a llenar vasos de plástico con alcohol de forma muy generosa.

—Casi, tío, pero no soy un florero —se rió Saray.

—Claro que no, eres la flor más bonita del jardín —alabó él sin dejar de servir copas.

—Madre mía, que vergüenza ajena, *Pato* —se quejó Abram—. ¿Se te ha olvidado como se liga?

—Sí —se rió el otro, sin ninguna vergüenza—. ¿Por qué no me das unas clases, máquina? —se burló.

—Porque no quiero que te enamores más de mí —replicó Abram.



### 31.- *Striptease* en la barra

#### **Charly**

—¿Estás bien? —me preguntó Saray, sentándose en el suelo a mi lado.

No respondí, seguí con la vista clavada en la barra delante de mí. Me había sentado tras esta y me había cogido una botella de ron, pero beber no aliviaba el dolor de mi pecho después de que Celeste me recordase a Silvia.

—Este sitio es un poco muermo —siguió hablando, al ver que no iba a responder—, podemos no volver nunca —bromeó—. ¿Crees que tendrán hojas de reclamaciones? Porque yo creo que me han dado garrafón.

—Quiero estar solo... —murmuré, aunque había logrado arrancarme una sonrisa.

—Baila conmigo —me pidió, tirando de mi mano mientras se ponía de pie.

—No tengo ganas.

La hice caer sobre mis piernas, lo cual la hizo reír. Supuse que iba tan borracha como yo.

—No te atrevas a rechazarme, Charly Torres —me dijo bromista, levantándose de encima de mí.

Esta vez no tiró de mi mano y me sentí un poco mal porque renunciase a intentar animarme. Sin embargo no se fue, se sentó sobre la barra y luego se puso de pie sobre ella. Por un segundo pensé que se caería de sus tacones.

Sin embargo se contoneó al ritmo de la música perfectamente, haciéndome reír. ¿Qué había hecho yo para tener amigos tan locos? Le di un trago a mi ron sin moverme de allí, mirando casi hipnotizado el movimiento rítmico de su culo.

Y quizá fue porque iba muy borracho, pero tardé un par de segundos de más en darme cuenta que había empezado a levantarse el top ajustado que llevaba, dejando la cintura de sus vaqueros y un palmo de su estómago a la vista. Hacía mucho rato que nos habíamos quitado las chaquetas. Y las prendas de más abrigo.

Me levanté lo más rápido que pude, cuando ella casi había dejado a la vista su sujetador, y el amigo de Abram, el tal *Pato*, la jaleaba y silbaba. Sujeté sus piernas y la cargué sobre mi hombro, haciéndola reír con fuerza.

—Bailaré contigo, loca —acepté, dejándola en el suelo de nuevo y bajándole el top.

—¡Aguafiestas! —me gritó *Pato*. Yo me limité a enseñarle el dedo corazón y darle un trago al ron.

Saray me lo quitó de las manos y bebió tras de mí. Luego me arrastró hasta la pista y saltó al ritmo de la música.



Me rendí después de un buen rato bailando con Saray y salí fuera para que me diese el aire. La calle estaba llena de jóvenes borrachos que paseaban de una discoteca a otra y Abram estaba sentado en el suelo, junto a la puerta, fumándose un porro. Me senté a su lado y se lo quité para darle una calada.

—¿Estás bien? —pregunté.

Se encogió de hombros sin dejar de mirar hacia la calle. Le devolví el porro y fumó con aire distraído. Me respondió después de echar el humo.

—Se ha escapado de la cárcel.

—¿Tu colega? —Le miré sorprendido: aunque tenía mala pinta, no me esperaba algo así. Él asintió—. ¿Es peligroso? —cuestioné, porque mis amigos seguían dentro.

—No, tranquilo.

Me miró un segundo y luego miró de nuevo al frente, pasándome el porro otra vez.

—¿Y por qué no estás con él? —dudé.

Si uno de mis amigos se escapase de la cárcel para estar conmigo seguramente no me separaría de su lado.

—Volverá a la cárcel. —Se encogió de hombros—. No puede evitarlo: roba, se droga y va a la cárcel. Sale y vuelve a empezar. Le conocí en el colegio, es el único gilipollas que conozco que repitió en primaria. Hicimos el último curso de primaria, él por segunda vez, juntos y luego el primero del instituto. Volvió a repetir entonces. Silvia, *Chino* y yo pasamos de curso y él se quedó solo. Fue la primera vez que le pillaron y se pasó un mes en un correccional. No ha parado de entrar y salir desde entonces.

—¿Y tu otro colega? —pregunté, porque nunca me había hablado de más amigos, ni los había visto.

—Está en coma. —Apagó el porro y apretó los dientes al mencionarlo—. Te habría caído bien. —Sonrió con tristeza—. Siempre tenía algo que lo emocionaba: una idea nueva; algo que probar; un experimento que hacer... Aparecía con una chica diferente cada semana. Y algún día pasó de probar

nuevas patatas fritas a probar el tabaco, el alcohol... Nosotros le seguimos, como putos idiotas. Y luego descubrió las drogas duras. Yo paré ahí, pero él no, y se metió algo en mal estado que lo dejó en coma. No se despertará jamás.

—Lo siento. —Palmeé su hombro para darle ánimos, aunque no se me había pasado por alto que había mencionado a Silvia. Solo había pensado en ella desde mi punto de vista. Abram me había dicho que no estaba enamorado de ella, pero necesité saber más. Una puta parte muy estúpida de mí tuvo que preguntarle—. ¿Desde cuando conoces a Silvia?

—¿Seguro? —dudó, sacando un par de cigarros y pasándome uno.

—Sí. —Me encogí de hombros buscando mi propio mechero.

—Mi padre se largó de casa cuando yo tenía dos años —explicó, mientras me encendía el cigarro y le pasaba el mechero—. Tengo tres hermanas mayores. Mi madre empezó a trabajar para mantenernos, pero no tenía tiempo para cuidarnos, ni dinero para contratar a nadie. Aun así aguantó un par de años. Cuando yo tenía como cinco nos mudamos aquí con mi abuela. Al cambiar de colegio fui a la clase de Silvia y *Chino*. El primer día me sentaron en una mesa redonda con otros seis compañeros, Silvia estaba a mi lado. Me dejó sus pinturas y me dijo que podía hacerle un dibujo. —Sonrió al recordarlo—. No es que a esa edad pensase mucho en la amistad, pero solía seguirla a todas partes y ella disfrutaba mangoneándome. Mi colega solía discutir con ella, porque no soportaba esa forma de tratar a los demás, con superioridad. Se pasaron toda la primaria y el instituto discutiendo. Siempre pensé que acabarían juntos... —guardó silencio una calada—. Siento mucho lo que te hizo, Charly, me siento responsable de ello. Y no sé como arreglarlo.

—No tienes que hacer nada, tío, yo no te culpo —le dije, y era verdad—. Ni siquiera tienes que dejar de ser su amigo, no sé.

—No me gusta que la gente me manipule. Una cosa es que no sea fiel, nunca he sentido la necesidad de ser fiel a nadie, así que eso puedo entenderlo. Pero me engañó. Podría haberte matado o podrías haberme matado tú, y dejó que me metiese allí a pegarte, solo por... No lo sé, no lo entiendo.

Se sujetó las sienes, como si así fuera a hacerlo más fácil todo. Yo le palmeé el hombro para consolarlo.

—Yo tampoco lo entiendo —susurré.

Y era verdad, no entendía nada relacionado con Silvia. Era como un gran misterio al que no quería volver a acercarme.

—Y que vosotros os portéis bien conmigo lo hace aún peor. Siento que no

merezco estar en vuestro grupo. Creo que ni siquiera deberíais hablarme —suspiró.

—No digas tonterías —me reí—. Nos caes bien, y tienes una maría de puta madre.

—Solo me quieres por mi hierba —bromeó.

—¿Cuándo ha empezado a ser tan gay esta conversación?

—¿Desde que has salido? —preguntó bromista.

—Pues vamos a tomarnos una bebida muy varonil para contrarrestar —pedí, levantándome del suelo y tendiéndole la mano para ayudarlo.



## Carlos

—¿Ya habéis acabado de chupároslo? —me reí de Charly y Abram cuando volvían a entrar juntos, mientras los demás nos poníamos la chaqueta.

Todos menos Saray y el tal *Pato* que estaban muy ocupados con sus respectivas bocas. La rubia estaba sentada en la barra y el chico estaba delante, enrollándose con ella como si el resto del mundo no fuese con ellos.

—¡Eh, tío! —Abram empujó un poco a su amigo, separándolo de Saray—. ¿Te has hecho un control de ETS? A saber lo que te han pegado por ahí...

—No seas abuela, mamón —se quejó *Pato*.

—¿No ves que esta gente está recogiendo y se quieren ir? —Le dio la mano a Saray para ayudarla a bajar de la barra—. Y nosotros nos vamos también.

—¿Dónde? —dudó su colega, apagando la música y encendiendo las luces normales.

—Vamos. —Charly nos hizo un gesto para que saliésemos de allí.

Supuse que para dejar a Abram a solas con su amigo. Yo no me hice de rogar, llevaba horas con ganas de pillar la cama. Al día siguiente tenía partido e iba a llegar muerto, si es que llegaba.

—En mi casa no hay nadie —nos dijo Andrea al llegar fuera—. ¿Nos tomamos la última?

A mí no me parecía muy buena idea, pero todos aceptaron así que supuse que podía dormirme en su sofá.

—Era muy guapo —se quejó Saray después de medio camino,

respondiendo a algo que Andrea le había preguntado.

—Y un delincuente convicto —apuntó Charly.

—Genial, qué buenas compañías tenemos últimamente —resoplé.

—Lo dijo el que sale con la tía más quinquí de clase —me replicó Saray sin muchas ganas.

—Al menos no ha estado en la cárcel... —me defendí.

—Que tú sepas. ¿Es verdad que lleva una calavera tatuada en el coño? —me preguntó la rubia.

—No, no lo es.

—¡Sabía que te la habías tirado! —se rió Charly.

Mierda.

Agradecí que llegásemos a casa de Andrea, que estaba muy callada desde que nos había ofrecido ir allí. Charly sacó un par de botellas que le había mangado al colega de Abram y Andrea llenó vasos con hielos para todos.



—¿De verdad te gusta Alba? —me preguntó Andrea, a la quinta copa más o menos.

Todo daba vueltas y me costaba entender lo que pasaba. Era como si el tiempo no fuese un ritmo normal, sino a saltos.

—No, no me gusta.

Saray y Charly estaban con una pelota de pin pon en la mesa, jugando a meterla en el vaso del otro. Y Celeste y Raúl se enrollaban en el sofá de al lado.

—Pero os acostáis. —Eso no era una pregunta, pero sentí que esperaba respuesta.

—Sí, lo hemos hecho, pero no me gusta, ni siquiera me cae bien. —Y quizá era porque estaba muy borracho, o porque ella miraba al suelo triste, sentada a mi lado en el sofá, pero quise consolarla—. No es ni la mitad de guapa que tú, ni tan divertida, ni buena.

—¿Te parezco guapa? —Pareció sorprendida por ello. ¿Cómo podía sorprenderse, si era la mujer más preciosa del planeta?

—Me pareces increíble. —Acaricié su mejilla con el pulgar—. Es contigo con quien quiero estar, que le jodan a Alba —susurré, muy cerca de sus labios. Me moría por besarla.

—Nosotros nos vamos. —Me sobresaltó la voz de Raúl.

Y me separé de Andrea cuando apenas había rozado sus labios.

—Os acompañamos. —Empujó Saray a Charly, que cogió su vaso y se lo bebió de un trago antes de seguir a la rubia—. Nos vemos el lunes, chicos.

Que ninguno me dijera nada más me extrañó, porque vivían de camino y podían haberme ofrecido ir con ellos, pero no me importó. Volví a centrarme en los ojos marrones de Andrea, que me miraba con ansia. Pensé que se habría roto la magia, pero ella parecía desear que la besase.

Tragué saliva con dificultad y me infundí el valor para hacer lo que llevaba deseando hacer toda mi vida: junté mis labios con los suyos. Aquello fue mejor de lo que me había imaginado. Sus labios eran suaves, tiernos y delicados.

Andrea apoyó la mano en mi pecho y yo sujeté sus caderas, con algo de miedo, no quería que nada estropease ese momento. Profundicé el beso. Sabía a alcohol y a Andrea. Algo delicioso con aroma a fresa. Y supe que quería besarla el resto de mi vida.



Me tropecé con mis propios pies. No sabía cuánto había bebido, pero había sido mucho. Todo daba vueltas y tenía ganas de vomitar. Me prometí no volver a beber en la vida mientras me levantaba del suelo dónde estaba dormido. Tardé en entender que estaba en la habitación de Andrea. Ella estaba dormida sobre su cama.

Salí de allí, recogiendo mis zapatillas, la chaqueta y la camisa, que estaban a mí alrededor junto con parte de la ropa de Andrea, en el proceso. No había rastro de mis amigos por el resto de la casa.

Me vestí en el salón, preguntándome qué habría pasado, porque no podía recordar nada después del segundo vaso que nos habíamos tomado.

Después de atarme las deportivas salí de allí, esforzándome mucho por no hacer ruido. Miré la hora en el móvil para comprobar que apenas me quedaban quince minutos para llegar al partido. Tenía el tiempo justo para ir a mi casa a por la bolsa y luego al instituto, si lo hacía corriendo.

La cabeza me palpitó todo el camino y las nauseas me obligaron a parar de correr. ¿Cuánto habíamos bebido? Me resigné a faltar a otro partido y volví más despacio a casa. Necesitaba dormir, me moría de sueño.



## 32.- Huida y resaca

### Abram

—¿Qué haces? —se rió *Pato* mientras yo registraba la habitación de *Chino* a conciencia. Asegurándome de que no había nadie escondido tras la cortina de la ducha o en el ridículo armario.

Luego volví hasta mi amigo, que me miró pasándose la mano por el pelo sucio, como si no entendiese nada de lo que sucedía. Puse el brazo sobre su cuello y le golpeé contra la pared, apoyando la mano libre en su pecho para que no se moviera. Trató de decir algo, pero no consiguió hablar, así que aflojé la presión para no asfixiarlo.

—Me persigue la *poli* y de pronto apareces tú —expliqué—. ¿Tengo que creer que justo te has escapado de la cárcel?

La idea había estado rondándome la cabeza toda la noche, pero no había querido decir nada delante de los demás. No quería ponerlos en peligro. Usé la mano con la que no sujetaba su cuello para vaciar sus bolsillos. Le quité el tabaco, el mechero y una bolsita de maría. No parecía llevar nada más, ni cartera ni móvil.

—¿Te has vuelto loco? —Me empujó cuando acabé de registrarle y recuperó sus cosas—. Nunca te vendería, si es lo que está pasando por tu cabeza de genio. —Se levantó la camiseta, dejando a la vista su pecho y luego se bajó los pantalones y dio una vuelta sobre si mismo, para demostrar que no llevaba micros ocultos.

—Ya no sé qué creer —reconocí, restregándome los ojos.

—Deberías pensar en cortarte esas putas *rastas*, que están pasadas de moda. —Le enseñé el dedo corazón, pese a que me reí de su comentario, mientras él volvía a vestirse—. ¿Cómo está? —Se acercó entonces a *Chino*, y apoyó una mano sobre su hombro.

—Muerto —suspiré, dejándome caer en la butaca.

—Vaya, qué optimista —se quejó él, pasando dos dedos por la mejilla de nuestro amigo—. ¿Qué cojones te ha pasado, mamón?

—De todo. —No tenía muchas ganas de darle explicaciones—. ¿Te largarás?

—Sí, había pensado en coger una patera a África, quizá vaya a México. —Sacó un cigarro del paquete y me pasó otro.

—Ahora recuerdo por qué suspendiste hasta el recreo, hijo puta —me reí de él—. No fumes aquí —pedí, cuando iba a encenderse el cigarro.

—No quiero volver allí, Abram —me dijo, y de pronto me pareció aterrado—. Aquel lugar es aún peor de lo que imaginas. Peor que los reformatorios.

—Lo siento. —Jugué con el cigarro para no mirarle a la cara.

—Robaré un coche y me iré hacia la costa, no sé, luego buscaré un barco y me colaré o algo. —Se encogió de hombros.

—¿Qué dices, cabrón? Vas a intentar ir a la costa y acabarás en los Pirineos, eres un negado... —Sonreí un poco—. Iré contigo.

—¿Por qué? —Frunció el ceño y se acercó a mí.

—No sé, no me queda nada aquí. Ya tengo dieciocho y estoy hasta la polla de mi familia, y sin ti, él, ni Silvia... No queda nada aquí que me retenga.

—Silvia me contó lo que pasó...

—¿Has hablado con ella? Seguro que no te ha contado más que mierdas. Es una mentirosa.

—Va a verme todos los meses a la cárcel —reconoció, y volví a apartar la vista de él, avergonzado, porque yo no iba nunca a verle. No soportaba ver lo que le había pasado—. ¿Y esa gente con la que estabas?

—Son majos, pero me siento un intruso entre ellos...

—¿Te irás conmigo entonces, te convertirás en un prófugo y vivirás de robar? —Sonrió, como si fuera el mejor plan del mundo.

—Sí —acepté.

La alternativa era quedarme allí y esperar a que Marco decidiese que mi vida no valía suficiente.

—No —negó él—. No voy a dejar que hagas eso, idiota. —Me dio un golpecito sin mucha fuerza en la mejilla—. No dejaré que arruines tu vida. Eres el único de los tres que tiene futuro. Así que sé el puto genio que se supone que eres y no nos decepciones.

—Si me quedo, Marco me matará —expliqué.

—He oído cosas en la cárcel, ¿sabes? Esos mamones hablan como abuelas en el parque. Sé que has reclamado la universidad. Llamas la atención de Marco: no te matará, le haces gracia. Solo procura obtener más beneficios que problemas y ese tío te dará hasta a sus hijas.

—Espero que no me dé un balazo en la rodilla. —Me estremecí sinceramente.

—Eres más listo que él —me dijo—. Eres más listo que todos esos narcos

de mierda. Más que nosotros. Usa lo que tienes ahí. —Me dio un par de toquecitos con el dedo en la frente.

—Ojalá hubieseis sabido parar. —Le señalé a él y a *Chino*, mirando al suelo.



## Raúl

—¡Vas a llegar tarde a clase, hijo! —Me despertó la voz de mi padre, y seguramente era verdad.

Me arrastré fuera de la cama y busqué mi móvil. Aún me sentía resacoso del fin de semana y había vuelto a casa de madrugada, después de pasar casi toda la noche con Celeste.

Tras dar con el móvil comprobé que apenas tenía media hora para llegar a clase. Aun así me metí en la ducha. Había tenido pesadillas y me sentía sudado y asqueado.

Batí un récord en prepararme y estuve listo para irme cinco minutos antes de que empezasen las clases. Llegué a la puerta a la vez que mi madre, que salía de la cocina. Llevaba una bolsa de mano.

—¿Estarás bien? —me preguntó, pero no me dejó responder—. Te he dejado dinero encima de la tele, nos vemos en un par de semanas.

—¿Ya os vais? —Busqué a mi padre, aunque no estaba a la vista.

—Sí, nuestro vuelo sale en un par de horas, vamos a celebrar nuestro aniversario en París. ¿Estás bien, seguro?

—Sí, mamá. —Le di un beso en la mejilla, me colgué mejor la mochila y salí de allí—. Pasáoslo bien.

Me dijo algo, pero la verdad, hacía mucho que me había cansado de las grandes despedidas. Mis padres se iban y volvían constantemente y ya no conseguía afectarme del todo. Lo raro era verlos, no lo contrario.

Al final llegué tarde a clase, la puerta estaba cerrada. Golpeé dos veces y luego entré, el profesor me miró un momento y luego me ignoró, así que me senté al lado de Carlos, como siempre.

Charly estaba medio dormido en el asiento de detrás de nosotros y Carlos no tenía mejor aspecto que él, aunque se esforzaba por mantenerse despierto. Busqué a Saray y Andrea, pero no estaban.

—¿Tú también te sientes como una mierda? —me preguntó Carlos en un susurro.

—Sí —admití.

—Ese puto amigo de Abram nos echó algo en la bebida —dijo Charly, no tan dormido como yo pensaba—. Tengo una puta resaca que no es normal dos días después.

—¡Silencio! —nos pidió el profesor.

Esperé un rato para que no nos llamase la atención de nuevo, fingiendo interés pero tan agotado como mis dos amigos.

—¿Qué es lo último que recuerdas? —me preguntó Carlos, cuando iba a hacerlo yo por las chicas.

—Salimos del local de la muerte y fuimos a casa de Andrea. —Hice memoria, no me planteé que me hubiese olvidado de nada, pero ahora no estaba muy seguro de cómo había llegado a casa de Celeste. Como sus padres aún estaban en el hospital habíamos pasado el domingo en su casa jugando a videojuegos y viendo películas.

—¿Y? —insistió Carlos.

—Me desperté en casa de Ce. ¿Por?

—Por nada —negó él, con gesto serio.

—¿Y tú? —cuestioné.

—Yo recuerdo haber llegado a casa de Andrea, y nada más —explicó.

—¿Y Charly? —Me giré un poco para oír su respuesta.

—Me desperté en un banco en frente de casa de Saray, así que supongo que la llevé hasta casa.

—¿Están bien? —señalé el hueco vacío.

—Sí, hablé ayer con ellas, han decidido descansar hoy —resopló un poco Charly. Supuse que él también habría preferido faltar.

—¡Silencio! —repitió el profesor, de mala leche.

—Si es que solo me manda callar a mí —se quejó Charly, malhumorado—. Me tiene manía.

—Es que se te oye más que a nadie —replicó el profesor.

—¡Pues hable más alto! —se quejó él.

—¿Por qué no sales fuera a molestar allí? —sugirió el profesor y por la sonrisa de Charly deduje que tenía justo lo que quería.

Nosotros sin embargo nos tragamos una charla de media hora sobre ser adultos, estar allí voluntariamente y no molestar. Estuve tentado de imitar a Charly para que me echase también, pero yo no tenía su cara dura.



## 33.- Sexo

### Charly

Noté cómo se tensaba cuando entré en la consulta y no acabó de gustarme. Ella decía que me gustaba tener el control, pero no era así, o al menos, no me gustaba imponerlo.

—Siéntate —me pidió, con tono formal.

—¿Quiere que hablemos de lo que pasó? —sugerí, pero obedecí, sentándome en el sofá.

—No pasó nada, Charly, tú eres mi paciente, y yo tu psicóloga.

—Está bien —acepté, recostándome un poco más—. Si es lo que quiere... Le contaré mis problemas.

—Sí, es lo que quiero.

—Pues verá, tengo un problema que me atormenta...

—Cuéntame —pidió.

—No me gusta deber cosas a nadie, y cuando me la chupan en el baño de un bar espero poder devolver el favor, no que la tía en cuestión se largue avergonzada de haber hecho lo que quería hacer...

No aparté la vista de ella, para ver su reacción. Clavó la vista en sus manos sobre la libreta, con las mejillas completamente rojas. Me levanté de donde estaba y me acerqué a ella, aunque dejé un par de pasos de distancia entre nosotros.

—Siéntate —repitió.

—Podemos pasar una hora hablando de mierda —sonreí—. O podemos aprovechar el tiempo...

—Me pagan por hablar de esa mierda contigo...—me recordó, lamiéndose el labio nerviosa.

Me arrodillé justo delante de ella y cogí su libreta y el boli y los lancé sobre la mesita baja. Ella me miró con los ojos muy abiertos, con curiosidad.

—Quizá le parezca mentira —apoyé las manos en sus piernas, sobre sus medias, y las deslicé muy despacio hacia arriba mientras hablaba—, pero esta terapia me está ayudando muchísimo. Y no es hablar lo que hace que me encuentre mejor.

Mis manos se colaron por debajo de su falda y ella no trató de impedírmelo. Me miraba ligeramente boquiabierto, como si no entendiera lo

que estaba pasando, pero no se resistió. Sujeté su culo y tiré de ella para deslizarla hasta el borde del sofá. Dio un grito por la sorpresa.

—Esto no está bien —susurró.

Tragué saliva antes de responder, alcanzando el borde de las medias y de su ropa interior.

—No estaría bien si no lo desease tanto como yo. Solo tiene que decirlo y pararé. No volveré a tocarla de esta forma jamás, pero tiene que pedirlo.

—¿Aceptarás que no es no? —cuestionó dudosa.

Yo no hice intento de bajarle las medias, aunque seguía agarrando el borde. Sonreí un poco y acaricié su muslo con los labios, haciendo que ella suspirase.

—Por supuesto, doctora, pero debe decirlo.

No dijo nada, alcé la vista para buscar sus ojos, que me miraban oscurecidos de deseo. No necesité más invitación para tirar de su ropa. Saqué sus zapatos para poder quitarle las medias y las bragas y las tiré a un lado.

—Súbase la falda —ordené, y quizá sí que tenía un problema con controlarlo todo.

Ella obedeció sin decir nada, tiró de la prenda y dejó a la vista su coño perfectamente depilado. Introduje un dedo en su interior, que estaba empapado ya, y aquello logró hacer que me doliese la polla contra los pantalones. Ella gimió con fuerza, haciéndome sonreír mientras me agachaba para lamer su clítoris.

No dejé de gemir y suspirar al mismo ritmo que mi lengua se movía por allí y mis dedos la penetraban. Apoyó sus manos en mi cabeza, para instarme a seguir, aunque yo no tenía pensado parar.

Sentí su interior contraerse por el placer, y gimió mientras se corría, llenándome la boca de sus jugos. Solo tenía pensado devolverle el favor, pero logró ponérmela tan dura que necesité liberar mi propia excitación.

Saqué el dedo de dentro de ella y me levanté del suelo. Se quejó un poco, pero me miró otra vez como si tuviera una curiosidad terrible por lo que yo iba a hacer. Tiré de su mano y la hice levantarse.

—¿Por qué no probamos el diván? —sugerí.

Aun así no llegamos al mueble. La loquera se acercó mucho a mí y desabrochó mis vaqueros. Yo rescaté un condón de mi bolsillo trasero antes de que ella hiciera que el pantalón cayese a mis pies.

Me quité las deportivas para poder sacar el pantalón y me puse el condón mientras ella me besaba el cuello y se aferraba a mis brazos. Tiré de su culo

cuando estuve listo y esquivé la butaca para depositarla sobre su escritorio. Tiramos papeles y bolígrafos, pero no pareció importarle.

—¡Oh, sí! —gritó, cuando la penetré.



## Carlos

—¡Eh! ¡Carlos! —me llamó el entrenador, haciéndome un gesto para que parase de correr y me acercara a él.

Salí de entre el pelotón de compañeros de equipo que daba vueltas al campo de fútbol y corrí hasta la portería dónde me esperaba, para no enfriarme.

—¿Qué pasa? —dudé, aunque podía imaginarme lo que era.

—¿Has estado muy ocupado, Carlos? —preguntó, con mala cara.

—Eh... —Me pasé la mano por el pelo sin saber que responder, estaba seguro de que no había respuesta buena.

—Has faltado a tres partidos desde que volvimos de navidades... ¿Cuántos partidos hemos tenido?

—¿Seis? —Lo calculé por encima.

—Así que has faltado a la mitad de partidos...

—Yo... Lo siento. —No quise excusarme, porque decirle que había estado borracho o preocupado no me pareció buena opción.

—¿Puedo contar contigo, Carlos? —Me dio un golpetazo en el brazo con la carpeta que tenía en la mano.

—Claro, no faltaré más —prometí.

—Pues no lo hagas, porque como te pierdas otro partido no volverás a jugar.

—Está bien. —Tragué saliva y volví a correr con los demás cuando me hizo un gesto para que siguiera.

Sabía que cumpliría su amenaza, así que se acabó salir los sábados antes de los partidos.

—¿Quién es esa? —Oí el susurro poco discreto de uno de mis compañeros de equipo.

—La bruja de las mamadas —se burló otro.

Alba estaba a un lado de la pista, con su carpeta entre los brazos y

mirando sus botas de tacón. Salí de nuevo de entre mis compañeros, y lancé una mirada al entrenador, que me la devolvió con disgusto.

—¿Qué haces aquí? —Sujeté su brazo para alejarnos un poco de dónde nos podían oír los demás.

—Quería disculparme por lo del otro día, mira, sé que no somos nada, y que son tus amigos... Pero me molestó que pasases de mí por ella... —Se sonrojó un poco.

—No iba a pasar de ti —aclaré.

—¿Podemos hacer, ya sabes, como si no hubiera pasado? —sugirió.

—¿Quieres que sigamos acostándonos?

Me miró mordiéndose el labio y asintió un par de veces.

—Pero sigues sin gustarme —me dijo.

—¿Esperas a que acabe el entrenamiento? —propuse—. Después podemos ir a tomar ese chocolate que te debo.

—Claro. —Me sonrió ampliamente, colocándose las gruesas gafas de pasta.

Volví con el resto, que había empezado a estirar. El entrenador no apartó la mirada de mí, pero yo fingí no darme cuenta.



—¿Qué le has hecho a ese hombre?—me preguntó Alba, cuando tras el entrenamiento y la ducha volví con ella.

—¿Qué hombre? —me reí, con la bolsa colgada al hombro y guiándola fuera del instituto.

—El entrenador...

—Está cabreado porque he faltado a un par de partidos. —Me encogí de hombros.

—¿Y por qué has faltado a los partidos? —indagó sin mucho interés, supuse que por hablar de algo.

—Porque me dormí —me reí, cruzando el aparcamiento que había en la puerta del instituto para ir algún lugar que sirviesen chocolate—. Después de emborracharme.

—Vaya, qué rebelde —bromeó, tirando de pronto de mi mano y pegándome contra su cuerpo—. Yo pensaba que eras un buen chico.

—Y lo soy. —Agité la cabeza, pegando mis labios a los suyos un segundo—. Lo siento si eso te corta el rollo.

—Un poco —se quejó—. Pero seguro que encuentras la forma de compensarlo...

Se apoyó en el maletero de un coche que estaba aparcado y tiró de mí para que me pegase contra ella. Miré alrededor para asegurarme de que no había testigos. Ya había anochecido y por allí no quedaba nadie.

Desabroché sus vaqueros y se los quité de un tirón antes de hacer que ella rodease mi cintura con sus piernas. Me bajé lo justo el chándal y cogí el condón que ella me pasaba y que no tenía ni idea de dónde había sacado.

—Voy a empezar a pensar que solo me quieres para follar —bromeé, mientras me ponía el condón.

—Vaya, si además de todo ese músculo hay un poco de cerebro —se metió conmigo.

No pude más que poner los ojos en blanco antes de echar un nuevo vistazo alrededor, y penetrarla al ver que seguíamos sin tener espectadores. Ella se aferró a mi abrigo y gimió con fuerza.

Lo habíamos hecho más veces en la calle, pero aquella vez estábamos muy expuestos y no logré relajarme del todo. Aun así me corrí después de ella, apoyando las manos en la luna trasera del coche, que temblaba con cada sacudida.



## 34.- El fin del sueño

### Abram

—Para la próxima, dile a tu colega que, si quiere drogarnos, nos dé las drogas directamente, que no hace falta que nos las meta a traición —pidió Saray cuando llegó hasta mí, acompañada de Andrea.

Charly me había escrito para quedar conmigo en aquel parque, pero había llegado antes que nadie y llevaba un rato helándome solo.

—¿De qué hablas? —me reí un poco.

—¿No lo notaste? —dudó Andrea—. Pasamos dos días de mierda...

—Yo apenas bebí —me encogí de hombros—, pero lo siento. Conociendo al *Pato* pudo echaros cualquier cosa. ¿Llegasteis a casa bien?

—Sí, salvo lagunas en la memoria.

—Tenemos dos cosas para ti. —Me sorprendió Andrea.

—¿Ah, sí?

—Lo primero es una pregunta. —Me sonrió un poco, apartándose un mechón de pelo de la cara.

—Gracias, era justo lo que necesitaba —bromeé, haciéndolas reír—. Lo colgaré en mi habitación.

—Idiota —se quejó la rubia, pero sonreía.

—Dispara —pedí, tratando de ponerme serio.

—¿Cómo de en serio vas con nosotros? —Fue Andrea la que preguntó, y su cara se tiñó de rojo al instante, pese a que allí hacía frío.

—¿En plan boda grupal o algo? —dudé.

—Más quisieras —sonrió Saray, con mucha menos vergüenza que su amiga—. Queremos saber que no vas a hacer que nos encariñemos de ti, para luego largarte y pasar de nosotros.

—¿Encariñaros de mí como de un cachorrito? —me reí de nuevo.

—Sí —aceptaron a la vez, antes de estallar en carcajadas.

—No me voy a ningún lado... —prometí—. Al menos no hasta que Charly decida que no quiere que esté con vosotros, es su decisión. —Me encogí de hombros.

—Charly nunca haría eso —aseguró Andrea—. Y siendo así, Abram, bienvenido al grupo. —Me tendió la mano.

Yo la estreché con solemnidad, sinceramente agradecido por su gesto.

Aquel era el mejor regalo que me habían hecho jamás.

—Me vais a hacer llorar —bromeé, fingiendo que me abanicaba la cara con las manos.

—Y ahora el regalo. —Palmeó Saray, sin borrar la sonrisa de su cara.

Andrea dejó la mochila sobre el banco, dónde yo estaba sentado en el respaldo, y sacó un pack de cervezas. Me tendió una, le pasó otra a la rubia y cogió una tercera antes de guardar el resto.

—Ahora si que me he emocionado.

—No hagas que me arrepienta, idiota —se rió Saray.

—¿Y los demás? —dudé, por hablar de algo.

—Charly con esa misteriosa novia suya nueva. Raúl con Celeste disfrutando de la soledad que el accidente de coche de su padre les ha proporcionado. Y Carlos entrenando —enumeró Saray.

—Se supone que Carlos y Charly vendrán después —completó su explicación Andrea.

—¿Y cómo os conocisteis vosotros? —curioseé, por hablar de algo más que por otra cosa, pero no pudieron responderme.

—¿Abram? —La voz de Silvia me hizo levantar la cabeza.

Salté del respaldo donde estaba sentado para sujetar del brazo a Saray, que parecía dispuesta a pegarle de nuevo.

—¿Qué quieres? —pregunté, sin acercarme a ella más de lo necesario.

—Le han vuelto a pillar —me dijo, con un gesto triste, y no tuvo que especificar para que supiera que hablaba de *Pato*—. Me dijo que te diera esto. —Me lanzó algo que no alcancé a ver hasta que lo atrapé con la mano: era un móvil con la pantalla llena de arañazos—. Y enhorabuena. —Lanzó algo más y lo cogí con la misma mano, sin soltar a Saray con la otra. Era un llavero plano con la forma de un coche.

—Gracias —murmuré, con la boca seca.

Después de eso se dio la vuelta y se fue de allí. Saray resopló algo y soltó un par de insultos que me hicieron sonreír un poco. Me guardé las dos cosas en el bolsillo y saqué un cigarro.

—¿Fumáis? —ofrecí, pero ambas negaron con la cabeza.

—¿Han pillado a tu colega? —preguntó Andrea, y me pareció algo preocupada por mí.

—Sí. —Me encogí de hombros—. Era cuestión de tiempo. Ha vivido más tiempo en reformatorios y la cárcel que fuera...

—Pues a mí me molaba su rollo —se quejó Saray, dejándose caer en el

banco, al lado de mis pies.

—Seguro que hay alguien mejor para ti por ahí. —Traté de consolarla—. Puedes picar más alto que un delincuente de barrio.

—¿Por qué te ha dado la enhorabuena? —curioseó Andrea.

—Ayer aprobé el práctico de conducir —sonreí de nuevo.

—Genial, ¿dónde nos vas a llevar? —preguntó Saray, mirándome con una sonrisilla.

—¿Dónde quieres que os lleve? —me reí—. Que no sea muy lejos, de momento no tengo coche, como mucho podré llevaros a borriquito.

—Me vale —aseguró la rubia.

Charly llegó cuando nos estábamos riendo aún. Andrea le pasó otra de las cervezas de su mochila, y yo le di un cigarro, que aceptó gustoso.

—Esto sí que es un gran recibimiento —bromeó, saludando con un beso a Andrea, otro a Saray y chocándome la mano.

—Y Abram se ha sacado el carné de conducir —me delató Andrea.

—¿Te vas a pillar un coche? ¿Cuál? ¿Dónde? ¿Puedo ir? —Y siguió preguntándome cosas sobre un coche, en el que yo apenas había pensado, durante un buen rato.



## Raúl

—Hacer videojuegos —me dijo, escondiendo su cara sonrojada debajo de mi hombro.

—Pero no mientas para que te quiera más, si es imposible —bromeé, sujetando su cintura y tirando de ella hacia mí.

Apoyó la mano en mi pecho para levantarse un palmo y mirarme de frente. La manta rosa que cubría su cama normalmente y que ahora cubría nuestros cuerpos se deslizó un palmo por su espalda, dejando su piel blanquecina a la vista.

—No miento —se quejó, aunque sonreía—. Pero mi padre dice que no es una carrera de verdad, y menos para una chica. —Su sonrisa tembló en su cara y se apoyó con suavidad en mi pecho.

—Tu padre es idiota. —Besé su pelo rojo. Ella rió un poco por mi comentario—. No puede haber nada más sexi en el mundo que una tía rodeada

de videojuegos.

—Él dice que debería estudiar enfermería... —Me miró de nuevo, poniendo mala cara—. Pero a mí no me gusta.

—Pues no le haremos caso —sentenció—. Podemos engañarlo para que se crea que estás estudiando medicina y te metemos en videojuegos —bromeé.

—¿Puedes hacerlo? —Fingió seriedad, haciéndome sonreír.

—Por ti haría lo que fuera. —Besé su nariz, que estaba cubierta de suaves pecas casi imperceptibles.

—Yo no sería capaz —reconoció finalmente, dejándose caer de nuevo en mi pecho y acariciándome con un par de dedos el estómago—. Una vez saqué solo un siete en un trabajo y falsifiqué su firma para que no me regañase. Durante una semana me sentí tan mal, que acabé confesando.

—Eres demasiado buena —protesté.

—¿Tú has falsificado la firma de tus padres? —Me miró mordiéndose un labio, con curiosidad.

—Las de mis padres, las de profesores, las de los padres de Charly... De hecho... —sonreí dudando si contárselo, pero ella alzó las cejas instándome a seguir—. Sabes que se me dan bien los ordenadores. —Me encogí de hombros—. ¿Por qué crees que somos el único grupo que lleva cinco años yendo juntos a clase?

—¡No! —se rió, viendo por donde iba.

—Tuve que colarme tres veces en el ordenador del instituto, por suerte Charly me cubría. Pero no se lo cuentes a nadie, solo lo sabemos nosotros. —Sujeté su mejilla para depositar un beso en sus labios. Ella se acercó más a mí y sentí sus pechos desnudos contra el mío.

—Eres un delincuente —bromeó, deslizando sus labios hasta mi cuello y dándome un mordisquito, divertida.

Tiré de sus caderas para subir su cuerpo sobre el mío y disfruté de las vistas cuando se incorporó, dejando sus tetas expuestas. No quise decírselo, pero ojalá su padre no se recuperase nunca.

Poder estar allí, con Celeste, todo el tiempo, sin tener que preocuparnos de que su padre fuera a matarme, era algo parecido a un sueño. Lo mejor que me había pasado jamás.

Pero todos los sueños se acaban. Y el nuestro lo hizo con un portazo.

Celeste se levantó de encima de mí a toda prisa y rebuscó su ropa entre toda la que teníamos tirada por el suelo. Yo la imité, dando por hecho que tendría que volver a saltar por la ventana.

—¿Celeste?!—oí el grito de su padre por el pasillo.

Me metí en los vaqueros a toda prisa y le pasé a ella su camiseta antes de dar con la mía. Su padre trató de abrir, pero Celeste había echado el cerrojo, quizá más por costumbre que conscientemente.

—¡Voy! —gritó ella, acabando de abrocharse los vaqueros.

Me acerqué a ella para darle un rápido beso de despedida, pero el estruendo de la puerta me detuvo a medio camino. Me quedé parado, boquiabierto como un idiota, al ver la puerta de madera romperse contra la pared y soltar trozos por la habitación.

—¿Qué te dije?!

Su padre se acercó a mí, furioso. Tenía un brazo en cabestrillo, pero me sujetó con la mano sana de la camiseta y me pegó a su cara, amenazante.

—Estoy enamorado de ella —aseguré, tratando de no acobardarme, pero aquel hombre era enorme, y acojonaba hasta herido.

—¿Papá? —Celeste trató de agarrarlo para que me soltase a mí—. Le vas a hacer daño —se quejó ella.

—Voy a hacerle mucho más que daño, le voy a partir cada puto hueso del cuerpo —dijo furioso, escupiendo saliva en mi cara—. Nunca dejaré que estés cerca de ella.

—Pues no voy a alejarme, así que haga lo que tenga que hacer.

—¡No, papá! —lloró Celeste y se me partió el corazón.

Se colgó del brazo sano de su padre, para que me soltase, y él lo sacudió como si fuese una mosca, lanzándola al suelo. Luego se giró de nuevo furioso hacia mí. Yo solo quería agacharme a ayudar a Ce, pero no me moví.

—Lárgate de mi casa, y no vuelvas —me ordenó, tratando de recobrar la calma.

—No. —Negué con la cabeza. Sentía un nudo de miedo y dolor apretarme la garganta—. No me iré de su vida.

Me golpeó con el puño entonces. Impactó en mi mejilla y me hizo dar dos pasos atrás, provocando que chocara con la cama de Celeste. Aun así iba a aguantar, pese al dolor que me hacía apretar los dientes. No iba a devolverle los golpes, ni a ceder en mi empeño. Celeste era lo mejor de mi vida y no iba a perderlo, pero fue ella la que logró hacerme daño de verdad.

—¡Vete, Raúl, vete! —lloró.

—No —gemí. Sabía que si cedíamos, que si nos rendíamos, habríamos perdido.

—¡Lárgate! —me gritó ella, con la cara empapada de lágrimas—. ¡Vete!

Quería pensar que solo intentaba protegerme, pero la idea de que eligiese a su padre antes que a mí, dolía mucho más que el puñetazo de ese hombre. Acabé de recoger mis cosas del suelo, tratando de conservar la calma y me largué de allí.



## 35.- Fiesta de despedida

### Charly

Raúl no era de los que faltaban a clase, por lo que no verle durante las tres primeras horas me preocupó bastante. Y que tampoco respondiese cuando le llamé entre clase y clase al móvil, no ayudó nada.

Al salir al recreo me encontré con Celeste en la puerta, y la preocupación se convirtió en miedo. La chica tenía la nariz roja y los ojos irritados e hinchados. Estaba claro que había estado llorando.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, tirando el cigarro que aún no me había encendido.

—¿Está Raúl? —Miró nerviosa a todos lados.

Yo sujeté sus mejillas para que centrarse su vista en mí, después de cruzar una mirada desconcertado con Carlos.

—Celeste, ¿qué ha pasado? —insistí.

—Mi padre nos pilló ayer en casa. —Las lágrimas escurrieron por sus mejillas y se las sequé con los pulgares apenado—. No le encuentro. Ayúdame —lloró, abrazándose a mí.

—Tranquila. —Me solté de ella con delicadeza y Andrea se apresuró a consolarla en mi lugar.

Quería tranquilizarlos a todos, pero yo sentía el corazón en un puño. Salí corriendo de allí, sin más despedida. Primero encontraría a Raúl y luego calmaría a los demás.

Conocía a Raúl lo suficiente para estar seguro de que seguiría en su casa. O al menos, quise convencerme de ello.

Sentí que me faltaba el aire al llegar al portal y empujé la puerta, que siempre estaba abierta. Luego corrí escaleras arriba. Cuatro pisos. Tenía que dejar de fumar. Golpeé la puerta con la palma de la mano abierta, haciendo que vibrase.

—¡Raúl, sé que estás ahí! ¡Abre! —grité.

Luego recordé que yo tenía llaves de su casa, y rebusqué en mi mochila hasta dar con ellas, que estaban con las de la mía. Entré en el piso y dejé caer las llaves y la mochila junto a la puerta.

Di con Raúl en su habitación. Estaba tumbado de espaldas a la puerta, aun así supe que no estaba dormido.

—¡Eh, tío! —llamé.

—Quiero estar solo —pidió, con un susurro triste.

—¿Qué ha pasado? —Ignoré su petición, sentándome a los pies de la cama —. ¿Sabes? No se me da muy bien estar en este lado, normalmente soy yo el problemático —bromeé.

Él hizo un ruido a medio camino entre la risa y un suspiro.

—No tengo ganas de hablar, Charly —explicó.

Saqué el móvil y escribí a Carlos para decirle que Raúl estaba bien y que estábamos en su casa, antes de insistir con mi amigo.

—Celeste ha ido a buscarte, estaba muerta de preocupación...

Eso hizo reaccionar a Raúl, aunque no como yo esperaba. Se sentó de golpe en la cama y me miró fijamente. Sin su habitual sonrisa. Además, tenía un pómulo muy hinchado. Busqué más heridas, pero por lo demás parecía estar bien.

—Me pidió que me fuera, Charly. —Sonó desesperado—. Yo iba a aguantar lo que fuera, y ella me gritó que me largase...

—Raúl... —suspiré—. Lo de morir por tu novia está genial en las películas, pero ella trataba de protegerte de eso. —Señalé su pómulo—. ¿Fue su padre?

—Sí... —confirmó lo que yo ya sabía.

—Voy a por hielo. —Me levanté de la cama, para buscarlo, pero tuve a Raúl a mi lado en seguida.

—¿Celeste está bien? —preguntó preocupado, y supe que Raúl nunca podría ser el problemático porque era demasiado bueno.

—Cuando llegue se lo preguntas tú —sugerí, porque estaba seguro de que todos nuestros amigos se presentarían allí.

Fui a por el hielo mientras le mandaba un mensaje a Abram para invitarle también. Sin duda beber y comer pizza era lo mejor para pasar el mal trago. Vací una cubitera en un trapo y se la llevé de vuelta a Raúl, que puso mala cara cuando tocó la zona magullada.

—Que sepas que el próximo accidente de coche que tenga ese hijo puta será patrocinado por mí —prometí, justo cuando sonaba el timbre.

Raúl se limitó a negar con la cabeza y volver a tumbarse en la cama. Yo fui a abrir y lo primero que vi fue el rostro preocupado de Celeste.

—Está en su habitación —expliqué.

Me dio las gracias mientras corría hacia allí. Carlos, Andrea y Saray entraron mucho más calmados. Volví a cerrar tras ellos y me apropié del sofá,

encendiéndome un merecido cigarro.

—¿No deberíamos volver a clase? —preguntó Andrea, aunque se sentó en una de las sillas. Carlos lo hizo en otra junto a ella, y Saray se dejó caer a mi lado.

—No —negué—. No me fío del padre de Celeste, así que hasta que me asegure de que ese hijo puta no se acerca a mi amigo, voy a ser su guardaespaldas —expliqué, suficientemente bajo para que Raúl y Celeste no me escuchasen.

—¿Y los que somos gente normal que hacemos? —se metió conmigo Saray.

Tiré de su cadera y la senté sobre mis piernas, haciéndola reír. Me quitó el cigarro y dio una calada, antes de volverlo a poner en mis labios.

—Tú no eres normal, tía —bromeé.

—Vale, pues los que son normales, ¿qué hacen? —preguntó, con una risilla.

—Cuando conozca a alguien ya le daré instrucciones... —Me estiré sin soltarla para dejar el cigarro en el cenicero de la mesa baja y luego me recosté cómodamente en el sofá.

Saray no hizo ningún intento de bajarse de encima de mí. Al contrario, me pareció que movía el culo ligeramente sobre mi polla, pero no tuve muy claro si me lo había imaginado.

—¿Queréis tomar algo? —sugirió Carlos.

—Te acompaño. —Se levantó Andrea de un salto.

—Y ahora que estamos solos... —murmuró Saray, acercando mucho su cara a mí. Tragué saliva, sin estar seguro de lo que pretendía.

—¿Sí? —la incité a continuar.

—¡¿Cómo que te vas?!

El grito de Raúl interrumpió lo que Saray fuera a hacer o decir. Y si no estuviera preocupado por mi amigo, me habría molestado.

—Escúchame, por favor —suplicó Celeste.

Raúl había entrado al salón y su chica iba tras él. Bajé a Saray de encima de mí y me levanté, sin saber muy bien que hacer.

—Tranquilízate, Raúl —pedí, poniendo mi mano en su hombro—. ¿Dónde te vas? —pregunté a Celeste, para entender qué estaba pasando.

—Mi padre quiere que nos mudemos lejos... —Celeste miró al suelo, y vi sus lágrimas gotear por las mejillas—. No quería que me despidiese siquiera, me he escapado por la ventana... Necesitaba decírtelo yo —clavó sus ojos en

Raúl—, nos iremos mañana. No hay nada que yo pueda hacer...

—No puedes irte... —susurró mi amigo y sentí su dolor como propio.

—Si te vas mañana, al menos vamos a darte una despedida en condiciones —sugerí, tratando de hacer aquello menos duro.



## Carlos

Abram apareció después de clase, con cuatro pizzas, supuse que por orden de Charly, que se había puesto al mando para hacer una fiesta de despedida.

—¿No sería mejor que los dejásemos solos? —preguntó Andrea en un susurro, para que Celeste y Raúl no nos oyesen.

—No me voy a ir para que su padre aparezca... —replicó Charly.

—¡Tu móvil, Carlos! —me llamó Saray, que estaba cotilleando las pizzas que Abram había traído.

Iba a cogerlo, porque me lo había dejado sobre la mesa y estaba sonando, pero Charly fue más rápido que yo.

—¡Pero si es la *Princesa Micolor*! —se rió, y respondió antes de que yo pudiese recuperar el aparato—. ¡Alba! Estamos de fiesta, ¿te apuntas?

—Trae, capullo —me quejé, sujetando su brazo para quitarle el móvil. Aun así a Charly le dio tiempo a gritarle la dirección y colgar antes de que yo lo recuperase—. ¿Qué haces?

—Animar la fiesta, faltan tías... —Se encogió de hombros.

—Pues llama a tu madre —repliqué, algo molesto.

Alba y yo solo nos veíamos para follar, no teníamos nada más en común, nada de lo que hablar. No me apetecía que estuviera allí, porque sería tenso.

—Si te va ese rollo —se resignó, lejos de ofenderse.

—Yo creo, Charly, cariño —habló Saray, con una sonrisilla bromista—. Que cuando quieras invitar a alguien nuevo al grupo, deberías empezar a someterlo a votación...

—Eso sería como una democracia... —bromeó él—. Y a mí me gusta imponer mi voluntad. Pero podemos probar, a ver, ¿quién quiere que Abram nos siga invitando a pizza?

—¿Podemos votar para echarte a ti? —sugerí.

—Podéis, pero soy un líder tirano y cortaré la cabeza a los traidores... —

negó él.

—¿Y si queremos que se quede Abram, pero no que venga Alba? — preguntó Saray bromista—. ¿Cómo se vota eso?

—¿Y si yo quiero votar porque me expulséis de esta conversación? — fingió seriedad Abram.

—Tú no puedes votar, eres el nuevo... —negó Charly.

—Pero si no nos dejas votar a ninguno, cabrón —me quejé, sentándome en el sofá.

—Pues es verdad —admitió él, con una carcajada.

Me decidí a ignorar a Charly el resto del día, porque estaba cabreado con él. Y de bastante malhumor en general. Me hubiese gustado tener que entrenar o algo para poder escaquearme de aquello. Alba llegó un rato después, cuando habíamos empezado a comer, y se sentó con nosotros, aceptando el trozo de pizza que Charly le pasó.

No es que fuese una comida muy cómoda. Raúl no hizo intento de comer siquiera, sin apartar la vista de la mesa. Celeste a su lado mordisqueó un trozo sin llegar a tragar nada y el resto no encontramos nada que decir.

—Pensad que solo serán dos años —lo intentó Saray—. Cumplirás dieciocho y podrás volver.

—Ya... —murmuró Celeste.

—No des más tu opinión, Saray, que nos deprimes —se quejó Charly, aunque me pareció que trataba de relajar el ambiente.

—¿Es porque soy rubia? —Le siguió ella la coña.

—Totalmente —aceptó Charly, guiñándole un ojo.



—Pensé que no nos quedaríamos a solas —susurró Alba, entrado tras de mí a la cocina cuando fui a coger una cerveza.

Saqué mi cerveza antes de girarme hacia ella. Quizá era porque Charly me había puesto de malhumor, pero la verdad es que no me apetecía aquello en ese momento. Alba, sin embargo, pegó sus labios a los míos y tiró del botón de mis vaqueros.

—Sé que te pone el riesgo, Alba —era algo que había comprendido después de hacerlo en un sitio público por cuarta vez—, pero no quiero que mis amigos nos pillen, otra vez...

—¿Entonces por qué me has llamado? —preguntó, apartándose cabreada.

—Me has llamado tú —le recordé—. Y te ha invitado Charly... ¿Acaso solo te interesa follar? ¿No puedes tomarte algo y divertirte sin más?

—Mi concepto de diversión no es emborracharme, fumar porros y ver como tus amigas me miran con odio... —se negó.

—No te miran con odio... —las defendí.

—Será mejor que me vaya. —Se dio la vuelta para salir de allí.

—Quizá esto sea una mala idea, Alba, creo que deberíamos dejar de acostarnos del todo —suspiré, pasándome la mano por el pelo.

—¿Me estás dejando? —Volvió a girarse hacia mí, mirándome con mala cara.

—No te estoy dejando, no somos nada —aclaré—. Y seguiremos sin ser nada. Yo ni siquiera te gusto, ¿no?

No respondió, me miró mal y salió de casa de Raúl dando un portazo. Andrea y Saray no tardaron en llegar a la cocina, con la curiosidad pintada en la cara.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la rubia.

—Nada, tenía que irse —mentí.



## 36.- Venganza

### Raúl

Charly vino conmigo aunque traté de impedirselo, cuando fui a despedirme de Celeste a la mañana siguiente. Quería verla por última vez porque temía que jamás volviéramos a vernos.

Habíamos hablado de mantener una relación a distancia, pero estaba seguro de que no lo soportaría. Ella ni siquiera sabía a dónde se la llevaba su padre.

Celeste se abrazó a mí en cuanto llegamos a su bloque. Su padre, que estaba cargando el coche con la mano sana, me lanzó una mirada de odio, pero no trató de impedir que nos abrazásemos.

Charly se mantuvo apartado de nosotros, se encendió un cigarro y no quitó sus ojos del padre de Celeste. Sabía que había ido en plan guardaespaldas, aunque él me había asegurado que lo hacía como apoyo moral.

—Te llamaré cuando llegue —me prometió Celeste al oído—. Y seguiremos jugando juntos *online*.

—En cuanto sepa dónde estás robaré un coche e iré a verte.

Sujeté su cara para ver sus ojos y el esbozo triste de su sonrisa en su rostro lleno de lágrimas.

—Promete que no me olvidarás —pidió, llorando más fuerte.

—Jamás: estaremos juntos para siempre. —Besé sus labios para tranquilizarla—. Y en cuanto cumplas dieciocho te secuestraré y nos iremos lejos de ese nazi. Tú y yo.

—¿Pensarás en mí? —preguntó.

—Cada segundo —me esforcé por memorizar todos sus rasgos. Su nariz respingona, sus ojos azules, las suaves pecas que cubrían su piel pálida, sus labios rosados, que ahora temblaban... Definitivamente no quería recordarla llorando—. No podrán separarnos, Celeste.

—Nos vamos —ordenó su padre, tirando de su brazo con fuerza para separarla de mí.

Quise decirle algo más, quizá impedir a su padre que se la llevase, pero no encontré las palabras. Me dolía el pecho y me ardía la garganta. Charly apoyó la mano en mi pecho y me palmeó el hombro para consolarme.

—Tranquilo —me pidió.

Y me abracé a él, porque no me quedaba nada más a lo que agarrarme y sentí que no podría sujetarme solo. Mi amigo me devolvió el abrazo con fuerza.



## Abram

—¿Esto va en serio? —pregunté a Silvia.

Levantó la vista del móvil, tumbada en su cama. Le enseñé el móvil de *Pato* que ella me había dado. Entre cientos de fotos de una chica haciendo posturitas había dado con un vídeo que había grabado mi amigo.

Eché un vistazo rápido a la habitación rosa llena de peluches de Silvia. No había querido ir a su casa a buscarla, pero no había aparecido por clase desde que me lo dio, así que tuve que ceder e ir allí a verla.

—No lo he visto. —Se encogió de hombros.

—Silvia, no me jodas, por favor —supliqué, acercándome a ella y sentándome a los pies de su cama.

—¿Ahora te vas con ellos? Puede que Charly no me pegase, pero esa zorra rubia me dio una paliza... ¿Eres su amigo? —cuestionó, con los dientes apretados.

—Eso creo —acepté. No quería mentir—. Si lo que *Pato* dice aquí es verdad... —insistí con el móvil.

—No lo he visto —repitió muy despacio.

—Está bien...

No insistí en ello, si no lo había visto de verdad no sería yo él que se lo contase. Quizá era mejor que Silvia no supiera en la mierda que me había metido sin querer, tampoco es que ella gozase de mi confianza en ese momento.

—Al final, el que la hace la paga, Abram, siempre —me dijo Silvia, tirando su móvil a un lado y acercándose a mí, como si supiera exactamente en lo que estaba pensando. Se subió sobre mis piernas, y juntó sus labios con los míos. Luego los deslizó hasta mi oído, muy despacio y me habló entre susurros —. Tú te has metido donde no deberías, con quien no deberías y vas a acabar como *Pato* o como ese tío al que enterraste.

Me quedé paralizado un segundo, sin entender nada. ¿Cómo podía saberlo?

—¿Cómo sabes eso? —La quité de encima de mí y me puse de pie, para mantenerla alejada.

—Yo lo sé todo. —Sonrió, con una crueldad y frialdad que no me parecieron propias de ella.

—Silvia, necesitas ayuda —susurré y esta vez fui yo el que me acerqué a ella.

—Quiero muchas cosas, pero ayuda no es una de ellas. —Aun así no se apartó—. Y me conoces, Abram, yo siempre consigo lo que quiero. —De nuevo aquella sonrisa que me heló la sangre.

—¿Qué vas a hacer? —dudé.

—Ya he empezado. —Dejó de sonreír y me dio la espalda—. Raúl y Carlos le mintieron a Charly sobre mí. Le contaron mentiras.

—No fueron mentiras, te acostaste conmigo. Y con más gente —expliqué, con una paciencia infinita.

—Ellos no le contaron eso. —Negó con la cabeza, antes de mirarme otra vez—. Y no pueden quitarme lo que más quiero e irse de rositas.

—Silvia, olvídalo —supliqué—. Esa gente me cae bien...

—¿Y yo? —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. ¿No te importo yo? Antes me querías, aunque fuera mal, como tú sabes querer...

—Claro que me importas, pero me manipulaste... —Cogí aire despacio.

—Ellos no me conocían, no tenían derecho a mentir sobre mí. A hacer que Charly me odiase... —Las lágrimas resbalaron por sus mejillas—. Lo que más le importa a Raúl es esa chica. Decirle a su padre lo que le hacía a su niñita fue el principio. Pero el resto pagarán también, por todo. Carlos, la puta rubia y la mosquita muerta de Andrea...

—Silvia, no —supliqué y me acerqué a ella para secar sus lágrimas—. Por favor. No hagas más daño. Raúl está hundido. Ellos no saben que fuiste tú y yo no diré nada, pero tienes que parar ahora, antes de que alguien salga herido, por favor. Hazlo por mí, si yo te importo a ti...

—Claro que me importas. Eres lo único que me queda. —Lloró más fuerte, abrazándose a mí.

—Entonces, prométeme que pararás, que no te vengarás más, por favor —pedí.

—Solo si no vuelves a dejarme. —Se separó de mí para mirarme a los ojos—. No soporto estar sola.

—Está bien —acepté.

Silvia pegó sus labios a los míos, como sellando el trato.

Hubiese dicho lo que fuera porque abandonase aquella venganza. ¿Qué más daba lo que quisiera? Tenía que evitar que siguiese jodiendo a esa gente que me había acogido y aceptado como uno más de los suyos.



## 37.- Formas de superar la resaca

### Charly

Normalmente no iba a clase si me había emborrachado la noche anterior. No era mi culpa que el cumpleaños de Raúl cayese en martes, ¿no? Pero claro, me había sobado en la casa de *Mister Responsabilidad*, así que no me había quedado más remedio que ir al instituto.

Carlos parecía tan malhumorado como yo por no poder quedarse durmiendo. O quizá incluso más, porque dormir le gustaba más que a mí. Y, para colmo, llegamos tarde a clase, porque nos faltó coordinación: nos chocamos para entrar al baño, nos pegamos para conseguir el último café de la cafetera y luego nos costó media hora dar con nuestras mochilas.

Al entrar en la clase ya estaba allí el profesor, que nos miró como si hubiéramos interrumpido el sermón más importante de su vida. Y yo no podía quedarme en casa durmiendo, pero tampoco tenía intención de soportar que me soltasen la charla.

Carlos y Raúl fueron a sus sitios, sin embargo yo me acerqué a la pared del fondo y bajé las persianas haciendo todo el ruido que pude, pese a que eso me provocó una dolorosa punzada en la cabeza.

El profesor me miró extrañado y me mandó sentarme dos veces, pero yo acabé de dejar la clase en penumbras antes de ir a mi asiento.

—Y ahora, si no le importa, hable bajito —pedí, guiñándole un ojo.

—Lárgate de mi clase —ordenó él, al borde de perder los nervios.

No pude ocultar una sonrisa, pero me esforcé en que Raúl no la viese, no quería que se enfadase conmigo. Salí de allí y me fui al baño para mojarme la cara, a ver si el agua fría eliminaba la resaca. El ruido de la puerta me hizo levantar la cabeza, cuando la tenía debajo del grifo, y me encontré a Saray cruzada de brazos apoyada en esta, mordiéndose el labio.

—¿Estás bien? —dudé—. ¿También te han echado?

No me respondió. Se apartó de la puerta y acortó la distancia que nos separaba. Juntó sus labios con los míos y bajó la cremallera de mi sudadera. Respondí a su beso cuando me sobrepuse a la sorpresa. Llevábamos meses tonteando, pero no pensé que quisiera hacer nada más.

La puerta del baño se abrió, haciendo que nos separásemos bruscamente. Un chaval nos miró desde allí, boquiabierto, como un puto gilipollas.

—Largo —ordené.

Por suerte no se hizo de rogar y volvió a salir cerrando la puerta. Tiré de las caderas de Saray y la pegué a mi cuerpo. Me moví con ella, devorando sus labios con ansia, hasta uno de los cubículos, para evitar nuevas visitas desagradables.

Cerré la puerta con el cerrojo antes de volver a girarme hacia Saray y esta vez fue ella la que acertó la distancia que nos separaba, metiendo la mano entre nosotros para desabrocharme los vaqueros.

Estaba seguro de que aquello no era buena idea, ella era mi amiga y yo no quería tener nada serio con nadie nunca más, pero joder, estaba buenísima y yo era débil, así que no dije nada.

Apoyé las manos en sus caderas y las subí por debajo de su sudadera hasta alcanzar sus pechos. Me sorprendió descubrir que no llevaba sujetador, pero ella se limitó a gemir algo y suspirar de placer, sin apartar sus manos del cierre de mis vaqueros.

Deslizó la cremallera y me bajó los pantalones junto con la ropa interior. Me miró ligeramente sonrojada, mordiéndose el labio y supe que deseaba aquello tanto como yo.

Busqué el botón de sus vaqueros y tiré para desabrocharlos. Volví a besar sus labios mientras me peleaba con la prenda, aunque Saray apartó mis manos en seguida. Pensé que se habría arrepentido de aquello, pero se sacó los vaqueros de las piernas en un tiempo récord.

Acaricié su cadera, cintura y deslicé las manos hasta su culo, para elevarla contra mi erección. Cuando la penetré, Saray gimió y se aferró a mi sudadera, abrazándose a mi cuello y pegando sus labios a mi oreja, haciendo que el aire caliente que salía de sus labios, con pequeños gemidos, me provocaran escalofríos.



## **Carlos**

—¿Qué hacemos aquí y por qué no estoy en casa durmiendo? —pregunté a Raúl cuando llegamos al portal de Charly.

Él se limitó a encogerse de hombros, sin mucho humor tampoco. Le palmeé el hombro y pulsé el telefonillo, para que Charly bajase.

—¿Quién es? —respondió la voz de Sarita.

—¿Está el inútil de tu hermano? —pregunté, haciendo reír un poco a Raúl.

Desde que Celeste se fue, un par de meses antes, era más raro ver sonreír al chico. Antes siempre tenía la sonrisa en la cara, ahora era algo esporádico.

—Sí, sube. —Abrió la puerta sin darme tiempo a decirle que bajase, así que me aparté para que Raúl pasase delante y le seguí hasta casa de mi amigo.

Sara nos abrió la puerta del piso también y nos saludó sonriente. Me alegré de que alguien pudiera seguir sonriendo. La despeiné al pasar por su lado y ella protestó un poco.

—¿Queréis tomar algo? —ofreció, animada, después de saludar a Raúl.

—No, venimos a buscar a Charly —me negué.

—Está en la terraza. —Hizo un gesto hacia la cocina, así que fui allí. Supuse que sus padres no estaban; si no, no nos invitaría a pasar con tantas ganas.

Charly estaba, como ella había dicho, en la terraza. Sentado en uno de los sofás de mimbre que tenían allí. Yo me dejé caer en el sillón, y Raúl a su lado. Sara se quedó cerca de nosotros, apoyada en la barandilla.

—¿Qué pasa? —pregunté a Charly.

—Nada, ¿tiene que pasar algo para vernos? —Se encogió de hombros, encendiéndose un cigarro.

—Cuando estamos de resa... —Me interrumpí al recordar que Sara seguía allí—. Cansados, sí. Tiene que pasar algo y muy grave —bromeé un poco.

—Quiero llevaros a un sitio, pero cuando llegue Abram —explicó.

—¿Quién es Abram? —preguntó Sara con curiosidad.

Nosotros tres nos miramos, y Raúl y yo decidimos en silencio dejar responder a Charly. Era su hermana después de todo.

—Es... un colega nuevo. —Se encogió de hombros. Y a mí me pareció una versión muy resumida.

—Oh. ¿Y a dónde vais a ir? —curioseó.

—Por ahí. —Charly no parecía muy por la labor de dar detalles—. ¿No tienes deberes o algo?

—No. —Sara se sonrojó por algún motivo y me miró de reojo—. ¿Y tú? —replicó.

Su móvil le libró de responder. Lo sacó del bolsillo y lo colgó, supuse que era Abram. Se levantó del sofá, tiró el cigarro por la barandilla después de apagarlo y nos hizo un gesto.

—Volveré tarde, enana, no me esperes. —Le dio un beso en el pelo y salió

delante de nosotros.

—Yo quiero ir con vosotros —se quejó ella.

—Otro día —prometí, porque Charly había pasado de responder.

Sara se sonrojó y asintió.

Charly nos llevó fuera de casa y como había supuesto Abram estaba allí esperándonos. Parecía tan desconcertado como nosotros. Fumaba mirando el vacío y le tendió su paquete a Charly cuando llegamos abajo, aunque este negó con la cabeza.

—¿Qué vamos a hacer? —dudó Abram.

—Qué pesados con las preguntitas... —se quejó Charly, aunque le oí reír —. ¿No os fiáis de mí, o qué?

—No —respondimos los tres a la vez.

—Ni el nuevo se fía de ti —bromeé.

—Ya eres oficialmente de los nuestros, Abram —siguió Raúl la coña.

—Qué asco dais —se quejó Charly sin sentimiento en la voz, pero con una sonrisilla, y empezó a andar calle abajo.

Le seguimos en silencio, tras cruzar una mirada desconcertada. Con él nunca se sabía. No fuimos muy lejos, al otro lado de su calle había una serie de garajes individuales y paró frente a uno de ellos, en el número cinco.

—Dime que no vamos a robar un garaje —pidió Raúl.

—Claro, al lado de mi casa, porque soy puto idiota —resopló Charly.

—¿Y a que viene tanto secretismo? —lo intenté de nuevo.

Charly no me respondió esta vez. Usó una llave para abrir la puerta del garaje, y pese a sus palabras, me tranquilizó un poco que tuviera llave de verdad. Entró delante y una luz fluorescente parpadeó un par de veces antes de iluminar el sitio.

—¿Vais a entrar o no? —se quejó.

Raúl fue el primero en seguirlo, tras un suspiro. Dejé pasar también a Abram delante y finalmente entré. Era un sitio pequeño, con hueco para un coche y espacio justo para poder salir de él sin chocarte con las paredes, supuse. Aunque Charly no tenía ningún coche allí, claro.

El único mueble que lo ocupaba era uno pegado a la pared, en un lateral, cubierto de herramientas. Además, las paredes estaban adornadas con cuadros de paisajes que sabía que mi amigo no había pintado.

Y en el centro de todo, dónde Charly se paró con una sonrisa de orgullo, había algo cubierto con un plástico gris. Movié las manos como si debiéramos saber lo que era y entusiasmarnos como él. Pero nosotros volvimos a cruzar

una mirada sin entender nada.

—¿Es un cadáver? —preguntó Raúl bromista.

—Sois lo puto peor, ahora no sé si quiero enseñároslo... —Se cruzó de brazos.

—Venga tío, déjate de tanto enigma, me duele la cabeza —pedí—. Y me muero de sueño. ¿Qué es?

Charly suspiró: parecía molesto por nuestra falta de entusiasmo. Sujetó el plástico por un lado y tiró con cuidado, hasta dejar una moto de color azul expuesta ante nosotros.

—Le hace falta otra mano de pintura, y bueno, algún ajuste. —Pareció repentinamente incómodo ante nuestra falta de respuesta.

—¿Te has comprado una moto? —dudó Abram, acercándose el primero.

—No, llevo tiempo robándole piezas al *Hierros*. Y buscando por desguaces —explicó con una timidez que no le pegaba nada—. La he montado yo.

—¿En serio? —Le miré flipando.

Charly siempre había tenido un gran talento con los coches, pero montar aquello desde cero era alucinante.

—Sí —se rió, algo más tranquilo—. No es mucho, pero funciona.

—¿Por qué no nos lo has dicho antes? —dudó Raúl, acercándose también a ver la moto.

—No sé. —Se encogió de hombros—. Necesitaba hacerlo yo. No es gran cosa, en realidad. Las piezas son malas la gran mayoría. No me he atrevido a ponerla a tope, pero al menos anda.

—Es genial, Charly —le felicité, golpeándole el hombro sin mucha fuerza—. ¿Y este sitio? —señalé alrededor.

—Era de mi madre, la de verdad —explicó, clavando la vista en la moto—. Venía aquí a pintar. —Señaló los cuadros—. Mi padre me lo dio hace un par de años...

Supuse que era todo un logro que se hubiera decidido a enseñarnos aquello, así que no insistí más. Raúl le preguntó algo sobre la moto, y Charly comenzó a explicarnos un montón de cosas de las que no entendí ni la mitad.



## 38.- El trozo del pastel

### Abram

Esperé con falsa paciencia, jugando con el paquete de tabaco entre los dedos, a que el *Cojo* tuviera a bien recibirme. Traté de mostrarme tranquilo, pero lo que *Pato* me había dicho en aquel vídeo hacía que el corazón me bombease con fuerza en el pecho.

Mi amigo me había advertido que me alejase de aquel mundo. Aseguró que se estaba cocinando una rebelión contra Marco entre aquellos camellos e intermediarios y quería asegurarse de que yo estaba lejos.

Pero Marco me acojonaba a un nivel que él no podía entender.

Y yo ni siquiera entendía del todo por qué *Pato* no me había avisado de aquellas cosas en persona, en lugar de dejarme un mensaje tan críptico. Habíamos hablado de Marco, me aseguró que yo estaría bien. Y de pronto... ¿qué había cambiado en un par de días?

Y yo no podía alejarme de Marco, aunque me habría gustado hacerlo. Así que mi única opción era descubrir de qué iba toda aquella mierda y contárselo. Quizá me ganase su favor y no acabase en un agujero como *Hámster*.

—Puedes pasar ya —me dijo un tipo con pinta de yonki, asomándose por única puerta que había allí.

Después de que la policía interviniese en la casa okupa de *Cojo*, un par de meses atrás, el día que yo fui a sacar a Charly, el tipo se había metido en un piso sucio y destrozado. Estaba claro que hacía tiempo que lo ocupaban personas de la peor calaña, y, entre las ratas, *Cojo* era el rey.

Me dejé guiar por el yonki, aunque el pasillo no tenía más de tres pasos y cuatro puertas, hasta una de las habitaciones. Y entré cuando me señaló una ceremonialmente.

Aquel ambiente era tan diferente al que había visto cuando Marco se había reunido conmigo, que no conseguía asustarme. Algo en toda esa fría cordialidad del gran jefe me ponía sobreaviso. Sin embargo, los métodos del *Cojo* lo más que provocaban eran temor a una nueva redada policial.

La habitación en la que estaba el *Cojo* tenía poca decoración, salvo un escritorio enorme en el centro, que estaba lleno de colillas y restos de alcohol y otras drogas menos inocentes.

—¿Estás subiendo de nivel, *Cojo*? —bromeé, tratando de parecer relajado, mientras me sentaba al otro lado del escritorio, tal y como me señaló él con su muñón, desde su enorme sillón—. Tienes hasta seguridad. —Me costó no reírme de su *seguridad*—. ¿O tienes miedo de algo? —tanteé.

—¿Miedo de qué? —preguntó envarado, inclinándose hacia delante en su asiento.

—Tranquilo, colega —me reí, tratando de sonar relajado—. He traído lo tuyo. —Saqué el sobre con dinero del bolsillo interior de mi abrigo y se lo lancé al escritorio.

Sacó el dinero del sobre y lo contó, dos veces, antes de mirarme curioso.

—Aquí hay dinero de más.

—Pensé que no te había agradecido que me dejases quedarme con la zona universitaria. —Sonreí tranquilo—. Y quería demostrarte lo lucrativo que puede ser para ambos.

—No es que me dejases muchas más opciones —se quejó él, guardando el dinero en su cajón—. Mandaste a mis chicos al hospital...

—Ellos querían cortarme los dedos —me defendí sin muchas ganas.

—No sabían quién eres. —Se encogió de hombros.

—Eso dice muy poco en su favor, no en el mío. —Usé mi mejor tono prepotente—. ¿De verdad quieres colaborar con tíos que llaman así la atención?

—¿Qué quieres, tío? —dudó, reclinándose en el sillón.

—Nada. —Me encogí de hombros con falsa indiferencia—. He oído cosas, *Cojo*, solo quiero asegurarme, de que llegado en momento, se me incluye en el reparto del pastel.

—¿Qué cosas has oído? —Se tensó de golpe.

—Nada malo. —Alcé las manos—. Solo que sabéis moverlo, que lo hacéis bien —sonreí—. Yo soy bueno, tengo muchos compradores, niños pijos que no saben ni lo que están comprando. Pagan mucho, más de lo que vale la mercancía. A *Hámster* le molestaba que vendiese por encima de su precio, pero creo que tú y yo nos llevaremos mejor.

—Es a Marco al que no le gusta que inflemos los precios. —Pareció relajarse de nuevo—. Dice que hace decaer las ventas, pero tú eres listo, ¿no?

Cogió un paquete de tabaco con su único brazo y lo golpeó un par de veces para sacar un cigarro. Lo acercó a mí y lo cogí sin dudar. Con esa gente era mejor no titubear. Se sacó otro cigarro para él y lo encendió, sin dejar de mirarme. Luego hizo deslizar el mechero hasta mí.

—Soy más listo que la media —acepté finalmente, porque parecía esperar que lo hiciera.

—¿Y cómo sé que no tratas de jugármela?

Di una calada al cigarro, antes de responder.

—No tengo motivos para hacerlo. Me gusta el dinero y me gusta el que me haga conseguirlo. —Di otra calada para calmar los nervios—. Si no puedes darme lo que quiero, me iré a otro lado a buscarlo.

Me puse de pie para reforzar mis palabras, pero *Cojo* no me dejó dar ni dos pasos antes de llamarme de nuevo.

—No tengas la piel tan fina, muchacho. Hay que mamar mucha polla para llegar hasta aquí.

—Espero que eso sea metafórico —bromeé.

—Sí, sí. —Hizo un gesto para restarle importancia—. ¿Qué le pasó a *Hámster*?

La imagen de mi mentor temblando y suplicando me hizo tragar saliva con dificultad. Parpadeé dos veces para borrar su expresión cuando me miró desde el agujero que yo había cavado en el suelo.

—Cogió su furgoneta y se largó, o eso creo.

—Yo también he oído cosas. —Sonrió de forma tétrica. Le faltaban varios dientes de la línea superior, seguramente por la coca.

—¿Y qué has oído? —Parecía esperar que preguntase, pero la verdad, no quería oír rumores sobre aquello.

—Que le mataste para ascender —declaró, con tanta calma que se me heló la sangre. Siguió hablando con tranquilidad, como si no estuviera hablando de matar gente—. Dicen que matarías a tu madre por subir.

—Yo he oído que te comiste tu propio brazo por dinero. A veces, los rumores son solo rumores. —Me encogí de hombros, aunque me había revuelto el estómago.

—Y a veces, entre las mentiras, se esconde la verdad...

—¿Hablamos de Platón, nos la chupamos o hacemos pasta? —corté el tema.

Se rió a carcajadas, antes de abrir de nuevo su cajón y lanzarme mi bolsa de maría.

—Me gusta que me cojan los huevos con cariño, chaval. Pórtate bien y quizá te toque algo de pastel.

Traté de no demostrar el asco que me daban él, sus huevos y sus metáforas y me guardé la droga en el interior de mi chaqueta antes de salir de allí. Solo

esperaba que toda esa mierda llevarse a algún lugar, porque si el puto *Cojo* estaba fardando de algo que no podía darme, le enterraría vivo encantado.



## Raúl

Colgué el móvil a Carlos cuando me llamó por cuarta vez. Y pulsé F5 una vez más para recargar la página, pero seguía sin haber ni rastro de Celeste. Me dejé caer en la cama con un suspiro.

Hacía dos meses que el padre de Celeste se la llevó lejos de mí. Y al principio hablábamos todo el tiempo, aunque con el paso de los días cada vez lo hacíamos menos. Y cada vez que Celeste no aparecía en una de esas ocasiones que habíamos quedado, sentía que se me partía el corazón un poco más.

Me decidí a llamarla cuando hacía más de una hora que debía haberse conectado y no lo había hecho. Respondió después de un minuto de desesperante silencio.

—Hola, Raúl —saludó, con la voz algo temblorosa.

—¿Estás bien?

—Sí, solo... No sé —suspiró.

—¿Qué pasa, Ce?

—No lo aguanto más, Raúl. —Rompió a llorar de golpe.

Sentí un doloroso estrujón en el pecho y quise llorar también, aunque me contuve para no hacerlo. Supuse que uno de los dos tenía que parecer fuerte. Sin embargo, no estaba seguro de cómo podía animarla, cuando yo mismo me sentía devastado.

—Lo superaremos —lo intenté.

—No podré. —Lloró más fuerte—. No quiero hacerte eso, ni hacérmelo a mí. No quiero que me esperes más, no quiero tener que superarlo.

—¿Quieres que rompamos? —Entendí sus palabras y dolieron muchísimo.

Tardó un par de minutos en calmarse lo suficiente para poder seguir hablando, pero yo me quedé allí, tumbado en la cama, con lágrimas resbalando por los ojos, sin atreverme a pronunciar palabra.

—Creo que es lo mejor, para los dos —dijo finalmente—. Siempre te querré y quizá algún día, las cosas sean diferentes. Pero yo no soporto esto

más —gimoteó.

—No nos hagas esto —pedí—. A mí no me importa soportar esta mierda por ti.

—Lo siento, lo hago por los dos. —Se le quebró la voz—. Lo siento —repitió.

Y colgó.

Yo no pude más que quedarme allí, mirando el techo, como un idiota. Sin saber qué hacer. Ni siquiera sabía dónde estaba, no había querido decírmelo. Decía que no quería que hiciera una estupidez, y joder, la habría hecho si hubiese podido. Hubiese hecho cualquier cosa en ese momento por ir hasta ella. Aquello habría sido diferente si hubiera podido verle la cara.



## 39.- Carrera ilegal

### Charly

—Menos mal que estás aquí, Charly. —El *Hierros* tiró de mi brazo para alejarme del grupo en el que había estado privando. Tuve que parpadear varias veces para poder centrar la vista en sus ojos—. ¿Estás borracho?

—No. —Negué con ganas, pero lo estaba, y mucho.

Cuando una tía con *piercings* en el labio, la nariz y la ceja te invitaba a beber, pues bebías, con la esperanza de que acabase en un polvo, o como mínimo, una mamada.

—Mi piloto está muerto. O lo estará cuando dé con él. Necesito que conduzcas. —Meneó ante mí las llaves del deportivo negro aparcado en la línea de salida, a unos metros de nosotros.

—Conduce tú —me reí de él, antes de darme la vuelta para volver a beber. Ni siquiera yo estaba tan loco.

—Si ganas te daré la mitad: quinientos —ofreció.

—¿Y si pierdo? —cuestioné, mirándole de nuevo con ambas cejas alzadas.

—Nada, mala suerte. —Se encogió de hombros de forma algo torpe. Me pregunté si alguno de sus hombros sería de verdad o los dos serían metálicos.

Dudé un segundo antes de extender la mano para que dejase caer las llaves en ella. Sabía que si perdía no sería solo «nada», pero, quizá por el alcohol o porque yo estaba más loco de lo que creía, sonó apetecible.

—Quiero dejar claro que tengo dieciséis años y voy borracho —le dije, en cuanto las llaves tocaron mi mano.

—No tengo otra opción. No me rompas el coche —suplicó.

Me despedí de él con un gesto y me acerqué al coche. Aún faltaban quince minutos para que empezase la carrera, pero quería verlo. Sin embargo, no pude alcanzarlo antes de que me llamasen de nuevo.

—¿Qué haces, tío? —me preguntó Carlos, llegando con el resto de nuestro amigos hasta mí.

Debían de haber quedado para venir todos juntos, y hubiera agradecido que llegasen después de que la carrera hubiese empezado.

—Voy a poner el coche a punto antes de la carrera —mentí—. ¿Tienes

maría? —pedí a Abram, que venía con Carlos, Raúl, Saray y Andrea.

—Sí, claro. —Rebuscó en sus bolsillos y sacó una bolsita, poniéndose el cigarro encendido que llevaba en los labios.

Le dejé liarlo y tiré de la mano de Saray. Yo no había ido a clase los dos últimos días y no había tenido oportunidad de hablar con ella. Y la culpa me mataba por dentro.

—Ahora volvemos —dije, con seriedad, antes de llevarla hasta el deportivo.

—Este sitio es demasiado hasta para ti. —Arrugó la nariz, aunque sonreía un poco.

—Quiero que hablemos de lo que pasó el otro día —pedí, apartando un mechón rubio de su mejilla.

—Oh. —Miró al suelo, pero no dijo nada.

—Eres mi mejor amiga, Saray, pero después de Silvia... —Tuve que apretar los dientes con fuerza para controlar la ira al mencionar a esa puta.

—Está bien, Charly. —Se rió de golpe, sujetando la mano que yo había dejado sobre su hombro—. No es que esperase nada serio, me apetecía hacerlo, no sé, pero somos amigos, nada más —sonrió.

—No quiero hacerte daño —susurré.

—Tranquilo, estoy bien. Yo tampoco quiero nada serio. —No dejó de sonreír.

—¿Segura? —insistí, aunque sonaba muy sincera.

—Claro. —Me dio un beso en la mejilla, con mucha suavidad—. Estás bueno y eso, pero no voy a casarme con dieciséis años, quiero divertirme —se rió.

Dejé que se apartase de mí y volviese con el resto y luego la seguí. Me alegraba de que no se hubiera hecho ideas equivocadas, no quería hacerle daño. Estaba seguro de no poder volver a sentir jamás por nadie lo que sentía por Silvia. Lo que, pese a todo lo que me había hecho, aún sentía por ella.

Abram me pasó el porro encendido cuando llegué hasta él y le di un par de caladas profundas antes de devolvérselo.

—¿Qué te pasa? —pregunté a Raúl entonces, porque miraba los coches con un gesto demasiado serio. Tuve que pasar la mano por delante de su cara para que entendiese que hablaba con él.

—Nada —murmuró, sin mucho entusiasmo.

—Ni siquiera me has regañado por faltar dos días a clase —bromeé.

—Haz lo que quieras, no soy tu padre. —Se encogió de hombros.

—¿Qué le habéis hecho? —pregunté al resto, con el ceño fruncido, aunque estaba seguro de que ellos no eran el problema.

—¡Charly! —Oí la voz del *Hierros* sobre la música.

—Nos vemos en media hora —me despedí de ellos y casi corrí hasta el coche, antes de que se dieran cuenta de lo que hacía.

Cerré con llave solo por asegurarme de que ninguno trataba de impedirme aquello a la fuerza. Tomé aire y arranqué el motor, a la vez que lo hacían el resto de coches. En total éramos seis.



## Carlos

Ninguno hablamos, estaba seguro de que ni siquiera respiramos, durante el tiempo que duró la carrera. El deportivo de Charly fue el primero en aparecer de nuevo, seguido de cerca por otros dos.

Quizá debía haberme relajado al ver a mi amigo, pero no lo hice. Pasó la línea de meta y frenó más allá. De forma suave. Los otros dos coches llegaron justo detrás, y no llegó ninguno más. Charly acercó el coche a la línea de salida, porque al frenar se había pasado, y salió de él.

—Puto gilipollas —murmuró Raúl y supe que había estado tan acojonado como yo.

Charly se acercó a un tipo, le dio las llaves del coche y recogió algo que él le tendía. Luego vino hasta nosotros con una sonrisa enorme.

—¿Qué cojones haces? —pregunté, cabreado.

—Ganar —celebró—. Larguémonos de aquí, antes de que llegue la poli —sugirió.

—¿Tan poco valoras tu puta vida, gilipollas? —se envaró Raúl contra él, empujándole del pecho.

—Venga ya, lo tenía todo controlado... —suspiró Charly.

—Estás borracho y fumado: no tenías controlado una mierda —replicó el otro.

Y si la situación no era suficientemente tensa una chica morena apareció de algún lado y se lanzó a los brazos de Charly.

—Hola, campeón —saludó, sugerente.

—¿Ves? Esta es la reacción apropiada... —se rió él, abrazando a la chica de la cintura.

—Madura de una puta vez, Charly —pidió Raúl, antes de darse la vuelta y largarse de allí.

—¡No seas infantil! —se quejó él, pero Raúl se había alejado lo suficiente como para no oírlo.

—Si tienes pensado matarte, no nos llames para que lo veamos. Nosotros también tenemos sentimientos —le dijo Andrea antes de coger de la mano a Saray, que miraba a la chica recién llegada con mala cara, y se fueron tras Raúl.

—Venga, ya —protestó Charly, mirándome a mí—. ¿Te vas a poner de su parte?

—Deberías pensar las cosas un poco más, tío —le dije, sin mucha energía, antes de seguir al resto.

—¡Yo pienso las cosas! —me gritó a la espalda—. ¡Pero sois unas putas abuelas!

No le respondí, ni siquiera le miré. Aceleré para alcanzar a Andrea y Saray, que casi habían llegado hasta Raúl.

—¿Por qué nos seguimos preocupando por él? —me dijo Raúl.

—Porque somos idiotas —bromeé.

—Celeste me ha dejado. —Se paró entre nosotros, mirando al suelo—. Dice que no quiere que sigamos pasándolo mal...

—Oh, Raúl. —Andrea reaccionó más rápido que yo y le envolvió en un abrazo.

Raúl escondió la cara en su pelo rizado y Saray se unió a ellos. Yo me quedé mirando, sin saber muy bien qué hacer para consolarlo.

Yo nunca me había enamorado tanto de una chica como para querer estar con ella incluso en la distancia. Nunca había sentido lo que Raúl sentía por Celeste o Charly por Silvia. Nunca había perdido la cabeza por amor. Había sentido cosas, sí, pero nada tan intenso como para que doliese.



## 40.- Banquillo

### Abram

—¡Eh! —*Gigante* y *Nobita*, el primero con una gasa taponándole la nariz, pegada con esparadrapo a las mejillas, se pusieron delante de nosotros, impidiéndonos salir del garito en el que estábamos—. ¿Qué cojones haces aquí?

—Estoy de fiesta —Compuse mi mejor sonrisa. La verdad es que no quería salpicar a Charly con mi mierda—. ¿Qué tal tu nariz?

—Ya te dejamos la universidad, no te metas en nuestro territorio otra vez —me advirtió *Nobita*.

—No me dejaste nada, gilipollas. —Di un paso amenazador hacia ellos, que no tardaron en retroceder otro—. Y ahora quita de mi puto camino si no quieres que te deje la nariz a juego con tu puta novia. —Señalé a *Gigante*.

Pasé entre los dos, empujándolos porque no parecían muy dispuestos a apartarse, pese a que estaba claro que me tenían miedo.

—¿De qué iba eso? —Charly me paró cuando nos alejamos lo suficiente.

—No tiene importancia —negué.

—¡Venga ya! —Me dirigió una sonrisilla de entendimiento—. ¿Qué vendes?

—María —reconocí, tras echar un vistazo alrededor para asegurarme de que nadie nos oía—. Así que, ahora que lo sabes, se acabó fumar gratis —bromeé.

—¡Mierda, tío! —se lamentó, aunque sabía que bromeaba también—. Vamos, a la siguiente invito yo.

Me dio un golpecito en el hombro y me guió entre bares de mala muerte hasta una discoteca. Hacía rato que habíamos perdido a las chicas con las que nos habíamos ido de la carrera ilegal, pero la verdad es que me daba igual. No tenía la cabeza para polvos en ese momento.



### Charly

—Hola. —Su voz hizo que la música a mí alrededor bajase de volumen hasta desaparecer y que la gente se convirtiese en un borrón insignificante.

—Hola —respondí.

Quizá estaba demasiado borracho, colocado o aún tenía la adrenalina a tope por la carrera, pero no quería discutir más. No quería seguir en esa realidad dolorosa que se había convertido mi vida sin ella.

—¿Podemos hablar? —me pidió.

Solo unos meses atrás habría seguido a esa chica hasta el fin del mundo sin cuestionármelo. Era tan fácil dejarme guiar por sus sonrisas, su voz dulce, su piel suave y sus ojos llenos de promesas...

Pero ahora sabía que todo era mentira, solo una máscara.

Tragué saliva y negué con la cabeza, muy despacio. Luego miré alrededor. Abram estaba enrollándose con una tía, apoyados en la barra, ignorando a la gente que quería llegar hasta allí para beber. Quise pedirle ayuda, yo no tenía fuerza de voluntad suficiente para negarme.

—Por favor —suplicó y sus ojos oscuros se llenaron de lágrimas, mientras extendía la mano hacia mí con la palma hacia arriba.

Miré su mano largo rato, como si de pronto la respuesta se fuese a presentar ante mí. Y mi cuerpo acabó actuando por cuenta propia. Era doloroso mantenerme lejos. Las puntas de mis dedos rozaron su piel clara y sentí una corriente eléctrica recorrerme el brazo entero.

Ella tiró de mi mano y me llevó entre la gente a una entreplanta que había justo debajo, donde estaban los baños. Había un par de chicas haciendo cola, pero no nos importó.

—Te he echado de menos, Silvia —reconocí y me sentí idiota por ello.

—Y yo a ti, mi amor —susurró, acariciando mis mejillas con dulzura—. No nos hagas sufrir más.

—¿Yo? —Aquello fue como una bofetada, y me hizo salir un poco de mi *flipe*—. Tú nos hiciste esto...

Iba a seguir echándole en cara todo, pero no me dejó hablar. Pegó sus labios a los míos y se apretó contra mi cuerpo, con fuerza. Sus labios eran suaves incluso cuando trataba de besarme con brusquedad y su lengua sabía a alcohol.

Tiré de sus caderas, mientras las chicas que hacían cola entraban en el baño y otras se iban, y colé las manos por debajo de su falda. Silvia gimió,

apretándose contra mí y yo tiré de su tanga para arrancárselo.

Pero no logré sentirme bien, pensé que lo haría. Antes de todo, Silvia había tenido algo que me calmaba y relajaba en cualquier situación. Ahora solo podía pensar en su traición. Me aparté de ella y dejé que apoyase los pies de nuevo en el suelo.

—¡Charly! —me llamó.

—No vuelvas a acercarte a mí, Silvia. Te odio, no quiero volverte a ver —pedí, antes de marcharme de allí.



## Carlos

—¿Cuál de ellas es tu novia? —me preguntó Izan, sentado a mi lado en el banquillo.

Supuse que se refería a Andrea y Saray, que me habían saludado desde las gradas de forma muy efusiva.

—Ninguna, son mis amigas —aclaré sin muchos ánimos.

Después de ver a Charly en aquella carrera ilegal nos habíamos ido a tomar algo por nuestra cuenta, para seguir criticando al idiota de nuestro amigo. Durante un breve espacio de tiempo había pensado que sentaría la cabeza después de dejar a Silvia, pero parecía haberse vuelto incluso más destructivo.

—¿Me has oído? —dudó Izan y me di cuenta de que le estaba ignorando.

—No, perdona.

—Te preguntaba que qué has hecho para que te castigue con los perdedores. —Señaló al entrenador con un gesto de la cabeza.

—Llegar tarde otra vez.

—Pues bienvenido al club de los que nunca jugamos —bromeó—. Yo me tiré a su hija.

—Lo mío no parece tan grave en comparación —me reí.

—La verdad es que no. Soy un eterno condenado al banquillo, pero mi padre no me deja borrarme: para él, esto es a lo máximo que aspiro en la vida. En realidad a mí lo que me va es el boxeo.

—A mí me iba esto, creo. —Quizá en algún momento había dejado de

importarme, pero no estaba seguro de cuando.

—¿Por qué no te vienes a boxear algún día? —ofreció—. Para mantenerte en forma ahora que no volverás a jugar —se rió.

—Quizá. Algún día —medio acepté, sin comprometerme a nada.



Como Izan había dicho el entrenador no me dejó jugar. Y cuando le pregunté si volvería a jugar se limitó a lanzarme una mirada asesina que hizo reírse a mi compañero entre dientes. Así que salí de allí frustrado, sin molestarme en cambiarme y me fui directo a donde estaban Andrea y Saray.

—No has jugado —me dijo Andrea, como si yo no me hubiera dado cuenta.

—Ni voy a volver a hacerlo, al parecer —resoplé, pasándome la mano por el pelo.

—¿Por qué? —preguntó Saray, arrugando la nariz.

—Porque es un gilipollas. —Salté la estrecha valla que nos separaba, para unirme a ellas en el otro lado.

—Si quieres te presento a su hija —me sobresaltó la voz de Izan a mi espalda—, para que no te deje jugar con motivo —bromeó.

—Déjalo, que le jodan, para lo que queda de temporada... —Me encogí de hombros.

—Vamos a ir a comer una pizza, ¿os venís? —nos invitó él.

Iba a negarme, pero Saray aceptó antes de que pudiera hacerlo. A veces creía que la chica tenía el mismo don para socializar que Charly. Yo no había visto a mis compañeros de equipo fuera del campo o de los entrenamientos jamás, pero ella en dos minutos aceptaba ir a comer por ahí.

Izan nos indicó que saliésemos por el vestuario y se acercó a nosotros para ayudar a Saray a llegar al campo. Yo volví a saltar al césped y tendí la mano a Andrea para ayudarla.

La chica se tropezó con la valla al tratar de pasar al otro lado y estuvo a punto de caer. Llegué a tiempo para sujetarla por la cintura. Andrea apoyó las manos en mis hombros para estabilizarse y su cara quedó a un par de centímetros de la mía.

Tragué saliva con dificultad y, pese a que no hacía calor, sentí que me

sudaban las manos. Tuve que usar toda mi fuerza de voluntad para dejarla en el suelo y apartarme un par de pasos de ella.

—Menudos reflejos, tío —me felicitó Izan—. Deberías probar lo del boxeo, en serio.

—¿Boxeo? —curioseó Andrea, mientras empezábamos a andar hacia los vestuarios.

—Es el siguiente paso después de que el entrenador te impida jugar por una gilipollez —aseguró Izan.

—Pero ¿qué has hecho, Carlitos? —se rió Saray.

—Faltar a varios partidos. —Me encogí de hombros—. Ese hombre es un exagerado. Y si me vais a preguntar por qué falté —me adelanté cuando vi la curiosidad en sus caras—: fue culpa vuestra y de los desayunos con churros —bromeé.

—Lógico —se rió la rubia—. ¿Quién pasaría del chocolate por un deporte?

—Y que lo digas, menuda locura —me burlé.



## 41.- Coche nuevo

### Abram

En algún momento del *finde*, cuando iba muy colocado, se me había ocurrido mencionarle a Charly que mi tío me había ofrecido venderme su coche. Y desde ese momento parecía que el chico no podía pensar en otra cosa.

Había retrasado la compra desde que aprobé el carné, porque me debatía mucho entre tener coche y ver a mi familia voluntariamente, pero ante la insistencia de Charly decidí no dejarlo pasar por más tiempo.

Y claro, Charly me había pedido que le dejase ir conmigo «para asegurarse de que el coche era bueno». Para mí era bueno si tenía cuatro ruedas y se movía, pero me limité a asentir y quedar en pasar a buscarle por su casa.

Cuando llegué al portal estaba hablando con una niña de unos diez años, que se quejaba exasperada y muy alto de algo, ante la sonrisa divertida de Charly.

—¡Que no quiero ir con esa gente! —decía la niña.

—Esa gente es tu familia: no haber nacido en la casa equivocada —se rió.

—¡Charly! —se quejó ella—. Te juro que si me dejas sola con ellos me muero...

—Me arriesgaré. —Charly alzó la vista de la niña para mirarme y me tendió la mano para que se la chocase—. Sube, enana.

La niña me miró un momento, como si le molestase que hubiera interrumpido su discusión, antes de darse la vuelta airada y meterse en el portal.

—¿No es muy joven para ti? —Me metí con él.

—¿Qué dices, puto enfermo? —Se rió pese a sus palabras y sacó el paquete de tabaco—. Es mi hermana, Sara. Y si te acercas a ella te mataré —me dijo, tan serio que estuve seguro de que no estaba de coña esta vez.

—No me van las niñas —me defendí, alzando las manos, aunque volví a bajarlas para coger el cigarro que me daba.

—Ya, pues siempre será una niña, hasta con cincuenta años. —Me miró

entrecerrando los ojos, haciéndome reír.

—¿Vamos a ver ese coche o no? —Agité un poco la cabeza.

Se encendió su propio cigarro y luego me pasó el mechero, mientras empezábamos a andar de vuelta a mi casa, donde había quedado con mi tío.

—Abram —me llamó Charly cuando estábamos llegando—. ¿Para quién vendes maría?

Había esperado que me preguntara desde que se enteró. De hecho, ese era uno de los motivos por los que no había querido contárselo. Era raro, pero desde la primera vez que nos habíamos tomado una cerveza juntos había sabido que era de fiar, que no me delataría. Y aun así, sabía que querría meterse en aquello. Eché un vistazo alrededor para asegurarme de que nadie nos oía, y luego apoyé la mano en su pecho para hacerle parar. Me miró con el ceño fruncido.

—Meterme en esta mierda es la peor decisión que he tomado nunca, no te imaginas hasta qué punto —susurré, algo paranoico aún—. Aléjate de esto.

—Yo no he dicho nada —se defendió, con una sonrisa inocente—. Solo era curiosidad.

—No te imaginas cómo es esa gente, Charly. —Empecé a andar de nuevo—. Y no te imaginas cómo he cambiado yo para sobrevivir entre ellos.

—Ya, lo siento, pero al menos me harás descuento de colega, ¿no? —bromeó, para relajar el ambiente.

—Claro —me reí, algo más calmado.

Había quedado con mi tío en mi portal, pero no estaba a la vista cuando llegamos. Y cuando le llamé, me pidió que subiera a casa, al parecer estaban mis hermanas allí con las niñas. No es que fuese una novedad, la verdad, siempre estaban en casa, pero mi tío parecía encantado con verlas.

—¿Quieres esperar aquí? —ofrecí a Charly—. Yo no me metería voluntariamente en esa casa de locos —expliqué.

—¿Tan malos son? —se rió—. ¿O es que tienes una hermana buenorra y no quieres presentármela?

—Tengo tres hermanas, y son todas tuyas, si las quieres. —Me estremecí ante la idea y tiré el cigarro antes de abrir la puerta.

Charly me siguió, y supe que le había picado la curiosidad. Pues bien, seguramente después de aquello entendiésemos mejor por qué vendía maría. Aquella casa era insostenible sin drogas.

Como había supuesto mis tres hermanas estaban en el salón, con mi madre,

mi abuela, mi tío y el novio de Isabel. ¿Luís? No estaba seguro de su nombre, y tampoco me importaba demasiado.

—¡Abram! —me saludó Marisa, con demasiado entusiasmo, como siempre.

—¡Marisa! —la imité con voz chillona—. Todo el mundo, este es Charly —presenté—. Charly, ellos son... mira, que se presente el que quiera —acorté, restándole importancia con un gesto de la mano—. ¿Nos vamos? —pregunté a mi tío, sin darles tiempo a presentaciones.

—¡Ay, hijo, como eres! —se lamentó mi madre, acercándose a nosotros y dándome un beso en la mejilla—. Soy Claudia, su madre —se presentó a Charly—. ¿Quieres un café o una cerveza?

—Claro —aceptó Charly, algo intimidado.

—Cerveza —aclaré a mi madre cuando ya iba a la cocina, porque si se ponía a hacer café, no saldríamos jamás de allí.

Me tomé un minuto para decirle a Charly los nombres de todo el mundo, mientras los señalaba. Él saludó con la mano, algo incómodo.

—¿Al fin has salido del armario? —se metió Isabel conmigo.

—¿Tratas de ofenderme? —me reí, mientras acercaba sillas para Charly y para mí. Mi madre volvió con cervezas—. Porque me parecería más ofensivo tener tu cara que ser gay.

Charly empezó a toser para ocultar una carcajada, mientras Isabel exclamaba algo ofendida. Mis hermanas llevaban diciendo que acabaría siendo homosexual por haberme criado entre mujeres desde que tenía uso de razón.

—¿Y de qué os conocéis? —preguntó mi abuela, mirando a Charly con sus gafas de culo de botella.

Crucé una mirada con Charly, que había perdido cualquier rastro de la sonrisa de un momento antes. Supuse que nuestra historia no era algo que ir pregonando por ahí.

—Tenemos... amigos en común —explicó Charly finalmente.



**Raúl**

Me di cuenta de que llevaba un buen rato sin escribir cuando el profesor se paró a mi lado. Le lancé una mirada de reojo, para comprobar que leía el examen sobre mi hombro, antes de intentar responder a alguna pregunta.

La verdad es que mi capacidad de concentración estaba bajo mínimos. Apenas había dormido desde que Celeste me dejó y me sentía incapaz de centrar la vista en nada. Casi suspiré aliviado cuando el profesor siguió andando y pude echar un vistazo con disimulo alrededor.

El profesor nos había movido a todos y Saray era la que estaba más cerca de mí. La rubia había pasado del examen y se miraba las puntas del pelo con aire distraído. Logró hacerme sonreír un poco.

Carlos estaba en primera fila, escribiendo en su examen con gesto concentrado, y Andrea estaba al fondo. Cruzó la mirada conmigo y articuló una pregunta que no me costó entender: quería saber si estaba bien. Yo me limité a encogerme de hombros.

No había ni rastro de Charly, pero no lograba extrañarme ya. No había aparecido por clase desde hacía más de una semana y llevaba sin verlo desde aquella carrera de coches. Ni siquiera estaba seguro de por qué estaba enfadado con él. Era un idiota, pero lo era desde que lo conocía... Quizá solo estaba cabreado en general y lo había pagado con él.

El profesor volvió a pasar por mi lado y me di cuenta de que estaba garabateando en el margen, en lugar de responder a las preguntas. Taché la cara de pelo rizado que estaba dibujando y me senté mejor en la silla para tratar de responder a algo.

Esa misma mañana había logrado averiguar la IP de Celeste. Ella no había querido decirme la ciudad en la que estaba, pero yo lo había descubierto. Había sacado los libros de clase y había llenado la mochila con ropa para ir a buscarla. Necesitaba ver su cara cuando me dijese que no quería seguir conmigo.

Yo no quería perderla. Dolía tanto la sola idea de saber que no volvería a ver su sonrisa, que nunca volveríamos a hablar... Y si no quería estar conmigo, si de verdad para ella no merecía la pena arriesgarse, quería que me lo dijese a la cara.

Me levanté del asiento y dejé el examen sobre la mesa del profesor. Había deshecho la mochila y vuelto a meter los libros, cuando Carlos me llamó para ir a clase.

Pero no lo aguantaba más. Pensaba ir a buscarla en ese mismo momento.

Solo sabía que estaba en algún lugar de Cáceres, ni siquiera sabía cómo daría con ella allí, pero la encontraría. Y si quería dejarme y rompernos el corazón, debería decírmelo a la cara.

—¿Esto es todo lo que vas a escribir? —me preguntó el profesor, repasando mi examen cuando yo llegué a mi mesa para recoger mi mochila.

—Sí.

—Vamos, Raúl... —se lamentó él—. Puedes hacerlo mejor. Inténtalo. — Me tendió el examen de vuelta.

Le miré un momento. Tenía el folio lleno de garabatos y tachones extendido hacia mí. Sabía que aquel examen era importante. Era el último parcial antes del final. Tragué saliva con dificultad, pero Celeste ganó la batalla. Necesitaba verla.

—Lo siento —le dije, antes de coger la mochila y salir de allí.

—¡Raúl! —Oí la voz de Andrea, pero cerré la puerta y me largué de allí casi a la carrera.

Estaba seguro de que mis amigos me entenderían, o quizá no, pero necesitaba aquello. El dolor no me permitía pensar, ni respirar. Necesitaba que Celeste me dijera que no me quería, si es que era así. Quizá podía convencerla de que merecía la pena luchar por nuestro amor. Yo estaba dispuesto a hacerlo.



## 42.- Lo incorrecto de ser yo

### Charly

Volví a casa a media mañana a por el tabaco, porque sin fumar ya no era persona. Podía prescindir de comer o dormir, pero no del tabaco. Pensé que como mucho estaría mi madrastra por allí, y como fingía que yo no existía probablemente le diese igual que apareciese cuando se suponía que tenía que estar en clase.

Pero no esperaba para nada encontrarme con mi padre, que me miró de brazos cruzados al entrar en casa. Me esforcé por poner mi mejor sonrisa inocente y pasé de largo para entrar en mi habitación.

—¿Desde cuando no vas a clase? —me preguntó, siguiéndome hasta la puerta del dormitorio.

—Estoy en el recreo —lo intenté.

Lanzó un papel enrollado sobre la cama, que cogí sin mucho interés. Era una lista del propio instituto, de faltas. ¿De dónde lo había sacado? Lo volví a tirar sobre la cama deshecha sin mucho interés.

—¿Un recreo de dos semanas? —Sonó cabreado—. Te permití dejar a la psicóloga, Charly, con unas condiciones...

—¡Déjame en paz, joder!

Di con el tabaco en los pantalones que había llevado el día anterior, que estaban tirados en el suelo y me lo guardé junto al mechero en el bolsillo de la chaqueta.

—No voy a permitir ese comportamiento en mi casa. —Me cortó el paso cuando iba a volver a irme.

—Tengo casi diecisiete años, no puedes obligarme a estudiar...

—No voy a obligarte a nada, ya no, se ha acabado el tiempo para eso... Sabes lo que tienes que hacer, pero no quieres.

—Entonces, ¿a qué viene la charla de los cojones? —Saqué el paquete de tabaco del bolsillo de nuevo y me puse un cigarro entre los labios, para calmar los nervios.

—Llevo meses perdiendo clientes, pensé que solo era una mala racha. El resto de talleres va bien, pero los clientes de esta zona desaparecen a un ritmo alarmante.

—Seguro que encuentras más. —Me encendí el cigarro y le di una larga calada.

—He hablado con ellos. —Aparté la mirada al sentirme descubierto—. Todos hablaban genial de su nuevo, barato y eficiente mecánico.

—¿No puedes con un poco de competencia, viejo? —intenté bromear, sin muchas ganas.

—No entiendo nada, Charly... ¿Has dejado de estudiar para arreglar coches por tu cuenta?

—Pues sí que lo entiendes... —me reí, dando otra calada.

—Sé que tus precios no son realistas. ¿Estás perdiendo dinero? —Alzó las cejas hasta que casi desaparecieron bajo su pelo blanquecino.

—No soy idiota. —Me encogí de hombros un poco. No quería tener aquella conversación con él—. Si palmase pasta no lo haría.

—¿De dónde sacas las piezas? ¿Y los contactos? Si querías dejar de estudiar para trabajar, ¿por qué no lo haces conmigo? —Me bombardeó a preguntas y yo empezaba a sentirme muy agobiado.

—¡Porque no quiero nada que tenga que ver contigo! —Subí la voz sin querer y dejé caer la ceniza del cigarro en el suelo—. No quiero deberte una mierda, porque esta familia es lo peor que podía pasarme en la puta vida.

Solo había estado diez minutos en casa de Abram el día anterior, pero, por mucho que él se quejase de su familia, había notado que esa gente le quería, se preocupaba por él. Jamás me había sentido así en mi propia casa.

—No quieres nada que tenga que ver conmigo —repitió despacio, como si saborease las palabras—. Pero me robas los clientes.

—No te los robo, no es mi culpa que vengan a mí por el boca a boca, porque mis precios son más competitivos... —Me esforcé de verdad por calmarme, porque él mantenía ese puto tono tranquilo que siempre me había puesto de los nervios.

—Tus precios son competitivos. —Hizo un amago de sonrisa burlona—. ¿Has pensado que no solo me estás haciendo perder dinero a mí? ¿Y la gente que trabaja en mi taller?

—No son mi problema.

Pasé a su lado, empujándole con el hombro porque no parecía dispuesto a apartarse de la puta puerta.

—Ni se te ocurra irte ahora, Charly —me ordenó.

Me giré en el pasillo para mirarle.

—¿O qué? —me envalentoné.

—Tus precios son bajos porque no tienes que pagar impuestos, ni un local, ni a gente —me explicó, con una paciencia infinita que me hizo apretar los dientes—. ¿De dónde sacas las piezas? —repitió la puta pregunta.

—Ya lo sabes. —No aparté la vista de él.

Mi padre podía ser una mierda de padre, pero era un buen mecánico. Tenía que saber que el único modo que tenía de conseguir piezas tan baratas era robándolas o comprándolas en sitios muy dudosos.

—¿Y qué debería hacer yo?

—¿Qué tal mirar para otro puto lado como haces cada vez que la puta de tu mujer me echa de casa?! —grité, incapaz de controlarme más—. ¡Ahora vas de padrazo, pero eres aún peor que ella!

—No hables así de tu madre —ordenó, acercándose a mí un paso. Tiré el cigarro al suelo y apreté los puños, esforzándome mucho por calmarme.

—Mi madre murió —le recordé.

Cuando era más pequeño, siempre que alguien mencionaba a mi madre acababa dándome de puñetazos con él. Por suerte había aprendido a dejar de querer a alguien que no había conocido por encima de la gente real.

—Vas a volver a clase, Charly, y a dejar esto. —Hizo un gesto, señalándome. Supuse que todo yo era incorrecto.

—No —negué.

—Volverás al psicólogo —siguió, como si no hubiese dicho nada.

—No lo haré. —Negué con la cabeza.

—Y si no aceptas mis normas, no eres bienvenido en mi casa —dijo, con tanta calma que sentí como si me hubiera dado un puñetazo, o algo peor.

—Pues ten por seguro que no volveré.

Dejé caer las llaves de su puta casa y salí de allí, dando un portazo.



## Carlos

Al final había picado y había ido con Izan a probar una clase de boxeo en su gimnasio. Y por desgracia me había encantado. Pensaba que el gusto por que te partiesen la cara era algo que solo tenía Charly, pero aquello había sido

divertido. Y como ya no me dejaban jugar al fútbol, me había servido para quemar toda esa energía extra.

Llegué a casa a medianoche, porque Izan había insistido en que fuese a cenar con sus colegas de boxeo. Y entré bostezando, muerto de cansancio. Me dolían todos los músculos.

Al entrar me encontré a mi madre dando vueltas, muy agobiada, y a mi padre mirándola con un gesto cariñoso que se apresuró a disimular al verse descubierto.

—¿Qué pasa? —pregunté, cuando mi madre volvió con una maleta y la dejó sobre el sillón.

—¡Pensé que no ibas a volver nunca! Bájame la maleta de encima del armario... —pidió ella, antes de desaparecer de nuevo en la cocina.

—¿Qué pasa? —repetí a mi padre.

—¡La maleta, Carlos! —me gritó mi madre.

Fui al dormitorio para bajarla y se la llevé al salón justo cuando ella volvía de la cocina con unos sándwiches envueltos en papel de plata.

—Mamá, ¿dónde vais? —insistí.

—¡Ay, hijo, que tú no lo sabes! —Me sujetó las manos, dejando la comida en la mesa y me obligó a sentarme en una silla a su lado—. El tío Paco ha muerto.

—¿Quién? —Quizá debería haberme afectado, pero no sabía de quién me hablaba.

Mi madre tenía una familia enorme y yo no conocía ni a la mitad, aunque ella siempre insistía en que sí lo hacía.

—Sí, el marido de la tía Concha. —Aquel nombre me sonaba más, ¿era la hermana de mi madre? Una de ellas, en total eran más de ocho, si no recordaba mal y teníamos una relación algo más estrecha con solo un par de ellas—. Vino a tu comunión.

Mi comunión... Era una graciosa referencia que mi madre usaba a menudo para hablarme de familia.

Yo no quise hacerla, porque ni Charly ni Raúl la harían, pero mi madre es muy católica y me obligó. Y, para colmo, invitó a *millones* de personas, así que pasé el día vestido de puto niño repelente rodeado de gente que no conocía y que bebían y hablaban a voces. Sin duda, no era un día en el que me hubiese quedado con la cara de nadie.

—El padre de tu prima Lucía, Carlos —explicó mi padre, de forma más

precisa—. El de Valencia.

—¿Y os vais a Valencia? —dudé, atando cabos.

—Tú también vienes, prepara tus cosas... —me pidió mi madre.

—Tengo exámenes, mamá, no puedo irme. —Ni quería ir al funeral de un señor que ni conocía. Ni siquiera es que mi prima Lucía me cayese bien, era una pesada.

—Volveremos pasado mañana, Carlos, tienes que estar allí —me regañó mi madre—. Hablaré con tu profesor cuando volvamos...

—Pero... —lo intenté, sin embargo fue mi padre el que me cortó.

—Prepara tus cosas, Carlos.

—¿Y Atila? —dudé, porque no estaba por allí.

—Lo cuidará Gema hasta que volvamos —explicó mi madre.

—¿Quién es Gema? —pregunté. ¿Con quién estaba mi pobre perro?

—La vecina del tercero.



## 43.- Cambio de dirección

### **Abram**

Seguí con miedo al *Cojo* calle abajo, después de llegar al punto donde había quedado con él. No me dijo nada. De hecho, había empezado a andar incluso antes de que llegase a él.

Me latía el corazón con tanta fuerza en el pecho que era incluso doloroso. Me había llamado un par de horas antes para decirme que «íbamos a comprobar si estaba el pastel en el horno». Ni siquiera estaba seguro de a qué se refería, pero supuse que era lo que había estado esperando.

Me dirigió una mirada por encima del hombro, antes de empujar la enorme puerta de madera de una parroquia con su único brazo. Le seguí en silencio y le miré con una ceja alzada mientras hundía los dedos en el agua bendita. Quise preguntarle, pero su mirada me hizo callarme.

Después de acercarse al altar y arrodillarse delante de este durante un par de minutos eternos, me hizo un gesto para que le siguiese por una puerta lateral. No entendía el motivo de sus acciones, porque allí no había nadie más, pero le seguí en silencio.

Me llevó a una sala grande, con un escenario al fondo y bancos alargados a los lados. En el centro había un hueco ancho despejado, con sillas en círculo. El cura estaba ya sentado en una de ellas y a su alrededor había un grupo de chavales con unas pintas similares a las mías.

—Buenas tardes —saludó el cura con amabilidad.

*Cojo* se sentó en una de las pocas sillas libres y me señaló la de al lado para que me sentase con él. ¿De qué cojones iba aquello? ¿Era una reunión de fumadores anónimos? Porque yo no tenía intención de dejarlo.

—*Cojo* me ha hablado de ti —dijo el cura, y tardé en entender que hablaba conmigo.

—Pues a mí no me ha hablado de ti —reconocí, aún descolocado.

—Puedes llamarme *Equis*. —Sonrió ligeramente.

Era un hombre entrado en años, no tanto como Marco, pero no tendría menos de cincuenta. Profundas arrugas le surcaban la cara, que me pareció tan amable como la del gran jefe. Supuse que se escondía algo tan oscuro tras su

amabilidad como pasaba con Marco.

—Encantado —respondí, porque parecía esperar que lo hiciese.

—¿Alguna novedad? —preguntó entonces, en general.

—La poli ha vuelto a atrapar al Ruso —dijo uno de ellos.

—Yo he vuelto a tener problemas para que me paguen los del local de la comida preparada... —siguió otro.

—Y en mi zona se han colado unos chavales nuevos, con heroína —explicó un tercero.

Y le siguieron un aluvión de novedades que lograron hacerme parpadear. Aquella gente tenía problemas que yo habría sabido resolver sin necesidad de un cura. El tal *Equis*, sin embargo, escuchaba a todos ellos y asentía o sonreía. Luego les dio respuesta y solución de uno en uno. Su forma de dirigir todo aquello logró impresionarme bastante, porque yo habría perdido la paciencia al segundo camello que viniera con sus gilipolleces.

Sin embargo me quedé allí, tratando de memorizar la cara de toda esa gente. Por lo que sabía podían estar todos metidos en la traición contra Marco. Quizá debía buscar la forma de investigarlos individualmente. Algunos eran tan tontos que mencionaban las zonas donde vendían, así que no debía ser difícil dar con ellos.

—Pues si eso es todo... —se despidió *Equis*.

Algunos se acercaron a hablar con él en privado. *Cojo* me dijo que quería conocerme a solas, así que me crucé de brazos y esperé hasta que todos se fueron. *Cojo* también salió y el cura se sentó a mi lado, sin sonreír esta vez.

—*Cojo* me ha dicho que quieres formar parte de lo nuestro —me dijo, sin rodeos. Al final iba a caerme bien.

—Así es —asentí, sin estar muy seguro de que era «lo suyo».

—¿Por qué? —Su cara fue indescifrable, no supe si sentía curiosidad o solo prudencia.

—Necesito pasta.

—¿Para qué? —insistió.

—Quiero estudiar, mi familia no tiene dinero. —Sonreí con inocencia—. Las carreras son caras, tío... señor, padre. Lo que sea...

—¿Qué quieres estudiar? —me habló como al resto de sus camellos y deduje que eso era bueno.

—Medicina.

—¿Te pones?

—No, señor —mentí, pero me di cuenta de que no me creía—. Algo de maría, pero no mucha, solo para convencer a clientes y eso.

—¿Sabes para lo que te estás ofreciendo?

Se puso de pie, y de nuevo no supe si estaba convencido por mi actuación o si me iba a pegar un tiro en cualquier momento.

—No —acepté.

—Marco controla todo el tráfico de maría, éxtasis y otras cosas... Yo coordino a sus camellos. Sé el dinero que gana y sé que nos llevamos muy poco, Abram —me dijo, y logró ponerme sobre aviso que supiera mi nombre.

—Lo sé —asentí. En realidad, yo también había echado cuentas y sabía que los precios de Marco eran buenos. *Chino* compraba la maría mucho más cara antes de que empezase a comprársela a Marco—. Subí los precios para poder ganar algo de dinero: todo el riesgo debería merecer la pena —mentí.

En realidad, había subido los precios un par de meses después de empezar a vender, pero solo con los clientes con los que tenía la suficiente confianza como para saber que no lo irían diciendo por ahí ni comprarían a otro. *Hámster* había insistido mucho sobre la importancia de vender al precio que fijaba Marco.

—*Cojo* me lo dijo. —Asintió un par de veces—. No nos gusta cómo hace Marco las cosas —tanteó, mirándome fijamente—. Queremos un cambio.

—¿De dirección? —Sonreí amistoso.

—De directivos. —Me devolvió la sonrisa—. Y cuando tengamos el cambio, los precios serán competitivos y no os jugaréis el cuello por una miseria. ¿Estás con nosotros?

—Por supuesto —acepté.

No me atreví a preguntar como iban a cambiar «la directiva». Estaba claro que esos yonkis no podían competir contra los *sobahuevos* trajeados de Marco. Aquello me hizo pensar que el *señor Equis* tenía un as bajo la manga o que quizá iba a mandar a esa gente en primera línea a la muerte y reinar sobre los restos y el humo.

—*Cojo* te contactará para la siguiente reunión —me dijo, tendiéndome la mano—. Piensa bien lo que quieres, Abram, porque, cuando esto empiece, ya no habrá marcha atrás.

—Lo tengo claro, *señor Equis* —sonreí con confianza, aceptando su mano y apretándola con fuerza.



## Raúl

Pensé en llamar a Celeste en cuanto bajé del autobús pero mi móvil se había quedado sin batería. Me subí la cremallera de la chaqueta, me ajusté la mochila, que llevaba llena de ropa limpia, y miré alrededor, planteándome por dónde empezar a buscar a Ce.

La idea de que me rechazase me acojonaba pero necesitaba que me dijese lo que fuera a la cara. Me dije que podría convencerla de que me esperase, solo hasta que cumpliéramos dieciocho. Y si no... al menos sabría que no me quería. Lo vería en sus ojos. No sería a través de una llamada de teléfono.

Caminé sin rumbo: no conocía la ciudad y sin el GPS del móvil estaba completamente perdido. Charly siempre lograba ubicarse, de alguna forma que me parecía casi mágica. Yo tuve que preguntar a cinco personas diferentes hasta que di con una biblioteca con wifi.

Busqué los colegios católicos de la zona y me imprimí un mapa con estos marcados. Si tenía que buscar a Celeste en todos, lo haría.

Pero mi plan empezó a flaquear cuando anocheció. Estaba claro que a esas horas Celeste no iba a estar en clase y yo apenas tenía treinta euros. Ni siquiera había pensado que tendría que pasar la noche allí y tenía frío.

Volví a la biblioteca para buscar un motel barato, pero no di con uno que costase poco y que tuviera habitaciones libres. Al final, me resigné a pasar la noche al aire libre. Charly lo hacía cada dos por tres. No podía ser tan malo, ¿no?

Caminé hasta uno de los colegios y busqué un sitio cerca para quedarme. Al final, me senté en un banco y me abracé a la mochila para darme calor y que nadie me la robase. Sin duda, yo no era como mi amigo.

Con un poco de suerte al día siguiente daría con Celeste y podría volver a casa, si es que podía pagar el billete de autobús. Definitivamente, no había pensado en aquello demasiado. Era un puto idiota.



Me desperté helado y con el cuerpo entumecido. En realidad no había

dormido nada, me había quedado allí sentado toda la noche. Ahora, la idea de que Celeste de verdad no me quisiera me hacía sentir horriblemente mal.

Me eché el aliento en las manos para calentármelas, pero no había manera. Luego me di cuenta de que los alumnos habían empezado a llegar, con uniformes colegiales, y me levanté de un salto para acercarme a mirar. Estaba seguro de que el pelo rojo de Celeste llamaría lo suficiente la atención como para distinguirla de lejos, pero, aun así, me quedé al lado de la puerta para verla llegar.

Esperé hasta que el último alumno entró y una señora con cara de mala leche cerró la puerta del centro, dejándome fuera, pero no vi a Celeste. Y me sentí aún más frío y desmoralizado que antes.

¿Y si no la encontraba? Decidí que lo mejor era buscar un sitio cerca donde cargar el móvil y llamarla. No habría sorpresa, pero mejor eso que no encontrarla.

Entré en una cafetería y pedí que me dejaran cargarlo mientras me tomaba un café caliente. No quería gastar dinero, pero si no lo hacía me iba a morir de frío y sueño. La camarera me lanzó una mirada de pena y me dejó cargar el móvil.

Me quedé allí hasta que estuvo al cien por cien de batería (aunque me había acabado el café un rato antes) después pagué y me fui. Probé a llamar a Celeste, aunque estaría en clase, pero quizá tuviese el móvil. ¿No?

Sin embargo, una voz metálica y antinatural me avisó de que el número de teléfono al que estaba llamando no existía. Miré el móvil, como si pudiera ser posible que me hubiese equivocado al marcar.

¿Celeste había cambiado de número? Estaba seguro de que había sido cosa de su padre. ¿Y si él la había obligado a dejarme? Me apreté los ojos y me fui al siguiente colegio. Esperaría a la salida, para ver si la veía.



## 44.- Velatorio

### Charly

—¿Estás bien? —me preguntó Saray, pasando las manos por mi pelo y haciendo que levantase la cabeza para mirarla—. Tienes cara de no haber dormido.

—No he dormido —reconocí, sujetando sus manos para que soltase mi pelo. Luego me moví en el banco para que pudiese sentarse a mi lado—. ¿Y los demás?

—Carlos está en Valencia en el funeral de un tío o algo así —explicó Andrea, sentándose a mi otro lado—. Y Raúl se largó ayer de un examen y tiene el móvil apagado.

—Eso no suena a Raúl... —negué preocupado.

—No, suena más a cierto capullo de pelo negro y ojos verdes —me picó Saray—. Que por cierto, tampoco estaba en ese examen...

—No me suena ese tipo, pero tiene pinta de gilipollas —sonreí—. Descríbelo un poco más... ¿Guapete?

—Bastante creído en realidad. —Trató de ponerse seria, pero se le curvaron los labios hacia arriba—. Entre tú y yo, y porque hay confianza, te diré que no es para tanto...

—Pues definitivamente no lo conozco —me reí.

—Qué bien te lo montas, ¿no? —llamó mi atención la voz de Abram.

—Y eso que no soy para tanto —bromeé, pasando un brazo alrededor de cada una y recostándome mejor en el banco.

—¿Sabías que hablaba de ti?! —siguió Saray con la coña.

—Aquí eres la única rubia, nena. —Le di un sonoro beso en la mejilla, antes de sacar un cigarro y pasarle el paquete a Abram—. ¿Y a ti que te pasa? —pregunté, porque miraba hacia todos lados como si le siguiera un perro salvaje.

—Nada. —Se encogió de hombros antes de devolverme el paquete, después de cogerse un cigarro.

—¿A quién has cabreado? —se rió Saray.

—Espero que a nadie, joder —respondió él, aunque sonrió un poco—. Pero nunca se sabe. —Volvió a mirar alrededor—. ¿Vamos a tomarnos algo?

—Estoy pelado.

—Yo creía que el que lo sugería invitaba —bromeó Saray.

—Me vale, con tal de tomarme una cerveza —aceptó Abram.

Generalmente no aceptaba que me invitasen sin más, pero después de haber dormido en ese puto banco me parecía una idea genial.

Había pensado, después de largarme de casa una vez más, en irme a dormir al garaje, porque tampoco era la primera vez que dormía allí, pero había tirado las llaves de este con las de casa de mi padre. Y las de Raúl también. Sí, era un puto gilipollas.

Supuse que podía pedirle a Sara que las recuperase para mí, pero la verdad es que prefería pasar un par de días a mi bola, para que se relajase un poco el ambiente.

No fuimos muy lejos para tomar esa cerveza, solo a un bar que había al otro lado del parque. Nos sentamos en la terraza para poder fumar y Abram entró a pedir. Parecía haber aceptado lo de invitarnos.

—¿Con quién hablas tanto? —pregunté a Andrea, porque no había soltado el móvil desde que había llegado al parque.

—Con un amigo de Carlos —me dijo, cuando Abram volvía con cuatro cervezas.

—¿Carlos tiene más amigos? —Fingí sorpresa—. ¿Nos pone los cuernos con otros? ¿O te refieres a Raúl?

—¿Por qué eres tan idiota? —se quejó Andrea, aunque sonrió un poco.

—Es Izaaaaan. —Alargó mucho la «a» Saray, con una sonrisilla pícara.

—No sé quién es. —Le di un trago a la cerveza.

—Un compañero de fútbol de Carlos —explicó Andrea—. ¿Sabes que lo va a dejar?

—¿A Izan? —bromeé.

—El fútbol. Carlos. —Me miró mal, haciéndome reír de nuevo.

—Mis amigos ya no me cuentan nada —me lamenté.

—¿Y por qué será? —Andrea dejó el móvil con demasiada fuerza sobre la mesa y Abram y yo cogimos nuestras cervezas a la vez para que no se derramasen—. ¿Sabes que Celeste ha dejado a Raúl?

—No —reconocí. ¿Habían dicho que Raúl no estaba por ningún lado? Un mal presentimiento se alojó en mi pecho—. ¿Cuándo?

—Mientras tú hacías el gilipollas en esa carrera —me regañó, cruzándose de brazos.

No habíamos vuelto a hablar desde entonces y, la verdad, esperaba que se les hubiera olvidado. Lo último que necesitaba era que me abroncasen otra vez.

—Andrea, déjalo —pidió Saray.

—¿Por qué? —se envaró la castaña.

Andrea normalmente no se enfadaba; de hecho, solía ser bastante calmada y poner coherencia a la situación. Pero en esa ocasión parecía furiosa conmigo. Y quizá la reacción apropiada habría sido disculparse, pero yo no había hecho nada malo.

—Si corro o no en carreras, no es tu problema... Aunque si hubiera sabido que iba a correr no os habría avisado... —medio expliqué—. Para evitarme otra puta charlita. Tío, ¿no os cansáis de tratarme como si fuera un niño pequeño o idiota? No vayas allí, no hagas esto, no bebas, no salgas, no corras... Me tenéis hasta la polla.

—Lo hacemos porque nos preocupamos por ti —se defendió Andrea.

—¿Y cuándo es la última puta vez que yo os he dicho lo que hacer? —Arrastré la silla para ponerme de pie—. Jamás os he dicho qué tenéis que hacer con vuestra puta vida, porque confío en vosotros. Y si tomáis una puta decisión equivocada, siempre he estado ahí para apoyaros. No para deciros «ya sabía yo que estabas equivocado», como hacéis vosotros.

—Pues si tan malos amigos somos, no sé por qué sigues siendo nuestro amigo... —Se cruzó de brazos Andrea.

—¡Andrea! —regañó Saray, mirándonos alternativamente.

—¿Eso es lo que quieres? —Alcé la ceja, mirándola fijamente, e ignorando a Saray que trataba de calmarnos.

—Tú quieres que seamos diferentes, pues yo no puedo dejarme de preocupar por la gente que quiero...

—Tú quieres que yo sea diferente, y deje de hacer las cosas que me hacen ser yo...

—¿Hacer el gilipollas en un coche a doscientos por hora es ser tú? —Se puso de pie también, y subió el volumen. Que teniendo en cuenta que Andrea con su tono normal era gritona, cabreada debía estar oyéndola hasta Carlos en Valencia.

—Sí. —Me metí las manos en los bolsillos y respondí con un tono calmado—. No te puedes imaginar lo bien que me sentí en ese puto coche. No me había sentido tan bien en meses...

Seguramente desde antes de saber de la traición de Silvia.

—Pues yo no quiero ser tu amiga mientras te arriesgues de esa forma tan tonta. No quiero preguntarme si seguirás vivo a cada instante.

—¡Genial! —respondí picado, me di la vuelta y me largué de allí.

No miré a Saray ni Abram, porque sabía que si lo hacía no podría irme. Ninguno de ellos trató de alcanzarme, y lo agradecí, porque me sentía jodidamente mal. ¿Tan malo era que hiciera las cosas que a mí me gustaban?

Odiaba estudiar, había querido dejarlo desde hacia años. Solo quería arreglar coches y no tener que rendir cuentas a nadie. ¿Tan erróneo era mi modo de ver las cosas? Mi padre también parecía pensar que yo me equivocaba en todo.

Caminé sin rumbo, durante horas, hasta que me di cuenta de que no tenía ningún lugar al que volver. Ningún sitio al que ir. Nada que hacer.



## **Carlos**

Aquel día se me hizo eterno. Nunca antes me había pasado el día en un velatorio y esperaba no tenerlo que repetir jamás, por poco realista que fuese. Allí, dentro de una sala bastante enana, había un millón de personas, y ellos me hablaban como si me conociesen de toda la vida, pese a que la mayoría ni siquiera eran familia de verdad.

Mis padres habían cogido un hotel y pude pasar la noche allí, aunque a primera hora mi madre había ido a buscarme para llevarme al tanatorio. Y todo había ido a peor después de ese momento.

A la única que conocía en persona era a mi prima Lucía y no me había atrevido a decirle nada. Ella estaba sentada en una silla, delante del cristal desde el que se podía ver a su difunto padre, con la vista perdida. Yo ni siquiera había querido asomarme allí, pese a la insistencia de mi tía por que lo hiciese. ¿Por qué? No lo sé.

Logré sentarme fuera de la sala, entre otro montón de gente que no conocía, y pasarme el día mirando el móvil. Raúl no respondió a ninguno de mis mensajes y tampoco Charly. Andrea respondía cada media hora y eso que estaba en línea.

Al final, con la única que logré hablar de forma fluida fue con Saray, que me contó que Charly y Andrea habían discutido. Cuando pregunté a Andrea el motivo dejó de responder del todo.

—Carlos —me llamó mi madre, cuando yo empezaba a morir de hambre, pese a que había cenado un bocadillo un rato antes—. La tía Concha me ha pedido que saquemos a Lucía de aquí un rato. Vamos a llevaros al hotel, ¿vale? Te quedas con ella a pasar la noche y mañana vamos a buscaros para ir al funeral...

Quise quejarme, no quería pasar la noche con ella, pero quería largarme de allí. Así que me limité a asentir. Pregunté a Saray cómo consolar a la chica, porque siempre se me había dado fatal, pero ella se limitó a soltar un chiste bastante bestia. A veces se parecía demasiado a Charly.

Mi madre no se había pensado mucho lo del hotel. Me di cuenta al llegar, porque solo había una habitación, aunque había dos camas.

—Pedid algo para cenar y si necesitas algo me llamas —pidió mi madre, dándome un beso en la mejilla. Luego se acercó a Lucía y le dijo algo que no alcancé a oír. Mi prima, sin embargo, asintió con un esbozo de sonrisa.

—¿Quieres cenar algo? —pregunté, cuando mi madre volvió a irse.

—No. —Se acercó con timidez a la cama y luego se quedó allí plantada.

—Elige la que quieras —señalé ambas—, el baño es esa puerta —indicé, incómodo—. Mira, voy a pedir algo, deberías comer y yo tengo hambre...

Me acerqué al teléfono y busqué la carta, que estaba sobre la mesilla. Lucía no respondió, se fue directa al baño. Llamé y pedí algunas cosas al azar, unos sándwiches, hamburguesas y refrescos.

—Carlos —me llamó Lucía, saliendo del baño—. ¿Puedes dejarme una camiseta o algo? —Señaló su vestido negro—. No es muy cómodo para dormir.

—Claro.

Me levanté a toda prisa y rebusqué en mi maleta algo para dejarle. Encontré una camiseta de manga larga y un pantalón de chándal y se lo pasé.

—¿Te importa que me duche? Me siento llena de lágrimas y babas de viejas —bromeó, sin llegar a sonreír.

—Lo que quieras, Lucía. —Le hice un gesto para restarle importancia y me tumbé en una de las camas.

La cena llegó unos diez minutos después, cuando aún se oía caer el agua de la ducha. Dejé el carrito junto a las camas y volví a tumbarme para esperar a

Lucía. Andrea me llamó solo un minuto después.

—¿Qué pasa? —respondí.

—Nada —susurró—. Has preguntado por qué he discutido con tu amigo y era muy largo para un mensaje —explicó, parecía afectada.

—¿Por qué habéis discutido?

—Porque es un imbécil —suspiró y me pareció que estaba llorando—. Se piensa que no tenemos derecho a preocuparnos por él, o yo qué sé. Y dice que le echamos las cosas en cara y que nos preocupamos y queremos cambiarlo...

—¿Os habéis enfadado mucho? —pregunté.

Sabía que la intención de Andrea no había sido mala, pero por lo general lo mejor era dejar que a Charly se le pasase la tontería solo y no entrar en peleas absurdas. A la larga era mucho más sano. Aunque hasta yo me saltaba mi norma a veces y entraba al trapo.

—Creo que ya no somos amigos —me dijo y esta vez tuve claro que lloraba.

—Andrea... Se le pasará —prometí.

—Ya —murmuró.

—Tu ropa me queda enorme —se quejó Lucía, saliendo del baño, sujetando el pantalón para que no se le cayese.

Estaba muy delgada y era verdad que mi ropa le quedaba enorme. La camiseta le valía casi de vestido.

—Lo siento —me reí un poco.

—Vaya, no sabía que estabas con alguien, hablamos otro día —se despidió Andrea, y me colgó sin darme tiempo a explicar nada.

—Perdón, no había visto que estabas hablando —se disculpó Lucía.

—Da igual. —Miré un momento el móvil antes de ponerlo a cargar—. Vamos a cenar algo.

Conseguí que se comiese unos sándwiches y tomase un refresco, mientras yo me comía la hamburguesa y veíamos un documental en la tele, porque no se sintonizaba nada más.

—¿Y cómo te va la vida? —me preguntó después de un rato.

—Bien. ¿Y a ti? —Me arrepentí de la pregunta nada más hacerla, y la miré para asegurarme de que no la había cagado mucho.

Lucía se quedó mirando el vacío y no supe que decir para arreglarlo. Ella habló antes de que se me ocurriese nada.

—¿Crees en el Cielo? Quiero decir, de forma poética, no en lo de arriba

sin más —sonrió un poco, sin dejar de mirar la nada.

—No lo sé, supongo —mentí: la verdad es que no creía en nada.

—¿Y en el Infierno? —Me miró finalmente.

—No, no sé... —respondí incómodo.

—Si existe el Infierno él estará allí. —Volvió a perder la mirada—. Y algún día, volveré a verlo en ese lugar.

—No digas tonterías, Lucía, tú no irás al Infierno...

Se lanzó a mis brazos entonces, tan de golpe que estuve a punto de caerme de la cama. Empezó a llorar enterrando la cabeza en mi cuello y yo no pude más que palmearle la espalda, en un intento muy triste de animarla.

—Gracias —susurró muy bajito.

No supe lo que me estaba agradeciendo, pero me quedé allí, intentado consolarla.



## 45.- Investigación

### Abram

No había sido muy difícil descubrir dónde vendían y vivían los dos primeros camellos que vi en la reunión con el *señor Equis*, ninguno parecía demasiado celoso de su intimidad. Quizá tenían claro que no los iban a pillar, o tal vez les daba igual.

Sin embargo el tercero logró traerme de cabeza. Tuve que ir a dos reuniones más antes de conseguir seguirlo a la salida de una de ellas. Y después de dos días siguiéndolo, llegué a la conclusión de que no sabía nada de él.

No logré verle vendiendo, ni trabajando en nada, para el caso. Ni siquiera estaba muy seguro de dónde vivía, porque se metía en el metro por las noches, después de todo el día dando vueltas sin que lograra ver un objetivo claro. Y no podía seguirlo en el metro desierto sin llamar su atención.

Al tercer día estaba dispuesto a rendirme. Quizá me había pillado y estaba esperando a que dejara de seguirlo para seguir con su vida o algo así. Esperé junto a la tienda de videojuegos en la que entró, jugando con el mechero en el bolsillo. Si no hacía algo interesante después de aquello me iría a casa.

Y entonces lo vi: abrió una de las cajas de videojuegos, miró alrededor y se metió la mano en los bolsillos. Habría pensado que estaba robando si no hubiese sabido que esas cajas estaban vacías. Le habían dejado algo allí.

Le seguí cuando volvió a salir, más motivado esta vez. ¿No estaba dando vueltas sin sentido? Quizá todo aquello tenía explicación. Me ajusté más la capucha y me aseguré de dejar una distancia prudencial.

Un par de chicas se cruzaron con él, y paró bruscamente para gritarles improperios. Luego cambió el rumbo para seguir las. Puse los ojos en blanco y me apoyé contra una columna del centro comercial para que no reparara en mí. No era la primera vez que hacía algo parecido, y yo había tenido que controlarme mucho para no partirle la cara.

—¡Menudas zorras! —les dijo, mientras ellas aceleraban para librarse de él.

Yo agaché la cabeza para que no me viera, mientras le oía comentar lo «dura que se la habían puesto». Me mordí la lengua para no darle un puñetazo

y le seguí hasta una tienda de chucherías, donde cogió un puñado de gominolas y se las metió de golpe en la boca. La tendera le dijo algo, pero él se limitó a reírse ruidosamente y tirar al suelo lo que había sobre el mostrador.

De nuevo decidí que lo mejor era largarme, antes de liarla, porque estaba claro que aquel gilipollas no era el cerebro de la rebelión, pero quería saber dónde vivía, por si acaso. Aquel día cogería el tren con él, encontraría su casa y podría tacharlo de mi puta lista.

Salió a la parte de atrás del centro comercial, donde estaban la zona de restaurantes y las terrazas exteriores. Se acercó a un grupillo de dos chicas y un chico y les dijo algo que no alcancé a oír.

Allí podría verme con demasiada facilidad, así que me obligué a quedarme alejado, y perderme lo que fuera que estaba diciendo. No me pareció que aquella gente fuese a comprarle nada, quizá eran sus amigos, aunque parecían demasiado jóvenes para él. El chico tendría unos quince como mucho, y las dos chicas eran niñas de apenas diez años...

Una de ellas agitó el pelo negro y le miró con el ceño fruncido y reconocí esa cara de cabreo. Era la hermana de Charly.

—¡Joder! —maldije.

—¿Me has llamado? —me preguntó la camarera de la terraza que tenía al lado.

No respondí, porque no podía apartar la vista de la hermanita de Charly. Estaba claro que lo que fuera que le estuviese diciendo ese camello no era de su agrado, del de ninguno de ellos.

El camello empujó al chico y sujetó a las dos chicas de los brazos. ¡Joder! Sabía que Charly no me lo perdonaría jamás si no evitaba lo que fuese que ese cabrón iba a hacerle a su hermanita. Seguramente yo no me lo perdonaría jamás.

Me ajusté aún más la capucha, para asegurarme de que la niña no me reconocía y me subí la cremallera para que me tapase la boca. Acorté la distancia que nos separaba y me puse entre ellos.

—¿Qué haces, gilipollas? —me dijo el camello, y por su forma de frotarse la nariz me quedó claro que iba colocado. Eso debía haber cogido en la tienda de juegos.

—¿Tienes maría? Quiero pillar. —Traté de sonar más yonki de lo que debía sonar normalmente—. O coca o algo.

—Estaba haciendo tratos con esta amable gente —negó, señalando a mi

espalda.

—Yo creo que ellos ya se iban. —Clavé la mirada en el chico, que sujetó a sus amigas o lo que fueran y aceleró el paso para largarse—. ¿A cuánto vendes? —llamé su atención, porque parecía querer seguirlos.

—Colega... Esas tías me la hubieran chupado por un poco de maría... —se lamentó.

—Vas colocado, gilipollas. —Le sujeté de los bordes de su sudadera—. Como vuelva a verte cerca de una niña, te reviento las pelotas. —Le empujé, derribándole y me fui en la dirección contraria que la hermana de Charly.

Supuse que ya no podría seguirle sin que me descubriese, así que caminé hasta casa de Charly y esperé a que volviese su hermana. Quería asegurarme de que lo hacía bien.



## **Raúl**

Al cuarto día me di por vencido. No me quedaba dinero y no encontré a Celeste, ni forma de ponerme en contacto con ella. Y para colmo, ni siquiera sabía cómo iba a volver a casa.

Había dormido en la calle esos días y me dolía todo el cuerpo, sobretodo la cabeza. Además, me sentía resfriado. Gasté el poco dinero que llevaba en comida caliente, porque me moría de hambre. Y no se me ocurrió cómo iba a pagar el billete de vuelta.

Me metí en un centro comercial para cargar el móvil en una cafetería, aunque no tenía dinero ni para un café.

Me pregunté cómo haría Charly para volver si estuviese en mi lugar, pero seguramente él tuviese mil ideas y recursos. Y a mí no se me ocurría nada. Nada que no fuese robar o algo parecido y aquello no era lo mío. Al final, decidí que lo mejor era preguntar a Charly.

Salí de la cafetería y me metí en el baño del centro comercial para llamarle, después de lavarme la cara, para despejarme un poco. Me sentía como un grandísimo idiota.

—Raúl, ¿estás bien? —respondió Charly al primer tono.

Todos ellos me habían llamado, pero me daba vergüenza decirles lo que

había hecho, así que había ignorado sus llamadas.

—Necesito ayuda —reconocí, sorbiendo por la nariz. Estaba seguro de que incluso tenía fiebre.

—¿Qué pasa? ¿Dónde estás?

—En Cáceres —suspiré—. Vine a buscar a Celeste.

—Oh, Raúl —se lamentó mi amigo.

No debía haberle costado atar cabos y saber que las cosas no nos habían ido muy bien. Si al menos la hubiese encontrado...

—No tengo pasta y no sé como volver —expliqué.

—Tranquilo. —Sonó calmado, como solo Charly podía estarlo en una situación así. Yo me apoyé en el lavabo y dejé que él se hiciese cargo de todo —. Te llamaré en una hora, ¿vale? No te preocupes, esta noche estarás aquí — prometió.

—Gracias —murmuré.

No me respondió. Supuse que me había oído, pero no dijo nada, se limitó a colgar.

Me quedé allí quince minutos. Luego decidí ir a buscar un sitio en el que sentarme. Me moría de ganas de meterme en mi cama y dormir tres días seguidos.

Y entonces, al salir a la terraza interior de la cafetería donde había cargado el móvil la vi. Hubiese reconocido su pelo rojo y rizado, largo hasta media espalda, en cualquier lugar. Y me quedé allí parado como un imbécil, sin saber qué hacer o decir.

Había renunciado a dar con ella ya, y me había olvidado de los discursos que llevaba cuatro días planeando en mi cabeza. Solo pude mirarla, como un puto acosador, mientras charlaba con los que supuse que eran sus nuevos amigos. Dos chicas y un chico.

Me moví un poco para dejar de ver su espalda y ver su cara, de perfil. Se reía de algo que una de las chicas contaba. El chico apoyó la mano sobre la suya y ella se limitó a sonreírle. Tragué saliva con dificultad y di un paso hacia ella.

¿Por qué parecía feliz? ¿Por qué no parecía sufrir tanto como yo? Me había convencido de que solo me había dejado porque su padre le había obligado, pero en ese momento, no pude crérmelo. Porque sonreía de verdad, no como lo había hecho yo durante las últimas semanas. No sonreía por obligación. Ella era feliz, y lo era sin mí.

Di otro paso hacia ella. Justo cuando se acercaba un poco más al chico para decirle algo al oído. Y entonces decidí que no tenía nada que decir.



## 46.- Vuelta a la rutina

### Charly

Pasé de pie los últimos veinte minutos de viaje, con el miedo apretándome el corazón. Apenas me lo había creído cuando Raúl me había dicho dónde estaba, y eso que llevaba días sospechando que había hecho alguna locura, porque no daba con él.

Salté del autobús en cuanto paró y abrió las puertas, y lo encontré sentado en un bordillo, mirando el móvil. Alzó la vista hacia mí cuando llegué y se levantó de un salto. Se abrazó a mí con fuerza y sentí cómo temblaba.

—¿Estás bien? —Le aparté un poco para mirarlo, pero él tosió un par de veces y dio un par de pasos hacia atrás.

—Sí... No tenías que venir, podías haberme mandado la pasta o algo... — Miró al suelo, triste.

—Quería venir, tú lo hubieras hecho por mí. Y ahora volvamos —sugerí.

—¿De dónde has sacado el dinero? —me preguntó, mientras nos acercábamos a comprar los billetes de vuelta.

—De la carrera del otro día —mentí, sin mirarle.

Me había gastado el dinero de la carrera en cuanto lo tuve en mis manos, prácticamente. Me había parecido una idea genial hacer una inversión en herramientas para trabajar. Y realmente lo habría sido, si no hubiese tenido que ir a buscar a Raúl.

Aun así, no pensaba decirle que había tenido que venderle mi moto al *Hierros* para pagar el autobús. Y, para colmo, como la mayoría de las piezas se las había robado a él, en cuanto se diese cuenta, y se daría cuenta, no podría volver a currar para él.

—Te lo devolveré —me dijo, cuando yo estaba pagando los billetes.

—No quiero que me des dinero —me negué.

—Pero...

—No quiero dinero, Raúl, ¿vale? —Me envaré un poco, porque estaba bastante tenso—. Me debes una caña —zanjé el asunto.

—Claro —aceptó, resoplando. Luego volvió a toser con fuerza.

—Y no me pegues el constipado —pedí, algo más relajado.

—Me quiero morir.

—Vamos, te invito a comer algo. Queda media hora para que salga el bus.



Dejé a Raúl junto a la ventanilla al subir al bus y yo me puse al lado del pasillo: quería tenerlo controlado. No habló, ni sonrió, ni me miró a la cara durante un buen rato. Aunque había comido con ganas y muy rápido, como si llevase tiempo sin hacerlo. Y quizá era así.

—¿Qué ha pasado? —Me decidí a preguntar cuando arrancó el bus.

—No quiero hablar —murmuró, recostándose mejor en el asiento y cerrando los ojos.

—¿Seguro?

Yo no era de hablar las cosas, pero a mis amigos les gustaba demasiado la charla inútil.

—La encontré —susurró, aún con los ojos cerrados—. Estaba con gente, riendo, feliz...

Pude ver el dolor en su rostro. Apretó los ojos y no supe que decirle para consolarlo. Podía entender lo que sentía.

—Lo siento —dije finalmente.

—No me molesta que sea feliz... Prefiero que esté así antes que sufriendo —explicó, y eso no lo entendí. Yo prefería que la puta de Silvia sufriese mucho, tanto como lo hacía yo—. Pero pensé que me necesitaría tanto como yo a ella...

—Encontrarás a otra tía, Raúl, hay más que botellines.

—No quiero a otra. —Se giró hacia el lado contrario, de forma que solo conseguí verle la nuca.

—Lo sé, la vida es una mierda. —Le palmeé el brazo.

—No quiero volver a hablar de ella jamás, Charly. —Se incorporó para mirarme de nuevo—. No quiero que volvamos a mencionarla, ni hablar de esto, ni nada.

—Está bien —acepté. Cada uno llevaba el dolor como podía.

—No quiero que nadie sepa que he venido —pidió.

—Tranquilo, no contaré nada —prometí.



## Carlos

—¡Cuidado, tío! —llamó mi atención Raúl.

Apenas pude agacharme antes de que la pelota que me había pasado estuviese a punto de fusilarme la cabeza.

—¿Qué coño haces? —me quejé, mientras corría para alcanzar el balón.

—¿Yo? —replicó cuando llegué de nuevo hasta donde estábamos entrenando. El profesor de educación física nos había puesto a hacer pases y tonterías similares—. Eres tú el que parece que no estás aquí.

Raúl miró alrededor, como si quisiera entender por qué estaba yo tan distraído. Y supuse que no le costó averiguarlo. Andrea y Saray se pasaban el balón detrás de mi amigo. Aunque lo hacían de forma más calmada que nosotros, comentando algo y riéndose.

—Estoy aquí. —Le di un par de toques al balón antes de pasárselo de nuevo.

—Ya —se rió Raúl sin muchas ganas.

Después de pasarse unos días desaparecido había vuelto como si nada: hablaba, se reía y fingía que estaba bien. Aunque a veces, cuando creía que nadie le miraba, se quedaba con la vista perdida.

Pateé el balón cuando me lo devolvió y aterrizó muy cerca de Andrea. La chica se apartó sobresaltada, pensando que iba a darle, luego me miró riéndose, aunque se puso seria al verme y tiró el balón de vuelta a Raúl.

Llevaba cosa de una semana sin hablarme. La última vez que lo habíamos hecho fue por teléfono cuando yo estaba en Valencia. Después de eso le había escrito y había intentado explicarle que era mi prima la que estaba conmigo, pero ella me había ignorado completamente. Incluso comentó en una ocasión que no tenía que darle explicaciones.

Sin embargo, ni me miraba, ni me hablaba, ni me sonreía. Y a mí me dolía cada vez que me ignoraba.

La pelota me golpeó en el hombro, cuando de nuevo estaba demasiado distraído para verla, y Raúl se quejó sonoramente. Me rasqué donde me había dado, porque picaba, y traté de centrarme en lo que estaba haciendo.

—¡Vamos a cambiar de equipos! —gritó el profesor—. ¡Y de ejercicio!

Me las apañé para quedar cerca de Andrea y ponerme con ella para el siguiente ejercicio. Saray pasó a mi lado, me dio una palmadita en el hombro y se acercó a Raúl. No escuché al profesor mientras explicaba lo que había que hacer, pero deduje que no sería muy difícil.

—¿Por qué no me hablas? —pregunté finalmente.

Andrea se pasó la mano por el pelo y se topó con la coleta. Estaba rara con el pelo recogido, porque solía llevarlo suelto, pero aun así, me pareció guapísima.

—Sí que te hablo. —Se encogió de hombros y movió la pelota hacia ella.

—No es verdad —me quejé.

Dio un par de toques al balón, de forma bastante torpe, y me lo pasó de nuevo. Yo puse el pie encima, porque no quería distracciones, quería que me hablase.

—Sí que te hablo, Carlos —sonó algo incómoda—, te estoy hablando justo ahora.

—No me hablas desde que me llamaste la semana pasada por teléfono...

No había dejado de pensar en ese momento, de tratar de entender qué había hecho mal. Lo único que se me ocurría es que pensase que yo y Lucía teníamos algo, pero ¿por qué se iba a cabrear por eso? ¿Acaso estaba celosa? La idea casi me hizo sonreír. Pero sabía que Andrea era mi amiga, solo mi amiga, nunca se pondría celosa.

—Vamos, Carlos, pasa el balón, no seas chupón —bromeó el profesor.

Le di un par de toques y se lo pasé de vuelta a Andrea, que dejó que se fuese un poco para alejarse de mí, o eso me pareció al menos, porque no se lo había tirado fuerte.

—Era mi prima —le dije, cuando volvió a acercarse muy despacio—. Mi madre me obligó a que me quedase con ella —expliqué—. Nos quedamos en el hotel y le dejé mi ropa para dormir...

—No tienes que darme explicaciones, Carlos, puedes salir con quien quieras... —Se encogió de hombros y volvió a pasarme la pelota.

—¡Ya lo sé, joder! —me cabree—. Trato de que dejes de estar enfadada conmigo, ni siquiera sé qué he hecho mal... No soporto que ni me mires a la cara.

Pateé el balón con más fuerza de la necesaria, cabreado. Andrea no hizo intento de pararlo, se quedó mirándome fijamente. Y no pude saber lo que pensaba.

—Ya voy yo —murmuré, antes de ir a por la pelota.

No me molesté en correr, seguí la pelota fuera de la pista y luego la elevé con el pie para cogerla con las manos, antes de volver donde estaba Andrea.

—No has hecho nada mal —me dijo, mirando la pelota.

—¿Entonces? —Solo estaba a un palmo de ella, podía oler su champú de fresa.

Andrea elevó los ojos para verme los míos. Era más bajita que yo, aunque no demasiado, lo justo para que tuviese que alzar su cabeza unos centímetros. Entreabrió los labios, como si quisiera responder algo, pero se quedó mirándome en silencio. Yo solo podía pensar en acariciar sus labios con los míos, mientras me pregunta si sabrían a fresa también.

El corazón me bombeaba con tanta fuerza en el pecho que pensé que ella lo notaría. ¿Qué pensaría si apoyaba mi mano en su mejilla y la besaba?

—Somos amigos —me dijo, cortando mis pensamientos.

—Sí. —Solté el balón y me alejé de allí.

Entré en el gimnasio, necesitaba alejarme de todos un rato. Me lavé la cara con agua fría y me dejé caer en los bancos que había en el centro. ¿Había estado a punto de besar a Andrea? ¿Qué coño me pasaba?

Me pasé las manos por el pelo y lo salpiqué todo con gotitas de agua. Andrea siempre me había parecido guapísima y encantadora, pero era mi amiga. ¿Por qué había estado a punto de besarla?

—¿Estás bien? —Me sobresaltó la voz de Raúl.

—Sí —mentí.

Ni siquiera sabía en qué momento Andrea había empezado a parecerme guapa. ¿En qué momento había dejado de verla solo como una amiga? Quería besarla, joder, no iba a engañarme.

¿Y ella? ¿De verdad estaba celosa de Lucía o me lo estaba imaginando porque era lo que yo quería? ¿Acaso Andrea quería algo más conmigo o solo me veía como un amigo? ¿Y si yo había malinterpretado la situación? ¿Y si la asustaba y se alejaba de mí?

Raúl se sentó en el banco a mi lado, y suspiró, apoyando la cabeza en la pared.

—¿Tú estás bien? —pregunté.

—No —reconoció, y me sorprendió su sinceridad.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—No —se rió sin ganas.

## 47.- Guardería

### Abram

Ignoré a Marisa las tres primeras veces que me llamó. Me había ido a la biblioteca para estudiar, pero, al parecer, ni así iba a estar tranquilo. Todo el tema del *Cojo*, Marco y el *señor Equis* me habían hecho bajar el rendimiento y había sacado solo un ocho en un examen. Y sacar menos de un nueve, para mí, era como suspender.

Sin embargo, la cuarta veces que mi móvil vibró sobre la mesa, haciendo que un par de chicas me mirasen mal, me decidí a responder.

—Tienes que ir a buscar a Raquel —me pidió, sin saludar ni darme tiempo a decir nada.

—¿Quién eres? —medio bromeé, sin mucho humor.

—Por favor, Abram —pidió—. Iba a ir la abuela, pero resulta que me había dicho que hoy tenía revisión en el médico, y no me acordaba, y nadie más puede ir a la guardería, tiene que estar a punto de salir.

—Está bien —suspiré, recogiendo las cosas—. Pero después de esto, quiero un mes sin que me hagas una sola pregunta —negocié.

—Ya veremos.

Me pareció que resoplaba un poco, pero no me paré a comprobarlo.

Le colgué el móvil y salí poniéndome la mochila al hombro. La guardería de Raquel no estaba lejos, pero lo último que me apetecía era tener que ir a buscar a la cría a ningún lado. Nunca me habían gustado demasiado los niños y no entendía la manía que tenía mi familia con reproducirse y aumentar de número.

Como mi hermana había dicho, cuando llegué los críos ya estaban saliendo. La mayoría eran muy pequeños e iban en brazos de sus padres, que me miraban mal al pasar. Supuse que no tenía la mejor pinta para estar cerca de críos.

Cuando era pequeño e iba al colegio, me hacía mucha gracia cuando mi madre me decía que no cogiese *caramelos* que me diesen en la puerta. Nunca jamás nadie me había intentado regalar drogas, pero supuse que tipos como yo alimentábamos la leyenda.

Di con la clase de Raquel, no fue muy difícil porque era un edificio con solo cuatro habitaciones. Solo quedaban dos niños allí, y mi sobrina era muy fácil de reconocer. Esa niña era realmente grande para su edad. La profesora me miró igual que los padres, con desprecio.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó, poniéndose entre los niños y yo.

—He venido a buscar a Raquel, su madre me ha pedido que la recoja —expliqué.

—¿Y tú eres...? —Miró una carpeta que tenía en la mano.

—Su tío —aclaré. Luego le di mi nombre, ella me buscó en una lista.

—No apareces como autorizado para recoger a nadie. —Chasqueó la lengua—. No puedo dejarte que te la lleves, si su madre no ha dado consentimiento explícito de que lo hagas.

—¡Putá Marisa! —me quejé.

Saqué el móvil y volví a llamar a mi hermana para que explicase aquello. Supuse que no se le había ocurrido que nunca tendría que pedirme aquel *favor*. Raquel se levantó moviéndose con torpeza y se acercó hasta mí. No hablaba apenas, pese a que ya tenía edad de hacerlo. Estaba seguro de que Marisa no se esforzaba demasiado en enseñarle nada.

—No puedo recoger a tu hija, porque no estoy autorizado —expliqué, en cuanto me descolgó.

—Pásame a la profesora —pidió, con tono cansado.

Estaba seguro de que debía ser yo el cansado, que debería estar estudiando y no allí, pero no comenté nada y le tendí el móvil a la mujer.

La madre del otro niño entró entonces, y me miró un momento, antes de acercarse a su hijo. Raquel se cayó de culo y empezó a llorar ruidosamente cuando yo estaba admirando a la *mami*. Esa mujer llevaba botas con tacón, unos vaqueros muy ajustados y una camiseta escotada.

Levanté a Raquel sin muchas ganas, y se calmó en cuanto pudo sujetarme las *rastas* con sus manos regordetas. La *mami* se acercó a mí con una sonrisa y me tendió la mano, llevando aún con el otro brazo a su niño.

—A ti no te conozco —me dijo—. Yo soy Lis.

—Abram. —Puse mi mejor sonrisa, pero Raquel en mis brazos no me hacía justicia, supuse.

—¿Eres su papi? —preguntó curiosa.

—No, por Dios —me negué—. Su tío —aclaré, porque parecía esperarlo—. Estoy ayudando a mi hermana.

—Oh. —Parpadeó un par de veces y bajó el tono—. ¿Y no te apetece echarme una mano a mí? —sonrió.

—No me gustan los niños —reconocí.

—¿Quién ha hablado de niños? —Sacó un lápiz de ojos de su bolsillo y escribió en mi brazo su número de teléfono—. Llámame. —Me guiñó el ojo con descaro—. Me voy ya, Charo —se despidió de la profesora, me lanzó una última mirada y salió de allí.

—Voy a tener que venir a buscarte más a menudo, *monstruito* —me reí, dejándola de nuevo en el suelo. Tenía que apuntar el número de la *mami* cachonda antes de que se emborronase.

—Dile a tu hermana que así no se hacen las cosas —me dijo la profesora, devolviéndome mi móvil—. Esta vez voy a dejar que te la lleves, pero si quiere que vuelvas a sacarla tiene que venir a firmar el permiso.

—Claro, gracias. —Apenas la escuché, mientras memorizaba el número de la *mami* en el móvil.



Las madres cachondas eran un mercado nuevo e inexplorado. Lis me había dado su dirección cuando la llamé y me pareció la mejor forma de relajarme después de tanto estudiar. Me fumé un cigarro y luego subí a su casa.

Apenas me abrió la puerta y ya la tenía encima, besándome apasionadamente. Me dejé hacer y crucé el umbral cuando tiró de mí.

—¿Quieres una copa? —me ofreció separándose solo un centímetro de mis labios.

Se había puesto un elegante conjunto de ropa interior, jodidamente *sexí*. Apoyé las manos en sus caderas y me dejé guiar por la casa.

—Claro —acepté—. ¿Y tu hijo?

—Durmiendo, no te preocupes. —Me llevó a la cocina de la mano, era un piso grande y elegante, con una isleta en el centro. Tenía ya dos copas de vino preparadas y me tendió una—. No saldrá de la habitación, le da miedo el pasillo.

Una madre de mierda era justo lo que necesitaba para no sentir remordimientos. Volví a besarla después de dar un trago al vino. Ella se apretó contra mí, y deslizó las manos por mi culo, tirando de mi pantalón para bajarlo.

Metí la mano entre nosotros para desabrochar mis vaqueros, y luego rodeé su torso en busca del broche de su sujetador. Me besó el cuello y tiró de mi camiseta para sacármela por la cabeza.

Luego le bajé las bragas, dedicándome un momento de más a acariciar sus piernas torneadas. Estaba seguro de que iba al gimnasio. Le ayudé a sacar las piernas, enfundadas aún en los zapatos de tacón, de dentro de la ropa. Ella volvió a tirar de mis vaqueros y yo saqué un condón de mi bolsillo trasero antes de que los bajase del todo.

—Tomo la píldora —me dijo, cuando empecé a ponerme el condón.

—Y yo uso preservativo: somos muy cuidadosos —bromeé, antes de besarla para no dejarle responder.

La subí sobre la isla de la cocina y se la metí sujetándole de las caderas. Ella gimió y apoyó las manos en mi pecho desnudo y las deslizó por mi cuerpo. Yo me agarré a su cintura y aumenté la velocidad, al mismo ritmo que aumentaban sus gemidos.

Sentí como se estremecía y me dejé llevar a mi propio placer.

Me quité el condón y lo tiré a la basura mientras ella se ponía una bata en la que yo no había reparado antes, transparente a juego con su ropa interior.

—¿Hola? —Oí una voz masculina entonces, seguida del ruido de la puerta.

—Mierda, es mi marido.

Miré alrededor, había una terracita en la cocina que ella me señaló, así que obedecí. Solo esperaba que no quisiera que saltase por allí, porque era un tercero y me importaba más mi vida que su puto matrimonio. Había dado por hecho que era soltera, joder. ¿Qué me pasaba con las tías con pareja? Me escondí entre la escoba y la fregona.



## Raúl

Me dejé caer en el sofá después de clase, sin ganas de hacer nada. Mis padres estaban por allí, lo que hacía que todo fuese peor, sin duda, porque de no haber estado, mis amigos habrían estado conmigo y yo no habría tenido tanto tiempo para pensar.

—¿Qué te pasa, hijo? —preguntó mi madre, pero no me dejó responder—. Tenemos que planear las vacaciones, ¿vendrás con nosotros este año?

—No —me negué, como cada año desde los doce más o menos.

—¿Por qué no? —se lamentó ella—. Habíamos pensado ir a algún sitio fresquito.

—Oh, entonces sí. —Cargué mi voz de sarcasmo.

—¿Sí? —se emocionó y me sentí algo mal.

—En realidad, estaba pensando en ir a algún sitio con mis amigos, si os parece bien —mentí—. Quizá de acampada o algo...

—Claro, Raúl —me sonrió, apretando mi mano—. ¿Queréis una tienda de campaña? Nosotros tenemos dos. Y sacos y de todo...

—Bueno, ya veremos.

—¿Tampoco quieres venirte esta semana a casa de los abuelos? —ofreció.

—Tengo exámenes, mamá —me negué de nuevo.

—¡Ay, hijo! Tanto estudiar... —Puso mala cara—. Los abuelos se alegrarían mucho de verte.

—No quiero ir a un pueblo donde solo hay cabras, sin conexión a Internet, donde la persona más joven tiene el cuádruple de mi edad... —me quejé.

—Bueno, bueno, vale... Es que te veo tan triste... —suspiró, pero no me preguntó.

Me levanté del sofá y fui a encerrarme en mi habitación. Cualquier cosa hubiera estado bien en ese momento, una pregunta, una palabra de apoyo, un abrazo, pero mis padres no sabían hacer esas cosas...

Nadie que no quisiera tratar con sus hijos debería tenerlos. Alguien debería encargarse de hacer un examen a la gente que se quedaba embarazada o que dejaba embarazada.

En ese momento me prometí que, si alguna vez tenía hijos, jamás sería como mis padres. Yo sería alguien en quien pudieran apoyarse cuando lo necesitaran, no alguien de quien huirían.



## 48.- Sándwich de Nocilla

### Charly

Apreté un par de veces el timbre y esperé. La madre de Andrea, con un pijama rosa, me abrió la puerta medio minuto después, mirándome extrañada.

—Es tarde, Charly —me dijo, y sonó un poco a regañina.

—¿Está Andrea? —pregunté.

—Claro. —Frunció un poco el ceño y luego miró hacia la casa—. Andrea, es Charly.

Mi amiga apareció poco después, con cara de dormida y un pijama de piolín completamente amarillo que logró hacerme sonreír. Me miró tan extrañada como su madre, pero luego se acercó a mí.

—¿Qué haces aquí? —Arrugó la frente ligeramente.

—Quería hablar contigo. —Le hice un gesto para que entendiese el «a solas».

—Ven. —Sujetó mi mano y me guió por la casa.

Pasamos delante del salón, donde su madre se estaba sentando junto a su padre en el sofá, y la televisión mostraba una película sangrienta. Andrea me llevó hasta su habitación y se sentó en la cama. Yo lo hice en la silla del escritorio y la moví para quedar de frente a ella, a la misma altura.

—Teníamos seis años —le dije, antes de que ella pudiera hablar—. Tú ya eras amiga de Raúl y Carlos, pero Raúl y yo nos llevábamos fatal, así que, aunque era amigo de Carlos, no quería hablarte mucho. Creo que yo me llevaba mal con todo el mundo y Raúl me daba especial rabia, porque era todo lo contrario a mí, supongo, siempre sonriente, amigo de todos...

—Charly... —me interrumpió Andrea.

—Déjame hablar —pedí—. Sabes que no suelo dar explicaciones, así que escúchame, por una vez que quiero hacerlo.

—Está bien —suspiró y se cruzó de brazos.

—Un día, Raúl y yo nos pegamos en el recreo, ni siquiera me acuerdo del motivo... Seguro que empecé yo —sonreí un poco—, y me pasé enfurruñado una semana. En los recreos, me sentaba en el bordillo, cruzado de brazos, mirándolos cabreado mientras ellos jugaban al fútbol y se divertían. Me daba mucha rabia que pudieran divertirse sin más, cuando yo no era capaz de hacerlo. Entonces, un jueves, te sentaste a mi lado. Me diste la mitad de tu

sándwich de Nocilla y me dijiste que te ponía muy triste ver que nos peleábamos. Después de eso, me pasé un mes entero sin pegar a Raúl, y luego llegó el verano y al volver..., pues se me olvidó que no quería disgustarte. — Pasé el dedo por su mejilla, ella cerró los ojos un segundo—. Eres el motivo por el que todos seguimos siendo amigos, Andrea. Sin ti, si no nos cuidases, ya nos habríamos matado. Siento haberte disgustado. A veces, se me olvida no ser un imbécil.

—Charly... —sollozó y se me abrazó con fuerza del cuello, haciendo que la silla se deslizase unos centímetros por el suelo.

—Vamos. —Le palmeé la espalda con torpeza y ella se apartó de mí secándose las lágrimas con la manga. Me levanté de la silla y me senté en la cama a su lado—. He traído algo, pero solo si quieres seguir siendo mi amiga.

Saqué el sándwich que había ido expresamente a casa de Raúl a hacer y se lo pasé. Ella lo abrió con una sonrisa divertida y lo dividió en dos, para darme la mitad.

—Siempre seré tu amiga, idiota, aunque me cabrees. —Me dio un golpecillo sin usar fuerza en el brazo.

—Gracias por preocuparte por mí, Andrea. —Le di un beso en la mejilla—. Vosotros y Sara sois lo único de mi vida que merece la pena.

—Vas a hacerme llorar —se quejó, secándose las lágrimas.

—Ya estás llorando —me reí de ella.

—Te he echado de menos, idiota —me dijo, abrazándome de nuevo, con un brazo solo porque aún sujetábamos el sándwich.

—Y yo a ti, tonta.

—¿Nada de carreras? —preguntó, dándole un mordisquito al sándwich.

—No prometo nada, pero no lo haré delante de vosotros —cedí.

—Que lo hagas por detrás no lo hace menos malo —suspiró.

—Pero no tendréis que sufrirlo —me reí—. Andrea, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro, Charly. —Me miró con seriedad y a mí me costó contener la sonrisa.

—¿Cómo lo haces para soportarnos?

—¡Con santa paciencia! —me dijo, soltando una risotada.

—¿Te puedo preguntar otra cosa? —Esta vez no pude contener la sonrisa. Ella asintió, poniendo los ojos en blanco—. Si cuando cumplamos como cuarenta, Carlos no se ha decidido a decirte que te quiere, ¿te casarás conmigo? —bromeé.

Se puso un poco pálida y tragó saliva nerviosa.

—¿Crees que no vas a encontrar a nadie que te soporte antes de los cuarenta? —me picó.

Y no se me pasó por alto que no había respondido a lo de Carlos.

—Estoy seguro de que no —me reí.

—¿Y Saray? —preguntó, mordiéndose el labio.

—Saray es demasiado buena para mí. —Me encogí de hombros y le di un mordisco al sándwich. Después de tragar seguí hablando—. Y en realidad, tú también.

Le di un beso en la frente y me levanté de allí.

—¿Volverás a clase? —me preguntó, cuando llegué a la puerta de su habitación.

—No.



## Carlos

Izan iba explicándome la importancia de mantener la guardia alta y yo iba escuchando con atención. Él llevaba dos años en boxeo y sabía lo que hacía. Salimos juntos del gimnasio, aún charlando con emoción, y entonces la vi, y no pude prestar más atención a Izan.

Estaba apoyada en un coche, mirando su móvil distraída. Un mechón rizado le caía por la cara y se mordía el labio, sin sonreír.

De nuevo me pregunté cuándo había cambiado lo que sentía por ella. ¿Cuándo había dejado de ser solo una amiga? Me costaba pensar, y respirar. Solo quería soltar la bolsa de deporte y acortar la distancia que nos separaba.

Levantó la vista entonces, como si hubiera oído lo que pensaba, y arrugó un poco la nariz al mirarme. Me pregunté en ese momento qué hacía allí.

No habíamos vuelto a hablar desde la clase de educación física, ella seguía sin mirarme, sin responderme, así que yo había empezado a ignorarla también. Por mucho que doliese.

¿Por eso estaba allí? ¿Quería hacer las paces? ¿Acaso aquella situación le dolía tanto como a mí?

Sin embargo, apartó la vista de mí y sonrió a Izan. El chico se acercó a ella y se saludaron con un beso en los labios que me dolió muy adentro.

¡Y yo dándole explicaciones como un idiota de Lucía! ¿Ella salía con Izan? ¿Cuándo había pasado aquello? Solo pude quedarme mirándolos, sin entender nada.

—Vamos a ir a cenar, ¿te vienes? —me invitó Izan.

¿Me estaba invitando a salir con mi propia amiga? Aquello era surrealista. Me dieron ganas de pellizcarme para comprobar que aquello no era una pesadilla. Andrea me miró, esperando mi respuesta.

¡Y yo que había pensado en decirle lo que sentía! Ahora tenía ganas de patearme a mí mismo.

—No, tengo planes —mentí, antes de sujetar mi bolsa de deporte con más fuerza y largarme de allí.

Izan me alcanzó cuando yo iba a doblar la esquina y me sujetó del hombro para llamar mi atención. Me giré hacia él, pero mi vista se dirigió a Andrea, que había vuelto a apoyarse en el coche, con el móvil.

—Oye, sé que es tu amiga, pero me gusta mucho, pensé que te había contado que nosotros... —Agradecí que no acabase esa frase, no quería saber qué hacía con ella—. ¿Te molesta?

—No, claro que no —mentí de nuevo, tratando de sonar casual—. Es solo que no me lo esperaba... —Me encogí de hombros. Y eso era verdad.

—Vente a cenar, tío —ofreció de nuevo—. Luego iremos por ahí, de fiesta.

—No puedo, ya tengo planes, he quedado con alguien. —Traté de sonar emocionado por ello—. Nos vemos mañana. —Le palmeé el hombro y volví a largarme de allí.

Me esforcé mucho por no mirar a Andrea de nuevo, pero no lo conseguí. Ella me miraba aún con el ceño fruncido. Ni siquiera sabía por qué me miraba mal ni qué derecho tenía ella a estar enfadada. ¡Si alguien tenía que cabrearse era yo!

Me fui directo a casa. Había quedado con Raúl y Charly para cenar, pero supuse que podían hacerlo sin mí. Les mandé un mensaje para decirles que estaba cansado y luego apagué el móvil: no tenía ganas de hablar con nadie.

Llegué a casa con la única idea de meterme en la cama y desaparecer un par de semanas, pero mi madre me estaba esperando. En realidad, debía estar en la cocina, pero salió en cuanto oyó la puerta.

—Menos mal que has llegado, Carlos —me sonrió—. ¿Puedes sacar a Atila?

El perro se había lanzado a saludarme en cuanto había entrado y se sentó en el suelo, para darme la patita, supuse que reaccionando a la pregunta de mi

madre.

—Claro —acepté, porque el perro no tenía culpa de que Andrea me estuviera volviendo loco.

Dejé la bolsa mientras mi madre le ponía el arnés al perro y cogí la correa mientras abría la puerta.

Atila no solía alejarse de mi lado, pero en cuanto abrí, salió corriendo, dejándome atrás. Maldije, en voz baja y corrí tras él.

¿Por qué de pronto nadie se comportaba como debería? Lo encontré en el portal, sobre las patas traseras, lamiendo la cara de una chica, que le acariciaba con ganas mientras le hablaba con voz chillona.

—Perdón, se me ha escapado —me disculpé, aunque no parecía molesta en absoluto.

—Tranquilo, Carlos. Somos amigos —me dijo ella, con una sonrisa.

La reconocí entonces. Era mi vecina, pero no sabía su nombre. Aunque, al parecer, ella sí que sabía el mío.

—¿Me devuelves mi perro? —bromeé, porque ninguno parecía querer separarse del otro.

—Es que es tan bueno —se quejó ella, sin dejar de acariciarle—. ¿Vais de paseo?

—Sí. —Supuse que debía ser obvio. Nunca se me habían dado demasiado bien las conversaciones banales.

—¿Puedo acompañaros? —pidió, con una sonrisilla—. No me apetece ir a casa, y así hago ejercicio —sonrió.

—Claro —acepté. Cualquier cosa con tal de salir del portal.

Empezó a andar antes que yo y Atila fue tras ella, dando saltitos. Y ese chuchó parecía tonto y seguía a cualquier tía que le diese un par de caricias.

Me pregunté cómo se llamaría la chica. Seguramente mi madre lo supiera. Su nombre y toda su vida, pero preguntar por ella desataría mil preguntas y, seguramente, cotilleos.

—¿Dónde sueles ir? —me preguntó ella.

—Al parque. —Señalé a unos metros de allí.

—Y yo pensando que me enseñarías algún rincón oculto de la ciudad —bromeó.

Quizá debía preguntarle el nombre entonces, cuanto más rato esperase más raro sería, sin duda.

—¿Para sacar al perro? —me reí—. Si además, se saca solo. Si no fuera porque se distrae con cualquier chica podríamos abrirle la puerta y esperar a

que volviese.

—Vaya, yo creía que era especial. —Se llevó una mano al pecho, fingiendo dolor—. Y se va con cualquiera...

—Bueno, no con cualquiera —sonreí un poco—. En realidad, es bastante selectivo.

—¿Ah, sí? ¿Y cuales son sus gustos?

Lo pensé un momento, mientras llegábamos al parque y Atila se perdía entre los setos. Andrea estaba con Izan, ¿no? ¿Qué había de malo en que yo tontease con... bueno, como se llamase?

Tenía que sacarme a Andrea de la cabeza, estaba claro que entre nosotros no habría nada, que solo éramos amigos. Y mi vecina no estaba mal: era guapa, alta, delgada, y debía tener mi edad, más o menos.

—Solo le gustan las chicas guapas. —Puse mi mejor sonrisa.

—Ya, ¿a él o a ti? —Se acercó un poco pese a sus palabras.

—A los dos —susurré.

Y acerté la distancia que nos separaba, casi como si se tratase de una tirita que debía quitarme rápido para que no doliese. Era guapa pero, para mí, ninguna era tan guapa como Andrea. ¿Qué mierda me pasaba?

Apoyé la mano en su mejilla y cerré los ojos para devorar sus labios con ganas. Ella me rodeó el cuello con sus brazos y profundizó el beso, invadiendo mi boca con su lengua. Apreté los ojos, pero la imagen de Andrea no desaparecía de mi cabeza, y, durante un segundo, imaginé que besaba a mi amiga.



## 49.- Botellón

### Abram

Me apoyé en un árbol y me encendí un cigarro. Aquello iba para largo, al parecer, y yo estaba agotado. Incluso de pie se me cerraban los ojos. Entre estudiar, las reuniones con el *señor Equis*, vender maría y seguir a los camellos, no podía más.

Y para colmo, el puto *Cojo* se pensaba que yo era su mejor amigo y no dejaba de llamarme para gilipollices. La última vez, me había hecho ir a verlo, por algo «totalmente urgente», que había resultado ser un hormiguero al que le había echado coca. Al parecer, la política de «No Drogarse» del *Hámster* para él era una tontería.

Y allí estaba, cayéndome de sueño, por él. Aunque estaba seguro de que esta vez merecería la pena. Me había dado un chivatazo de un macro botellón en un parque para que fuese a vender maría. Y podía estar muy cansado, pero el dinero, era dinero.

Me acabé el cigarro antes de moverme entre la gente. No tuve que hacer mucho. Busqué a un par de chavales, les ofrecí un porro gratis si contaban a los de confianza que yo vendía, y en menos de media hora tenía incluso cola.

No había llevado maría, era demasiado buena para esa gente, pero acabaron con todo el costo que había cogido en menos de una hora. Y yo, con los bolsillos llenos de pasta, me sentí menos cansado.

Me encendí otro cigarro al acabar y me subí la capucha para que no me molestasen mientras volvía a casa. Sin embargo, no funcionó muy bien puesto que un par de chavales me pararon a medio camino.

—Tío, mi colega dice que vendes —me dijo uno.

—Tu colega se equivoca —aseguré, y me abrí paso entre ellos.

—Venga ya —insistió—. Quiero colocar a una piba, para que sea más receptiva...

—¿Eres gilipollas? —No pude evitar girarme hacia él.

—Eh, venga —se interpuso su colega, separándonos—, te ha dicho que no vende, olvídale.

Iba a largarme, de verdad que sí, joder, aquello no era mi puto problema, solo era un gilipollas más y yo llevaba los bolsillos llenos de pasta, no era momento para pelearme. Pero los chavales se volvieron con su grupo, que

estaba un poco más allá, sentados en el césped, y reconocí un rostro entre ellos.

Al parecer yo había llegado a ese grupo como su puto salvador, porque primero había tenido que salvar a Charly de los maderos, luego a su hermanita de ese camello pedófilo, y ahora, al parecer, a Andrea de un gilipollas capaz de drogarla para follársela.

El chico que se acercó a Andrea había sido el que nos había separado, no el que había pedido la droga, pero aun así, él lo había oído y no parecía molestarle.

—¡Joder! —me quejé.

No quería meterme en problemas en ese momento, pero tampoco iba a dejar que le hicieran nada. Andrea me había tratado bien, había sido buena conmigo, me había aceptado en su grupo sin más.

Maldije una vez más y me acerqué a ellos. El que me había pedido la maría se levantó de golpe.

—¿Qué quieres? —preguntó, bastante agresivo.

—¡Abram! —Andrea se levantó también, aunque trastabilló con sus propios pies al acercarse a mí y estuvo a punto de caerse. Tuve que sujetarle de la cintura para mantenerla en pie—. ¿Qué haces aquí?

—Hueles a destilería —me metí con ella, haciéndola reír escandalosamente—. ¿Te llevo a casa?

—¿Por qué? —Fruunció un poco la frente—. Estoy con unos amigos.

—Me gustan más tus amigos de siempre —medio bromeé.

Sin duda, un tipo dispuesto a violar a su novia o lo que fuera y sus amigos que ni se escandalizaban por ello no eran la mejor compañía.

—Estoy bien —me dijo, pero cuando la solté me di cuenta de que no se mantenía apenas en pie.

—¿Cuánto has bebido? —pregunté, sujetándole las mejillas para verle los ojos, que estaban muy rojos, con las pupilas dilatadas.

—Muy poco. —Volvió a reírse, pero se le cerraban los ojos.

—¿Qué le habéis dado? —Me giré hacia su novio y su colega, que estaban de pie, de forma amenazadora.

—Nada que no se haya querido tomar, colega —aseguró el gilipollas.

—Vamos, Andrea.

Tiré de ella para sacarla de allí, pero su novio la rodeó con un brazo y la mantuvo en el sitio.

—No se va a ir a ningún lado contigo, amigo... —sonrió con prepotencia.

—No soy tu amigo —le corté—. Y te aseguro que la voy a llevar a su casa. Es mi amiga y no voy a dejar que tú y tu puto colega le toquéis un pelo.

—¿Qué clase de personas crees que somos? —se quejó él, pero no soltó a la chica—. Solo estamos de fiesta, nos estamos divirtiendo. Díselo, cariño —pidió a Andrea.

Pero Andrea ya no estaba en condiciones de responder, apenas se mantenía en pie y era porque el tío la sujetaba. Tenía los ojos cerrados incluso.

—No sé que clase de persona eres tú, pero puedo decirte que clase de persona soy yo, imbécil. —Di un paso hacia él y su colega se metió en medio—. No voy a pegarme con vosotros, aunque podría daros una paliza. Así que solo veo dos opciones: podéis dejar que se vaya sin más, o puedo llamar a mis amigos. —Sonreí tranquilo y saqué el móvil.

—¿Quiénes son tus amigos? —se rió el novio de Andrea, pero pareció dudar.

—Los vas a conocer en seguida.

Sabía que lo que más los acojonaba era mi tranquilidad. Aquellos dos matados de mierda no se iban a arriesgar a conocer a quien fuera que yo estaba llamando, o que ellos creían que estaba llamado, por una chica.

—Déjala, tío —pidió el otro—. No merece la pena.

El tío soltó a Andrea de golpe y apenas llegué para sujetarla antes de que se golpease contra el suelo. Se abrazó a mí como si se sintiera a salvo. Si ella supiera...

Vigilé mi espalda mientras me alejaba. No me fiaba de esos dos gilipollas, pero no hicieron intento de seguirme. Levanté a Andrea en brazos y me fui hasta el coche. Le pregunté su dirección dos veces, pero no dio muestras de escucharme.



## **Raúl**

Oía su respiración, pese a que no podía verlo. Di un par de zancadas para llegar hasta el interruptor de la luz y lo presioné varias veces, pero no hizo nada. Fui a comprobar que la puerta de la calle estaba cerrada y a buscar una linterna o un mechero, algo que iluminase la oscuridad de mi casa.

Las manos me temblaron tanto que resbalaron por la llave cuando quise

girarla en la cerradura. Me hice daño incluso al forzarla, pero aquello estaba cerrado. Me apoyé en la puerta y me deslicé hasta el suelo, tratando de calmar mi corazón que latía de forma dolorosa.

Me concentré en oír algo, dejando de respirar incluso, pero solo podía oír mi propia sangre en los oídos y el tic-tac del reloj de pie del salón. Cerré los puños en un intento de calmar el temblor de mis manos.

Y entonces lo oí: unos pasos. Había alguien más allí, pero no era posible, mis padres no estaban, otra vez. Me levanté del suelo y corrí hasta la cocina, que estaba al lado de la puerta. Por suerte conocía mi casa lo suficientemente bien como para poder moverme por ella sin chocarme con nada.

Pero ¿y si me chocaba con *alguien*?

Cerré la puerta de la cocina y busqué algo que diese luz. Probé con el interruptor, pero tampoco funcionó. Luego encendí la luz de la campana, pero tampoco hizo intento de funcionar. Tiré algunos botes de especias en mi búsqueda de un mechero y el ruido me hizo saltar en el sitio.

Me quedé parado unos segundos, sin lograr calmar el sudor frío que me empapaba el cuerpo, pero no oí más ruidos fuera. Seguí buscando por la encimera, escuchando el ruido de mi propia respiración, alterado.

Di con una caja de cerillas y contuve la respiración por la emoción, pero el sonido no cesó. Allí había alguien más, estaba dentro de la cocina, conmigo. Me temblaba tanto la mano que tiré la primera cerilla. La segunda la rompí. Sentí que se me caían las lágrimas por el miedo. Yo seguía sin respirar, pero oía una respiración acompasada, tranquila.

Logré encender la cerilla y un rostro me devolvió la mirada. Grité y se me cayó el fósforo. Cogí otro y lo encendí, para comprobar que los ojos que me miraban de vuelta eran mi reflejo en la campana. Casi me reí. Casi. Porque entonces, la manilla de la puerta de la cocina giró.

—¡Eh, Raúl! —salí de mi pesadilla tan bruscamente que aún estaba gritando cuando me desperté.

—¿Charly? —me abracé a mi amigo.

La luz de la bombilla iluminaba la habitación, pero yo aún temblaba y sudaba.



**Abram**

—¡Hijo, ya está el desayuno! —Me despertó la voz de mi abuela.

—¡Ahora voy! —respondí. Luego me di cuenta de lo que pasaba.

Yo estaba dormido en el suelo, arropado con mi chaqueta, con las gafas de sol puestas. Andrea estaba en mi cama, y me miraba entre curiosa y asustada, o algo parecido. Supuse que estaba desconcertada porque no tenía ni idea de como había llegado hasta allí.

—¿Abram? —preguntó, después de mirarse bajo las mantas, supuse que para comprobar que llevaba la ropa puesta.

—¿Qué es lo último que recuerdas?

Me senté a su lado para mirarle los ojos. Seguía teniendo las pupilas muy dilatadas y los ojos rojos, lo que fuera que le habían dado no había desaparecido aún de su cuerpo.

—Salí con Izan de fiesta... Bebí, no sé, no mucho, una copa, y me empecé a encontrar muy mareada. —Se apartó un poco de mí.

—Supongo que te echaron algo en la bebida. Menuda joya de novio te has echado... —le dije, sin muchas ganas de regañarle—. Te encontré con ellos y me pareció que necesitabas ayuda... No quería que se propasasen contigo —reconocí.

—Gra... gracias —murmuró, incómoda.

—¿Te quedas a desayunar? Luego te llevo a casa... Te hubiese llevado anoche, pero no parecías muy por la labor de decirme dónde vivías.

—Joder, qué vergüenza, lo siento mucho —susurró, sin mirarme a la cara.

—Tranquila, Andrea, todos hemos hecho el idiota alguna vez —bromeé—. Yo lo hago a menudo. Pero deja a ese imbécil, por tu bien. No siempre estaré ahí para salvarte.

—¿Puedo ir al baño? —pidió.

—Claro, ven. —Le hice un gesto y abrí la puerta de la habitación.

Ella salió después de calzarse y entró en la puerta que le señalé como la del baño. Yo me fui al salón para darle intimidad.

—¿Café? —ofreció mi madre cuando me vio.

Por suerte mis hermanas no estaban por allí. Solo ella y mi abuela.

—Anoche vine con una amiga —expliqué algo incómodo—. Necesitaba un sitio para quedarse...

—Oh —se sorprendió mi madre. Supuse que era extraño que llevase a alguien a casa y llevaba dos amigos en unos días—. Claro, hijo, prepararé un par de cafés.

Andrea vino del baño a la vez que mi madre llegaba con los cafés y le señalé una silla a mi lado, aunque parecía muy incómoda. Le presenté a mi madre y a mi abuela, y ella saludó con un gesto.

—¿Una tostada? —ofreció mi abuela, señalando un plato con estas que habían puesto en el centro.

—Claro, me muero de hambre —aceptó con timidez.

—Así que sois amigos —sonrió mi madre, sentándose enfrente de ella.

Supuse que había aguantado mucho antes de empezar el interrogatorio. Puse los ojos en blanco e hice reír un poco a Andrea.

—Sí, somos amigos, mamá —corté sus pensamientos.

—Bueno, no pasa nada, hijo, es normal a vuestra edad... —dijo ella.

—¿El qué? ¿Tener amigos? —Cogí una tostada y la unté porque yo también me moría de hambre.

—Salir con gente... —aclaró mi madre—. Y es muy guapa.

Miré a Andrea que se sonrojó intensamente. Era guapa, no iba a negarlo, pero yo me había prometido alejarme de esa forma de la gente del entorno de Charly.

—¿Y eso la convierte en mi novia automáticamente? —me reí.

—No, hijo —negó la buena mujer—. Solo digo que si sois novios, está bien.

—Entonces seamos novios, Andrea, es una razón de peso... —bromeé.

—No seas idiota, hijo, que la vas a asustar —me regañó mi madre.

—Pero, ¿en qué quedamos? —Miré a Andrea, que estaba sonriendo ampliamente. Al menos me alegraba de que no estuviera triste o preocupada—. ¿Soy su novio o no?

—Eso tendrá que decirlo ella —se metió mi abuela.

—¿Y yo no tengo nada que decir al respecto? —Me puse la mano en el pecho, con falsa ofensa—. ¿Qué dices, Andrea?

—Creo que vamos a seguir siendo amigos —negó, pero sonriendo.

—Uf, mujeres, siempre rompiéndome el corazón —me reí.

—Anda que esperáis para desayunar. —Apareció Isabel de su habitación y acabó con cualquier rastro de buen humor que me quedase—. Espera, ¿mi novio no puede quedarse a dormir y Abram puede traer a tías? No vale, es más joven que yo...

—Pero no es por mí, es que tu novio es gilipollas —expliqué.

—Tú sí que eres gilipollas. —Me lanzó una tostada.

—También, pero no es el tema a debatir —cogí la tostada que me había

tirado y la unté de mantequilla—, a mí no van a dejarme en la calle para dormir...

—Pues ojalá. —Me enseñó el dedo corazón.

—Muy madura, di que sí —me reí de ella—. Andrea, te presento a una niña que mi madre recogió de la basura hace siglos...

—A ti sí que te recogimos de la basura... —se cabreó Isabel—. No te querían ni las monjas.

—¿Te llevo a casa? —ofrecí a Andrea, ignorando a mi hermana. De verdad que no soportaba a esa tía y eso que éramos familia...

—Claro —aceptó ella—. Gracias por el desayuno —le dijo a mi madre y mi abuela mientras nos poníamos en marcha.

—¡Vuelve cuando quieras, hija! —pidió mi madre.



## 50.- Fin de curso

### Charly

—¿Estás haciendo la fotosíntesis? —bromeó Andrea, pero me tapó la luz del Sol.

Supuse que aquello era mejor que «estoy durmiendo tirado en las pistas de fútbol del instituto porque anoche no pegué ojo por culpa de la poli pasando cada dos por tres por el parque donde me quedé a hacerlo».

—Sí.

Me tendió la mano así que la cogí para levantarme. Estaba hecho una mierda desde hacía días. Lo de dormir en parques y el garaje el primer mes estaba bien, pero después de casi dos empezaba a pasar factura.

—¿Has visto a los demás? —preguntó Andrea.

Negué con la cabeza y caminé con ella en su busca. Había accedido a ir a la fiesta de fin de curso solo por estar con ellos. Abram estaba preparándose para selectividad y había desaparecido del mundo, así que no podía calmar mi malhumor con María.

Saqué un cigarro y me lo encendí mientras seguía a la chica por el patio, entre un centenar de alumnos de todos los cursos. Había un gran grupo junto al gimnasio haciendo un concurso de baile, supuse que los demás andarían por allí.

El siguiente con el que dimos fue con Carlos y por su forma de colocarse los vaqueros y el pintalabios que manchaba su mejilla deduje que había estado con Alba. Me los había encontrado una vez en el parque donde ahora vivía. Carlos aseguraba que no habían vuelto, pero estaba claro que no era verdad.

Andrea le miró un momento y luego pasó de largo, sin decir nada. No sabía qué había pasado entre ellos, y aunque les pregunté a los dos, ninguno me aclaró nada. Y eso era todo lo que yo iba a cotillear al respecto, que hicieran lo que quisieran, eran mayorcitos.

—Aquí no se puede fumar, Charly. —Me sobresaltó la voz del profesor de filosofía—. De hecho, por lo que sé, ni siquiera eres alumno ya.

—Pero hice al menos dos tercios del curso, así que me pertenece un buen rato de fiesta —bromeé, pero tiré el cigarro al suelo.

—Deberías plantearte volver el año que viene —me dijo.

—Esto no es lo mío... horarios, responsabilidades... —Fingí

estremecerme—. Y por suerte para usted, ya no soy su problema.

—Pasa buen verano, Charly, y piensa bien lo que quieres. —Me dio un toquecillo en la frente y se metió entre la gente.

Iba a comentarle a Carlos, que se había quedado cerca de mí, algo sobre lo gay que era su actitud, pero un corrillo de gente un poco más allá llamó mi atención. Oí risas y no me gustó un pelo. Me acerqué a ellos en tensión y distinguí a Sara entremedias del barullo.

Un tipo que era el doble de alto que ella, la empujó, haciéndola caer de culo. Aparté a la gente sin mucha delicadeza y me puse delante de forma protectora.

—¿Qué cojones te pasa, gilipollas? —me envaré contra el tío que había tocado a mi hermanita.

—¡Eh, Charly! —Carlos se puso delante de mí—. Aquí no —murmuró.

Supuse que no debía pelearme con unos chavales que probablemente no tendrían más de doce años en el instituto, pero me costó mucho calmarme. Me giré hacia Sara, que se había puesto de pie y miraba el suelo.

—¿Estás bien? —pregunté.

No me respondió, salió de entre la gente y se metió corriendo en uno de los edificios. Me debatí entre seguirla o liarme a puñetazos con esa panda de hijos de puta.

—Voy con ella —me dijo Andrea y me quitó un peso de encima.

Me giré de nuevo hacia el chaval, y le sujeté de los bordes de su sudadera antes de que Carlos pudiera meterse en medio de nuevo.

—Vuelve a tocar a mi hermana, y me dará igual que seas un niño y los testigos que haya —aseguré, acercándome mucho a él.

Luego le empujé para separarle de mí, haciéndole caer de culo en el suelo. Retrocedió asustado y un par de profesores llegaron entonces para disolver el conflicto. ¿Dónde habían estado cuando esos abusos se metían con mi hermana?

Quizá yo nunca había sido la mejor persona del mundo, pero jamás insulté a nadie de esa forma. Y menos a una chica. Si tenía un problema con otro tío me daba de puñetazos con él y todo solucionado.

—Vamos. —Carlos señaló el edificio dónde había entrado Sara y fui hacia allí.

—¿Estáis bien? —Raúl apareció de algún lado con Saray.

Carlos les hizo un resumen de lo sucedido, yo fui a buscar a Sara. Las encontré en el baño de chicas del edificio principal. Mi hermana se lavaba la

cara con agua y Andrea sostenía un trozo de papel higiénico. Las dos se callaron al verme.

—Es el baño de chicas, melón —me dijo Andrea, pero me sonrió un poco.

—¿Nos dejas solos? —pedí a mi amiga, que se apresuró a salir.

—No quiero hablar —susurró Sara, girándose hacia mí, con la vista clavada en el suelo.

—Está bien, tampoco se me da muy bien hacerlo. —Tiré de su mano y la envolví entre mis brazos.

—¿Volverás a casa? —me preguntó y rompió a llorar al hacerlo.

—Aún no —dije, acariciando su pelo.

Mi hermana era lo único bueno que tenía en aquel lugar. No quería tener que volver a ver a su madre, ni a nuestro padre. Puede que vivir en la calle fuese una mierda, pero no tenía que someterme a sus juicios constantes, ni a sus broncas.

Carlos y Raúl habían intentado que me quedase con ellos al enterarse de que estaba viviendo en la calle. Incluso Abram me había ofrecido sitio para dormir.

Pero no quería meterlos en líos, ni a ellos ni a sus familias. Estaba seguro de que mi padre, con tal de joderme la vida, era capaz de denunciarlos por que me diesen asilo.

Me había quedado algún día suelto en casa de Raúl, pero solo cuando no estaban sus padres y él me lo pedía.

—¡Eh! —Saray abrió la puerta de golpe—. Vamos a pasar de la fiesta de mierda e irnos a por pizza, ¿os apuntáis?

—Vale —acepté.

—¿Puedo? —dudó Sara, mirándome aún con sus ojazos castaños llenos de lágrimas.

—Claro que sí —se me adelantó Saray—. Esta fiesta apesta. —Le tendió una mano a Sara, y se lo agradecí moviendo los labios sin hacer ruido. La rubia me dirigió una sonrisa y supe que me había entendido perfectamente—. ¿De qué te gusta la pizza? —preguntó a mi hermanita.

Y de alguna forma que no logré entender, Saray consiguió que Sara dejase de llorar y empezaron a hablar. Andrea no tardó en unirse a ellas y charlar animadamente de algo. Yo me limité a cruzar una mirada con Carlos y Raúl, que parecieron tan desconcertados como yo.

¡Mujeres!



## Carlos

Colgué el teléfono a Alba, cuando me llamó por tercera vez, seguramente para preguntarme dónde me había metido. Ni siquiera estaba muy seguro de como habíamos *vuelto*. Un día estaba hablando con ella, cuando pasó Andrea, y la besé para molestar a la que se suponía que era mi amiga. Y después de eso habíamos empezado a acostarnos de nuevo.

Y para colmo, tenía una especie de relación con mi vecina, Nuria. Ni siquiera estaba seguro de cómo había pasado: yo pensaba que solo íbamos a enrollarnos, pero ella me llamaba para sacar al perro y para salir por ahí. Salimos a cenar incluso en un par de ocasiones, y al cine otra.

¿Eso era tener una relación? Yo solo sabía que Andrea seguía sin hablarme, y hacía cosa de un mes que había dejado de hacerlo. Empezaba a sentirme bastante desesperado.

Y por si no tuviera suficiente en lo que pensar, en un momento en que Sara y yo nos habíamos quedado solos después de comer pizza, me pidió que convenciera a Charly para que volviera a casa. Como si alguien pudiera convencer a ese cabezón de algo.

Traté de hablar con él después, cuando dejamos a Sara en casa y fuimos a un parque, pero se había limitado a reírse cuando le dije que debía volver, y a decirme que no volvería a casa ni aunque su padre le suplicara de rodillas que lo hiciese.

Así que se me había ocurrido que quizá era justo lo que estaba esperando: una disculpa de su padre.

Apreté el timbre dos veces y esperé, colgando una llamada de Nuria esta vez. Si alguien me hubiera dicho, meses atrás, que mi problema iba a ser tener demasiadas tías detrás, me habría reído.

Me abrió Sara y me miró con curiosidad, aunque se apartó de la puerta para que entrase.

—¿Está tu padre? —pregunté.

—Sí —asintió nerviosa y me precedió hasta el salón.

Sus padres estaban allí, pero la última persona con la que quería hablar era con la madrastra de Charly. Ella solo lograría que todo fuese peor.

—¿Puedo hablar contigo? —pedí a su padre, tragando saliva nervioso.

—Claro, Carlos. —Se levantó enseguida y me llevó a la terraza.

Sara pareció intuir de lo que quería hablar con él, porque me miraba sin parpadear apenas. Al final nos dejó a solas, con la cara algo sonrojada.

—Sé que no tengo ningún derecho a venir aquí y meterme en lo que pase con tu hijo. —Me pasé la mano por el pelo incómodo—. Pero Charly es mi amigo y estoy preocupado por él.

—Siéntate, Carlos —pidió, señalando el sillón a su lado. Obedecí en silencio—. ¿Qué le pasa a Charly?

—Lo primero de todo, puedes tomar la decisión que quieras cuando yo me vaya de aquí, pero te rogaría que no le cuentes que hemos hablado, porque eso solo provocará que se cabree conmigo.

—No te preocupes...

—No nos ha llegado a contar lo que pasó claramente —expliqué—. Pero está viviendo en la calle...

—¿De verdad? —Pareció alarmado—. Pensé que se quedaría con vosotros.

—Tiene mucho orgullo para eso. —Sonreí un poco—. Charly será muchas cosas, pero no es idiota. Tendrías que verle al lado de un coche, cambia completamente. Fabricó una moto desde cero el solo —expliqué, con orgullo.

—¿Sí? —preguntó sorprendido.

—No quiere estudiar, lo quiere dejar desde hace años —seguí—. Le convencimos a duras penas de que entrase en bachiller con nosotros y solo lo hizo por no tener más bronca. Y sinceramente, después de lo de Silvia, es un milagro que siguiese yendo a clase un tiempo. Esa chica le rompió algo por dentro. —Me rasqué la cabeza incómodo.

—¿Silvia? —Frunció el ceño.

—Charly no cuenta mucho, ¿no? Era su novia, rompieron y eso le dolió muchísimo.

—Así que fue eso —murmuró para sí mismo. Supuse que se habían percatado de su cambio.

—Pero estaba centrándose de nuevo, es verdad que había dejado de ir a clase, pero ya te digo que había montado su moto y aunque trabaje de una forma un tanto... ilegal, le gusta lo que hace, gana dinero para mantenerse. Y es un orgulloso. No acepta ni aceptará nada de nadie. Yo lo veo así. Tienes dos opciones: aceptar a Charly como es y dejar que haga lo que quiera, o no volver a verlo.

—¿Esas son mis opciones? —Sonó algo incómodo.

—No va a volver por propia voluntad, pero si hablastes con él, y le dijeras que puede vivir aquí y trabajar por su cuenta, seguro que aceptaba. Charly siempre volverá por Sara. Con el tiempo seguro que incluso acepta trabajar contigo.

—Lo pensaré, Carlos —aceptó—. Gracias por hablar conmigo.

—De nada.

Me levanté de allí y me despedí con un gesto. Había sido una conversación muy incómoda y solo quería irme a casa.



## 51.- Fiesta en casa de Raúl

### Abram

La muerte de *Hámster* me traumatizó hasta hacerme tener pesadillas. Sin embargo, cuando el puto *Cojo* me hizo salir a media tarde de mi casa, mientras yo estudiaba para los exámenes de selectividad que empezaban el día siguiente, me planteé si enterrarle vivo sería tan satisfactorio como parecía en mi cabeza.

Había tratado de negarme con muchas ganas, pero él insistía en que tenía que estar allí. «Es de vital importancia» me dijo. Y supuse que estaba colocado o alguna mierda así, y que querría una gilipollez.

Aun así acabe cediendo y acudiendo al punto que me había dicho, porque, joder, yo llevaba un montón de semanas siguiéndoles el rastro, tratando de averiguar de lo que había tratado de advertirme *Pato* y no iba a dejar pasar la oportunidad, aunque tuviera que parar de estudiar para ello.

Lo encontré en la puerta de la parroquia donde nos habíamos reunido con anterioridad con el *señor Equis*. *Cojo* se fumaba un porro enorme, me miró con los ojos muy abiertos y rojos, y sonrió con tranquilidad.

—¿Qué pasa, tío? Estoy ocupado. —Eso le hizo sonreír más.

—Hoy es el día, amigo. —Me pasó el porro, pero negué con la cabeza, a saber qué coño podía pegarme.

—¿Qué día? —Alcé una ceja.

—Los nuestros están preparados, hoy acabaremos con Marco. —Sonrió de nuevo y le dio otra calada al porro—. Deberías probarlo, es un nevado. —Cambió de tema como si tal cosa, y supuse que era por ir colocado.

Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza de nuevo. Era un porro con coca, como si al *Cojo* le hiciera falta más estimulante para su cerebro retorcido. Los camellos del *señor Equis* salieron de la parroquia juntos, en silencio sepulcral.

—Mañana empiezo los exámenes de selectividad, *Cojo*, esta semana no es un buen momento. —Negué con la cabeza.

—No vamos a hacer esto cuando a ti te venga bien —se envaró un poco.

No es que fuese un tipo muy imponente: era excesivamente delgado, quizá por las drogas, y tenía grandes ojeras en su rostro consumido. Realmente no imponía miedo, pero los diez camellos que le rodeaban tenían peores pintas.

Yo había seguido a esa gente, y sabía que algunos tenían asuntos muy turbios. Así que no podía enfrentarme abiertamente a ellos, porque tendría las de perder, pero tenía que encontrar la forma de avisar a Marco.

—Genial, pues ya me contaréis. —Traté de escaquearme, pero *Cojo* me sujetó con su única mano y me quedó clara su amenaza.

—Tú vienes con nosotros —me dijo.

—Está bien. —Alcé las manos con indefensión—. Somos amigos, no te pongas así. —Compuse mi mejor sonrisa inocente—. ¿Cuál es el plan?

—Que te calles y nos sigas —me dijo él y parecía mosqueado por mi intento de huida.

—¿Y el gran jefe? —Señalé dentro de la parroquia.

—Él no viene, imbécil, no vamos a arriesgarnos a que le pase nada —se envaró otro de los camellos contra mí.

Me mordí la lengua para no mandar a la mierda, y seguí al *Cojo* que parecía llevar la voz cantante en aquello. Aunque un par de los camellos se quedaron detrás, como si quisieran evitar que yo huyese.

O a lo mejor volvía a estar paranoico.



## Raúl

—¿Nadie te ha dicho que las fiestas no se celebran nunca en tu propia casa? —llamó mi atención Charly.

—No es mi casa —murmuré, pasando de él y yendo a la cocina en busca de algo que beber.

Vale, quizá aquello se me había ido de las manos. Yo solo pensaba invitar a un par de compañeros de clase, como Eric y Suso, para celebrar el fin de las clases, pero alguien me había escuchado decirlo en la fiesta del instituto, y se lo había dicho a sus amigos y al final se había liado una buena...

Y no podía importarme menos.

Oí algo romperse mientras entraba en la cocina, pero de verdad que me daba igual. Era la casa de mis padres y podrían sustituir fácilmente cualquier cosa material que hubiera en ella.

Me topé de frente con Carlos y Alba enrollándose con la encimera y tuve que parpadear un par de veces para asegurarme de que no estaba demasiado

borracho. ¿Estaba flipando? No, se besaban apasionadamente sobre el mármol. Por suerte aún llevaban los pantalones puestos.

—Hay tres habitaciones, tronco, ¿tienes que hacer eso donde preparo la comida? —me quejé sin muchas ganas, mientras abría un armario de encima de Alba para sacar el ron caro que escondía mi padre allí.

—Si no has cocinado en tu vida, cabrón —se metió él conmigo, pero se apartó de Alba un poco.

—Ya. —Chasquéé la lengua con desaprobación y salí de allí.

En realidad, me daba igual que se lo montasen en la cocina, solo que no me gustaba Alba para mi amigo. La verdad, desde que teníamos como diez años había pensado que Carlos y Andrea estaban destinados a estar juntos. Y yo era un puto idiota enamorado del amor, me dolía ver que se hacían daño por no reconocer lo que sentían.

Aparté los pies de una tía que se enrollaba con otra en el sofá, y me dejé caer en él. Abrí la botella de ron y le di un *tragazo* a palo seco, sin molestarme en echarlo en un vaso. Me recosté un poco más en el sofá y cerré los ojos. Seguramente que toda esa gente en mi casa eliminaba las pesadillas.

Antes de que pudiese dormirme me empezó a vibrar el móvil en los pantalones. Le di otro *tragazo* al ron y me preparé para discutir con mis padres. Seguro que algún vecino gilipollas se había chivado de que estábamos de fiesta. No era la primera vez, anteriormente habían incluso llamado a la policía.

Pero me quedé paralizado al ver el nombre de Celeste en la pantalla. Dudé un poco, pero al final respondí. Ni siquiera lo entendía, pensaba que se había cambiado de número.

—¿Sí? —Sentí que se me estrujaba el corazón al hacerlo.

—Hola, no sé si debería llamarte, quizá lo mejor es dejar pasar el tiempo. —Soltó del tirón, parecía nerviosa—. Pero necesitaba oír tu voz, aunque entendería que no quisieras hablar conmigo...

Dudé unos segundos y paseé la vista por mi salón. La gente bailaba al ritmo de la música, bebían y se divertían. Y yo no me sentía capaz de ser parte de esa gente que era feliz, porque Celeste se había llevado mi corazón y lo había pisoteado.

—Llevas razón —le dije—. No quiero hablar contigo.

Colgué tras aquello. No quería saber si le había dolido mi comentario, ni que tratase de convencerme de lo contrario. Su cara cuando fui a buscarla aún brillaba en mis retinas. Podía recordar lo feliz que se veía entre ellos y sabía

que yo no podría ser así de feliz nunca más.

Me levanté del sofá, porque las dos tías que se enrollaban estaban cada vez más encima de mí, y aquello no me ayudaba. Salí a la terraza y tomé aire que olía a verano y a calor. Le di otro trago al ron y me quedé allí, asomado por la barandilla del cuarto piso.

—¿Raúl? —La voz de Andrea me hizo darme la vuelta.

—¿Andrea? —Le pasé la botella, aunque ella negó con la cabeza y se acercó a mí.

—¿En que piensas? —me preguntó, con suavidad.

Me reí sin muchas ganas. Seguramente esperaba que estuviera pensando en saltar, o algo parecido, pero no estaba tan desesperado. Se podía estar vivo sin corazón, ¿no? Mucha gente sobrevivía así.

—Pensaba en por qué el amor nunca triunfa. —Me encogí de hombros.

—Eso no es verdad. —Me pasó un brazo por la cintura y apoyó la cabeza en mi hombro.

—Dime un caso en el que haya salido bien... —Besé su pelo de todas formas, y pasé mi brazo también por su espalda—. Solo uno.

—Tú y yo. —Sentí que sonreía, pese a que estábamos uno al lado de otro y desde mi posición solo veía su pelo—. Quizá no es amor romántico, pero nos queremos, ¿no? Y seguimos siendo amigos, después de trece años.

—Eso es trampa —me quejé.

—Encontrarás a alguien, Raúl —prometió, apartándose un poco de mí, pero atrapó mi mano, mientras me miraba de frente—. Alguien que te quiera como tú mereces.

—¿Y si yo la quería a ella? No creo que nunca pueda querer a alguien como la quiero a ella, Andrea. No... no creo que me quede corazón para otra.

—¿Eso crees? —sonrió un poco—. Yo creo que eres todo corazón, y que algún día te darás cuenta de que el amor de tu vida aún te espera.

—Vamos, te invito a pizza, lejos de toda esta gente —sugerí.

—¿Seguro que quieres dejar así tu casa? —cuestionó ella.

Sin duda, si alguien era todo corazón era Andrea. La envolví entre mis brazos y disfruté un poco de su calor.

—Gracias por quererme, Andrea —murmuré contra su pelo.



## 52.- Límites de la amistad

### Charly

Saray me pasó un vaso de chupito, yo solo pude sonreír mientras nos bebíamos los dos la bebida de golpe.

No habíamos vuelto a acostarnos desde el baño del instituto, y no iba a engañarme diciéndome que no tenía ganas de hacerlo con ella. Era guapísima y me lo había pasado bien follándola, pero no podía olvidarme de que era mi amiga, ni aunque fuese un poco borracho.

—Menuda fiesta ha montado Raúl, ¿eh? —se rió un poco y me pareció que iba tan borracha como yo.

—Creo que se le ha ido de las manos.

Busqué a mi amigo con la mirada: estaba en la terraza con Andrea, así que me relajé un poco.

—¿Y a ti no se te va el control de las manos? —bromeó ella, mordiéndose el labio de forma sugerente.

Yo estaba apoyado en la mesa del comedor y ella se había puesto justo delante. Como si quisiera cortarme la vía de escape. Y su actitud logró empalmarme y secarme la boca. Joder, estaba muy buena.

—A veces —reconocí—. Pero no te gustaría entonces.

—¿Quién dice que me gustes? —Se acercó mucho a mí.

Estaba tan cerca que podía oler el alcohol de sus labios. Y el limón de su champú. Apoyé las manos en sus caderas, por inercia, porque me sentía irremediabilmente atraído hacia ella.

—¿Cuánto has bebido, Saray? —Sentí ligeramente sus labios contra los míos al hablar y me moría por acortar esos milímetros de distancia.

—No demasiado —prometió—. ¿Y tú?

—No suficiente —murmuré.

Y no pude resistirme más a ella, porque tampoco es que yo fuese el tío más moral del mundo. Cedí a la tentación y devoré sus labios con ansia, atrapándolos entre los míos. Saray respondió al beso con tanta hambre y necesidad como yo.

Y no supe si ella había tirado de mí, o si había sido yo el que la empujó hacia la habitación que ocupaba cuando dormía allí. Pero fuimos juntos, empujando a un par de personas por el camino, sin dejar de besarnos. Atrapé

el labio de Saray con los dientes y ella gimió y se aferró a mi cuello.

Abrí la puerta de un empujón, para encontrar que mi cama ya estaba ocupada por una pareja a la que no reconocí.

—Largo de aquí. —Los eché sin contemplaciones.

Parecieron suficientemente incómodos por haber sido descubiertos como para recoger su ropa, ponérsela a toda prisa y salir de allí. Eché el cerrojo cuando nos quedamos solos y me giré hacia Saray. Iba a poner un poco de coherencia en aquello y darle la oportunidad de pensárselo de nuevo, pero cuando me giré hacia ella ya se había quitado la camiseta y se estaba desabrochando los pantalones.

No llevaba sujetador, y yo solo pude quedarme allí, admirándola. Era realmente preciosa. Se quitó los pantalones y me miró, solo con un tanga negro. Mordiéndose el labio, con las mejillas rojas por la excitación. No parecía avergonzada, solo cachonda y quizá, borracha.

—Saray...

La mayor parte de mi sangre estaba entre mis piernas, pero una última neurona debió recibir un poco de riego, porque me asaltó una voz cruel diciéndome que haría daño a mi amiga.

—¿Qué pasa? —Frunció la nariz durante un segundo, pero luego volvió a acortar la distancia que nos separaba y apoyó la mano en mi pecho, sobre mi camiseta azul claro.

Lo primero que había hecho al llegar a casa de Raúl había sido ducharme y ponerme ropa que tenía allí. Odiaba vivir en la calle, me sentía sucio siempre.

—Eres mi amiga —repetí aquellas palabras, que ya había dicho en una ocasión, como si fueran una explicación de lo que me pasaba.

¡Si apenas podía pensar! Solo quería no hacer a Saray pasar por aquello, que no sufriera porque mi culpa. Acaricié su mejilla, apartando un mechón de su cara y ella respondió con una sonrisa.

—Tú también eres mi amigo, tonto.

Volvió a besarme, mientras se bajaba el tanga.

—No quiero hacerte daño —lo intenté de nuevo, mientras ella colaba la mano por debajo de mis vaqueros, que eran lo suficientemente anchos como para subir y bajar sin tener que desabrocharlos.

—No lo harás —prometió.

Agarró mi polla con la mano, y ya no pude pensar más. Gemí, apoyando la cabeza contra la puerta, y decidí ceder un poco de mi control a Saray.

Definitivamente ella sabía lo que hacía.



## Carlos

—Voy a ver si Raúl está bien —me despedí de Alba sin muchas ganas.

La verdad es que esa mañana ya nos habíamos acostado, y aunque habían pasado muchas horas, y cosas, entremedias, no tenía muchas ganas de repetir. Así que cuando Raúl entró a la cocina borracho y de malhumor, me dio una excusa genial para seguirlo.

Di con él en el salón, estaba tirando en el sofá, con los ojos cerrados y la botella en la mano. Pensé que quizá no era buena idea molestarle. Ni siquiera sabía muy bien cómo animarle. Yo mismo me sentía desolado porque Andrea no me hablase.

La busqué con la mirada de forma inconsciente. Estaba hablando animadamente con un chico que reconocí del instituto, aunque no sabía su nombre, ni me importaba.

No me moví de allí, con la vista fija en ella. El chico cada vez se acercaba más para hablarle, y sentí deseos de separarle de Andrea a puñetazos. Ni siquiera estaba seguro de si mi amiga seguía con Izan. Yo no había vuelto a verle, ni a ir a boxeo, ni a fútbol.

Andrea se apartó del chico cuando iba a besarla y dejó de sonreír de inmediato. Di un paso hacia ella, sin saber si quiera qué podía decir. Andrea pareció percatarse de mi existencia, lo cual era un milagro últimamente. Me dirigió una mirada que me pareció triste y salió a la terraza.

Iba a ir tras ella, cuando vi que Raúl estaba fuera. Cogí aire y reprimí las ganas de seguirlos. Seguramente Andrea supiera cómo consolar a mi amigo, ella siempre parecía saber lo que decir.

—¿Carlos? —Me sobresaltó la voz de Nuria.

¿Esa tía me seguía o qué?

—¿Qué haces aquí? —Fruncí el ceño, incómodo.

—Yo también me alegro de verte, cariño. —Puso mala cara, aunque parecía bromear en el fondo. Se acercó a mí y pegó sus labios a los míos, de forma breve, como saludo.

—Es que no te esperaba aquí —reconocí, respondiendo a su beso sin

muchas ganas.

—Me han traído unos amigos, por la fiesta —explicó, señalando alrededor como si fuera obvio.

Definitivamente Raúl había perdido la cabeza al invitar a tanta gente.

—Oh. —Acepté que tenía sentido.

—¿Y tú qué? ¿Eso es pintalabios? —Pasó el dedo por mi mejilla.

Aquello era culpa de Alba y de su manía de maquillarse, supuse, aunque por otro lado, que yo supiera Nuria y yo no teníamos nada serio.

—Es la casa de mi amigo. —Ignoré la segunda pregunta, pasándome la mano por la mejilla para limpiármela.

—Ya.

No pareció muy convencida con mi respuesta, así que busqué una forma de escaquearme alrededor. Lo primero que vi en mi vistazo fue a Saray y Charly yéndose a la habitación entre besos. Lo segundo fue a Andrea y Raúl abrazados en la terraza. ¿De qué coño iba aquello? Lo tercero fue a Alba, viniendo hacia mí desde la cocina.

—Voy al baño —me disculpé.

Pero no fui suficientemente rápido. Alba llegó hasta mí y Nuria la miró con desconfianza. Supuse que sus labios con el maquillaje corrido eran bastante reveladores.

—¿Me vas a dejar tirada otra vez? —me regañó Alba.

—¿Vienes a cenar, Carlos? —me llamó Raúl, y nada me apetecía más que largarme de allí.

Pero no pude responder al ver a Andrea junto a él. Las tres chicas me miraban con el ceño fruncido. Andrea por costumbre, supuse. Y lo más gracioso de todo es que me daban igual Alba y Nuria, me daba igual que me dejaran o lo que fuera, y me daba igual no volver a verlas. Solo quería que Andrea me perdonase de una maldita vez, no lo soportaba más.

—Sí, por favor —supliqué finalmente.

—¿Estás de coña? —se cabreó Nuria—. ¿Te estabas liando con esa puta? —Señaló a Alba con cara de asco.

—¿A quién llamas puta tú, perra? —replicó Alba.

Lancé una mirada de auxilio a Raúl cuando las dos chicas se giraron hacia mí a la vez.

—¿De qué va esto, Carlos? —Fue Nuria la primera en hablar de nuevo.

—Bueno, pensaba que tú y yo no teníamos nada serio... —expliqué, tragando saliva con dificultad, algo intimidado.

—Vayámonos nosotros —sugirió Andrea a Raúl—. Carlos va a estar entretenido un rato...

Me pareció aliviada por poder dejarme atrás, y su abandono dolió. ¡Joder! ¿Qué había hecho yo tan malo como para que me odiase tanto?

Alba sin embargo pareció cabrearse aún más que antes, y se giró hacia ella a una velocidad impresionante. Yo me puse en tensión, por si tenía que defender a la que aún consideraba mi amiga, aunque no fuese mutuo.

—No sé por qué, parece que siempre estás en medio cuando estoy con Carlos —acusó a la chica.

—¿Yo? Díselo a esa —Señaló a Nuria.

—Vas de buena, pero yo sé como eres en realidad —le dijo, con un desprecio que me desconcertó—. No eres más que una puta manipuladora...

—¡Eh! —Me metí entremedias, literalmente, me puse delante de Andrea, para que Alba y su ponzoña quedasen al otro lado—. Pensé que te había quedado claro que no quería que te metieses con mis amigos...

—¿Sabes qué, gilipollas? —se envaró contra mí, clavándome el dedo en el pecho—. Esta vez hemos acabado de verdad, no vuelvas a acercarte a mí.

—¡Pero si eres tú la que vienes siempre buscándome! —se me escapó, porque de verdad que quería que desapareciese de allí.

Alba me dio una bofetada que sonó en el salón de Raúl, sobre la música incluso, y picó mucho.

—Yo no sabía que eras esta clase de persona, Carlos —me acusó Nuria.

—Pues ya ves: ¡sorpresa! —me burlé, cabreado con la situación más que con ella—. Pero no te hagas la indignada, nunca te dije que tuviéramos nada y tú asumiste que era tu puto novio.

Y supuse que Alba había sentado un mal precedente, porque imitó su gesto, dándome una bofetada. Y no me dio en el otro lado como en las películas, me golpeó en el mismo sitio exacto. Y el picor dio paso a un dolor muy intenso.

—¡Vale! ¡Se acabó la fiesta! —pidió Raúl, parando la música y hablando por encima del barullo de la gente—. Largo todo el mundo de mi casa.

La gente no pareció muy contenta con la idea, pero tampoco me quedé allí para ver los ojos llorosos de Nuria, a la que parecía haber roto el corazón. Tampoco me atreví a girarme hacia Andrea, no quería saber lo que pensaba de mí. Seguramente me odiase aún más que antes.

Fui directo a la cocina, y rebusqué algo congelado que ponerme en la mejilla. Por suerte Raúl se alimentaba de cosas de ese estilo y di con una bolsa de patatas fritas que me llevé a la cara. No quedaban hielos, supuse que

se los habían bebido todos.

—Gracias por defenderme. —Me sobresaltó la voz de Andrea—. ¿Puedo?  
—Señaló mi mejilla, así que la dejé mirar.

—Me lo merecía, supongo. —Me encogí de hombros.

—No es verdad —susurró.

Me quitó la bolsa de patatas de la mano y la apoyó contra mi mejilla. Con mucha suavidad, como si quisiera ayudarme... ¿ya no estaba enfadada? No lograba entender a esa chica, y eso me frustraba.

—¿Qué le has hecho a Alba para que te odie tanto? —pregunté, por hablar de algo, porque seguía a un palmo de mí y quería oír su voz.

—Íbamos juntas a la academia de inglés el año pasado —explicó, poniendo mala cara—. Ella estaba enamorada de un chico llamado Rafa.

—¿Tú no saliste con...? —até cabos—. Así que le levantaste el novio...

—No se lo levanté. —Me miró con el ceño fruncido y no pude evitar una sonrisa. Era guapa incluso así—. A él no le gustaba ella.

—¿Y qué pasó con Rafa? —pregunté.

No me había enterado de mucho de su historia, porque no me había importado Rafa. Nunca me cayó bien, y ahora estaba seguro de entender el motivo mejor que nunca.

—Nada, no me gustaba tanto. —Se encogió de hombros—. Era muy malo en la cama —reconoció finalmente, sonrojándose.

—¿Y con Izan? —tanteé.

—¿No has hablado con él?

—No.

Miró al suelo y me pareció repentinamente triste. ¿Lo habían dejado? Estuve a punto de celebrarlo, pero me controlé.

—Salimos de fiesta y se comportó como un capullo. Por suerte Abram estaba por allí y me salvó el culo —explicó, y una lágrima le resbaló por la mejilla—. En realidad da igual —se disculpó—. No sé lo que hago para acabar siempre con los más gilipollas.

—Es un talento femenino —traté de bromear, secando su mejilla con el pulgar.

—¿Podemos volver a ser amigos? —preguntó, y un par de lágrimas nuevas le gotearon por la cara—. No soporto no hablar contigo.

—Yo nunca he dejado de ser tu amigo, Andrea —susurré, secando sus nuevas lágrimas.

—Lo siento —lloró, apoyando la cabeza contra mi pecho y dejando las

patatas congeladas a un lado.

No pude responder. Su enfado me había cabreado, sí, y dolido, pero allí estaba, abrazada a mí, disculpándose. Y yo debía ser muy idiota, pero no podía seguir cabreado con ella. Solo quería quedarme así eternamente.

Ni siquiera me atreví a pedirle explicaciones. Rodeé su cuerpo con mis brazos y besé su pelo, que olía a fresa.



## 53.- Marco el Narco

### Abram

Mis pies chapoteaban en el suelo empapado de agua, que se había teñido de rojo por la sangre. Me temblaba todo el cuerpo por los nervios, salvo las manos, que se mantenían firmes. Sostenía la pistola con la derecha a un lado de mi cuerpo. Pesaba lo suficiente como para hacer aquello más real, no podía olvidarme del frío metal ni un segundo.

Cogí aire y doblé otra esquina. Hacía rato que daba vueltas perdido por la impresionante mansión de Marco. Era la primera vez que estaba allí y no tenía ni idea de hacia donde quedaba la salida.

Y entonces, al empujar una puerta doble y grande, me encontré de frente con el *Cojo*, que me apuntó con su arma, con una mano que temblaba tanto que pensé que en cualquier momento dispararía sin querer.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó, con los ojos muy abiertos, desesperado o, quizá, aterrado. Tenía la cara y la ropa manchada de sangre.

Cerré un segundo los ojos. ¿Qué había pasado?

Me quedó claro que el plan del *Cojo* era una mierda en cuanto llegamos allí. Todos parecían saber lo que tenían que hacer. Se dispersaron armados con pistolas que sacaron de los maleteros de los tres coches en los que habíamos ido y rodearon las vallas de la mansión de Marco.

Quise decirle al *Cojo* que su plan estaba mal desde el momento en que llegamos. Aparcó en la carretera que daba acceso a la casa y cualquiera que llegase detrás podría haber advertido a Marco. Sin duda era algo llamativo de lo que avisar, pero guardé silencio: lo mejor que podía pasarme era eso.

A mí no me dieron ningún arma y tampoco lo pedí. Tardé un minuto entero en convencerme de que tenía que entrar en la casa antes que ellos y avisar a Marco, porque tenía claro quién iba a ganar aquella batalla y yo no quería estar en el equipo de los perdedores. No quería que me enterrasen vivo.

Y a partir de ahí, de alguna forma, desconecté de la realidad. Me convencí de que era como ver una película y que no era mi vida lo que me estaba jugando. Los camellos se colocaron en puntos estratégicos desde los que poder vigilar la casa. Yo conseguí golpear a uno de ellos y corrí hasta la valla.

No era muy alta, aunque tenía picos afilados en la parte superior, y seguramente también vigilancia, pero la salté sin mucha dificultad. Y me

encontré junto a la piscina, donde Marco estaba sentado en una tumbona, con el *señor Equis*. ¿Qué demonios? Me costó un minuto entero procesar aquello. Tiempo que los guardaespaldas de Marco aprovecharon para llegar hasta mí.

Marco se levantó, como si tuviera todo el tiempo del mundo, y se aproximó hasta mí, mientras yo me dejaba agarrar por un brazo por cada uno de los guardaespaldas. No opuse resistencia, no quería pelear, solo que me escuchasen.

—No me gusta matar a gente en mi casa, Abram. —Parecía realmente cabreado por ello.

—Pues quizá no te quede más remedio —lancé una nueva mirada al *señor Equis*, que estaba poniéndose en pie, seguramente preparándose—, pero yo no soy tu enemigo.

—¿Ah, no? —Eso pareció hacerle gracia. O quizá no. Ese hombre me acojonaba mucho.

—Van a intentar matarte: quieren sustituirte y puedo darte todos los detalles, los nombres de los diez camellos que rodean tu casa y de su cabecilla.

Lancé una nueva mirada hacia el *señor Equis*, que me miraba con un músculo de la mandíbula tembloroso. Ni siquiera entendía qué hacía allí. ¿Quería asegurarse de que todo salía bien? Sería arriesgado para él. *Cojo* había dicho que se quedaría en la parroquia. ¿Cómo podía haber llegado antes? ¿Y por qué aún no me había pegado un tiro? Debía ir desarmado.

—Te dejé vivo una vez, no creo que esta vez corras la misma suerte... —me amenazó Marco.

Y los meses que llevaba teniendo pesadillas en las que era enterrado vivo volvieron a mi cabeza. Tragué saliva con dificultad y le recité todo lo que sabía de aquel plan. Por suerte yo tenía muy buena memoria.

—Y él lo ha tramado todo —señalé al cura, que se esforzó por soltar una risotada.

—Menuda imaginación tiene el chico —se burló el *señor Equis*, dando un par de palmaditas alegres.

—Pero te has quedado pálido —resalté.

—Tú también —contraatacó.

—Porque mi vida pende de que él crea en mis palabras —reconocí—. ¿Cuál es tu excusa?

—Vale ya —cortó Marco—. ¿Tienes alguna prueba o solo tu palabra?

—Tengo muchas palabras —aseguré—. Pero no puedo hacer que me creas

sin más, lo entiendo. Nada de lo que diga hará que confíes en mí y es normal. Sin embargo, ellos dijeron que atacarían ahora porque tu familia estaría aquí. ¿Vas a arriesgarte? ¿Tanto confías en un cura y un yonki?

—Recorred el exterior, quiero saber quién hay allí —ordenó Marco a uno de sus hombres—. Llevad a mis niñas a la habitación del pánico, y vigilad a estos dos: si tratan de moverse, disparadles.

Si no hubiera estado tan acojonado me habría parecido incluso bonita la forma en la que todos se movían a la vez, de forma perfecta, para cumplir sus órdenes.

Y después de eso, todo estalló. Cuando uno de los guardaespaldas se giró, el *señor Equis* le robó el arma y disparó a otro. Yo corrí a refugiarme dentro de la casa y algo estalló en alguna parte. Una explosión sucedió a otra y por más vueltas que daba por esa mansión no encontraba la salida.

Me encontré a uno de los camellos en la vuelta número quinientos. Era el mismo que había molestado a la hermana de Charly, así que no me sentí nada mal por darle un puñetazo en la cara y derribarlo. Le di un par más en el suelo para dejarlo inconsciente y le robé la pistola.

Y después de eso, la casa se tiñó de rojo. Parecía haber cadáveres por todas partes, tanto guardaespaldas de Marco como camellos del *Cojo*. No había encontrado al *señor Equis* desde que le había perdido de vista en el exterior.

—¿Qué ha salido mal? —repitió *Cojo*, sin dejar de apuntarme con su arma—. He encontrado a sus hijas —siguió hablando—, las tengo encerradas en esa habitación.

—Déjalas, *Cojo* —pedí—. Habéis perdido, he contado al menos nueve de tus camellos muertos. —Y al décimo le había dado una paliza yo—. Márchate y huye del país, mientras puedas.

—Nadie huye de Marco, nadie le deja, dará conmigo. Nuestra única opción es matarlo, ¿no lo ves? —Movié el arma de forma errática—. ¿Acaso eres un cobarde?! —me gritó—. ¿Ese es tu problema? ¿No tienes huevos?

No respondí. Quizá sí, o quizá solo era estúpido. No tenía que haberme metido en todo aquello desde el principio. Debí quedarme al margen. No, seguramente mis errores habían empezado mucho antes, al empezar a vender droga. Pero ya no podía cambiarlo.

—Baja el arma —pedí—. Voy a sacar a esas chicas de ahí.

—Si lo intentas te mataré.

—No voy a dispararte, *Cojo* —prometí—. Pero quiero que acabes con

esto.

—¡Cobarde de mierda!

Yo de verdad no iba a dispararle, pero él no tuvo la misma deferencia para conmigo. Oí el sonido del ladrillo a mi lado justo después del ensordecedor sonido de la bala. Había fallado por unos centímetros.

Alcé mi pistola y apreté el gatillo, antes de que él lo hiciese de nuevo y esta vez no fallase. Apuntaba a su pecho, pero le di en el único brazo que tenía y me pareció mejor resultado. Soltó el arma y se llevó la mano al pecho, gritando de dolor.

Recogí su pistola del suelo y sujeté ambas con una sola mano para ir a buscar a las hijas de Marco. Sin duda, aquella noche iba a sustituir en mis pesadillas el haber enterrado al *Hámster*.

Empujé la puerta tras la que *Cojo* había dicho que estaban las chicas, para encontrar una especie de salón. Tres chicas lloraban abrazadas en una esquina. No parecían mayores que yo, una de ellas parecía poco más que una niña.

—Tranquilas. —Alcé las manos para que viesen que no iba a hacerles daño—. Estoy con vuestro padre. Vayamos a buscarlo.

Solo esperaba que Marco no me matase al verme aparecer con sus hijas y me dejase explicarme.

—¿Dónde está papá? —preguntó una de ellas.

—No lo sé. Dijo algo de una habitación del pánico, ¿no? —dudé: si no sabía salir de la casa, mucho menos dar con él.

Me costó un rato eterno conseguir que las chicas se moviesen. Una de ellas, la más joven, pareció asumir la voz cantante y me guió por la puta casa laberíntica. El *Cojo* no estaba fuera cuando volvimos, por lo que procuré vigilar nuestra espalda y el camino.

Cuando nos topamos con el primer cadáver las chicas volvieron a ponerse a llorar y tuve que detenerlas para que no corriesen a esconderse. Como si yo no quisiera correr hasta mi casa también... Después de aquello hasta valoraría más a Marisa, seguro. Y puede que incluso me esforzase por soportar a Isabel.

No tardamos en llegar a la habitación del pánico. Las chicas me contaron que estaban llegando a ella cuando había aparecido el *Cojo*, disparado al guardaespaldas, que estaba muerto junto a esta, y se las había llevado a punta de pistola.

La chica marcó el código de seguridad y empujó la puerta que se abrió con suavidad. Dejé pasar a las otras dos delante. Si Marco no estaba allí seguiría buscándolo por mi cuenta. Pensaba dejarlas en aquella sala, porque me

ralentizaban más que ayudarme.

—¡Papá! —gritó entonces una de ellas—. ¡Estás herido!

Entré tras ellas, cerré la puerta y solté las pistolas a un lado. Marco estaba tendido en el suelo, con su traje caro empapado de sangre y sujetándose el costado. Aparté a las chicas y me arrodillé a su lado.

—¿Las has traído tú? —me preguntó el hombre, sujetándome la camiseta con la mano ensangrentada.

—Sí. —No me paré a hablar, tiré de su camisa y rompí los botones para buscar su herida.

Tenía un balazo en el costado. Aquello era muy diferente a las heridas que estaba acostumbrado a ver, que generalmente eran causadas por puñetazos o golpes. Lo ayudé a incorporarse con dificultad para buscar el agujero de salida. Un chorro de sangre manó de la herida, pero la bala seguía dentro.

—Tienes que ir al hospital —le dije, buscando con la mirada algo con lo que taponar la herida—. La bala no ha salido.

—Sácala, Abram —me ordenó, y su rostro antinaturalmente bronceado pareció terriblemente pálido.

—¿Qué?! —Tragué saliva mientras negaba con la cabeza—. Eso queda por encima de mis conocimientos, Marco.

—Hazlo, o te mataré —ordenó, moviendo su pistola sin mucha fuerza.

—Necesito vendas, gasas, cosas... Yo... Joder.

—Hay un botiquín —me dijo una de las chicas, cogiéndolo de la pared junto a las pantallas de vigilancia y pasándomelo.

Una cosa es que quisiera ser médico y otra que supiera hacer aquello. Mi contacto con heridas de bala se resumía a Hollywood y las películas no eran una fuente muy fiable de información.

De todas formas, no quería que me pegase un tiro y estaba seguro de que se desangraría antes de que consiguiera llegar a un hospital. Abrí el botiquín manchándolo de sangre y cogí aire tres veces antes de decidirme a hacer aquello.



Me fumé un porro antes de entrar al examen. Aún sentía el corazón latiéndome adrenalina de forma dolorosa en el pecho. Joder, estaba seguro de que alguien me pegaría un tiro, pero había logrado salir vivo de casa de Marco.

Incluso logré sacarle la bala, asegurarme de que no tenía nada dañado por dentro y coserle la herida.

Sus guardaespaldas se hicieron con la situación en la casa, atraparon al *señor Equis* y me pareció que Marco se lo pasaría muy bien vengándose de él.

Luego me había dejado lavarme y me había prestado uno de sus trajes caros para que no saliese de su casa manchado de sangre. Incluso uno de sus guardaespaldas me había llevado hasta la universidad para el examen.

Me prometió que si él sobrevivía a mi *arreglo*, yo gozaría de privilegios especiales para con él. «Puedes pedirme lo que quieras» dijo.

Y quizá habría sido un buen momento para pedirle salir de todo aquello, pero tal vez si podía pillar de forma segura y dejaba de juntarme con camellos y proveedores de mierda, me iría bien.



## 54.- Pequeños logros

### Charly

En cuanto Sara me llamó para que fuese a casa supe que era una encerrona, pero estaba hasta la polla de vivir en la calle.

Llamé al telefonillo y me encendí un cigarro, quizá como un último acto de rebeldía, o tal vez por asegurarme de imponer mis reglas desde el principio. Fue Sara la que me abrió la puerta de casa y se me abrazó con fuerza. Yo me aseguré de mantener el cigarro lejos de ella, para no quemarla.

—Papá quiere hablar contigo —confesó, sonrojándose mucho.

—¡Menuda traición! —me metí con ella, más bromista que otra cosa, pero se le llenaron los ojos de lágrimas y me sentí como un capullo—. Es broma, Sarita, ya lo sabía.

Le di un beso en el pelo y dejé que se fuese a su habitación antes de ir al salón a buscar a mi padre. Me sorprendió que mi madrastra no estuviera por allí, pero, la verdad, mucho mejor así.

—Siéntate, por favor —pidió, señalando una silla que había puesto frente a él.

—Te falta el foco alumbrando a mi cara —me quejé, pero me senté donde él me decía.

—Quiero hablar en serio —pidió—. Creo que el día que te fuiste nos pasamos de la raya los dos. —No respondí, aunque me pareció que esperaba que lo hiciese—. He estado pensando y creo que podemos llegar a un acuerdo de convivencia.

—¿Ah, sí? —Sonreí sin muchas ganas y le di una calada al cigarro.

—No te pongas chulo —ordenó.

—No me pongo de ninguna manera. Llevo dieciséis años cediendo a todo lo que queréis. ¿A eso te refieres con convivencia? A lo mejor no quiero convivir así. Te diré lo que estoy dispuesto a hacer: tendré mi horario, iré y volveré cuando me dé la gana; no volveré a clase; seguiré trabajando por mi cuenta; no volveréis a pedirme explicaciones sobre lo que pasa en mi vida —enumeré.

—Son exigencias un poco duras. —Se pasó la mano por el pelo, largo hasta los hombros, un tanto incómodo—. Acepto que no vuelvas a estudiar, Charly, pero quiero que trabajes conmigo.

—Ni de coña —me negué—. Antes vuelvo a clase.  
—¿Por qué? —Pareció exasperarse.  
—Porque no quiero tener un horario, ni que me exijas nada, ni tener que darte explicaciones —repetí—. Quiero ir a mi aire. Me va bien así.  
—Tarde o temprano trabajarás para mí.  
—De ilusiones también se vive.  
—Como mínimo heredarás los talleres cuando yo me muera —sonrió victorioso.  
—Entonces los venderé y donaré el dinero a niños con madrastras horribles —Fue mi turno de sonreír.  
Él negó con la cabeza, muy poco feliz.  
—Debes dejar esa actitud con ella, si quieres vivir aquí.  
—Yo no quiero vivir aquí —le recordé—. Tú quieres que vuelva.  
—Quiero que intentes llevarte bien con ella, al menos, Charly.  
—Eso es imposible e innegociable. Ni ella quiere llevarse bien conmigo, ni yo con ella. —Apagué el cigarro en una lata de cerveza vacía que tenía en la mesa y me recosté en la silla—. Mira, acepto echarte una mano algún día en el taller, de forma esporádica, si necesitas ayuda estaré a una llamada de teléfono —sugerí, aunque pensaba estar muy ocupado cuando eso pasase.  
—Está bien —suspiró, y me pareció más viejo que nunca—. Pero si quieres que te trate como a un adulto, compórtate como tal.  
—Será que no conozco ninguno al que imitar. —Me levanté tratando de no sonreír, no quería demostrar que me sentía aliviado por poder volver—. Me voy con mis amigos, volveré esta noche —me despedí de él.  
En realidad, me había despertado en casa de Raúl por la mañana, después de la fiesta, y la había encontrado hecha un desastre por los restos de esta. Los demás seguían dormidos, pero yo quería ayudarlos a limpiar cuando se levantasen.



## Carlos

Salí de casa después de cenar con mis padres, así que cuando llegué al bar ya estaban allí mis amigos. Aunque no había ni rastro de Andrea ni Saray.  
—Ya era hora, marica —me regañó Charly con una sonrisa, y deslizó un

vaso de chupito lleno hasta mí.

—¿Qué celebramos? —dudé.

—He vuelto a casa. —Alzó su vaso.

—Y yo he acabado los exámenes y sigo vivo. —Se unió Abram a su brindis.

—Ah, pues celebremos vuestros logros —bromeé, pero me bebí el chupito con ellos—. ¿Y las chicas?

—En el pueblo de Andrea —explicó Raúl—. Nos han abandonado todo el *finde*.

—¿Vas a echar de menos a Andrea? —me picó Charly, tirándome la chapa de un botellín de cerveza que tenía al lado.

—¿Y tú a Saray? Os vi comiéndoos la boca la semana pasada. —Le devolví la chapa, que cogió al vuelo.

—Un poco —aceptó, sin rastro de vergüenza.

—En realidad, he estado pensando que nosotros también podríamos irnos por ahí —sugirió Raúl—. Una semana a algún sitio, para cambiar de aire.

—Es una idea genial —aceptó Charly—. Tías en bikini, por favor.

—Quizá podamos ir a casa de mis padres a Valencia —se me ocurrió—. Pero está alquilada hasta agosto, creo.

—¡Eh! —Charly rellenó los vasos de chupito—. Podemos ir por tu cumple, celebrarlo por todo lo alto —me guiñó un ojo.

—Nada de *strippers*, por favor —supliqué.

—Claro que no —negó él, pero no me lo creí.

—¡Charly, no! —insistí—. Podemos celebrar mi cumple allí, con pizza y cerveza, pero sin tías que cobren por usar su cuerpo...

—Vale, vale, tranquilo, marica —se rió, pero seguí sin creer en su palabra.

Me acabé el chupito, porque sabía que no iba a gustarme lo que fuese que estuviese pasando por su cabeza, y prefería tragarlo con alcohol.



Me di cuenta de la hora que era en cuanto le di a enviar. No había querido pensármelo mucho antes de hacerlo, pero ahora me arrepentí por si despertaba a Andrea. Aun así, necesitaba saber que estaba bien y que seguíamos siendo amigos, que no había vuelto a enfadarse sin motivo.

Había pasado toda la semana planteándome si debía contarle que estaba

colado por ella. Y estaba dispuesto a hacerlo ese fin de semana y justo se había ido. ¿Era el destino dándome una señal? Quizá lo mejor era seguir como estábamos. Prefería ser su amigo antes que no ser nada. Ahora sabía lo que dolía estar alejado de ella.

Guardé el móvil y me convencí de que lo mejor era seguir como estábamos. Porque si ella no sentía nada por mí, y no creía que lo sintiera, nuestra relación volvería a ser rara.

—¿Estás bien? —Me sobresaltó la voz de Abram, que se apoyó en la pared a mi lado y se empezó a liar un porro.

—Necesitaba tomar el aire —expliqué, porque había salido de la discoteca por eso.

Hacía demasiado calor y había demasiada gente dentro y me había sentido agobiado. Además, me separé de los demás y bebí demasiados chupitos. Definitivamente necesitaba algo de aire frío, pero allí no corría nada, hacía un calor más seco que dentro.

—¿Quieres? —Me pasó el porro después de encenderlo.

Lo cogí y le di una calada. Charly siempre nos estaba contando los beneficios de la maría, quizá así me aclarase. El humo me hizo arder la garganta y tosí un par de veces, antes de devolverle el porro.

—Andrea me contó que la salvaste de Izan —le dije, cuando dejé de toser.

Abram me miró un segundo, con los ojos un poco entrecerrados, dio una calada al porro y soltó el aire por la nariz antes de hablar.

—Sí, bueno, no fue nada. —Se encogió de hombros.

—¿Te gusta? —Juro que iba a darle las gracias, solo eso, pero se me escapó la pregunta antes de que pudiera detenerla.

—Es muy guapa, y simpática —hizo un gesto para restarle importancia—. pero no es mi tipo, me van más las rubias.

—Gracias por ayudarla.

—Trato de purgar mis pecados —me dijo sin sonreír, y no supe si bromeaba.

—¿Vendrás de vacaciones? —Cambié de tema, algo incómodo, mientras aceptaba otra calada de su porro.

—No lo sé, si no molesto... Es tu casa —se rió esta vez.

—No molestas. A Charly le encantará tener tu maría —bromeé, bastante más relajado.

—¿Andrea sabe que te gusta? —Me puse tenso de golpe con su pregunta—. Yo no diré nada —se defendió enseguida.

—No me gusta, es mi amiga —negué.

—Vale, vale —se rió dando otra calada al porro.

Me dejó el final de este, me dio un golpecillo en el hombro y volvió dentro. Le di otra calada y miré el móvil. Andrea no se había vuelto a conectar, ni había leído el mensaje. Suspiré y le di una última calada al porro antes de aplastarlo con el pie.

Definitivamente no le diría lo que sentía por ella. Solo éramos amigos, ya se me pasaría la tontería.



## 55.- Amigos tirados

### Abram

La hermana de Charly me abrió la puerta de su casa y me miró con el ceño fruncido, sin dar muestras de reconocermé. Me molestó un poco, porque yo le había salvado el culo, pero supuse que era mejor así.

—¿Está tu hermano? —pregunté.

—Claro, en el salón, pasa. —Se apartó de la puerta y me dejó entrar.

Me pareció mal que me dejase pasar sin saber quién era yo, pero supuse que era el más paranoico del mundo, así que no comenté nada. Tampoco era quien para echarle una regañina, ¿no? Habría sido raro, ni siquiera sabía su nombre.

Me señaló dónde estaba el salón, aunque no tenía perdida, al fondo del pasillo.

Charly estaba en el sofá, con cara de aburrimiento extremo, escuchando a los que supuse que eran sus padres, que le daban una charla sobre no hacer fiestas, no liarla y cosas similares.

—Y evita que muchos de tus amigos tirados entren en mi casa —le dijo su madre, mirándome con cara de asco.

—Traer a todos los amigos sin hogar que tenga. — Charly fingió tomar nota en una libreta invisible—. ¿Algo más?

—Cuida de Sara —pidió su padre.

—Como siempre —aceptó él, y me sorprendió que no hiciera chistes sobre ello.

—Y no fumes en casa —siguió la mujer, lanzándome otra mirada de disgusto, aunque yo no iba fumando ni nada.

Charly me había llamado para invitarme a comer con sus amigos, porque sus padres se iban unos días. Si hubiera sabido que aún estaban allí, hubiese esperado un poco más para llegar.

—¿Ni tabaco? —fingió horrorizarse. Yo tuve que apretar los labios para no sonreír.

—Charly, por favor. Tu madre no se irá tranquila si no prometes comportarte.

—Mi madre está muerta —dijo, y por su tono me pareció que lo repetía a menudo.

—¡Charly! —le regañó su padre.

Me hubiese gustado poder desaparecer, pero me pareció un poco mal largarme en ese momento. Charly se puso de pie, con un suspiro y arrastró una maleta que había en el suelo, hasta su padre.

—No incendiaré la casa, ni haré nada que vosotros no haríais. Ahora, largaos sin miedo, seré muy buena gente. Abram no es un vagabundo: es un camello, tiene pasta y eso... —Le miré horrorizado, pero su padre se lo tomó a risa.

La mujer sin embargo se limitó a mirarme como si yo fuera un chicle pegado a su zapato.

—Sara, si te hace algo me llamas, tienes mi número. —Sujetó la mujer a la niña y pegó sus labios pintados de rojo en la mejilla de la chica, que se esforzó por liberarse.

—Seguro que estaré bien, mamá —se rió ella, acercándose a su padre para darle un beso también.

—Yo no me voy tranquila —se quejó la mujer, haciendo que Charly pusiera los ojos en blanco.

—Pues no te vayas tranquila, pero vete —la echó Charly—. Y tú, siéntate por ahí, amigo tirado. —Me señaló el sofá, así que obedecí, pero le miré mal.

Charly empujó a sus padres hasta la puerta, sin muchos miramientos y oí la llave en la cerradura tras ellos, seguramente para asegurarse de que no volvían a entrar. El chico suspiró aliviado al entrar de nuevo en el salón y me lanzó un mechero que cogí al vuelo. Era blanco, con un corazón desgastado en la superficie.

—¿Es una declaración? —me burlé de él.

—Sí, de que quiero un porro, marica —pidió.

Lancé una última mirada a su hermana, que seguía junto a la puerta del salón, y saqué el tabaco de mi bolsillo para liarme un porro. Charly volvió con dos cervezas y recogió un par de mandos de la *play* antes de sentarse a mi lado.

—¿No tienes deberes o algo? —preguntó a su hermana.

—Es verano —se negó ella—. Pero ya me voy, sé cuando molesto.

—No molestas, Sara. Quédate.

Acabé de liar el porro y lo encendí con el mechero que me había dado Charly, antes de pasárselo. El timbre sonó entonces y Sara fue a abrir.

—Si son tus padres no abras —pidió Charly—. Pero si son más amigos tirados que pasen, que al fondo hay sitio —bromeó.

—Qué bien vives —me metí con él—. Tu pobre hermana de portera, yo para liarte los porros...

—Mi vida es un puto cuento de princesas —me siguió la coña, sin mucho humor.

Me pasó de vuelta el porro y encendió el *FIFA*. Carlos y Raúl llegaron entonces al salón, con Sara detrás, con la cara sonrojada.

—¿Habéis empezado la fiesta sin mí? —se quejó Raúl bromista.

—¿Queréis beber algo? —ofreció Sara y desapareció en la cocina sin dejarlos responder.

—¿Queréis que pidamos pizza? —preguntó Charly, empezando la partida. Yo ofrecí el porro a los chicos, pero ambos negaron con la cabeza, así que me lo puse entre los labios mientras Charly sacaba el balón—. Trae un cenicero, enana —pidió Charly a su hermana cuando volvió con cervezas para Raúl y Carlos.

—No le hagas caso, Sara, que se mueva él —se rió Raúl.

Le robé la pelota al chico cuando miró indignado a Raúl. Y se quejó sonoramente. Sin embargo Sara volvió con un cenicero unos segundos después.

—Le estás malacostumbrando —se lamentó Carlos.

—¿Queréis comerme los huevos los dos? —ofreció Charly, sin rastro de amabilidad.



## **Raúl**

Había ganado todas las partidas a mis amigos, y empezaba a cansarme de jugar, así que cuando Sara convenció a Charly para que le cediese su turno me dejé ganar por ella. La niña se rió feliz y yo me sentí bien.

Le pasé mi mando a Saray, que hizo un comentario jocoso sobre lo malo que era yo, aunque también le había ganado a ella, y me fui a una silla para que pudiese sentarse.

Charly me pasó el porro y lo cogí sin mucho entusiasmo. Se habían fumado tres en las últimas dos horas. Y había decidido participar al segundo. Le di una calada, pero se había apagado. Abram se rió de mí y me lanzó un mechero que no me costó coger.

Encendí el porro y le di una larga calada antes de fijarme en el mechero que tenía en la mano. Tenía un desgastado dibujo de un corazón rojo... Y no sabía si estaba demasiado colocado, pero ese mechero me sonaba mucho.

—¿De dónde lo has sacado? —le pregunté a Abram.

—Es de Charly. —Se encogió de hombros, mientras me tendía la mano para que le devolviese el porro.

—¿Charly? —pregunté.

—Yo qué sé, tío, ¿qué le pasa? —se rió.

—Nada —murmuré.

Sabía que era imposible, debía haber cientos de mecheros con el mismo dibujo, ¿no? Agité la cabeza, estaba colocado. Se lo lancé de vuelta a Charly y me fui al baño a lavarme la cara.

Me empecé a encontrar algo mal, supuse que no estaba acostumbrado a colocarme. Me lavé la cara con agua fría y luego me dejé caer en la cama de Charly.

Me quedé dormido en algún momento, y soñé con una chica de pelo castaño y un mechero con un corazón rojo.



Me desperté desorientado, rodeado de ropa que no era mía. Tardé un minuto entero en darme cuenta de que me había dejado caer en la desordenada cama de Charly. Me levanté estirándome y volví al salón.

No me sentí menos desorientado al llegar allí. Mis amigos habían extendido la mesa grande y estaban sentados alrededor, con un trivial entre ellos. Parpadeé confuso, sin dejar de mirarlos. Luego supuse que estaban haciendo algo *tan normal* por entretener a Sara, que estaba sentada entre Saray y Andrea, frente a su hermano, Abram y Carlos.

—Buenas tardes, Bella Durmiente —se metió Charly conmigo, al percatarse de mi presencia—. Pensábamos que no ibas a despertarte...

—Estaba esperando que fuereis a darme un besito —bromeé, dejándome caer entre Saray y Abram.

Me sentía de mejor humor de lo que me había sentido desde que se fue Celeste. Era como si esa siesta me hubiese quitado un peso de encima.

—Lo he intentado, pero me has dicho: «cinco minutos más, mamá» — siguió metiéndose conmigo mi amigo, y me hizo reír.

—A lo mejor es que no me has besado donde deberías —le devolví la

pulla.

—Tápate los oídos, Sara —fingió horror Charly.

—Raúl va con nosotras —cambió de tema Saray, aunque sonrió un poco.

Me cogió del brazo y tiró de mí para pegarme más a ellas. Yo no me quejé, deslicé un poco la silla para juntarme y miré el tablero para saber cómo iban. Había dos fichas en el centro, parecía que no habían empezado aún.

—Pero ¿no era «chicos contra chicas»? —preguntó Carlos poniendo voz algo chillona, supuse que imitando a alguna de las chicas.

—Pues por eso va Raúl con ellas —volvió a meterse Charly conmigo.

—¿Qué te he hecho yo, mamón? —me quejé, aunque se me escapó una carcajada.

—Si sois más, salimos nosotros, ¿no? —sugirió Carlos, pero Saray le pasó el dado a Sara, ignorando la petición del chico.

—Sale el más joven —defendió Andrea a su amiga.

—Venga, tirad de una puta vez —pidió Charly, encendiéndose un cigarro.

Sara tiró el dado, tras lanzarle una mala mirada a su hermano. Saray movió la ficha rosa y decidió con Andrea ir a por la pregunta de cine y televisión.

Yo aún me sentía más dormido que despierto y verlos a todos así, interactuando como personas normales, o casi personas normales, parecía parte de un sueño.

—¿Qué actor daba los buenos días a Vietnam a través de un programa de radio? —leyó la pregunta Carlos.

—Mira, he oído «actor» y «buenos días» y me he imaginado despertándome con Brad Pitt, y ya no puedo pensar en otra cosa —se carcajeó la rubia.

—¿Brad Pitt, en serio? —Alzó una ceja burlón Charly.

—Me van los rubios, lo siento. —Se encogió de hombros.

—¿Esa es vuestra respuesta? —se rió Abram.

—¿Que quiero amanecer con Brad Pitt? Sí, joder —celebró ella.

Andrea y Sara asintieron conformes, pero ante la mirada de Charly, su hermana tosió un par de veces y le dio un trago a su vaso de refresco, sonrojándose mucho.

—Pues no es Brad Pitt —negó Carlos, que seguía con la tarjeta en la mano —. Es Robin Williams.

Saray me dio un golpecito sin muchas fuerzas en el costado, como si hubiera sido culpa mía. Carlos tiró el dado en su equipo y movieron la ficha azul. Charly quería mover a deporte, pero Abram insistió en ponerse en

ciencia.

—Ya puedes saber responder, genio: si no, cobras —bromeó Charly.

—¿Qué hombre de hace tres cientos mil años apareció en la Sima de los Huesos? —leyó la pregunta Sara.

—Ya la has liado... —se quejó Charly, mirando muy mal a Abram—. Uno muy viejo —bromeó.

—Brad Pitt —aporté burlón.

—¡Eh, no te metas con mi futuro marido! —se quejó Saray.

—El hombre de Atapuerca —respondió Abram sin dudar, provocando que todos le mirásemos, y luego a Sara en busca de la respuesta correcta.

—Sí —aceptó Sara.

—¿Cómo lo has sabido? —pregunté curioso.

—Es una pregunta de primaria, lo raro es que no lo sepáis vosotros. —Se encogió de hombros, algo incómodo y se encendió un cigarro.

—Vale, tira otra vez. —Le pasó el dado Saray a Carlos.

—Historia. —Movié Charly.

Sara leyó la pregunta en voz alta otra vez.

—¿En que península europea se reunieron...? —Sara trató de pronunciarlo, pero al final se rindió—. Tres señores de nombres raros... —acabó la pregunta.

—¿Churchill, Roosevelt y Stalin? —leyó Andrea sobre su hombro.

Charly y Carlos miraron a Abram, que pareció algo incómodo antes de responder.

—En la de Crimea.

Sara volvió a darla por buena, y esta vez no lo dejamos pasar sin más. Saray fue la primera en reaccionar.

—¡Os cambiamos a Raúl por Abram! —Me empujó sin usar fuerza.

—¡Eh! —me quejé.

—¿Estás viendo las respuestas? —bromeó Charly, agachando la cabeza para ver si veía la parte trasera de la tarjeta, pero Sara la tenía bien tapada—. ¿O te has empollado el trivial?

—Tengo un cerebro prodigioso. —Se encogió de hombros Abram, y parecía realmente incómodo con aquello.

—¿De verdad sabes todas esas cosas? —se impresionó Andrea y yo no me sentía menos impresionado que ella.

—Memorizo prácticamente todo lo que leo: si lo he leído alguna vez, lo sé...

—Pero eso es como trampa, ¿no? —se quejó Saray bromista—. El resto tenemos que esforzarnos por memorizar y tú lo llevas implantado, como si tuvieras una cámara en el cerebro.

—Supongo —aceptó él con una risa—. ¿Seguimos jugando?

—Pero si nos vas a dar una paliza —me quejé.

—¿No tienes ningún juego para cazurros como el resto de nosotros, Sara? —pidió Carlos, haciéndonos reír.



## 56.- Cómo ser un *Caní*

### Charly

—¡*Auch!* —me quejé, cuando Saray pasó el *piercing* por el agujero que acababa de abrir en mi ceja.

—No seas nena —me regañó, enroscando la bola con gesto de concentración.

—No podrías ser más *caní* —se rió Abram de mí.

Le enseñé el dedo corazón y luego volví a apoyar las manos en las caderas de Saray. Ella acabó de cerrar el pendiente y se levantó de encima de mí. En realidad solo había reabierto el agujero que ya me había hecho un par de años atrás. Me había encontrado el *piercing* al recoger mi habitación y me habían dado ganas de ponérmelo de nuevo.

—¿Algo más que quieras que te perfore? —preguntó Saray bromista, pasando las manos con descaro por mi pecho.

—Creo que lo justo es que te perfore yo a ti. —Tiré de sus manos para que volviese a caer en mi pecho, haciéndola reír con fuerza.

—Por Dios, que hay menores delante —nos regañó Andrea, tapando los ojos a Sara, que de todas formas nos estaba ignorando, porque seguía jugando con ella, Carlos y Raúl al Monopoly.

—¡Mi hermanita! —bromeé, empujando a Saray para que se levantase—. Quitá, bruja, que me seduces para que me olvide de mis deberes como hermano... —No estaba seguro de si estaba borracho, fumado, o solo feliz, pero tenía ganas de bromear con mis amigos.

—¿Yo? —fingió indignarse la rubia—. ¡Pero si eres tú!

Se alejó de mí tratando de ocultar la sonrisa y se sentó junto a Andrea. Y no estaba seguro de si era yo, o era ella, pero lograba ponerme muy cachondo.

—¿Una cerveza? —ofrecí a Abram, que estaba liándose porros y guardándolos en mi paquete de tabaco.

Si no me ocupaba con algo tendría que arrastrar de verdad a Saray hasta la habitación y prefería esperar a que Sara se durmiese. Y beber parecía una buena distracción.

—Claro —aceptó enseguida.

—¿Queréis algo? —pregunté al resto.

—Más alcohol no, ya veo triple —suplicó Raúl y me pareció de tan buen

humor como me sentía yo.

—Traeré refrescos —me reí mientras me iba a la cocina.

Sin embargo, cuando iba a abrir la nevera Saray se apoyó en ella. Alcé las cejas con curiosidad. No debía ir tan colocada como el resto, porque yo no me sentía tan ágil.

—¿Podemos hablar? —pidió.

—¿Quieres hablar? —Cerré la puerta de la cocina para que Sara no oyese nada raro.

—En realidad sí. —Se apartó de la nevera y se sentó en una de las encimeras. Yo me acerqué a ella, pero me quedé a un paso de distancia.

—Habla —acepté, cruzándome de brazos.

—Quiero que acordemos los términos de nuestra relación —explicó, con calma.

La idea de que se hubiese colgado por mí me preocupó muchísimo. No me lo perdonaría si le rompía el corazón.

—Somos amigos, ¿no? —dudé, con un suspiro, apoyándome en la encimera enfrente de ella.

—Sí, eso seguro —se rió un poco y logró relajarme—. Yo... solo quiero tenerlo claro. —Miró el suelo algo nerviosa—. Quiero asegurarme de que ninguno se hace ideas equivocadas, y que nadie sale herido. Sé que hablamos después de acostarnos por primera vez, pero hemos seguido haciéndolo, mucho. Y pensé que...

—Está bien, Saray. —Acorté la distancia que nos separaba y pasé la mano por su mejilla, apartando un mechón de pelo de su cara—. ¿Quieres que dejemos de acostarnos? —pregunté.

—¡No! —Me miró sorprendida por mi conclusión—. Ese es el tema, me gusta mucho follar contigo.

—Yo... —Busqué una forma suave de decirlo, mientras acariciaba aún su cara—. No puedo salir con nadie, Saray. Aunque te prometo que si cambiase de idea, tú serías la primera en quien pensaría...

—No quiero que salgas conmigo, idiota —me regañó sujetando mi mano para que dejase su mejilla.

—No quieres dejarlo, ni que salgamos juntos, ¿qué quieres entonces? —pregunté, sinceramente desconcertado.

—Quiero que sigamos acostándonos, sabiendo que no somos nada más —explicó.

—¿Eso no lo hacemos ya? —dudé.

—Sí, pero no. En el pueblo de Andrea conocí a un chaval que me moló, pero no estaba segura de si eso sería como serte infiel o algo así...

Me reí al entender su problema. Quería mi permiso para acostarse con otros tíos. Y por su frente arrugada entendí aún más. No lo dijo abiertamente, pero aquello tenía que ver con Silvia. No quería seguir sus pasos, ni hacerme daño de ninguna forma.

—Está bien, Saray —me reí y apreté mis labios con cariño contra su frente—. Puedes acostarte con quien quieras, eres libre.

—¿Y dónde nos deja eso a nosotros? —cuestionó.

—Pues... ¿Somos dos buenos amigos que a veces se acuestan y no tienen ninguna responsabilidad el uno con el otro? —sugerí.

—¿Seguro? ¿Tú estás bien con eso?

—Claro que sí, si no, no lo diría. Yo... me siento incapaz de tener nada serio, Saray. No quiero volver a enamorarme. Pero me gusta acostarme contigo, me gusta mucho. —Tiré de sus caderas para bajarla de la encimera y que rodease mi cintura con sus piernas—. Pero prométeme algo —susurré, muy cerca de sus labios.

—¿Qué?

—Si alguna vez esto se convierte en algo más para uno de los dos, pararemos.

—Te lo prometo, Charly, solo te quiero por tu cuerpo —medio bromeó, antes de besarme con hambre.



## Carlos

Salimos muy tarde de casa de Charly y quise acompañar a mis amigos a sus casas. Dejamos primero a Saray, luego a Abram y Raúl. Andrea y yo nos quedamos solos.

—No hace falta que me acompañes —me dijo—. Estarás cansado.

—Estoy bien —negué.

Habíamos dado muchas vueltas para acompañarlos a todos, porque Saray y Abram eran los que más lejos vivían de nosotros, pero no iba a dejar a Andrea irse sola.

—Raúl me ha dicho que os vais unos días a la playa.

La miré un momento, preguntándome si aceptaría venir. Seguramente mis amigos me matasen, pero... Agité la cabeza y volví a mirar al frente. Lo mejor era no decir nada, alejarme de ella y pasar página.

—Sí, nos merecemos unas vacaciones —bromeé.

—Supongo que os vendrá bien desconectar, sobretodo a Charly y a Raúl.

Volví a mirarla, aunque Andrea caminaba con la vista fija en sus pies. Si ella supiera la necesidad que tenía yo de alejarme y poner en orden mis sentimientos... Pero no me atreví a decir nada. No volvimos a hablar hasta que llegamos a su portal.

—Nosotras nos vamos mañana al pueblo, así que supongo que ya nos veremos cuando volváis de Valencia —se despidió, sin sonreír.

—Claro —acepté sin muchas ganas. Eso sería un mes entero sin vernos.

Andrea se acercó a mí y me dio dos besos, como despedida. Yo me quedé un segundo de más con la mano sobre su cintura, oliendo su champú de fresa.

—Pásalo bien —me dijo, separándose de mí.

—Tú también —murmuré.

Me quedé allí unos segundos de más, mientras ella se despedía de mí con la mano y entraba al edificio. Me hubiese gustado poder sujetar su cintura y haberla besado. No quería que se fuese, ni irme yo. Si hubiera podido pedir un deseo, hubiera sido alargar ese momento eternamente.

Pero no hubo deseos.

Caminé hacia mi casa de malhumor.

Estaba registrándome los bolsillos en busca de las llaves, cuando una mano apareció en mi campo de visión, dirigiéndose a la cerradura. Me giré para saludar al vecino que estaba abriendo, y entonces me encontré a Nuria de frente. ¿Por qué tenía tan mala suerte?

—Buenas noches —saludé, aclarándome la garganta.

—Hola —respondió sin mucho humor y entró delante de mí, sin sujetarme la puerta ni nada.

—Gracias. —Cargué mi voz de sarcasmo, mientras subía tras ella, eso la hizo girarse bruscamente hacia mí, con cara de pocos amigos.

—Eres un cerdo de mierda —me dijo, apretando los dientes y clavándome el dedo en el pecho—. No vuelvas a dirigirme la palabra, finge que no existo cuando me veas.

—Oye, no exageres —me cabreeé un poco—. Tú y yo no teníamos nada exclusivo...

—Vete a la mierda —me dijo, muy despacio.

—Vale, tía, qué mal genio. —Alcé las manos sin muchos ánimos y pasé a su lado para irme a mi casa.

—Pues sí. —Fue ella la que me siguió esta vez—. Porque tú me gustabas de verdad, imbécil. ¿Acaso estás muerto? ¿No sientes nada?

—Quizá —acepté—. Buenas noches, Nuria.

Entré en mi casa y Atila vino corriendo desde el cuarto de mis padres para saludarme, poniéndose sobre las patas traseras.

—Nadie nos entiende, ¿eh, chico? —Acaricié al perro tras cerrar la puerta tras de mí—. ¿A ti quien te gusta más: Nuria, Alba o Andrea?

Me miró con su cara de perro, la boca abierta y sin hacer ningún gesto.

—Menuda tontería. —Le empujé sin muchas ganas para poder pasar—. Sé que te gusta Andrea, a mí no me engañas. Es por la única por la que pasas de mis órdenes.

Pasé de Atila y me fui a la habitación, pero él vino detrás de mí. Me quité la ropa y me metí en la cama, sin molestarme en ponerme el pijama. Atila apoyó la cabeza en el colchón, al borde de la cama.

—A mí también me gusta Andrea —reconocí en un susurro—. ¿Crees que debería decírselo? —Se movió nervioso y subió la pata a la cama. Me moví para dejarle hueco a mi lado y se estiró todo lo largo que era—. Mañana me levantaré temprano y se lo diré antes de que se vaya. Y si me dice que no, pues tendremos un mes para que se le olvide que soy un idiota. ¿Te parece bien?



Atila me despertó cuando el sol de la mañana empezaba a entrar por la ventana, dándome con el hocico en la cara sin mucha delicadeza. Le aparté de mí de un empujón. Tenía mucho sueño, no quería levantarme.

—Ve a que te saque mamá —le dije al perro, girándome para quedar fuera de su alcance.



—¡Carlos, vamos a comer! —me despertó la voz de mi madre.

Me senté bruscamente en la cama. Había dicho que me levantaría temprano para ir a ver a Andrea, pero ya debía de haberse marchado. Quizá era mejor así. Volví a dejarme caer en la cama, mientras me prometía que se lo diría

después de las vacaciones.



## 57.- A prueba

### Abram

—¿Crees que sobrevivirá? —me preguntó Marco, y consiguió ponerme la piel de la nuca de punta.

El *señor Equis* estaba tendido en una cama, encadenado a esta con esposas. Además, dos hombres de Marco no le quitaban la vista de encima. Cogí los guantes que Marco me tendía y observé sus heridas.

Al parecer, mi pericia para coser había impresionado mucho al médico habitual de Marco y este había dado por hecho que yo era una especie de genio.

En realidad, mi abuela había insistido en que aprendiera a coser desde niño para mantenerme calmado. Era más fácil para ella vigilarnos cuando estábamos sentados en el sofá cosiendo que si estábamos pegándonos por las habitaciones.

La cara del *señor Equis* lucía una herida ocupando y deformando sus rasgos, en forma de X. Estaba claro que había sido la venganza de Marco por su traición. Lo había marcado. Tragué saliva con dificultad.

—Quizá. —Apoyé la mano en la frente de *Equis* para ver su herida más de cerca. Olía fatal—. Está infectado, necesita antibióticos.

—Están sobre la mesilla —señaló Marco.

Me giré para ver que había varios botes y jeringuillas sobre ella. Los botes estaban enteros y las jeringuillas sin usar.

Sabía que aquello era algún tipo de prueba, pero no estaba seguro de si pretendía que le salvase o que no. ¿Quería comprobar si yo era leal a *Equis*?

—¿Qué quieres de mí, Marco? —pregunté, girándome hacia él.

—Querías un ascenso, ¿no? —Me miró con su enorme sonrisa—. La vacante depende de ti.

—No quiero ocupar su lugar. Si me pones a coordinar a yonkis acabaré sacándoles los ojos con una cuchara —prometí.

—¿Y que quieres? —Su sonrisa se ensanchó un poco. Él ya sabía todo aquello.

—Comprarte a ti directamente, nada de intermediarios de mierda, no más *Hámster*, ni *Cojos*, ni curas con ínfulas. No quiero meterme más en este negocio, solo es una forma de pagar la carrera, y cuando la acabe, me largaré.

—Ya veremos, no hables de un futuro tan lejano. En este mundo es difícil tener futuro. —Señaló a *Equis*.

—Pero algunos lo consiguen. —Le señalé a él, haciéndole reír.

—Quieres correr mucho, Abram. —Me hizo un gesto y le seguí.

*Equis* gritó a mi espalda, pidiendo la medicina, pero le ignoré lo mejor que pude. Al tiroteo y a *Hámster* muerto se sumaría en mis pesadillas la vez que negué antibiótico a un cura. Pero solo necesitaba dormir unas horas al día, y el resto del tiempo podía cargar con mis decisiones.

—¿Qué ha pasado con *Cojo*? —me atreví a preguntar mientras me guiaba por la laberíntica casa.

—Escapó. Ha salido del país, creemos. Tranquilo, no podrá volver sin que lo sepamos y le demos caza. —Hizo un gesto para restarle importancia.

Marco me guió fuera de la casa, hasta la piscina. Un tipo trajeado estaba sentado junto a una mesa de cristal. Marco se sentó a su lado y me hizo un gesto para que me sentase frente a él.

—Bienvenido a casa, Abram —me sonrió Marco. Y de nuevo, tuve la certeza de que no saldría de aquel mundo nunca.



Tiré los papeles que había llevado en el asiento del copiloto a la guantera y bajé del coche para subir a mi casa. Marco me había hecho firmar un contrato de trabajo, para simular que iba a su casa para limpiar la piscina y arreglar el jardín. Así me darían la maría y yo entregaría el dinero, y, según él y su abogado, no sería sospechoso para nada, porque entraban y salían trabajadores constantemente.

Además, era una forma de blanquear el dinero que ganaba. Parte de él, en realidad, porque Marco no sabía que yo me llevaba ingresos extras y no pensaba contárselo. El resto me buscaría una forma de blanquearlo yo mismo.

Y cuando le comenté que quería buscarme un piso más cerca de la universidad para el año siguiente, se mostró encantado de presentarme a uno de sus camellos que buscaba compartir piso por allí. No me hizo mucha gracia, pero sin decirle que me llevaba dinero extra, no podía permitirme un piso por esa zona para mí solo, así que acepté.

Ahora solo tenía que decirle a mi familia que me iba a largar de allí cuando empezase el curso. Quizá incluso antes.

Entré en casa para encontrarme a todo el mundo allí. Mejor se lo decía

cuando volviésemos de la playa, o el día antes de largarme. O quizá, cuando ya no viviese allí.



## Raúl

Tiré ropa dentro de la maleta sin prestarle mucha atención: mientras llevase el bañador supuse que nada más importaba mucho para la playa. Era raro que por una vez fuese yo el que hacía la maleta en lugar de ver a mis padres frenéticos haciéndola.

Fui al baño para llenar el neceser, Abram pasaría a buscarme en media hora y no me había molestado en preparar las cosas hasta entonces. Solo quería irme de allí, la verdad, pero preparar las cosas me parecía un coñazo.

Estaba guardando el cepillo de dientes y la espuma de afeitarse cuando oí el timbre. Esperé para ver si mis padres, que estaban en el salón si no me equivocaba, se movían para abrir, pero no me pareció que lo hiciesen.

Salí con un suspiro, dejando caer el neceser en el lavabo y fui a la puerta cuando el timbre volvía a sonar.

—Ya voy yo —le dije a mi madre, cuando se asomó con el delantal de la cocina.

Estaba planteándome si Abram se habría adelantado, cuando abrí de un tirón y me encontré a Celeste de frente. Tuve que controlarme para no cerrar de un portazo. Aquello no podía ser real, tenía que ser una pesadilla. En cualquier momento se desplomaría, o le saldrían tentáculos o algo parecido y horroroso.

—¿Podemos hablar? —preguntó con timidez.

Llevaba unos vaqueros ajustados y una blusa con un par de botones desabrochados, de color azul, a juego con sus ojos. Era preciosa, joder. El estómago se me contrajo y el corazón me bombeó con tanta fuerza que me dolió en el pecho.

—¿Qué haces aquí? —Salí de casa y cerré un poco para que mis padres no nos oyesen.

Supuse que habría sido mejor hablar en la habitación, pero no quería dejarla pasar, no quería volver a caer.

—Quería disculparme —me dijo, metiendo las manos en los bolsillos

traseros, con timidez—. Sé que me odias...

—No te odio —la corté.

—Lo entendería. —Miró al suelo un momento, pero luego volvió a clavar su vista en mí—. Sé que no lo hice bien, pero no puedo vivir así, Raúl. Te quiero muchísimo, eres lo mejor que me ha pasado jamás. Y creo que no hay forma de hacer esto. No funcionará.

—¿Estás con otro? —pregunté, porque recordaba perfectamente lo que había visto en aquel centro comercial.

—No, no he estado con nadie desde ti, ni creo que pueda conocer a otro chico tan bueno jamás, no creo que pueda enamorarme de nadie más —murmuró—. No te imaginas lo que siento por ti.

—Me hago una idea, Ce, porque has decidido que no vale la pena, así que no será mucho. —Me aparté un poco de ella.

—Tal vez —admitió, arrugando su perfecta nariz llena de pecas—. Quizá algún día me entiendas, o quizá no. —Se encogió de hombros—. Ni siquiera... —Se apartó el pelo de la cara de un manotazo—. No sé, no tendría que haber venido, pero odio pensar que sufres por mí.

—No lo hago —mentí—. Estoy bien. Estaba haciendo la maleta, me voy con mis amigos de viaje, así que si me perdonas...

No esperé a que respondiese. Si me hubiese pedido perdón y hubiese querido volver, seguramente habría caído, pero ella no quería eso. Entré en casa y cerré la puerta detrás de mí.

El dolor del pecho me volvió de golpe y cuando un par de minutos después me llamó Abram para que bajase me di cuenta de que seguía allí plantado.

—Ya voy —dije al chico, antes de correr para acabar de preparar la maleta.

Ni siquiera entendía por qué había venido. ¿Para meter el dedo en la herida? Acabé de guardar las cosas en el neceser y luego volví a la habitación. Me esforcé por olvidar su visita y volver a ilusionarme por el viaje. Necesitaba desconectar, beber y olvidarme de Celeste para siempre.

Cogí aire y volví a soltarlo despacio antes de cerrar la maleta, que pesaba un infierno, y salir de allí.

—Nos vemos la semana que viene —me despedí de mis padres, desde la puerta.

—No estaremos cuando vuelvas —me dijo mi madre—. ¿No se lo has dicho? —acusó a mi padre.

—No sé. Volveremos en septiembre —explicó mi padre.

—Vale, pues... Nos vemos.

Supuse que Charly se alegraría de saber que tendría hueco en mi casa todo agosto.

Salí esperando encontrarme a Celeste en el rellano, pero no había ni rastro de ella. Abram había aparcado malamente sobre la acera y estaba sentado en el capó fumándose un cigarro.

—¿Llevas un cadáver ahí? —bromeó, mientras se levantaba para abrirme el maletero.

Su coche no era muy grande, y ya llevaba su maleta dentro, no sabía cómo íbamos a meter ahí todas las cosas, pero metí la maleta sin decir nada. Que se las apañasen Carlos y Charly por ser los últimos.

—¿Alguna vez te has enamorado? —le pregunté a Abram cuando me senté en el asiento del copiloto y salía en busca de Carlos.

—¿Es una insinuación? —bromeó, pero tras una rápida mirada se puso serio—. No, yo no puedo enamorarme.

—Menuda gilipollez —me reí un poco. ¡Como si eso se pudiera elegir!

—Es en serio. —Se encogió de hombros y subió el coche a la acera de Carlos, que vivía muy cerca de mí—. Mi padre era un cerdo, tenía un gen maligno, así que he elegido no enamorarme jamás, para no ser como él —explicó.

—Pues enséñame a hacerlo —supliqué medio bromista, mientras llamaba al móvil de Carlos para que bajase.

—Es fácil: no intimes con las tías. Sal, las conoces, polvo y a casa —dijo, y no supe si era coña.

—¿Y si te enamoras de una tía con la que ya has intimado? —dudé de su plan.

—No sé, tío —se encogió de hombros—, nunca me ha pasado. Quizá no es una elección, a lo mejor es que no puedo sentir esas cosas —se rió.

—¿Y por Silvia? —pregunté dudoso.

—Era mi amiga, pero no estaba enamorado de ella, no sé. —Se puso serio pese a todo y sentí haberla mencionado.

—Pues yo creo que aún no has conocido a la persona indicada, la que te haga acelerar el corazón.

—El corazón es un músculo y se entrena como todos para que lata a tu ritmo. —Me palmeó el hombro y salió del coche para ayudar a Carlos a meter la maleta en la parte de atrás.

Mi corazón debía ser un músculo defectuoso, porque latía como le daba la

gana.



## 58.- Mal ejemplo

### Charly

Apoyé los pies en la mesita baja de mimbre de la terraza, antes de encenderme un cigarro. Sara apareció cuando le estaba dando la tercera calada y dejó una bolsa de viaje vacía en el suelo.

—Yo quiero ir contigo —pidió.

—Cuando cumplas cuarenta, enana —bromeé, revolviéndole el pelo.

—Prometo no molestar. Iré en la maleta y en silencio. —Dejó que su labio inferior sobresaliese en un gesto infantil y encantador.

—No crezcas nunca, por favor —rogué—. Será duro tener que matar a todo el que te mire —bromeé, aunque lo haría por Sarita.

—No soy tan pequeña —protestó cruzándose de brazos, aunque sus labios se curvaron en una sonrisita.

Di otra calada al cigarro, porque me costaba mucho decirle que no, Sara era la persona a la que más quería en el mundo.

—Se ha ido al bingo —me dijo de pronto.

—¿Quién? —pregunté, sinceramente desconcertado.

—Mi madre. —Miró al suelo, pensativa—. Celebrará que te vas una semana gastando lo que gana papá en un mes...

—Eres demasiado pequeña para preocuparte por eso —la reñí—. Te está saliendo una arruga justo aquí. —Le apreté un punto entre las cejas, ella se puso bizca para mirarlo.

—¡No es verdad, Charly! —me gritó, aunque soltó una risita musical.

—Claro que sí. Serás una vieja con veinte años —seguí metiéndome con ella.

—¡Así me llevarás de fiesta! —celebró.

Di una última calada al cigarro antes de tirarlo por encima de la barandilla sin moverme de mi sitio.

—Ni de coña —me negué—. ¿Crees que te dejaré beber y salir por ahí? Todos esos idiotas pensarán que pueden ligar con mi hermanita.

—Nadie quiere ligar conmigo. —Se cruzó de brazos. Sabía que bromeaba, como yo, pero me molestaba hasta la idea.

—Eso es porque eres una cría. Ahora sé una cría buena y tráeme una cerveza...

—Mi madre no te deja beber —se burló de mí, sacándome la lengua.

—Por suerte tu madre no está.

—Charly... —Ignoró completamente mi amable petición de una cerveza, pero su tono parecía serio, o preocupado—. ¿Me echarás de menos? —preguntó, agachando la cabeza.

—Claro que sí, Sarita —prometí—. Si vuelvo cada día a este infierno es por ti, y lo sabes.

—¿Me llamarás? —sonrió más ilusionada.

—Siempre que no esté demasiado borracho para ello —acepté, encogiéndome de hombros.

Sara iba a decir algo, pero sonó el telefonillo entonces, interrumpiéndola. Dio un brinco en el asiento y se sonrojó.

—¡Ya abro yo! —Corrió emocionada hacia la puerta.

—¿Qué coño acaba de pasar? —pregunté al aire, porque Sara había desaparecido.

Volví dentro, encendiéndome otro cigarro. Mi madrastra no me dejaba fumar en casa, pero ya que no la iba a ver antes de irme... Seguro que en una semana bebía lo suficiente para olvidarse de que le había dejado la casa oliendo a tabaco.

Carlos, Abram y Raúl entraron cuando mi hermana les abrió la puerta.

—¿Queréis una cerveza? —les ofrecí—. Para coger fuerzas para el viaje —dije porque parecían algo reticentes—. Ella no está —aclaré finalmente.

La madre de Sara se dedicaba a incomodar a mis amigos, no estaba seguro de por qué, así que ellos no solían pasar más allá de la puerta si ella estaba en casa.

—Yo me apunto. —Abram pasó delante.

—Pero una rápido, me gustaría llegar antes de que anochezca —dijo Carlos.

—¿Puedo ir, *porfita*? —pidió Sara con una enorme sonrisa a Carlos, cuando iban hacia el comedor.

—Lo que diga tu hermano. —Se quitó el muerto de encima mi amigo.

—¡Raúl! —lo intentó Sara.

—Podemos ver cómo la feroz leonesa va a por el miembro más débil de la manada —bromeé—. También conocido como *El Consentidor*.

Fui a por las cervezas mientras me metía con Raúl, para que luego dijeran que los hombres no podíamos hacer dos cosas a la vez.

—Vaya, tengo nombre de superhéroe —me siguió la broma Raúl, seguramente para no tener que responder a los ojazos brillantes de mi incansable hermanita.

—Sí, aunque suena bastante gay, *El Consentiman* —se metió con él Abram—. Algún día harás muy feliz a un hombre...

Volví con cuatro cervezas que repartí entre ellos.

—¡Oye! —Fingí una seriedad imposible, teniendo en cuenta que iba a perder de vista a mi madrastra una semana entera, nada podía enturbiar mi felicidad—. No te metas con Raúl, saldrá del armario cuando quiera.

—Y saldrá supermono. Tanto tiempo dentro, habrá elegido el mejor modelito —siguió Carlos, abriendo su cerveza.

—¿Ves, Sara? —Raúl fingió estar ofendido—. ¿De verdad quieres pasar una semana entera con estos energúmenos gilipollas? —Hicimos ruidos de ofensa los tres, pero siguió hablando—. Te cansarás de ellos el primer día y querrás matarlos a todos en la piscina. Y seamos realistas, tú y yo acabaríamos discutiendo por quién los ahoga —sonrió a mi hermana.

A Raúl siempre se le habían dado bien los críos, mejor que al resto de nosotros sin duda. Lo cual también solía derivar en bromas sobre paternidad y matrimonios.

—Pero... —Mi hermana puso un gesto triste—. Yo quiero ir a la playa, a la piscina y de fiesta...

—Tengo una idea —Raúl sujetó la mano de Sara mientras hablaba—: Cuando cumplas diecisiete, como el cabrón de Carlos, te montaremos una fiesta aún mejor, ¿trato hecho?

—¿Mejor? —dudó.

—Aún mejor, pero solo si no te pones triste y prometes no echar mucho de menos al idiota de tu hermano.

—Pero no se me va a olvidar —aseguró Sara.

—¿Nos vamos? —preguntó Carlos.

—Sí, dadme un momento. —Me bebí media cerveza de un trago y fui a mi habitación, a asegurarme de que no me dejaba nada. Tabaco, alcohol y condones, iban a conseguir las vacaciones más inolvidables de la historia de la humanidad—. ¡Sara! —llamé.

—¿Crees que Carlos está más alto? —preguntó mi hermana en un susurro

al entrar a mi habitación.

—Creo que está más marica —bromeé, aunque me preocupaba el interés de mi hermana en uno de mis mejores amigos—. Ven, quiero darte algo antes de irme.

Saqué una cajita de mi mesilla, que llevaba allí más tiempo que el condón de la suerte en mi cartera, y eso ya era mucho decir.

—¿Qué es? —preguntó sorprendida, torciendo la cabeza. Supuse que tenía aquel don femenino para detectar joyas.

—Cuando mi madre estaba embarazada de mí, le dijeron que... bueno. —Pensar en ella me ponía triste, no podía evitar imaginar cómo habría sido tener una madre normal, como la de Carlos—. Ella pensó que podría no sobrevivir, y me dejó una carta y esto. Me dijo que se lo regalase a una mujer que considerase importante para mí, a quien creyese que sería la mujer de mi vida. Jamás habrá una mujer tan importante en mi vida como tú. —Le tendí la cajita.

Sara la abrió, con los ojos brillantes por las lágrimas y sacó la pulsera. Era una cadena de plata con abalorios enganchados, algunos eran de mi madre, otros los había ido comprando yo con la idea de darle la pulsera a Sara cuando fuese un poco más mayor, pero quizá era yo el que estaba creciendo.

—Es preciosa. —Acarició algunos abalorios y me la tendió—. Pónmela.

—Claro, enana. —Le quedaba un poco grande, pero supuse que quisiera yo o no, Sara crecería.

—¿Seguro que no quieres quedártela? —Pareció algo tímida de pronto—. Algún día tendrás novia...

—Lo dudo —la corté con una risotada que tuve que fingir con todas mis fuerzas. Había pensado dársela a Silvia, se la iba a regalar en San Valentín. Ahora me daba cuenta del gran error que hubiera sido y no quería dársela a nadie que no fuese Sara. Sabía que nunca me arrepentiría de que ella la tuviese —. Y aunque así fuese..., ya sabes, que perdiese la cabeza y alguna loca consiguiera seducirme... Nunca la querría tanto como a ti.

—Oh, Charly —me dijo, antes de lanzarse sobre mí en un férreo abrazo.

—¿Nos vamos ya, nena? —me llamó Carlos desde el salón.

—¡Sí, marica! —acepté, con una sonrisa, revolviéndole el pelo a Sara.



## Carlos

—Yo lo que no entiendo es por qué lleváis tantas cosas —protesté, mientras me quitaba el sudor de la frente con la muñeca.

Llevábamos aproximadamente media hora dando vueltas a las maletas para que entrasen en el coche de Abram, pero no había forma de acoplarlas.

—Cuidado con eso, es frágil —me regañó Abram cuando levanté una maleta de mano para meter otra más grande en su lugar.

—¿Es tu maquillaje? —me burlé, algo cabreado porque nos retrasásemos más.

—El de tu madre —me respondió Abram, aunque él parecía sonriente.

—¡Eh! —Charly defendió a mi madre—. Todos sabemos que a la única madre que se puede insultar es a mi madrastra... —aclaró—. La de Carlos es una santa.

Charly apagó el cigarro que tenía entre los labios. Básicamente se había dedicado a observar mientras nosotros tres sudábamos para meterlo todo.

—Dejad al experto —se burló Raúl cuando Charly nos apartó sin muchos miramientos.

Charly sacó todo lo del maletero y empezó de nuevo. Reubicó las maletas grandes abajo, y las más pequeñas o frágiles encima, luego usó la bandeja para poner un par que se quedaron fuera.

—Y la que sobra la lleváis en los pies. —Me pasó una maleta.

—Me vale —acepté, porque solo quería salir de una vez.

—Y yo me pido adelante —siguió con el mismo tono que no admitía réplica.

Abram se fue a su puesto. Por suerte para él, era el único con carnet de conducir. Nosotros tres salimos corriendo a la vez, con intención de sentarnos delante. Y en mi defensa por acabar sentado justo detrás de Charly diré que aún llevaba una maleta catalogada como frágil en la mano.

—¿Alguien tiene un GPS? —preguntó Abram, mientras arrancaba, y nos poníamos en movimiento.

—Charly —respondimos Raúl y yo a la vez, le dejé explicarlo a él—. Él es el GPS.

—También conocido como *Elhippiese* —me burlé de él.

—¿Oyes eso, Abram? Es la envidia de las mentes inferiores —me devolvió la pulla, enseñándome el dedo corazón por el hueco de los dos

asientos.

—Muy superior sí, como de niño de cinco años... —resoplé, para ocultar la risa. La felicidad que nos envolvía era más que palpable.

—Bueno, Abram —cambió Raúl de tema. Seguramente quería que nos evitásemos horas de peleas sobre quién era el más infantil—, cuéntanos algo de ti.

—¿De mí? —Pareció sorprendido porque le preguntasen.

—Sí, claro. —Raúl se rió—. Sabemos que eres un puto genio. ¿Cómo aprovecharás esa...? ¿Cómo lo llamaste? ¿Mente privilegiada?

—Cerebro prodigioso —corrigió él con una risilla, mientras seguía el camino que Charly le indicaba—. Haré medicina —dijo con simpleza—. Quiero especializarme en cirugía.

—¡Vaya! —silbó Charly impresionado—. ¡Si eres un genio de verdad! Yo pensaba que estabas fardando.

—No es para tanto —negó Abram.

—¿Veis, niños? —nos sermoneó Charly, aunque no había perdido la enorme sonrisa—. Hay que estudiar para ser alguien en la vida.

—El único que ha dejado de estudiar aquí eres tú —se burló de él Raúl.

—Pues seguid el ejemplo de Abram, yo me pido ser el mal ejemplo —presumió—. Seré ese tipo al que las madres señalen y digan: «¿veis a ese, niños? Nunca debéis ser como él».

—Qué idiota que eres —resoplé, ocultando mi propia risa.



## 59.- Voy con todo

### Abram

—Me duele el culo —protestó Carlos al bajar de mi coche.

—Te dije que usases más lubricante, maricono —le picó Charly.

—La próxima vez, dame lo que te sobre —le devolvió la pulla.

—En el concurso de feminidad estáis empate —aproveché para meterme con ellos, con una sonrisa—. ¿Sacamos las cosas? —Señalé el maletero.

Tuvimos que dar dos viajes para lograr llevar todo al primer piso, donde estaba el apartamento de los padres de Carlos, que al parecer no tenían ningún problema que usásemos durante aquella semana.

Debían ser gente guay: si mi madre tuviese un apartamento en la playa y yo me quedase en él, aparecería al segundo día para ver qué estaba haciendo.

—¿Sabéis que solo hay tres habitaciones? —recalcó Raúl, cuando dejamos la última tanda de maletas en el salón.

—Está claro que yo necesito una para mí, soy el único que tiene posibilidades de meter esta semana —solicitó Charly.

—Yo quiero una para mí, porque para algo es mi casa —se apropió Carlos.

—A mí me da igual. —Supuse que no tenía derecho a discutir, ya que era el último en llegar.

—La habitación pequeña tiene literas —explicó Carlos—. ¿No podéis ser buenos amigos y compartir? —sugirió a Charly y Raúl.

—¡Qué va! —se negó Charly—. Estoy seguro de que me violará mientras duermo.

—Yo puedo compartir litera con Abram —se ofreció Raúl.

Seguramente la discusión con Charly podía alargarse lo poco que quedaba de tarde y toda la noche.

—Pues decidido —sentenció Charly—. ¿En qué maleta están las cervezas? ¿Y dónde está la mía? Necesito un cigarro.

—Toma. —Le pasé mi propio paquete.

—Genial, colega, eres grande. —Me guiñó un ojo sacando un cigarro del paquete—. ¿Dónde vamos a cenar?

—¿Pizza, chino o burger? —preguntó Carlos.

—¿Los tres? —bromeó Raúl—. Me muero de hambre.

—Yo he traído el postre —me reí, sacando un par de bolsas de maría de mi maleta de mano y pasándoselas a Charly, a quien supuse que le haría más ilusión que al resto.

Había aprovechado para comentarle a Marco que el *Cojo* no me había dado el último material que le había pagado, y me había regalado mucha maría para compensar. En realidad yo aún le debía dinero al *Cojo*, así que había salido ganando. Solo esperaba que Marco no descubriera mi engaño.

—Dios, es... —Se quedó sin palabras Charly, supuse que nunca había visto tanta cantidad junta. En realidad no me había atrevido a dejarla en casa de mi madre, así que aquello me había parecido la mejor opción—. Es...

—María —le ayudé.

—Es... —Siguió pillado—. Huele tan bien —suspiró teatral.

—¿Pedimos pizza? —sugirió Raúl—. Porque este cabrón ya no va a soltar la droga...

—Podemos bajar a la pizzería. Acabaremos antes porque no tengo su número —aceptó Carlos—. Está justo a la vuelta de la esquina. Y subimos las pizzas.

—Creo que te voy a ascender a mi mejor amigo —me dijo Charly.

—No te emociones —negó Raúl, dándome un golpecillo amistoso en el hombro—. Habla con la maría.

No pude evitar reírme. Me senté en el sofá y le quité mi paquete de tabaco a Charly, con toda la intención de liarme un porro, si es que él soltaba mi maría.

Estaba rompiendo el cigarrillo cuando me empezó a sonar el móvil. Me quejé sonoramente, haciendo que todos me mirasen. Supuse que era mi madre o Marisa para saber si había llegado bien. Sin embargo, me quedé sin habla al ver que era Silvia. Llevaba semanas sin saber de ella, la última vez que la había visto me había presentado a su nuevo novio y parecía muy centrada.

—Ya voy yo a por las pizzas —les dije—. ¿Qué queréis y dónde está la pasta? —bromeé.

Colgué a Silvia y escuché sus peticiones para la pizza. Carlos me dio las instrucciones para llegar al sitio y luego me pasaron dinero.

—¿Te acompaño? —se ofreció Raúl.

—Creo que puedo ir solito, pero gracias —bromeé.

Esperé hasta asegurarme de estar lejos antes de llamar a Silvia. No quería que se hicieran ideas raras sobre lo que pasaba entre nosotros.

—Hola, Abram —saludó, con voz temblorosa.

—¿Qué pasa ahora, Silvia? —suspiré, antes de echar un vistazo a mi espalda.

—Tu madre me ha dicho que te has ido de vacaciones con unos amigos, y... ¿Te has ido con Charly? —Supuse que hasta ella era capaz de atar unos cabos tan simples—. Prometiste que no me dejarías sola.

—Silvia... —suspiré y volví a mirar alrededor—. Necesitaba salir de allí, alejarme un poco para no volverme loco.

—¿Los prefieres antes que a mí? —lloró con fuerza.

Cerré los ojos y me apoyé en el escaparate de la pizzería. Podía haberle mentido, decirle que ella era lo más importante, tranquilizarla y prometer que volvería con ella, pero no me gustaba mentir.

Conocer a Charly y a todos sus amigos, por poco convencional que hubiera sido, era lo mejor que me había pasado en mucho tiempo. Ellos eran geniales, todos ellos y yo me sentía como uno más.

No tenía que preocuparme de todo, como cuando estaba con Silvia, *Pato* y *Chino*. No tenía que preocuparme de si a Silvia se le iría la cabeza y la liaría en cualquier momento, o de si *Pato* conseguiría que todos acabásemos en la cárcel, o si las drogas de *Chino* iban a freírnos el cerebro.

Con Charly y los demás podía reírme, divertirme y relajarme. Y no iba a dejar que Silvia me quitase eso por ser una celosa patológica.

—Volveré la semana que viene, Sil, te veré entonces —le dije, y colgué tras ello.

No quería oírla llorar más, ni que intentase convencerme. Mandé un mensaje a mi madre para explicar que había llegado bien y que tenía poca cobertura y apagué el móvil.



## Raúl

Los padres de Carlos habían dejado la casa limpia y la nevera aprovisionada. Incluso nos habían dejado cervezas y comida para hacer al micro. Debían suponer que no íbamos a cocinar demasiado. No pude evitar

pensar en lo diferente que era su familia de la mía. Mis padres se limitaban a dejarme dinero en un sobre.

—Te toca, marica —le dijo Charly a Carlos.

—Paso. —Tiró sus cartas boca abajo delante de sus fichas.

—Es un farol, tío. —Miré fijamente a Charly, buscando algún signo de que mentía.

El moreno se limitó a dar una calada a su porro, como si la cosa no fuera con él. Abram ya había pasado dos turnos antes que Carlos, pero miraba concentrado. Charly echó un par de fichas más, a la montaña que ya había en el centro.

No nos jugábamos nada realmente, solo nos había parecido divertido jugar al póquer. Abram había ganado la partida anterior, y esta tenía toda la pinta de ir a ganarla Charly, que sumaba más de la mitad de las fichas en juego bajo su poder.

—Déjalo, no vas a ganarle —me desanimó Carlos.

—Ni de coña, conozco a este inútil como si le hubiera parido. —Tiré un par de fichas más al montón—. Me está faroleando.

—Si eso es lo que crees. —Charly empujó su montón al centro, entero—. Voy con todo.

«Voy con todo» era la frase favorita de Charly. Lo único que me extrañaba es que no la usase en cada partida. Abram y Carlos me miraron, esperando mi reacción. Charly se limitó a darle otra calada al porro, sin parpadear siquiera, sin apartar la vista de mí.

—Pues... Lo mismo —dudé, empujando mi montón de fichas mucho menor—. Enseña las cartas.

—Con esta jugada encumbraremos al mejor —dijo Charly, inclinándose hacia delante con emoción—. El perdedor será vapuleado, ignorado e insultado por los que consideró sus hermanos. Solo hay sitio en este mundo para uno, y será llamado «Ganador»», y ese..., no serás tú, querido amigo.

Charly giró las cartas, que había dejado rato atrás sobre la mesa... Tenía un póquer de ases. Maldije y lance mi *full* al centro. Charly recogió fichas, e incluso cartas por el camino, riéndose de mí.

—Un farol, ¿eh? —se burló Carlos de mí.

—Yo nunca miento, joven *padawan* —informó el chico, colocando sus fichitas en montañas—. Deberías saberlo ya.

—Creo que tu ley moral tiene muchas salvedades y excepciones —me

quejé, pero en realidad me había divertido mucho—. Y te he visto farolear cientos de veces.

—A veces hay que adornar la verdad, que para nada es lo mismo que mentir.

—Tu madre si que adornó la verdad cuando te parió. —Fingí enfado, lo que solo provocó nuevas carcajadas.

—¡Qué mal perder! —canturreó Charly.

—Tú tienes peor ganar, capullo —se rió Carlos, lanzándole una ficha que se había dejado atrás sin mucha fuerza—. Lo siento por la pobre chica a la que le toque aguantarte algún día.

—No quiero meterme con tu madre porque la adoro —se rió Charly—, pero supón que uso a algún otro miembro de tu apreciada familia para burlarme de ti. Ya sabes, en plan: tu prima no se queja cuando me aguanta en la cama...

—Deja las drogas, hermano —aconsejé a Charly, antes de acabarme lo que quedaba de su cerveza.

—O al menos comparte —se rió Abram, quitándole el porro a Charly.

—¡Qué poco respeto! —Fingió indignación—. No esperáis ni a que caiga desmayado y borracho para arrebatarme mis pertenencias. Seguro que el día que me de un chungo me violáis, maricones.

—Procura que no te de un nada, entonces —sugirió Carlos, levantándose de la mesa de la terraza—. Ha sido un placer perder contra vosotros, pero yo me voy a dormir.

—¿Ya? —protestó Charly—. Es temprano.

—Hoy hemos conseguido retenerte en la casa, pero estoy convencido de que mañana nos arrastraras de fiesta —se rió—. Quiero dormir mientras pueda.

—Dormilona —resopló Charly.

—Hasta mañana, chicos —se despidió de nosotros—. Y a ti también, aunque no te sientas identificado con el apelativo, Charly.

—¿Me ha insultado? —bromeó el chico en un susurro.



Nos quedamos allí sentados después de recoger las cartas y los restos de

la cena, tomándonos otra cerveza en la terraza del apartamento.

—¿Creéis que llegaría? —preguntó Charly, señalando la piscina, que estaba debajo de la terraza, con un gesto.

—¿Estás loco? —Me escandalicé sinceramente—. ¿Ahora tienes ideas suicidas? Vale que solo es un primero, pero ¿quieres matarte?

—¿De qué hablas, jodido chalado? —Pareció tan sorprendido como yo—. ¿Por qué crees que quiero saltar a la puta piscina? —se rió, iba demasiado colocado, quizá yo también—. Me refería con esto. —Me enseñó la chapa de la lata de cerveza.

—Claro que llegarías, esta casi debajo... —se rió Abram.

—¿Podemos hablar del cumpleaños de Carlos? —pregunté, tras asegurarme de que no estaba allí.

—Es en un par de días —aclaró Charly a Abram, que asintió—. ¿Qué estás pensando?

—No lo sé, me gustaría hacer algo especial para Carlos —resoplé—. ¿Podríamos buscar algo más original que salir de fiesta y comer pizza?

—¿Algo como una *stripper*? —sugirió Charly.

—A mí eso me parece bien —aprobó Abram, asintiendo con solemnidad.

—He dicho algo especial para Carlos, no para vosotros.

—Pues una puta que le desvirgue... —se rió Charly.

—¿Aún es virgen? —susurró Abram, sorprendido.

Tras eso supe que no iba a sacarles nada coherente en el estado que estaban, y en honor a la verdad a mí tampoco se me ocurría nada.

—Me voy a dormir —dije, levantándome—. Te espero en la cama, nena —bromeé, palmeando el hombro de Abram al pasar por su lado.

—¿Y a mí no me das ni un besito de despedida? —se quejó Charly con tono bromista.

—Agradece que no te tire a la piscina —me reí, pero choqué la mano con la suya como despedida.

—Te quiero —me dijo con una carcajada.

Definitivamente habíamos fumado demasiado.

—Y yo a ti —respondí, casi en serio. De verdad quería un huevo a mis amigos, y no podría vivir sin ellos.

Hacía rato que nos habíamos deshecho de las camisetas, que ahora estaban acumuladas sobre el sofá. Así que cuando me metí en la habitación me quité los vaqueros y los sustituí por un chándal corto.

Me metí en la litera de abajo, sin estar muy seguro de si Abram preferiría la una o la otra, pero la verdad es que me daba igual. No quería tener una pesadilla a tanta altura del suelo, porque estaba seguro de que me abriría la cabeza.



## 60.- Discusiones de desayuno

### Charly

—¿Ponemos un fondo o algo para pagarte la maría? —pregunté a Abram cuando nos quedamos solos.

—No, a esta invito yo —bromeó.

—¿Seguro? Es mucha maría, no quiero que tengas problemas.

—Hombre, espero que algo vuelva a Madrid —se rió—. Realmente es mucha maría para fumárnosla toda, pero no importa. Mi jefe me debía una y este ha sido su agradecimiento —explicó.

Me pasó la última calada del cigarro que nos estábamos fumando a medias y lo apagué en una lata de cerveza vacía.

—Será mejor que nos vayamos a dormir también. —Me levanté suspirando—. ¿Sabes? Quédate tú la otra habitación. —Le di una palmadita en el hombro—. Yo voy a darle amor a Raúl, que me siento muy solo —bromeé.

Sabía que mi amigo no llevaba bien dormir solo y que se avergonzaba de sus pesadillas. No lo había pensado al repartir las habitaciones, pero se me había ocurrido mientras jugábamos al póquer.

—¿Seguro? —dudó Abram.

—Sí, sí.

Me despedí de él chocando la mano y me fui a la habitación que iba a compartir con Raúl.

Cuando entré le oí quejarse y gemir asustado. Nunca había querido contarme que pasaba en sus pesadillas, y yo no había insistido en ello.

—Raúl. —Le agité para despertarlo, sentándome al borde de la cama, con dificultad porque la litera de arriba me impedía estirarme del todo—. Solo es una pesadilla.

Abrió los ojos desconcertado y me miró un minuto entero, en silencio.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó entonces, con lo que supe que se había ubicado.

—Dormir —bromeé y me subí de un salto a la litera de arriba—. Buenas noches.

Sabía que no le gustaba hablar de ello y yo no iba a insistir. Él sabía de sobra que si quería desahogarse podía contarme lo que fuera. Le oí salir de la litera de debajo e irse al baño. Supuse que para lavarse la cara.



Me dejé caer en el sofá sin mucha delicadeza, con un bollo en una mano y una cerveza en la otra. La madre de Carlos nos había abastecido bien, con comida basura y todo, porque sabía que no nos molestaríamos en cocinar.

Mordí el bollo mientras abría la cerveza y encendí la tele en un canal de dibujos. Había sido el primero de mis amigos en despertarme y no era raro. Carlos no lo haría hasta que fuéramos a patearle, seguramente. Raúl sin embargo lo haría poco después, siempre parecía saber cuándo se quedaba solo y se despertaba.

Solo me quedaba saber cuánto dormiría Abram, no lo conocía lo suficiente. Seguramente también dormiría hasta tarde, porque nos habíamos acostado bien entrada la noche.

Me acabé el desayuno de un par de bocados más, y le di un trago a la cerveza antes de sacar el cigarro que tenía detrás de la oreja y colocármelo en los labios. Apenas le había dado un par de caladas, mirando sin ver los dibujos mientras pensaba en algo para la fiesta de Carlos, cuando salió Abram de su cuarto.

—Buenos días —saludó Abram, formal.

—¡Eh! —respondí, ofreciéndole su propio paquete de tabaco.

—¿Los demás siguen durmiendo? —preguntó, recogiendo su camiseta de entre las demás, que habíamos dejado allí tiradas la noche anterior. Llevaba puesto solo el bañador (como yo) y se puso la camiseta (yo no).

—Sí, Raúl se despertará dentro de un rato —informé—. Carlos lo hará cuando le pateemos o golpeemos. —Me encogí de hombros, ¿quizá podíamos ayudarle a despertar con *amabilidad*?—. Tienes bollos en la cocina, si quieres, y cerveza en la nevera.

—Menudo desayuno de campeones —bromeó.

Volvió de la cocina con un bollo y una cerveza y se dejó caer a mi lado. Me hizo gracia que nos pareciésemos en eso. Después de que Abram saliese con mis amigos por primera vez, Saray había bromeado con que le invitaba para que me siguiese la fiesta porque Carlos y Raúl no lo hacían.

Yo de una forma algo cruel e infantil solo había querido quitárselo a Silvia, como ella me había quitado todo lo demás. Pero Abram había

demostrado ser un tío legal. Y ahora me alegraba de poder considerarle mi amigo.

—¿Qué tenéis pensado para hoy? —preguntó, sacando la bolsita de maría de su bolsillo.

—Pues a ver qué dicen estos cabrones. —Me encogí de hombros—. La piscina parece un poco desértica, quizá bajar a la playa. Llevo dos años sin salir de Madrid, quiero ver tías de moral distraída haciendo *topless*.

—Seguro que solo hay viejas —se rió él.

—Me has bajado el empalme antes de que empezase a subir —protesté.

—Mejor, no quería presenciar eso —bromeó, pasándome el porro ya liado. Era un máquina haciéndolos.

El siguiente rato nos dedicamos a fumarnos el porro, bebernos las cervezas y ver dibujos que catalogamos como «de nuestra época». Nada que ver con los absurdos e infantiles de los niños de hoy en día. Aquellos eran dibujos de verdad, donde había palabrotas, violencia y sangre en cantidades industriales.



## Carlos

Me despertaron los gritos de mis amigos. Me levanté sobresaltado, sin recordar dónde estaba. Tardé un minuto entero en reconocer la habitación que solían usar mis padres en Valencia. Me levanté de la cama y sus voces se aclararon cuando abrí la puerta de la habitación para ir a ver qué pasaba.

—¡Te digo que estaba loco por esa chica! —gritaba Charly—. No tienes ni puta idea, marica.

—Estás equivocado —dijo Abram, con algo más de calma—. Era lesbiana, estoy seguro.

Raúl los observaba desde la puerta, con una mueca contrariada. No pude más que ponerme a su lado para ver qué coño les sucedía a esos dos: estaban de pie, uno a cada lado de la mesita cuadrada de café, hablando a gritos. ¿Estaban discutiendo por Silvia? Sabía que no era bueno meter a los dos en la misma casa.

—¿Cómo va a ser lesbiana? —Charly boqueó desconcertado—. Soy el

primer fan de las lesbianas, pero se le encendían las mejillas al ver a Pedro.

Traté de hacer memoria, ¿quién coño era Pedro? ¿Y desde cuándo la sexualidad de Silvia estaba en entredicho? ¿Qué me había perdido mientras dormía? Raúl negaba con la cabeza, incrédulo.

—¡Siempre estaba sonrojada! —perdió la calma Abram—. Se pasaba el puto día corriendo de arriba abajo... ¡Que esa es otra, joder! El abuelito estaba solo allí arriba todo el invierno, quieras o no, se le iría la mano a su faldita.

—¡El abuelito se tiraba a las cabras! —le llevó la contraria Charly.

—Eso no te lo discuto, explicaría muchas cosas —se cruzó de brazos Abram—, pero Heidi era lesbiana, se tiraba a Clarita... Por eso quería que volviese a andar, para que sintiera sus caricias.

—Espera —no pude evitar intervenir, entrando al salón—, ¿estáis discutiendo de una serie de putos dibujos? —até cabos con bastante lentitud.

—¡Sí! —me gritaron ambos a la vez.

Busqué a Raúl con la mirada, quería algo de su legendaria coherencia, pero este se limitó a encogerse de hombros.

—Creo que los dos han aportado buenos argumentos... Y con ello han destruido mi infancia... —dijo.

—Voy a saltar a la piscina —prometí, encaminándome al balcón, aunque no pude evitar reírme—. Estáis como putas cabras y me habíais acojonado.

—¿Podemos ir a la playa? —preguntó Charly, apagando la tele.

Divisé un prado verde y un montón de ovejas justo antes de que la pantalla se pusiera negra.

—¿No queréis discutir sobre *Sailor Moon*? —sugerí burlón.

—No metas cizaña —me riñó Charly, encendiéndose un cigarro—. Quiero dejar de hablar de tetas de dibujos y ver tetas de verdad.

—¿Alguna vez has dejado de verlas dibujadas para verlas de verdad? —se metió con él Abram, quitándole un cigarro del paquete.

—Las de tu hermana —le devolvió la pulla Charly.

—¿Cuál de ellas? —bromeó Abram—. Déjalo, te las regalo todas...

—Así no es divertido —protestó Charly, aunque tenía una sonrisilla.

—Os odio mucho —me quejé, antes de pasar de ellos y tumbarme en el sofá.

—Mentira —negó Charly—. Vamos a la playa, marica, no te duermas otra vez —me regañó, lanzándome una chapa de cerveza que recogió de la mesa.

—Qué puta mala idea tuviste, Raúl. ¿Encerrarnos con el monstruo de la energía en una casa? —resoplé.

—Oye, pues quédate aquí. —Se encogió de hombros Charly.

—Ya voy —me quejé, levantándome del sofá—. Envidio mucho tu energía.

—Es la falta de sexo —se metió Raúl con él.

—Pues debe ser eso —me reí.

—¡Eh! —protestó Charly—. No todos tenemos una ninfómana detrás, ¿qué le voy a hacer?

Supuse que hablaba de Alba y no pude decir nada porque era verdad, esa chica tenía un problema. O quizá no era ella el problema, tal vez algún día haría muy feliz a alguien como Charly. Yo valoraba otras cosas aparte del sexo.



## 61.- Competición

### **Abram**

Me lancé casi de cabeza al agua cuando llegué a donde me cubría por la cintura, para nadar hasta la señora oronda que se empeñaba en hacer el muerto en el agua, dejando que su barriga sobresaliese como un iceberg.

Hundí la cabeza en el agua turbia por el excedente de gente que había alrededor, y salí al otro lado de la señora, alzando los brazos victorioso. Carlos llegó justo detrás de mí, pero yo había ganado.

—Os dije que estaba en forma —me burlé de ellos cuando llegaron.

—¡Que te den! —protestó Charly, que era el último—. Si fumas como un puto carretero.

—Pero tengo una genética superior —me regodeé, lanzándome sobre él para hacerle una aguadilla.

Le dejé emerger acto seguido, mientras la señora-iceberg se alejaba de nosotros, nadando al estilo perrito pese a que no cubría apenas y quejándose a voces sobre lo maleducados que éramos los jóvenes.

—¡Serás perra! —Charly se lanzó sobre mí.

No pude apartarme a tiempo y me hundió, usando la pierna para hacer que perdiese el pie y sumergirme hasta el fondo casi.

—¡Qué pareja gay tan mona! —comentó Carlos cuando emergí, o quizá ya se habían estado burlando antes.

Charly me hizo un gesto que supe interpretar a la perfección, y juntos nos lanzamos a por ellos dos. La verdad, no opusieron mucha resistencia y los hundimos a la vez sin problema. Chocamos las palmas orgullosos de nuestra proeza.

—Mira, tío —me llamó la atención Charly, olvidándonos al instante de los ahogados.

Un grupo de chicas jugaban a unos metros de nosotros y no había chicos a la vista. Cuando Carlos y Raúl volvieron a la superficie, Charly se las señaló también con disimulo.

—¿Qué táctica seguimos? —bromeó Charly—. ¿Carrera y nos chocamos con ellas? —sugirió—. ¿Jugamos y nos chocamos con ellas?

—¿Por qué no os quedáis aquí y aprendéis de un maestro? —bromeé.

Habíamos bajado a la playa que estaba justo detrás de los apartamentos de la familia de Carlos. Charly había protestado, porque era una playa bastante familiar, con agua calmada, y no «con olas de esas que arrancan sujetadores», pero habíamos visto chicas bastante guapas por allí, así que quizá no estaba tan mal.

—Espera, que seguro que la cagas. —Charly me sujetó del brazo y tiró de mí para impedir que fuese hacia las tías.

—¡Eh! —me quejé, aunque no pude ocultar una sonrisa.

Cruzamos una mirada retadora y nadamos a toda velocidad para llegar antes que el otro. Estaba a punto de alcanzar a las chicas cuando sentí que él tiraba de mi pie y me hundí sin remedio.

Salí escupiendo agua salada para ver a Charly hablando con las chicas. Hijo de puta. Raúl y Carlos llegaron hasta mí.

—Puedes ser rápido, colega, pero nadie gana a Charly si hay tías de por medio —bromeó Raúl, palmeándome el hombro y salpicando agua en todas direcciones.

—Eso no tiene que ser necesariamente bueno —me metí con él, haciéndolos reír.

Charly nos lanzó entonces una pelota hinchable, con la que las chicas habían estado jugando, y supe que se las había camelado.

—¿Jugáis? —nos llamó una de las chicas.

—¡A lo que tú quieras, preciosa! —respondí.



## **Raúl**

Golpeé la pelota lanzándola por encima de Charly, que no llegó a tiempo para golpearla, y marqué un punto. Una de las chicas, Adela, se lanzó a mis brazos, con cierta dificultad por el agua.

—¡Eres muy bueno! —me felicitó.

—¿Eh? Sí... —respondí como pude, porque su ajustado bikini dejaba muy poco a la imaginación. Además tenía el tatuaje de una pantera enroscándose a su teta y me tenía hipnotizado.

Y distraído como estaba no atiné a golpear la pelota cuando Carlos sacó, por suerte Abram llegó a tiempo de lanzarla hacia mí, y pude golpearla hacia mis amigos de nuevo.

—¿Y sois de por aquí? —me preguntó Adela, ignorando completamente la pelota.

—De Madrid —respondí—. ¿Y tú?

Charly nos marcó un punto aprovechando que yo estaba distraído, aunque no me importó lo más mínimo.

—Nosotras vivimos aquí. —Me dirigió una sonrisilla—. Esta noche unos amigos hacen una fiesta en la playa, ¿vendréis?

—Claro —acepté enseguida.



—¿Puedes salir del baño de una vez? —Aporree la puerta, donde se había metido Carlos rato antes y no acababa de salir.

Charly se peinaba aprovechando su reflejo en la televisión apagada y Abram estaba tranquilamente sentado, vestido y arreglado, fumándose un cigarro sin prisa.

—Tío, vivo con cinco mujeres —nos dijo Abram—. Y tardan la mitad que vosotros en arreglarse.

—Yo lo llamo falta de esperanza —replicó Charly—. Tardas menos en arreglarte cuantas menos posibilidades tienes de mojar.

—Claro, mi abuela vive pensando en mojar, seguro —se rió Abram, sin ofenderse.

—Yo vivo prácticamente solo en una casa con dos baños, así que esto es una tortura para mí —les señalé.

Carlos salió entonces del baño, y Charly y yo corrimos para meternos antes que el otro. Nos chocamos en la puerta y logró colarse antes que yo.

—¡Solo quiero lavarme los dientes! —me quejé.

Charly tuvo el detalle de darme el cepillo y la pasta antes de cerrarme la puerta en las narices.

—El año que viene nos vamos a un hotel, con cuatro habitaciones y cuatro baños —resoplé frustrado mientras iba a la cocina para lavarme los dientes en el fregadero.

—¿Te sobran los billetes? —me preguntó Abram.

—Un poco —admití.

Me lavé los dientes en la cocina y estuve listo a la vez que Charly salía del baño. Abram estaba ya junto a la puerta, cansado de esperar.

—¿Nos vamos? —preguntó Charly.

—¡Sí, por favor! —rogó Abram.

Cuando salimos ya era de noche. Habíamos pasado el día en la playa, e incluso comimos allí, en el chiringuito. Volvimos para cenar unas pizzas de microondas y para arreglarnos.

Y ahora íbamos a la fiesta de la hoguera, pero para ello teníamos que coger el coche porque no era en la playa que estaba junto a la casa de Carlos, si no una más escondida.

Abram se montó en el asiento del conductor y metió la llave en el contacto. El coche rugió dos veces y luego se quedó callado.

—Ya lo has roto —le dije, mientras me montaba detrás con Carlos.

Charly se había apresurado a ponerse en el asiento del copiloto, y como era el que mejor se orientaba de todos, no protestamos por ello.

—Arrancaba perfectamente... —explicó Abram.

Giró la llave de nuevo y el coche hizo intento de arrancar, pero se limitó a rugir.

—Eso es la batería —sentenció Carlos.

—No lo creo —negó Charly—. Ábreme el capó.

—Putos coches de segunda mano —protestó Abram, golpeando el volante.

—¡Eh! —se quejó Charly—. No le escuches, preciosa. —Acarició el salpicadero—. ¿Qué te duele? Yo te arreglaré.

—¿Está loco? —preguntó Abram girándose hacia nosotros.

—¡Sí! —respondimos los dos a la vez, riéndonos.

Charly y los coches...

—Vamos, vamos —insistió el chico—. Abre el capó.

Abram no parecía de humor para risas, pero obedeció. Charly salió del coche y se asomó al motor. Abram salió con él para ayudarle. Yo me recosté en el asiento y miré el móvil.

Tenía un par de mensajes de Andrea y otro de la chica de la playa para decirme que nos estaban esperando allí. Respondí que estábamos de camino y abrí el de mensaje de Andrea. Quería saber qué tal nos lo estábamos pasando.

Charly entró en el asiento del conductor y metió la llave en el contacto.

Respondí a Andrea mientras tanto para decirle que lo estábamos pasando bien y que nos habíamos bañado en la playa.

Charly había conseguido arrancar el coche mientras yo escribía en el móvil. Salió a cerrar el capó e intercambió unas palabras con Abram, que tras un gesto de disgusto se fue con mala cara al asiento del copiloto.

—¿Qué pasa? —le pregunté, mientras Charly volvía a ponerse en el asiento del conductor.

—Si no sabéis tratar a una preciosidad así, no deberíais usarla —respondió Charly.

Abram se limitó a refunfuñar algo y mirarle mal, mientras Charly conducía. Carlos y yo nos abrochamos el cinturón de seguridad a la vez.

Miré a Charly por el retrovisor, preguntándome si habría saboteado a propósito el coche para poder conducir. Era capaz de aflojar algo del motor solo por tener la excusa.

—Frena un poco —pidió Abram, que parecía realmente preocupado por su coche, o su vida.

—Voy bien —se negó Charly.

Carlos y yo cruzamos una mirada que no nos costó entender. A veces, conocer tan bien al loco de mi amigo era algo malo.

—¿Y qué dices que le pasaba al coche? —pregunté a Charly, para asegurarme de que no lo había boicoteado.

—Hay un tubo agujereado —explicó, luego me dio nombres y detalles muy precisos que no entendí—. Se va a ir a la mierda, dejará de arrancar tarde o temprano —pareció preocupado, y tuve claro que no había sido él—. Mañana buscaré un taller, o un desguace y le compro la pieza.



## 62.- Fiesta en la hoguera

### Carlos

Aquel lugar era justo lo prometido, habían encendido una gran hoguera en una zona de la playa en la que no había edificios y todo el mundo parecía haber llevado sus propias bebidas.

Algunos se bañaban y otros simplemente bailaban, hablaban o se enrollaban en la arena. Yo me había quedado allí sentado, un poco apartado de todos, para poder relajarme un poco. Habíamos pasado el día corriendo, nadando y jugando en el agua, y solo me apetecía sentarme y mirar el fuego desde una distancia a la que no sintiese el calor que emitía.

—¿Quieres?

Una chica se sentó a mi lado y me pasó una litrona, como si nos conociésemos de toda la vida.

—Eh, claro —acepté.

Era guapa, con el pelo oscuro y liso, y algo rellenita. Tenía las mejillas sonrojadas y los ojos de un llamativo verde.

—Eres el hermano de Jesús ¿no? —Le pasé de nuevo la botella después de beber, aunque no me atreví a responder—. Llevo años sin verte, ¿cómo está?

—Bien —mentí.

Podía haberle dicho la verdad, pero casi era mi cumpleaños. ¿Tan malo era que mintiese un poquito?

—No recuerdo tu nombre... —Chasqueó los dedos e hizo memoria, pero por suerte no lo recordó.

—Carlos —me presenté.

—¡Eso! —Pareció de acuerdo—. Estás más... grande. —Se mordió el labio y luego soltó una risilla—. La última vez que te vi tenías como seis años y yo tendría ocho... Qué casualidad que estés aquí.

—Las vueltas que da la vida —bromeé—. De pequeño siempre estuve colado por ti —mentí, de perdidos al río, supuse. La chica se sonrojó intensamente, supuse que era una buena señal.

—¡Venga ya! —se rió—. Tu hermano siempre se reía de mí y tú le seguías a todas partes.

—¡Mi hermano es un capullo! —me reí, si Charly estuviera allí estaría descojonándose de risa seguramente—. Pero, deberías saber, que los chicos solo os tiramos de las coletas a las niñas para que nos hagáis caso.

—¡Pues no es muy efectivo! —se rió de nuevo.

—Claro que sí, una década después estás aquí, conmigo... Quizá no es rápido —sonreí—, pero es efectivo.

—¡Qué creído! —se rió, pero se acercó un poco más a mí.

—En realidad, no. —Me encogí de hombros—. Es culpa del alcohol —bromeé, aunque era el primer trago que le daba.

—Oh, ¿estás muy borracho? —Volvió a morderse el labio—. Porque si además de que soy mayor que tú, te he emborrachado, esto debe ser muy ilegal...

—Estoy bien —prometí—. Puedes aprovecharte de mí.

Y quizá tanto follar con Alba en lugares públicos me había desinhibido mucho, pero cuando ella se inclinó hacia mí no dudé en sujetar sus caderas y subirla a mi regazo a horcajadas.

Ella me besó con ansia y yo respondí, mordiendo su labio inferior y subiendo las manos por debajo de su vestidito blanco. Me di cuenta en ese momento de que ella no había llegado a decirme su nombre, pero ¿qué más daba?

Se levantó ligeramente sobre mí, para buscar el botón de mis vaqueros y tironeó de él. Yo busqué en mi bolsillo trasero un condón. Charly había repartido para todos al bajar del coche y yo me había reído de él. Ahora le debía una cerveza.

Me puse el condón mientras ella se quitaba el tanga y me dejé empujar, tumbándome en la arena. Gimió metiéndose mi polla dentro y se movió sobre mí. Se inclinó para besarme, sin dejar de mover el culo arriba y abajo. Y nuestros gemidos se mezclaron entre nuestros labios entreabiertos.

—En realidad —me dijo, cuando le aparté el pelo de la cara con ambas manos, porque me molestaba—. No conozco a ningún Jesús.

—Yo no tengo hermanos —admití, besándola de nuevo.



**Charly**

Había perdido a Carlos al poco de llegar, y Raúl se había largado con la tía del tatuaje en la teta. Así que solo me quedaba Abram, que miraba con gesto de desesperación a la rubia que le hablaba.

—¡Socorro! —me dijo, moviendo los labios, sin emitir ruido.

No pude evitar reírme de él, pero una de las chicas que estaba a mi lado me cogió de la mano y me olvidé de mi amigo. Seguro que sobrevivía a la cháchara de esa chica.

—Entonces... ¿vienes? —me preguntó la chica y supe que me había dicho algo más que no había escuchado.

—Claro —acepté.

Era mona y quería llevarme a algún lado. ¿Cómo iba a decir que no? El dónde no importaba tanto. Tiró de mi mano y me dejó guiar por la orilla de la playa hasta una zona apartada. Se quitó entonces el vestidito azul que llevaba y dejó a la vista su ropa interior de encaje del mismo color.

—Vamos —insistió.

Me quedé allí mirándola como un idiota, boquiabierto, mientras meneaba las caderas de forma algo exagerada hacia el agua y se metía hasta el cuello muy despacio. Me hizo un gesto desde allí para que fuese con ella.

¿Y cómo iba a desobedecer? Me quité la camiseta, las deportivas y los vaqueros y lo tiré con su ropa antes de seguirla. El agua estaba tranquila y calentita y, de todas formas, agradecí el contraste, porque junto a la hoguera hacía un calor horrible.

La chica esperó mordiéndose el labio hasta que llegué a ella y luego me envolvió las caderas con las piernas.

—¿Alguna vez te la han chupado debajo del agua? —me dijo, con una sonrisilla.

—No... —reconocí.

Me dio un beso muy suave en los labios, casi tierno, antes de coger aire y hundirse entre nosotros. Sentí cómo tiraba de mi ropa interior y me la sacaba.

—¡Joder! —gemí, al sentir sus labios alrededor de mi polla.



Me sequé un poco con la camiseta antes de volver a ponerme los

pantalones y las deportivas, llenándolo todo de arena en el proceso. La chica cogió su vestido que estaba al lado de dónde yo había dejado las cosas y se lo puso con una sonrisilla, mientras se ajustaba las bragas.

—Mañana hacen una fiesta en casa unos amigos, ¿os pasaréis? —me invitó.

—Claro —mentí.

Se acercó para darme un beso y yo me dejé hacer para no parecer demasiado borde, aunque me separé después de un par de segundos.

—¿Qué está pasando allí? —Señaló a la hoguera.

Se había formado un corrillo y que no viese a ninguno de mis amigos por allí me preocupó un poco. Me colgué la camiseta del hombro y me acerqué a la gente.

Tuve que abrirme paso a codazos, para encontrarme a Abram mirando con cara de aburrimiento a un tío enorme.

—¡Solo estábamos hablando, cariño! —Vi entonces a la chica con la que había dejado a Abram y que seguía al lado de mi amigo.

—¿Te querías tirar a mi novia, niño?! —le gritó.

Abram no pareció muy asustado de él, se limitó a poner los ojos en blanco antes de responder con un tono muy calmado.

—La verdad es que no, lo cual supongo que desatará aún más tu ira —se rió sin mucho humor—. No me gusta nada.

—¿Qué?! —Fue ella la primera en reaccionar, golpeándole el brazo con fuerza—. Llevas horas tonteando conmigo.

—¡Serás cabrón! —El tipo trató de golpear a Abram, pero este fue más rápido y se apartó de la trayectoria de su puño con un salto.

Contraatacó con un puñetazo en la nariz, que no detuvo al tipo enorme pese a la sangre que le chorreó por la cara. Supuse que iba muy colocado de algo. Me puse entre ambos cuando el gigante trató de devolverle el golpe a Abram, y lo empujé para separarle de mi amigo. Aunque apenas logré desestabilizarlo un poco.

—Relájate, colega, ya nos íbamos —traté de calmarle.

—¿Crees que puedes llamar fea a mi novia y largarte? —Se enfureció el gigante, ignorándome.

—Creí que esto solo pasaba en los chistes malos —se rió de nuevo Abram.

—Voy a arrancarte la cabeza, hijoputa —insultó, dando un paso hacia

nosotros.

—¡Cuando quieras! —resopló Abram, sin rastro de miedo.

—Vale ya. —Empujé a mi amigo para separarle del tipo y su novia corrió a calmarle, o a chupársela, a saber.

Yo era el primero que disfrutaba con una buena pelea, pero ese tipo era demasiado grande y fuerte y no me apetecía pasar el resto de las vacaciones con la cara morada.

Me aseguré de que el tío no iba a volver a atacarnos y me llevé a Abram a empujones. Se quejó un poco, pero se dejó sacar de entre la gente.

—Podía con él —se quejó.

—Ya, pero vamos a tener la fiesta en paz —pedí.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con Charly? —Me sobresaltó la voz de Carlos.

—Ni que yo fuera de cabeza a todas las peleas —resoplé, aunque era posible que lo hiciese un poco—. ¿Y Raúl?

—Ni idea.

—Tú has follado. —Señalé a Carlos, que miró incómodo hacia otro lado.

—¿Cómo lo sabes? —cuestionó finalmente.

—Porque vas lleno de arena y llevas los vaqueros desabrochados —explicó Abram, que parecía algo más calmado.

Carlos se dio la vuelta para abrochárselo y nosotros nos reímos de él. Busqué a Raúl con la mirada mientras tanto.

—¿Y tú qué? —me preguntó Carlos, señalando mi ropa mojada.

—Yo siempre mojo. —Le guiñé un ojo bromista—. ¿Vamos al coche a esperar a Raúl? —sugerí—. ¿Eres el único pringado que no ha follado? —me reí de Abram cuando empezamos a andar.

—Aún puedes comérmela, si quieres —sugirió él.

—Déjalo —me negué, con una carcajada.

—Ojalá te hayan pegado ladillas —resopló, pero me pareció que sonreía un poco.



## 63.- Amigos cabrones

### Abram

Bostecé y me estiré más en la toalla, mientras jugaba con un cigarro apagado entre mis labios. Habíamos pasado el día en la piscina, incluso comimos allí, y ahora estábamos *haciendo la digestión* y empezaba a aburrirme terriblemente.

Charly soltó una risilla que me hizo levantar la cabeza lo justo para mirarlo. Estaba tumbado un poco más allá, boca abajo, con la frente apoyada en las manos.

—¿Qué pasa? —preguntó Raúl, que parecía tan aburrido como yo.

—¿Carlos aún duerme? —dudó Charly, alzando la cabeza.

—Sí —respondí, después de levantar la cabeza para mirarle, porque estaba a mi lado.

—¿Le tiramos a la piscina? —preguntó, con una risilla.

—¡Qué cabrón eres! —le insultó Raúl—. Yo le cojo de los hombros, vosotros de las piernas.

Carlos dormía boca arriba, roncando ligeramente. Me levanté negando con la cabeza y me puse junto a la pierna del chico. Charly contó hasta tres con los dedos, conteniendo una carcajada.

Cuando levantó el tercer dedo nos movimos los tres prácticamente a la vez. Charly y yo sujetamos a Carlos de un tobillo cada uno, mientras Raúl lo levantaba por los hombros.

Carlos gritó al despertarse siendo llevado por nosotros.

—¡Ahora! —ordenó Charly junto al borde.

Los tres le soltamos a la vez, lanzándole a la piscina. Y nos quedamos en el borde, partiéndonos de la risa, mientras Carlos salía escupiendo agua. Raúl fue tras él y por la carcajada de Charly supe que le había empujado también.

—¡Qué hijo de puta eres! —me reí, apartándome del borde para evitar acabar como ellos.

—Solo puede quedar uno, y todas esa mierdas —bromeó Charly—. Y te toca.

—Díselo a Carlos. —Señalé la piscina.

El chico había salido por el borde, e iba chorreando hacia Charly, con cara de asesino psicópata.

—Siempre vais contra mí, cabrones —se quejó Charly, pero se le escapó una carcajada.

Charly dudó al ver a Carlos correr hacia él y al final saltó a la piscina. Debió de considerar no tener muchas opciones contra Carlos.

—¡Cobarde! —le gritó el chico.

—¡Yo confié en ti! —se quejó Raúl cuando Charly emergió del agua.

Yo me senté en el borde y hundí los pies en el agua, disfrutando el espectáculo.

—Pues no deberías hacerlo, soy un tramposo, siempre con un as bajo la manga —bromeó, nadando para alejarse de ellos—. Pero dejadme en paz cabrones —se quejó, porque ambos iban tras él, Carlos incluso había vuelto a saltar a la piscina—. El puto Abram sigue seco.

—¡Eh! A mí no me miréis, que soy más rápido que vosotros —lo intenté, levantándome de dónde estaba.

—No si vamos los tres a por él —los picó Charly.

—Después volveré a por ti —prometió Carlos al moreno.

Los tres nadaron hacia mí. Y yo me alejé un par de pasos. Sabía que no tenía escapatoria, cada uno venía por un lado, mi mejor opción era saltar al agua como había hecho Charly, pero yo no era tan nenaza.

—¡Esperad! —pedí, alejándome por la derecha, porque Raúl parecía menos deseoso de venganza que los otros dos—. Ha sido idea de Charly —lo intenté, antes de empezar a correr.

—¡Chicos! —nos regañó una socorrista con un bañador rojo. Ni siquiera había reparado en ella, pensaba que había un tío. Al alzar la cabeza me percaté de que sí que había un *socorrista macho* sentado en una silla alta—. ¡No corráis por el borde!

Carlos aprovechó mi distracción, le oí gritar y cuando le vi ya le tenía encima, placándome para tirarme al agua. Me quedé sumergido un par de segundos más de lo necesario para controlar la sonrisa. Estaba claro que el destino había puesto a esa socorrista en mi camino, y Carlos acababa de ayudarme a que ella se pusiera en el camino de mi polla. Volví a salir, Carlos me dirigía una sonrisa satisfecha.

—Gracias —le susurré, antes de empezar con el absurdo teatrillo—. ¡Oh, mierda! —grité—. Creo que me has roto algo. —Nadé con fingida dificultad,

usando solo un brazo—. Socorro —pedí a la socorrista, que esperó con paciencia en lo alto de la escalera.

—¿Estás bien? —preguntó.

—No, llevabas razón, no debimos jugar a lo bestia. —Porque si algo he aprendido viviendo con cinco mujeres es que a las tías les encanta llevar la puta razón—. Creo que me ha roto una costilla. —Subí la escalera usando solo un brazo, y dejando el otro inútilmente detrás, como si me doliese.

—Vamos, te llevaré a la enfermería... —Me tendió un brazo.

—Puedo acompañarle yo —se ofreció el otro socorrista, saltando de su elevada silla.

—¡Qué va, tío! —negué—. No vas a comparar el dulce tacto femenino sobre mis costillas heridas con tu... lo que sea.

—Vamos —me incitó la chica, ayudándome a caminar.

La enfermería resultó ser una caseta un poco más allá. De hecho era la misma que los baños, solo que tenía una puerta por el otro lado. La socorrista abrió la puerta con una llave que llevaba colgada de su cuello y la cerró tras nosotros.

Era una sala pequeña y un tanto oscura, tenía unos ventanucos casi en el techo, en la parte alta de la pared, pero eran opacos. Había una camilla a la izquierda y un escritorio a la derecha, al fondo había un amplio armario metálico donde supuse que guardaban las drogas buenas.

—¿Eres también la enfermera? —pregunté—. ¡Qué completa! —bromeé.

—No lo sabes bien. ¿Te duele de verdad o solo quieres follar? —preguntó, sacando un condón de una cesta que había sobre el escritorio.

—¡¿Eh?! —Su pregunta me pilló tan por sorpresa que no supe qué decir.

—Seamos realistas... —sonrió, desatando el cordón de mi bañador. Había aprendido tristemente dos años antes que era mejor llevarlo siempre atado—. Como socorrista no gano una mierda y tener a los niños pijos como tú contentos siempre me ayuda con las propinas de vuestros papis.

—Pues follemos entonces —acepté, apartando sus manos de mi bañador para pegarla a mi cuerpo.

Tiré de sus caderas y la senté al borde de la camilla para dejar su entrepierna a mi altura y aparté su bañador sin muchos miramientos. Aquellos trajecitos rojos siempre me habían puesto muy cachondo (desde los vigilantes de la playa, supuse).



## Raúl

—Ni lo intentes —se rió Charly, empujándome sin muchos miramientos—. Pegas como una nena.

—¡Sorpréndenos, máquina! —me metí con él, echando una moneda para que bajase el *punching*.

—Las damas primero. —Le cedió el turno a Carlos, con un gesto.

—No será difícil, me imaginaré que es tu cara de gilipollas —aceptó el chico, sonriendo también.

—¡Cuánto odio hacia mi persona! —se lamentó Charly sin mucho entusiasmo—. Espera —paró a Carlos cuando estaba a punto de golpear la máquina—, el que pierda invita a unos cubatas, ¿no? La primera ronda al menos.

—¿Todo contigo tiene que costar dinero? —Negó Carlos con la cabeza.

—¡Eh! Trato de motivaros para ser los mejores... —se rió el moreno.

—Está bien —aceptó Carlos finalmente, el resto asentimos con él, porque Charly se saldría con la suya igualmente—. Pero no hagas trampas, que nos conocemos. —Empujó al chico del pecho para alejarlo un poco de él.

Carlos golpeó el *punching*, produciendo un ruido sordo que apenas se oyó entre el ruido de la música de las diferentes atracciones de la feria y los gritos de la gente. La máquina marcó su puntuación mientras Charly volvía a bajar el *punching*.

—¿Raúl? —me invitó.

Me coloqué dónde había estado Carlos un momento antes y le lancé una mirada de desconfianza al moreno, que se rió de mí con ganas. Usé todas mis fuerzas, solo por callarle la puta boca, y quedé solo unos diez puntos por debajo de Carlos, aunque me tuve que morder el labio para no quejarme del dolor de nudillos.

—Muy bien, princesa —se burló de mí—. ¿Abram?

—El próximo ojalá vaya a tu cara de verdad —le dije, pero no pude evitar reírme.

Para cualquiera que no conociese a Charly parecería un gilipollas, pero sabía que solo trataba de animar la fiesta y yo no podía cabrearme con él por

aquellos piques aunque lo pretendiese.

—No des ideas —negó él, pero sonreía también.

Abram se colocó en posición y golpeó al saco mientras aún estábamos discutiendo sobre aquello, supuse que para no dar tiempo a Charly a burlarse. Me superó a mí, pero solo por un par de puntos, se quedó bastante lejos de Carlos y me sentí algo mejor conmigo mismo.

—Te toca, nena —me metí con Charly.

—¿Si pierdes podemos darte ese puñetazo? —se rió Carlos, algo más seguro de sí mismo, supuse.

—No, pero si gano podéis comerme los huevos —replicó, antes de empujarnos para hacerse hueco.

Charly se preparó de una forma muy ceremonial. Se aclaró la garganta y todo, aunque no tenía nada que ver con dar un puñetazo a aquello.

—¡Venga ya! —se quejó Abram.

—¡Qué poco os gusta el arte! —resopló Charly, antes de levantar el brazo para golpear al *punching*.

—¡Madre mía, como está esa chica! —Llamé la atención de Charly, mirando hacia ningún punto concreto.

Mi amigo se distrajo justo cuando iba a golpear y perdió mucha fuerza. Nos reímos a carcajadas de él, que se quejó frunciendo el ceño y murmurando algo que sonó a «vaya mierda de amigos».

—Creo que tú pagas —se rió Carlos.

—Bueno, yo invito —aceptó él—. Pero dejadme que le dé bien, por mi amor propio.

—No, tío, eres el perdedor, vamos a beber —se negó Abram, y supe que disfrutaba picándole tanto como nosotros.

—Pero... pero... —se quejó Charly, señalando el *punching*.

Nosotros le ignoramos y comenzamos a andar en dirección contraria. Charly nos siguió refunfuñando algo que no logré entender por la música.

—Allí parece que tienen bebidas —señalé una de las casetas, que estaba rodeada de gente con vasos.

—Os odio —se quejó Charly.

—Mentira. —Le pasé una mano por el pelo engominado, despeinándole—. Nos quieres mucho.

—Ojalá te viole un tipo de dos metros con sida y sin condón. —Me empujó sin muchas ganas.

—¡Cómo te pasas! —se quejó Carlos—. Si Raúl se dejaría.

—Sin condón no —bromeé, lejos de picarme.

—Yo creía que solo os lo montabais entre vosotros —se unió Abram al *Festival del Humor*.

—Podemos hacerte hueco —aseguró Charly, antes de abrirse paso entre los borrachos para pedir para los cuatro. Y pagar.

Esperamos a Charly algo alejados de la gente, mientras él se esforzaba por que le sirviesen entre tanta gente. Era un puesto muy pequeño y todo el mundo parecía querer llegar para beber.

—¿Carlos? —Nos sobresaltó una voz, pendientes como estábamos de Charly.

—Lucía —nuestro amigo sonó sorprendido y saludó a una chica bajita y excesivamente delgada con dos besos—, ¿qué haces aquí?

—Yo vivo aquí. —Se rió mostrando un aparato de dientes brillante—. Bueno, no aquí, aquí —bromeó—. Pero en este pueblo sí. ¿Qué haces tú aquí?

—He venido de vacaciones con unos amigos. —Nos señaló—. Ellos son Raúl y Abram y a Charly ya lo conoces, está por ahí buscando alcohol.

—Hola —nos saludó ella dándonos dos besos a cada uno.

—Es mi prima —nos explicó Carlos después de las presentaciones—. ¿Estás sola?

—No, con unas compañeras de clase. —Señaló a un par de chicas que hablaban entre ellas alejadas de nosotros.



## 64.- Un osito piloto

### Charly

Llevé los cuatro vasos de tubo con algo de dificultad y me sorprendió ver que mis amigos charlaban con tres chicas. ¿Estaban aprendiendo a hacer amigos solos? Casi me dio gana de invitarlos a la siguiente ronda también.

Cuando vi quien era una de esas chicas se me pasaron todas las ganas. ¿Era la *Pestosa*? ¿La prima pesada de Carlos? ¿Podía tener más mala suerte en la vida? Repartí los vasos entre mis amigos y le di un *tragazo* al mío antes de girarme hacia las chicas.

La prima de Carlos había crecido un poco, pero seguía siendo bajita y extremadamente delgada, con aparato de dientes y el pelo recogido en una coleta algo deshecha. Llevaba una camiseta de manga corta y unos vaqueros anchos.

Las otras dos chicas que iban con ella, sin embargo, parecían todo lo contrario. Llevaban camisetas de tirantes ajustadas, con escote pronunciado y pantaloncitos cortos. Además de ir muy maquilladas y arregladas. No pegaban nada todas juntas.

—¿Te acuerdas de Lucía? —me presentó Carlos.

—Sí, claro. —Fingí una sonrisa, mientras ella se acercaba a darme dos besos.

—Y ellas son sus amigas: Eva y Vanesa —me presentó y me saludaron como su amiga.

—¿Te han venido alcohol? —se quejó una de las chicas—. A nosotras nos han echado por ser menores.

—Ventajas de tener un amigo mayor de edad —bromeé—. Por cierto, esto es tuyo. —Le lancé de vuelta su cartera a Abram.

—¿Cuándo me has mangado la cartera? —se quejó, guardándola en el bolsillo. Ni siquiera revisó que estuviera todo, casi me emocionó su confianza.

—Piensa que podría haber sido otro, y eso hubiera sido peor... —bromeé.

—¿Y no puedes conseguirnos unas copas? —pidió una de las chicas a Abram, que me miró mal por delatarle.

—Claro que sí, Abram, emborracha a menores de edad. —Alcé mi vaso

como si fuera un brindis, guiñándole un ojo.

—Mejor no —se negó él, incómodo—. El experto en delitos es él. —Me señaló de nuevo.

—¡Oh, venga, porfa! —La chica se acercó a mí, y apoyó una mano tentadora en mi pecho.

Y yo era débil y si una chica con escote me pedía algo, no podía negarme.

—Está bien —acepté.

Ella dio un par de saltitos y yo le pasé mi cubata a Abram poniendo mala cara. Él se limitó a reírse de mí. Las dos chicas vinieron conmigo, por suerte la prima de Carlos se quedó con ellos. Lo último que necesitaba era que fuese dándome el coñazo.

Quizá no era una valoración muy justa, pero la semana que habíamos pasado juntos dos años atrás, cuando se vino con los padres de Carlos y con nosotros de vacaciones había sido un infierno gracias a ella. No se callaba en ningún momento y tenía que estar todo el tiempo detrás de nosotros.

—¿Cómo has dicho que te llamas? —me preguntó una de ellas, con el pelo castaño y el pintalabios rojos.

—Charly —me presenté, antes de abrirme paso entre los borrachos de nuevo para llegar hasta donde se pedía.

—Que nombre tan *sexi* —me dijo la otra.

Y quizá la aparición de Lucía, contra todo pronóstico, salvase la noche y acabase montándomelo con sus dos amigas.

—¿Qué queréis tomar? —nos preguntó el hombre del puesto. La cola parecía haber desaparecido por completo en los cinco minutos que había tardado en volver.

Las dejé pedir y pagar, una cosa es que quisiera montármelo con ellas y otra que fuera a palmar pasta. Ya le había enseñado el DNI de Abram antes, así que no puso inconvenientes esta vez. Ni siquiera lo había mirado mucho, estaba claro que estaba deseando hacer dinero.

No se me pasó por alto que no pidieron nada para Lucía, aunque cuando me di cuenta ya habíamos pasado de la zona de pedir a la de recoger y la gente se había vuelto a amontonar tras nosotros, así que no iba a hacer cola de nuevo por la *Pestosa*.

Volvimos con los demás después de recoger el alcohol y Abram me devolvió mi vaso.

—¿Nos vamos ya? —preguntó Lucía a las chicas, parecía algo incómoda y

me sentí mal por no haberle pillado nada para beber.

—¿Podemos quedarnos con vosotros? —me preguntó la de los labios pintados de rojo.

—Claro. —Pasé un brazo alrededor de sus hombros con naturalidad—. Cuantos más mejor. —Sonreí ampliamente—. ¿Dónde queréis ir?

—¡Oh! Yo quería un peluche de un corazón —pidió la otra chica, más rubia que su amiga—. ¿Alguno puede conseguírmelo?

—Seguro —acepté—. Raúl es la hostia con los juegos. —Le guiñé un ojo a mi amigo, que agitó un poco la cabeza con una sonrisa.

La rubia nos señaló el puesto, que estaba calle arriba, por donde había un montón de estos. Además de un millar de personas caminando en todas direcciones.

—¿Quieres tomar algo? —ofrecí a Lucía cuando los demás empezaron a seguir a la rubia y la de los labios rojos se acercó corriendo a su amiga.

—No bebo. —Se encogió de hombros, sin mirarme a la cara.

—¿Aún? —bromeé.

—¿Aún? —Me miró sin entender.

—Supongo que eres muy pequeña y esas cosas —me metí con ella.

—Tengo la misma edad que tú. —Me miró con el ceño fruncido, yo me encogí de hombros—. Podría beber si quisiera —se picó—, pero no quiero.

—Vale, vale. —Alcé las manos derramándome un poco de alcohol en el proceso—. No he dicho nada, mi hermanita de once años tampoco bebe.

—Eres... —se quejó, paró en el camino, sujetándome del brazo y haciendo que una pareja que venía detrás se chocase con nosotros, aun así los ignoró.

—¿Qué soy, Lucía? —la piqué con una sonrisilla.

—Un idiota —aseguró.

Me quitó el vaso de un tirón y le dio un trago. En realidad, un *tragazo*. Paró de beber dejándolo por la mitad y me lo devolvió, pegándolo contra mi pecho con mucha fuerza y salpicándome de alcohol.

—Venga ya, no te enfades —me reí, cuando echó a andar de nuevo—. ¡Lucía! —grité a su espalda, pero pasó de mi completamente.

La chica de los labios pintados de rojo se quedó atrás para hablar conmigo, mientras yo aún me reía por haber sacado de quicio a la chica.

—Pasa de ella, es un coñazo. —Hizo un gesto para restarle importancia—. La madre de Vane nos obliga a salir con ella porque le da pena. Su madre le

contó a la de Vane que trató de suicidarse —se rió con malicia.

Esta vez fui yo quien paró bruscamente tirando de ella y ganándome un comentario cabreado del de detrás.

—¿De qué coño hablas? —pregunté, arrugando la frente y apretando los ojos.

—No le cae bien a nadie en clase —me explicó la parte de la historia que yo no quería oír—. Así que la madre de Vane nos obliga a salir con ella. Pensábamos pasar de su culo y dejarla aquí tirada en realidad. —Solo necesité un vistazo a su vaso para ver que se lo había bebido casi entero, debía ir muy borracha para contarme sus planes—. Seguro que no sabe volver a su casa y que se acojona por tener que hacerlo sola —se rió de nuevo con maldad y quise poder zarandearla para que dejase de ser tan zorra. Aun así no la toqué.

—¿Qué es eso de que trató de suicidarse? —insistí en la parte de la historia que me interesaba.

—Vane dice que una vez le vio la cicatriz en la muñeca. —Se encogió de hombros indiferente—. Ahora la oculta con pulseras y muñequeras.

Busqué con la mirada a Lucía, que se había parado con los demás en uno de los puestos. Raúl tenía una escopeta en las manos y apuntaba hacia el puesto hacia un juego que no pude ver desde mi posición. Ignoré a mis amigos y busqué la muñeca de la chica. Tenía una pulsera gruesa, de cuero en la muñeca izquierda.

Traté de convencerme que aquello era mentira, solo rumores, pero la idea de que fuese verdad... y que yo hubiese tenido algo que ver de alguna forma... Quizá por tratarla mal dos años antes.

—¿Y te parece divertido joderla? —Me aparté un poco de ella y le di un trago a mi propia bebida tratando de pasar el malestar.

—Sí. —Se encogió de hombros—. Es un rollo, hemos intentado que sea más divertida, pero es imposible... Así que íbamos a pasar de ella, hasta que hemos visto que conocía tíos buenos como vosotros... —Se inclinó para besarme, pero no hice intento de devolverla el beso.

—Escúchame, tía —ordené—. Como me entere de que le hacéis algo malo, vendré personalmente a joderos la vida —prometí, antes de girarme y caminar hacia mis amigos.

—¡Tú también eres un coñazo! —me gritó a la espalda.

Me giré hacia ella lo justo para guiñarle un ojo, antes de unirme a mis

amigos, que me miraron curiosos.

—¿Qué pasa? —preguntó la otra chica, cuando Raúl acertaba con su escopeta, derribando un montón de latas.

Su amiga llegó hasta nosotros, con la cara roja de enfado. Sujetó a su amiga de la mano y tiró de ella, aunque la rubia se resistió un poco.

—Nos largamos —le dijo—. Que te lo pases bien con esos gilipollas, Lucía —se despidió de ella la de los labios rojos y tiró de su amiga, que la siguió desconcertada entre la gente.

—¿Qué has hecho? —dudó Lucía, con el ceño fruncido.

—Algunas llevan muy mal el rechazo. —Puse mi mejor sonrisa inocente—. ¿Te quedas con nosotros? —pregunté.

—Pero ¿por qué la has rechazado? —cuestionó Abram—. Estaba buena y parecía querer tema contigo.

—Abram, amigo, no estoy tan desesperado como tú, aún puedo elegir —me metí con él.

—¿Qué queréis? —nos preguntó Raúl, señalando los premios.

—Lo más gay que haya, que ahora es para ti —bromeé palmeándole el hombro.

—¿Lucía? —ofreció Raúl, agitando la cabeza.

La chica señaló un peluche con algo de timidez. Era un osito muy simple, con un corazón entre las manos. El feriante se lo pasó a Lucía, que lo abrazó un poco con un brazo, sonrojándose.

No pude evitar buscar de nuevo su muñeca, preguntándome cuánta verdad tendrían las palabras de esa zorra. No logré ver nada debajo de su pulsera, pero eso no significaba que no estuviera ahí. Aun así no me atreví a preguntar, me acojonaba mucho que me dijera que aquello era verdad y que había sido mi culpa de alguna forma.

—¡Eh! —Carlos me dio una colleja sin mucha fuerza—. Vuelve a la Tierra, colega —bromeó.

—Estoy aquí —prometí.

Pese a ello los seguí en silencio. Carlos y Raúl compitieron a ver quién rompía más globos unos puestos más allá. Y los cuatro jugaron en un puesto de unos camellos que había que hacer avanzar metiendo unas bolas en unos agujeros. Yo me quedé sujetando el peluche de Lucía, sin participar en nada.

Lucía fue la primera en llegar hasta mí, y cogió el oso de peluche mirándome con la frente arrugada.

—¿Qué te pasa? Estás rarísimo —me dijo.

—Nada ¿y a ti? —lo intenté de una forma muy pobre.

—¿A mí? —se rió sin muchas ganas—. Nada, tío. Eres tú el que parece que has visto un perro verde.

—¿Un perro verde?

—Sí, ya sabes... —Hizo un gesto para restarle importancia—. Creo que no te caigo bien y que estás incómodo por mi culpa. —Miró al suelo al decirlo y me dolió el corazón como hacía tiempo que no me dolía—. Así que mejor me voy a mi casa...

—Lucía —sujeté su mano y tiré de ella hacia mí, no se lo esperaba y perdió el equilibrio un poco, cayendo contra mi pecho—, no digas tonterías —pedí.

—No son tonterías. —Se encogió de hombros, apartándose de mí como si quemase. Y me sentí aún peor persona—. Nunca te he caído bien, no tienes que fingir.

—Yo quiero que estés con nosotros —insistí—. Pero si lo que quieres es irte a casa, te acompañaré, no dejaré que te vayas sola.

—No eres mi niñera. —Se apartó un paso de mí—. No tienes ninguna responsabilidad para conmigo.

—¡Joder, Lucía, trato de portarme bien, no seas cabezota! —me quejé.

—Charly lleva razón, Lucía, es tarde para que te vayas sola —intercedió Carlos y lo agradecí sinceramente.

La chica pareció dudar al ver a los demás alrededor de nosotros, miró al suelo de nuevo y asintió sin mucha energía.



## 65.- Sin papel

### Carlos

No logré entender lo que había pasado entre mi prima y Charly. No es que me importase demasiado, eran mayorcitos y podían hacer lo que quisieran. Pero Charly iba callado, pensativo y Lucía solo levantaba la mirada del salpicadero para indicarnos el camino hacia su casa.

El viaje se me hizo eterno, silencioso y aburrido. Estaba deseando dejar a mi prima en casa y no tener que preocuparme por ella. Y que Charly volviese a ser el mismo idiota de siempre.

—Vivo ahí. —Señaló Lucía.

Abram paró delante de su casa y Charly bajó del asiento trasero a la vez que mi prima salía del de delante. Se acercó a ella para decirle algo, pero Lucía se limitó a mirarle mal y meterse en su casa.

Charly se sentó en el asiento delantero y Raúl se movió para que tuviéramos más espacio detrás.

—Vamos a casa —pidió Charly a Abram.

—Sí, jefe —aceptó él.

—¿Qué ha pasado con esas chicas? —se atrevió a preguntar Raúl.

—Nada. —Se limitó a encogerse de hombros Charly, y supe que no le sacaríamos más.

Y tampoco iba a insistir en ello. Suficiente incómodo había sido el entierro del padre de Lucía, y, la verdad, prefería no implicarme más en su vida.

Abram aparcó un rato después delante del apartamento de mis padres y bajamos del coche en silencio. Estaba claro que ninguno teníamos muchas ganas de fiesta. Me dejé caer en el sofá al entrar en casa y Raúl se sentó a mi lado.

Charly vino de la cocina con cuatro latas de cerveza que repartió entre nosotros, aunque yo al menos no tenía muchas ganas de seguir bebiendo, más bien me apetecía irme a dormir. Aunque me acojonaba lo que mis amigos hubieran preparado para mi cumpleaños al día siguiente.

—Hazte un porro —pidió Charly a Abram tras beber un trago de su cerveza y arrastrar una silla para sentarse de frente a nosotros.

Abram se sentó en otra silla y se vació los bolsillos en la mesa baja de

café para sacar lo necesario para el porro. Charly aprovechó para cogerle un cigarro, que se puso tras la oreja.

—¡Mierda! —se quejó el de las rastas entonces.

—¿Qué pasa? —cuestioné bostezando.

—No tengo papel, ¿tienes tú? —le preguntó a Charly.

—¿Me ves cara de tener papel? —replicó el otro.

—Te veo cara de querer fumar... Y sin papel estamos jodidos.

Se levantó para registrarse el resto de bolsillos del pantalón. Dejó caer el móvil junto al tabaco y la cartera y un mechero blanco. Sacó una bolsita de maría del otro bolsillo y volvió a maldecir.

—¿Te has quedado sin papel? —se quejó Charly.

—No, debo haberlo perdido, lo estrené esta mañana y era mi último paquete. —Se dejó caer de nuevo en la silla.

—¿Y cómo cojones lo has perdido?

—Pues no sé, a lo mejor con tu ayuda metiéndome la mano en los bolsillos... —le regañó Abram—. Pues nada, no hay porro.

—No, tío, no puedes hacerme eso —se lamentó Charly.

—¿Yo? —resopló.

—Bueno, gracias por el show, mañana nos vemos —bromeé, levantándome del sofá y dándole un golpecito a Charly al pasar por su lado.

—No seas cabrón, vamos a buscar el papel entre todos —me pidió mi amigo.

—Sí, no tengo nada mejor que hacer —me reí de él, antes de irme a mi habitación.

De haber sido algo más importante me habría quedado a ayudarlos, pero sinceramente, podrían vivir sin fumar una noche, seguro. Me quité los vaqueros y la camiseta y me metí en la cama sin molestarme en quitar la sábana.

Revisé mi propio móvil, pero no tenía nada. Había visto a Raúl hablando con Andrea, pero, pese a que ya habíamos hecho las paces, a mí no me había escrito ni una sola vez. Decidí mandarle un mensaje, pero tras abrir su chat no encontré nada que decirle, así que volví a bloquear la pantalla y decidí que lo más productivo sería dormir.



## Abram

Alumbré con la linterna del móvil los asientos delanteros de mi coche, mientras Charly buscaba por detrás, pero estaba claro que el papel no estaba allí. Y por muchas ganas que tuviera de un porro, que eran muchísimas, no iba a volver a la feria para buscarlo.

—Tiene que haber alguna tienda abierta —me dijo Charly, saliendo del coche y pasándose las manos por el pelo desesperado.

—¿A estas horas? —Miré la hora en el móvil, eran más de las tres de la mañana.

—Venga, no te rindas —se quejó, dándome un golpecito sin usar fuerza en el brazo.

—No me rindo, tío. —Iba a negarme, pero me dejé caer en el asiento.

Parecía necesitarlo mucho, no me costaba nada dar una vuelta en busca de alguna tienda que vendiesen papel.

Subió ilusionado al asiento del copiloto, pero cuando giré la llave en el contacto el coche no hizo nada. Ni rugió ni intentó encenderse.

—Joder, ahora no —protestó Charly saliendo del coche y cerrando la puerta con demasiada fuerza.

Tiré de la palanca del capó cuando le vi pararse delante de este, porque supuse que era lo que estaba esperando.

Iba a matar a mi tío cuando le pillase, me había asegurado que el coche estaba bien, que acababa de pasar una revisión y que tiraba perfectamente: «tendrás coche para años» me dijo el imbécil. Aunque en honor a la verdad, Charly le había echado un vistazo y tampoco se había percatado de lo que fuera que le pasase.

—Arranca —me pidió, desde el capó.

Giré la llave, esta vez rugió, pero se ahogó tras un par de segundos y volvió a quedarse en silencio.

—¡Joder! —golpeé el volante un par de veces. Lo último que necesitaba era no poder volver a casa por culpa del puto coche.

—¡Inténtalo ahora! —pidió Charly.

Obedecí, tragándome las ganas de salir y cargarme el coche a puñetazos. Cuando viese a mi tío le iba a hacer tragarse aquella chatarra pieza a pieza. El coche volvió a protestar, pero el motor se encendió. Charly era un máquina,

eso no podía negárselo.

Cerró el capó y volvió a sentarse a mi lado, con mala cara. Supuse que estaba siendo un día demasiado raro.

—¿Qué te ha pasado con esa chica? —pregunté, tras empezar a movernos en busca de alguna tienda.

—Nada —repitió.

—Ya. —Negué con la cabeza—. Por eso estás desesperado por fumar

—Creo que me he dado cuenta de que fui un poco capullo con ella hace un par de años. —Se encogió de hombros, demasiado serio.

—Seguro que no fue para tanto —traté de animarle, mientras frenaba un poco en busca de algún tipo de tienda que nos sirviera.

—Quizá no, o a lo mejor sí. —Le miré un momento, para comprobar que él miraba el salpicadero con el ceño fruncido—. ¿Alguna vez piensas que las cosas que haces tienen consecuencias para otra gente?

—¿Has fumado sin mí? —traté de aligerar el ambiente.

Él soltó una risilla, pero negó con la cabeza.

—Es que no puedo evitar preguntarme si de haber hecho algo diferente con Silvia las cosas hubieran sido de otra forma.

Sentí que me miraba y me esforcé mucho por no poner mala cara, aunque el músculo de mi mejilla se tensó cuando la mencionó. Apreté los dientes y fingí estar muy concentrado en la carretera, pero supe que estaba esperando respuesta.

—Lo que pasó con Silvia... —lo intenté, pero me quemaba por dentro hablar de ella. Paré en doble fila y me giré hacia él—. No es solo que no tengas culpa, Charly, es que eres la víctima de ello.

—No me gusta ser la víctima de nada. —Negó con la cabeza, disgustado.

—La culpa de lo que hizo Silvia es de Silvia —le dije, muy despacio—. Igual que yo soy culpable de lo que hice...

—No te culpo —me perdonó.

—No soy idiota, Charly. —Tomé aire despacio para calmarme a mí mismo. Sabía que hacía mucho que deberíamos haber tenido aquella conversación—. Soy consciente de lo hijo de puta que he sido. Me gustaría decir que aprendí la lección, que soy mejor persona, pero no es verdad. Hace unas semanas me tiré a una tía casada, que yo no sabía que estaba casada, pero me dio igual saberlo después...

—Abram —me interrumpió—. No tienes que darme explicaciones, puedes

tirarte a quien quieras. Tú no salías conmigo, no tenías ninguna responsabilidad. Quiero decir, si ahora te tirases a la tía con la que estoy, si es que hubiera alguna opción de que yo volviese a tener novia jamás, pues seguramente te diese una paliza y no volviera a hablarte. Pero entonces no éramos amigos.

No se me pasó por alto el pasado. ¿Ahora éramos amigos? A ver, me había ido de vacaciones con ellos, debía ser obvio que lo éramos, pero fue bonito que lo dijese. Me hizo sentir mejor que en mucho tiempo.

—Trataste a Silvia muchísimo mejor de lo que se merecía, Charly — intenté consolarlo mientras volvía a acelerar para seguir buscando una tienda —. Ella no tiene ninguna excusa para lo que te hizo, y se arrepentirá eternamente de haberte perdido, por zorra.



—¡Venga ya! Tú eres el genio —me dijo Charly, registrando la cocina en busca de algo que nos ayudase a fumar—. Encuentra la forma.

Miré alrededor en busca de «la forma». Nos habíamos rendido al amanecer y habíamos vuelto al apartamento, sin encontrar ninguna tienda abierta. Desde entonces registrábamos la cocina en busca de algo para fumar.

—Podemos hacer una pipa con una botella —se me ocurrió—. Pero no estoy muy seguro de cómo se hacen, lo más probable es que acabemos intoxicándonos con el plástico. —Me encogí de hombros.

—Me vale —aceptó él, buscando una botella, pero solo teníamos latas de cerveza—. ¿Esto sirve? —Me pasó una lata vacía finalmente.

—No sé, tío, no sé hacerlo con una botella, ¿cómo voy a saber hacerlo con una lata? —La tiré a la basura.

Entonces vi mi cigarro que aún llevaba detrás de la oreja y se me ocurrió una idea revolucionaria. Se lo quité mientras él sacaba un rollo de papel de plata para hacer «algún invento» según sus propias palabras.

—¿Qué haces? —me dijo, mientras me iba al salón.

No le respondí, por no hacerle ilusiones. Me arrodillé delante de la mesita baja del centro, donde aún estaba mi maría y le di la vuelta al cigarro, para dejar el filtro hacia arriba.

Apreté el centro y puse la otra mano debajo para que el tabaco cayese

sobre mi palma. Lo vacié muy despacio, con mucho cuidado, mientras Charly se sentaba en el suelo a mi lado, aún sujetando un trozo de papel de plata.

Acabé de vaciarlo sin romper el papel y dejé el cigarro vacío con cuidado sobre la mesa. Cogí la maría para mezclarla con el tabaco en mi mano.

—De verdad que eres un genio —me felicitó Charly.

La verdad es que era lo más simple del mundo, no sabía como no se me había ocurrido antes. Después de mezclar la maría con el tabaco lo volví a echar en el cigarro con mucho cuidado y lo apreté con la piedra del Clipper que me tendió Charly.

—Soy un genio para la delincuencia —le di la razón, bromista—. El que lo hace lo peta, ¿no? —bromeé, mientras me lo ponía entre los labios para encenderlo.

—Eres un genio que ha tardado cuatro horas en usar lo más simple del mundo —se metió conmigo, mientras volvía a poner la piedra en su lugar y me pasaba el mechero para que lo encendiese.

—Pero al menos a mí se me ha ocurrido —le piqué, justo antes de encenderlo.



## 66.- De princesas y gatitas

### **Raúl**

Me desperté sudando y temblando por una pesadilla, completamente desorientado. Me senté de golpe en la cama, sin recordar dónde estaba y me comí la litera de arriba. Me dejé caer de nuevo entonces, sujetándome la frente, con un dolor horrible.

Salí más despacio esta vez y miré la litera de arriba, pero la cama estaba hecha, más o menos, al menos igual de estirada que la noche anterior, por lo que deduje que Charly no había dormido allí.

Me froté los ojos y me cambié el pijama por un bañador antes de salir de la habitación. Me encontré con Carlos en el pasillo, que se puso un dedo delante de los labios para indicarme que me callase y me pasó un *Edding* de los gordos que ni supe de dónde había sacado.

No entendí lo que pretendía hasta que entré tras él en el salón. Charly estaba dormido en el sofá y Abram en el suelo al otro lado del salón. Tenían latas de cerveza vacías alrededor y un montón de cigarrillos rotos en la mesa. Debían haber continuado la fiesta sin nosotros.

Carlos fue directo hacia Charly, destapando el *Edding* con una sonrisa maliciosa en la cara. Yo me quedé mirando mi propio rotulador permanente, mientras Carlos lo pasaba por la cara de Charly con mucha suavidad.

Puse los ojos en blanco, pero imité a mi amigo acercándome a Abram. ¿Qué mejor regalo de bienvenida al grupo que una putada? Por lo general Charly se dormía después que nosotros y se despertaba antes, así que nos acostumbramos a dormir con el cerrojo echado para evitar aquel tipo de bromas y no siempre escapábamos de las gracietas de nuestro amigo. Aquello era karma en estado puro.

Me arrodillé en el suelo muy despacio y pasé el *Edding* por la frente de Abram, dibujando una corona, sin poder contener una sonrisa. Luego pinté círculos negros en sus mejillas, fingiendo coloretes y una sonrisa alrededor de sus labios reales.

Me levanté cuando acabé con mi obra de arte y Carlos se acercó a mí, después de acabar con Charly también. El moreno ahora tenía la nariz pintada

de negro y unos bigotitos muy monos por las mejillas, además de una polla en la frente.

Tuve que morderme el puño para no reírme y Carlos me empujó hacia su habitación para poder reírnos a gusto. Escondió los *Edding* al fondo del armario para que Charly y Abram no pudieran devolvérsela y nos quedamos allí partiéndonos de risa.

Pensábamos que en cualquier momento se despertarían y vendrían a tomar represalias, pero después de unos minutos se nos había pasado la risa y empezamos a aburrirnos.

—¿No era Charly el del sueño ligero? —me preguntó Carlos, cuando salimos de la habitación y los encontramos dormidos.

Fui a la cocina a por una cacerola y una cuchara y golpeé la una contra la otra con fuerza en el salón. Abram y Charly se despertaron a la vez, con cara de susto. Y estaban tan graciosos con sus nuevas caras que Carlos y yo rompimos en carcajadas.

—¿De qué vais? —se lamentó Charly, tumbándose otra vez en el sofá.

—¿Hoy no tienes ganas de tetas y playa? —me reí de él.

—No, tengo ganas de dormir. —Se giró en el sofá para darme la espalda y me lanzó un cojín desde su difícil posición.

—¿Qué cojones? —Abram se había quedado sentado en el suelo y recogió los trozos de cigarro de la mesa baja.

—Os pegasteis una buena fiesta sin nosotros anoche, ¿eh? —se rió Carlos —. Estáis monísimas.

Eso despertó a Charly lo suficiente, que cruzó una mirada con Abram para ver sus respectivas obras de arte. Ambos se levantaron de su sitio a la vez y corrieron al baño, empujándose, para verse al espejo.

—¡Yo os mato! —Fue Charly el primero en volver del baño y lanzarse hacia nosotros.

—Tranquilo, gatito —me reí de él.

—¿Así es como queréis jugar? ¡Más os vale no volveros a dormir cerca de mí jamás! —nos amenazó.

—¿Me adoptas esta noche? —pedí a Carlos.

—Ni de coña —se rió él.

—Por cierto, Carlos. —Charly se giró hacia él—. ¡Feliz puto cumpleaños!

—Ya, tengo miedo... —Se alejó de él un paso.

—Es verdad, tío. —Me di cuenta de que se me había pasado felicitarle—.

¡Felicidades!

—¿Como regalo podéis no hacerme nada? —sugirió.

—Oh, no, esto va a traer una amarga venganza. —Se señaló la cara Charly.

—Esto no sale —se lamentó Abram volviendo del baño también—.

¡Felicidades, hijo puta!



## Charly

—¡Felicidades! —le dije a Carlos, señalando el club de *striptease*.

—¿No te dije que nada de *strippers*? —se quejó él.

—Vamos, tío. —Le empujé hacia dentro, con una risilla—. Da gracias a Raúl y Abram que no haya tirado de putas a tu casa directamente. Os he pagado un espectáculo especial a todos, dad las gracias, disfrutadlo y no os manchéis los zapatos...

—¿De dónde has sacado la pasta, Charly? —se preocupó por mí.

Yo me limité a agitar la cabeza y llevarle dentro casi a empujones. Había tratado de recomprar mi moto al *Hierros*, pero como sospechaba ya había descubierto que todos esos materiales eran suyos, y se había cabreado mucho. Me echó una charla de media hora sobre la confianza. «No hay reglas entre delincuentes» le dije, y estuvo a punto de golpearme con una palanca.

Después de eso me dijo que no me vendería la moto ni aunque estuviese muerto de hambre y que iba a despiezarla y destruirla solo para joderme como yo le había jodido a él.

Así que todo el dinero que había ahorrado para comprarla, decidí gastármelo en aquello. ¿Qué más daba? Ni lo quería ni me hacía falta. Podía haberme comprado otra moto, pero no me interesaba, no quería otra, quería la mía y si no podía tenerla, pues me lo gastaría en tías.

Había estado allí por la tarde, mientras mis amigos iban a la playa, para concretar los detalles. Una tía pelirroja y muy operada tiró de la mano de Carlos en cuanto entramos. Solo esperaba que Carlos se la tirase y no le diese una charla sobre Andrea.

No había mucha gente, quizá porque aún era pronto, pero un grupo de tíos prácticamente babeaban el escenario donde una chica disfrazada de policía

hacía un baile muy sugerente.

Un par de *strippers* más se llevaron a Abram y Raúl y yo me senté en la barra y me pedí una copa. Había soltado mucha pasta por aquello, así que nos trataron como a gente VIP.

Una chica con el pelo de color rosa se sentó a mi lado e hizo un gesto al camarero que le sirvió una copa en seguida. Estaba claro que curraba allí.

—¿Estás solo? —me preguntó la chica, que solo llevaba un conjunto de lencería muy provocativo.

—Estoy contigo —sonreí un poco.

—¿Me invitas? —Señaló su copa.

—Claro —acepté, pasándole un par de billetes al camarero.

Era posible que hubiese insinuado que mi padre era un famoso empresario para que nos trataran mejor, y no nos pidieran el DNI.

—¿No te gusta el espectáculo, o es la chica? —preguntó, señalando hacia la chica que bailaba en el escenario y apoyando la mano en mi muslo, muy cerca de mi entrepierna.

—La chica es preciosa —dije, tras una mirada hacia ella—. No tanto como tú —la alabé—. Pero no me gusta babear delante de otros veinte tíos —reconocí—. Prefiero hacerlo a solas.

—Puedes babear sobre mí —me ofreció, levantándose del taburete.

Me acabé la copa de un trago y la seguí hasta una sala privada. Ella me cogió de la mano, como si temiera perderme y pasamos una cortina roja de terciopelo. Era un reservado no muy grande, con un sofá ocupando las tres paredes cubiertas de espejos.

La chica me empujó al sofá y yo me dejé hacer, mientras empezaba a hacerme un baile erótico que logró ponérmela muy dura. Se quitó el top y me lo colgó del cuello en cierto momento, sin dejar de menear el culo sobre mi polla.

Por un momento se me pasó por la cabeza la psicóloga, siempre decía que yo intentaba controlarlo todo. Pero allí estaba, como un buen chico, sin tocar a la *stripper* mientras se meneaba sobre mí. ¿Acaso eso no era ceder el control?

—¿Alguna vez follas con los clientes? —pregunté curioso.

El encargado me había asegurado que sus chicas lo harían sin problema por dinero, pero yo quería oír lo que ella tuviera que decir.

—Follo por diversión —me dijo, muy cerca del oído, antes de deslizar las manos hasta el botón de mis vaqueros sin dejar de bailar—. ¿Quieres

divertirte, guapo?

—¡Joder, sí! —prometí.

Se quitó el tanga y deslizó las manos por mi polla, haciéndome gemir. Se arrodilló a mis pies y se la introdujo en la boca con un ruidito que me puso cachondísimo.

—¿Tienes condón? —preguntó, sin dejar de pajearme.

—Claro. —¿Alguien iba a un lugar así sin ir preparado?

Saqué el condón de mi bolsillo trasero y ella me lo puso con manos expertas. Luego volvió a subir sin dejar de bailotear y se arrodilló a mi lado en el sofá. Me levanté lo justo, con un pie en el suelo y el otro en el asiento. Y la penetré desde detrás, haciéndola gemir con fuerza.

Estaba follándomela al ritmo de la música que se oía desde fuera, mientras ella gemía y gritaba de forma exagerada, cuando la cortina se abrió y entró la chica que había estado bailando fuera, con un uniforme muy escaso de policía.

—¿Puedo? —me preguntó, con una sonrisilla.

—Claro.

¿Quién era yo para romperle el corazón a esa chica? Además, no iba a poder follarme a la *policía* muy a menudo. Ella se acercó a la otra *stripper* y le comió la boca, mientras la del pelo rosa le abría la camisa y la magreaba las tetas.

La *policía* se acercó entonces a mí y extendió una raya de coca por el culo de su amiga. Se lo esnifó del tirón y luego cogió un poco con el dedo para acercármelo. Y quizá yo estaba muy jodido, porque me pareció una idea genial.

Después de que esnifase la coca, que me hizo arder la nariz por dentro, la *stripper* se agachó entre nosotros, sacó mi polla de su amiga y se la metió entera en la boca, gemí con fuerza, aferrándome al sofá para no caerme por la sorpresa y el placer.



## 67.- Fin de vacaciones

### Abram

Charly siempre había sido misterioso y esas mierdas, pero cuando después de salir del club de *striptease* y llegar al apartamento de Carlos me dijo que íbamos a dar una vuelta me preocupó sinceramente, estaba demasiado serio incluso para ser él.

Iba conduciendo él, porque nos había costado casi media hora arrancar el coche. Incluso había amanecido ya. Solo podía pensar en meterme en la cama, estaba agotado después de haber dormido un par de horas la noche anterior y no haber pegado ojo esa noche.

Condujo en silencio y me cuestioné que se hubiera replanteado lo de odiarme y tal. A lo mejor me mataba y me enterraba en la playa. Vale, quizá tenía un trauma con lo de ser enterrado, pero como mínimo, podía querer darme una paliza, aunque no sabía qué había cambiado de pronto.

Aparcó en un descampado amplio donde había un centenar de coches, bajó del mío y observó alrededor. Yo le imité mientras me encendía un cigarro, sin entender nada. Le miré hacer mientras se acercaba al coche de al lado al que había aparcado. Tardé en ver que era la misma marca y modelo que el mío, aunque de otro color.

—Necesito que vigiles, si viene alguien avísame y corre como un cabrón —me dijo, antes de acercarse a la puerta del conductor del otro coche.

—¿Qué demonios hacemos aquí, Charly? —pregunté, mientras él trasteaba con la cerradura del coche.

—Arreglar tu coche —explicó, como si tal cosa, justo mientras abría la puerta del coche.

No encontré las palabras, boqueé un poco y miré a mí alrededor mientras él levantaba el capó. Sabía que arreglaba coches, eso me había quedado clarísimo. ¿Pero aquello? ¡Y yo intentado protegerle de vender droga!

Miré un par de veces por encima del hombro para verle, pero más alucinado que porque entendiese lo que estaba haciendo.



—Así que robas coches —le dije, cuando volvíamos a ir en mi coche, que tras cambiar la pieza defectuosa con la del otro coche arrancaba a la perfección.

—Y tú vendes maría.

—No era una crítica.

—Pensé que lo sabías... —Se encogió de hombros—. Os dije que había robado las piezas de mi moto.

—Pero no sé, pensé que trabajabas en un taller y te habías llevado las piezas. Como el que se lleva material de oficina.

—Claro, trabajaba despiezando vehículos robados —se rió—. Y robar a un ladrón es muy loable. Hasta que te pillan, al menos. —Le miré para verle poner mala cara.

—¿Te han pillado?

—Sí, pero aparte de no darme trabajo jamás y prometerme que no volveré a despiezar un coche en la vida no me ha hecho mucho. —Se encogió de hombros con indiferencia.

—¿Y no te preocupa no volver a currar?

—No, mi padre es el dueño de una docena de talleres, por mucho que me joda siempre tendré curro —resopló, como si de verdad le molestase mucho—. En cualquier caso por mi cuenta me va bien.

Aparqué junto al apartamento de Carlos y subimos compartiendo un cigarro. Me planteé contarle mi mierda con Marco, pero no estaba borracho así que no tenía demasiadas ganas de charla. Le hice un gesto de despedida y me fui a la habitación que ocupaba allí.



## Raúl

—Han sido unas buenas vacaciones —dije, aceptando el porro que Charly me pasaba.

Habíamos bajado por última vez a la playa y estábamos sentados bajo la sombrilla, mirando el mar. Volveríamos a casa después de comer.

—Claro, has mojado dos veces —se rió el moreno de mí, palmeándome el

hombro.

Le di una calada al porro y se lo pasé a Carlos que estaba a mi otro lado.

—No ha sido por eso, idiota —me quejé—. No solo por eso —rectifiqué.

—No nos has contado si la de la pantera en la teta tenía más tatuajes — indagó Abram, cuando Carlos extendió el brazo para devolverle el porro.

—Tenía una flor enorme en el muslo —respondí con una sonrisilla—. Y un *Insert here* en el culo.

—¿En serio? —flipó Charly, cogiendo el porro.

—Lo de la flor sí, lo otro no —me reí. ¿Me había pasado fumando?

—Y parecías tonto cuando te recogimos de la basura —se metió Charly conmigo, pasándome el porro de nuevo.

—¿Qué dices, tío? —Le di una calada y parpadeé un par de veces para aclararme la vista—. Aquí al único que recogimos de la basura fue a ti, que estabas en la mierda hasta que llegamos a tu vida.

—Uf, no fumes más. ¡Qué golpe tan bajo! —se quejó Charly, pero se reía también.

—Tenías que haberle visto, Abram —metió baza Carlos, que había estado pensativo hasta entonces—. Siempre estaba cabreado, era el niño más coñazo del mundo.

—Sigue siendo el niño más coñazo del mundo —se rió Abram de él, despeinándolo.

—¡Eh! —Me quitó el porro Charly con mala cara—. ¡Sois lo peor! Yo consigo que todos folléis, pero os reís de mí. —Se le escapó una sonrisa pese a todo.

—Tú no, tu dinero —le corregí—. No nos has contado de dónde lo sacaste, por cierto.

—Verás, hice eso que tú no haces porque tus padres están forrados. —Fue su turno de meterse conmigo—. ¿Cómo se llama, colega? Ah, sí...

—¿Chupar pollas? —le interrumpió Carlos, haciéndonos reír a carcajadas.

—Trabajar, imbécil —le corrigió Charly.

—¿Trabajos manuales? —siguió Abram.

—Pero ¿por qué me odiáis? ¿Qué os he hecho yo?

—Con alguien hay que meterse —me disculpé.

Abram se acabó el porro y lo apagó en la lata de cerveza vacía que tenía al lado. Luego se puso de pie y se estiró.

—¿Una última carrera?

—¿Colocados? —me reí—. ¿Quieres matarnos, o que vomitemos?

—Quiero reírme.

—¡El último paga la primera ronda cuando volvamos a casa! —gritó Charly antes de salir corriendo hacia el agua.

Abram salió corriendo también, y Carlos se resignó a seguirlos. Yo me levanté con bastante menos prisa y caminé hacia el agua, mientras veía a mis amigos hacerse aguadillas y pegarse entre ellos.

Sin duda había sido un viaje genial.



## 68.- Fin de relaciones

### Charly

Me apoyé en la pared, junto a la puerta del bar de los padres de Eric, para fumarme un cigarro antes de entrar. Hacía una semana que habíamos vuelto de Valencia y aún no había visto a Saray y Andrea. Ellas habían vuelto ese mismo día, y quedamos todos allí.

Hacía rato que llevaba el cigarro entre los labios, pero cuando busqué mi mechero en los bolsillos no di con él. Supuse que lo tenía Abram y le insulté un poco entre dientes.

Estaba a punto de resignarme a no fumar, cuando un mechero apareció en mi campo de visión. Alcé la vista más allá del fuego para ver a Silvia. Suspiré cansado, pero dejé que me encendiese el cigarro.

—Solo quiero hablar —me dijo.

No pude evitar acordarme de Lucía y la conversación que había tenido con Abram. Quizá yo me había portado mal con Silvia, o tal vez no. Di una calada al cigarro antes de hablar.

—¿De qué? —pregunté, bastante más calmado de lo que me había sentido en mucho tiempo.

—De nosotros —susurró.

Pareció extrañada porque no tratase de discutir con ella, ni de pelear o negarme a escucharla.

—Ya no hay un nosotros —repliqué sin alterarme—. ¿Alguna vez me porté mal contigo, Silvia?

—¿Qué? —sonó sorprendida—. No, tú... no. Eres la persona que mejor se ha portado conmigo jamás, Charly.

—Somos culpables de lo que hacemos, Silvia —me reí con amargura—. Quizá yo sea culpable de que una chica inocente se cortara las venas y tú eres culpable de haberte follado a todo el que se te ha puesto a tiro. —Quizá estaba siendo demasiado dramático, pero no podía olvidarme de la idea de que había tratado fatal a Lucía.

—Lo sé, soy consciente de mi culpa —susurró, mirando el suelo—. ¿Algún día me perdonarás?

—Sí, ya te he perdonado —aseguré, y me sorprendió comprobar que era verdad, no estaba enfadado con ella ya. Ella malinterpretó mis palabras, porque se pegó mucho a mí para besarme—. ¿Tú te perdonarás? —pregunté, apartándome de ella y tirando el cigarro a medias.

—No, nunca —me dijo, con la voz afectada.

Y quizá ese era el mejor castigo de todos para ella. Quedarse sola y lamentar lo que había hecho.

Entré en el bar y me acerqué a la barra a pedir. No vi a ninguno de mis amigos, pero no me importó mucho, solo quería tomar algo y no pensar en nada durante un rato.

La madre de Eric me puso la cerveza con un gesto de disgusto, como siempre, y se fue a atender a alguien más al otro lado de la barra.

Volví a echar un vistazo alrededor y encontré a Saray apoyada al final de la barra. Se estaba enrollando con un tipo al que no reconocí, aunque lo apartó de sí tras verme y casi corrió hasta mí.

—¡Hola! —Se me abrazó feliz y yo solo pude corresponder a su abrazo.

—¿Una cerveza, nena? —ofrecí.

—Si invitas tú —bromeó.

—¿Y tu amigo? —Señalé al chico que nos miraba desde el final de la barra, con un gesto de la cabeza.

—Justo aquí. —Me guiñó un ojo, haciéndome reír—. Te he echado de menos.

—Y yo a ti —admití—. ¿Qué tal las vacaciones?

—Aburridas. —Puso mala cara, haciéndome reír—. ¿Y las tuyas?

Pedí una cerveza para ella y me gané otra mala cara de la madre de Eric, aunque le di una generosa propina para aliviar su conciencia. Me había sobrado algo del dinero que había llevado para las vacaciones.

—Muy tranquilas —respondí finalmente a su pregunta—. ¿Y Andrea?

—Por ahí. —Hizo un gesto vago y bebió de su cerveza—. A los demás no les he visto. —Se encogió de hombros.

—Una vez rechazaste ir conmigo a ese baño —le recordé, tirando de su cadera para pegar su cuerpo al mío—. ¿Quieres replanteártelo?

—Pensaba que no lo dirías nunca —me dijo, antes de besarme con ganas.

Parecía que me había echado mucho de menos de verdad. Me separé de ella para acabarme la cerveza de un trago y luego rodeé sus caderas con un brazo para guiarla hasta el baño.



## Carlos

Iba decidido, le diría de una maldita vez a Andrea lo que sentía por ella. No podía perder nada, ¿no? Salvo a mi mejor amiga y un poco de mi dignidad. Tomé aire antes de empujar la puerta del bar y la busqué con la mirada.

Estaba sentada en la mesa que solíamos ocupar. Solté el aire que retenía sin darme cuenta y acorté la distancia que nos separaba con pasos largos. Me dirigió una sonrisa al verme que hizo que el corazón me bombease con fuerza en el pecho.

—¡Hola, playero! —me saludó cuando me senté frente a ella.

—Hola —respondí con la boca seca.

Quizá debía pedirme una cerveza antes de confesar nada, o un chupito que me diese valor. Estaba a punto de ofrecerle algo de beber, cuando un chico dejó un par de cervezas delante de ella.

—¿Conoces a Adrián? —me preguntó, señalando al chico que se sentó a su lado.

—No. —Tendí una mano hacia él, por inercia más que otra cosa.

—Él es Carlos, mi mejor amigo —presentó Andrea—. Oh, y Abram. —Señaló detrás de mí.

Me giré a tiempo para ver al chico que saludó con un gesto al tal Adrián, antes de sentarse a mi lado.

—Voy a por algo de beber. —Me levanté casi de un salto—. ¿Quieres algo, Abram? —ofrecí.

—Te acompaño. —Me siguió hasta la barra y pedí un par de cervezas con un gruñido casi—. ¿Ese es el nuevo novio de Andrea? —me preguntó, yo me limité a encogerme de hombros—. No aguanta nada soltera, ¿eh?

—Parece. —Apreté los dientes un poco, sin pretenderlo.

—¿Ibas a declararte? —me preguntó.

—¿Yo? No. —Negué de forma efusiva, pero me bebí la cerveza de un trago en cuanto me la sirvió.

—No te rayes, Carlos —me pidió, palmeándome el hombro.

—No me rayo. No me gusta Andrea —mentí, y por mi bien, era hora de

que yo empezase a creérmelo. Estaba claro que yo no le gustaba a Andrea, si no, no se liaría con otros, ¿no?

—Está bien —se rindió Abram.

Pagué las cervezas de los dos y busqué alrededor a alguna tía que estuviera sola. Si Andrea podía liarse con otros yo debería poder liarme con otras sin sentirme mal, ¿no?

Me acerqué a un par de chicas que estaban cerca de nosotros, apoyadas en la barra y traté de parecer natural. Había visto a Charly entrarle a tías un millón de veces y hacía que pareciese fácil.

—Hola —saludé.

—Hola —respondieron con risillas, parecían algo afectadas por el alcohol.

Pedí cervezas para los tres y Abram se unió a nosotros, cosa que agradecí, porque se le daba tan bien como a Charly hablar con mujeres, a diferencia de mí, que era pésimo. Quizá debería pedirles algunas clases o algo. Lo hubiera hecho si no hubiera sabido que eso provocaría muchas burlas.

Lancé a Andrea una última mirada, para ver que sonreía a su nuevo novio, antes de centrarme por completo en la conversación con esas chicas. Debía encontrar la forma de olvidarme de ella.



## 69.- Inmoral

### Raúl

Me había vestido y arreglado para salir, sin embargo me senté en la mesa del salón, con el móvil delante de mí y apoyé la barbilla sobre mi mano. Desde que volvimos no había podido evitar pensar en Celeste y lo mal que la había tratado cuando vino a mi casa.

Seguía enfadado en parte, y era consciente de que ella me rechazó y pasó página, pero yo seguía queriéndola mucho, y llevaba razón en que estar enfadados era doloroso.

Me decidí finalmente, marqué su número y me llevé el teléfono a la oreja antes de arrepentirme. Respondió al tercer tono, con voz adormilada.

—¿Raúl? —sonó sorprendida.

—Lo siento —murmuré.

—¿El qué? —Pareció algo más despierta—. ¿Estás bien?

—Sí —suspiré—. Solo quería decirte que está bien, que no te odio y me gustaría ser tu amigo.

—Va... vale —respondió desconcertada—. ¿Seguro que estás bien?

—Sí —repetí—. Es que no he dejado de pensar en lo mal que te hablé cuando viniste, y... ¿Dónde estás ahora?

Me pregunté si podría ir a verla, quizá... Si había vuelto a su casa pudiéramos retomar algo... Me di cuenta de que me estaba haciendo ilusiones, y de que ella no había querido seguir conmigo.

—Estoy en Extremadura —explicó—. Y en septiembre mi padre me manda a Inglaterra. A un internado para chicas —se rió con amargura, o quizá estaba llorando.

—Lo siento —murmuré, quizá había sido culpa mía en parte.

—No importa. —Sorbió por la nariz antes de seguir hablando—. Ya nos queda menos para cumplir dieciocho, ¿no? Hablaremos entonces —prometió—. Y si no tenemos a nadie, quizá... —Lo dejó caer.

—Quizá.

—Te quiero muchísimo, Raúl.

—Y yo a ti, Celeste —suspiré, sintiendo mis ojos llenarse de lágrimas.

Nos quedamos en silencio un rato, podía oír su respiración entrecortada, alterada. Y cuando no lo soporté más colgué la llamada.

Me quedé allí mucho rato, mirando el vacío, hasta que el ruido de las llaves en la puerta me sobresaltó. Me apresuré a limpiarme unas lágrimas inconscientes que se me habían escapado.

Charly entró seguido de... bueno, de todo el mundo. Llevaba a Saray a caballito, y la chica se iba riendo a carcajadas. Carlos y Abram venían detrás, con dos chicas que no reconocí, y por último venía Andrea, de la mano de un chico que tampoco reconocí.

—Como no venías de fiesta, te hemos traído la fiesta a ti —me informó Charly—. Yo traigo cervezas, tú pon la música —ordenó a Saray.

—Sí, capitán —bromeó ella, haciendo un saludo militar.

Estaba claro que habían empezado la fiesta sin mí, parecían bastante borrachos todos. Abram se dejó caer a mi lado y me lanzó una mirada preocupada.

—¿Cómo dices que se hace eso de que el corazón lata a tu ritmo? —Recordé lo que me había dicho antes de ir a Valencia.

—Ella es Tere. —Señaló a la chica, con la que había entrado—. Le gustan los cachorritos y el color amarillo, y su número favorito es el tres. —No supe que pretendía hasta que se acercó a la chica y le dijo algo al oído. Ella se rió y se sentó a mi lado—. Así se entrena —me dijo Abram, antes de sentarse en el sofá junto a Saray.

—Hola —saludé algo cortado.

—Hola, Raúl. —Ella sin embargo apoyó la mano en mi pierna y se pegó mucho a mí.



## **Abram**

—¡Móvil! —anunció Saray de forma innecesaria porque empezó a sonar entre canción y canción y se oyó perfectamente.

Aun así tardé en darme cuenta de que era el mío y eso provocó que se riese de mí a carcajadas. Todos habíamos bebido demasiado.

Lo saqué pensando que sería Marisa, que estaba aún más pesada desde que

había vuelto de vacaciones y anunciado que en septiembre me mudaría, por eso me sorprendió más ver que era Silvia.

Me fui a la cocina para responder. Y hablé antes de que ella pudiese hacerlo.

—Sé que te prometí que iría a verte, pero he estado muy ocupado...

—No importa —murmuró—. Solo te llamaba para despedirme.

—¿Te vas?

—Yo... no soporto estar sola y todos seréis más felices si yo... yo... si no estoy. —Oí su sollozo y me dolió muy adentro.

—No digas tonterías, Silvia —pedí.

—Serás un brillante médico, ¿verdad? —me dijo sin dejar de llorar—. Ya eres un genio... ¿Cuánto crees que tardaré en desangrarme?

—¡Joder! No hagas ninguna locura, por favor —supliqué.

—Ya lo he hecho —susurró, antes de colgar.

—¡Mierda! —le grité al móvil, como si él tuviera la culpa.

—¿Estás bien, tío? —me preguntó Charly entrando a la cocina.

No pude responderle, ¿qué iba a decirle? Pasé a su lado a la carrera y salí de la casa sin molestarme en cerrar tras de mí. Bajé los escalones de tres en tres y salté dentro de mi coche prácticamente.

Superé todos los límites de velocidad y subí el coche a la acera antes de correr escaleras arriba. La puerta de casa de Silvia estaba entreabierta. La empujé acojonado con lo que podía encontrarme dentro y busqué a la chica. La única luz encendida era la del baño y la encontré allí.

Estaba dentro de la bañera, con un vestido negro y un brazo colgando por fuerza, que sangraba sobre las baldosas blancas del baño, creando una escena grotesca. Sujeté su brazo y hundí los dedos en la herida antes de levantarlo por encima de su cabeza para que perdiese la menor sangre posible.

—¡Sil! —llamé, golpeando su mejilla con la otra mano ligeramente. Estaba muy fría, pero me miró.

—¿Qué haces? —preguntó.

Y que hablase estaba bien. Saqué mi móvil con la mano que no estaba presionando su herida y llamé a emergencias. Expliqué lo sucedido y me prometieron una ambulancia en menos de diez minutos.

—¿Qué has hecho, Silvia? —susurré apoyando mi frente en la suya.

—No quiero estar sola —lloró más fuerte.

—No estás sola, estoy aquí. —Besé su frente para calmarla.

—Charly me odia...

Me contuve para no decirle que ella se lo había buscado. ¿Qué esperaba que pasase? ¿Acaso esperaba engañar al chaval toda su vida? No quise machacarla más, suficiente tenía.

Mi móvil empezó a sonar cuando unos sanitarios entraban en el baño para hacerse cargo de la situación, era Charly. Le colgué. No quería que supiera aquello, no quería que se sintiera responsable de ninguna forma de las acciones de Silvia.

—¿Estás bien? —me preguntó uno de los sanitarios cuando salí del baño para dejar que la atendiesen.

—Sí.

—Has hecho un buen trabajo —me felicitó.

Quise decirle que yo no había hecho nada, pero no encontré mi voz.



—Está claro que solo pretendía llamar la atención —me dijo el psiquiatra—. El corte no iba destinado a matarse y te llamó por teléfono. Quería que fueses.

—Lo sé —asentí—, pero necesita ayuda.

—No será barato —me sonrió con falsa amabilidad.

Sabía que esa clínica privada me iba a costar una pasta, pero Silvia necesitaba ayuda.

—Lo sé, me haré cargo.

Quizá debía aceptar el aumento de Marco, en cualquier caso tenía dinero y sabía que el padre de Silvia pagaría al menos una parte. No se bañaban en dinero, pero tampoco eran pobres, y ese hombre adoraba a su hija, haría lo que fuese por su bien.

—¿Quieres verla? —me ofreció.

—Claro.

Me guió por el sitio hasta el dormitorio de Silvia. Ella estaba sentada junto a la ventana enrejada, mirando el exterior. El psiquiatra golpeó dos veces la puerta, pese a que estaba abierta.

—¿Nos vamos a casa? —me preguntó con una sonrisa.

—No, Silvia, tendrás que quedarte aquí un tiempo —le dijo el médico, lo

que provocó que ella le mirase enfurruñada—. ¿Quieres hablar con tu amigo?

—Sí —aceptó, sin quitar la mala cara.

—Os dejaré solos.

Esperé a que el psiquiatra se fuera y me senté en la cama de Silvia, frente a la silla donde ella estaba. Tenía un vendaje alrededor de la muñeca y el pelo despeinado, además de grandes ojeras.

—¿Te tratan bien? —pregunté, sin saber que decir. Ella se encogió de hombros—. ¿Necesitas algo?

—Írme a casa —pidió, con los ojos llenos de lágrimas.

—Tienes que dejar que te ayuden, por favor.

—¿Recuerdas cuando me pediste que no me acercase a ti? —me preguntó de golpe—. Teníamos como doce años y acababas de liarte a puñetazos con un chaval del instituto por decirte que tu padre os había abandonado. —Asentí recordando el incidente.

Durante toda mi vida se habían burlado de mí por no tener padre, cosa que no solía importarme, pero aquel chaval lo hizo un día que había discutido con Isabel y perdí el control.

—Me acuerdo.

—Fui a ayudarte y me dijiste que no me acercase a ti, que rompías a las personas —me recordó. Volví a asentir. Isabel me había repetido eso mientras discutíamos a voces.

—Tú dijiste que no te importaba, que ya estabas rota. —Me había sorprendido tanto su declaración que me dejé consolar por ella y curar las heridas.

—¿Sigues creyéndolo? —Me miró torciendo un poco a la cabeza y afinó la pregunta—. Que rompes a la gente.

—Sí —reconocí.

—Yo también lo creo. —Sus ojos se volvieron tan fríos que me dolió muy adentro—. *Chino, Pato*, yo... ¿Qué será después, Abram?

—Fueron vuestras decisiones, no las mías. Yo no puse ese pico en la mano de *Chino*, ni obligué a *Pato* a robar, ni a ti a ser infiel.

Cerré los ojos al decirlo, porque sí que creía que todo eso había sido culpa mía de alguna forma.

—No crees eso —se rió agitando la cabeza. Nunca había visto a Silvia así, me pareció fría y calculadora, mala—. Te oí hablando con *Chino* un montón de veces...

—¿Cómo que me oíste? —la corté.

—Tenía que asegurarme de que no te alejabas de mí —explicó y sus ojos se llenaron de lágrimas de una forma muy antinatural—. Tenía un micro en su habitación...

—Dios, Silvia, estás muy mal, de verdad necesitas ayuda —suspiré.

Así había averiguado lo de *Hámster* y a saber cuántas cosas más, porque yo había sido tan idiota de contárselo al *Chino* para desahogarme.

—¡No necesito ayuda! —me gritó levantándose de la silla y lanzándose hacia mí—. Necesito no estar sola, necesito a Charly, necesito vengarme.

Me golpeó con los puños en la cabeza mientras me gritaba. Yo me protegí con los brazos, pero no hice intento de defenderme. Un par de enfermeros entraron entonces, sujetándola para alejarla de mí.

—No estás bien, Sil... —murmuré.

—Lo sé todo de ti, Abram y te prometo que si tú no rompes a la gente de tu alrededor, yo la romperé por ti —me amenazó, apretando los dientes y con un odio en la voz que logró acojonarme—. Acabaré con todo lo que quieres y con cualquier cosa que te haga feliz. Cueste lo que cueste. No voy a perdonar tu traición, jamás. Algún día saldré de aquí y te arrepentirás de haberme traicionado. Te lo quitaré todo.



CONTINUARÁ...